

Dani Capdevila

# DE VUELTA AL INICIO

*¿Qué ocurre en el Vaticano?*



DE VUELTA  
AL INICIO

Dani Capdevila

Título: *De vuelta al inicio*

© 2017, Dani Capdevila

© De los textos: Daniel Capdevila

ISBN-10: 1548498335

Ilustración de portada: Marco Solana

Revisión y maquetación: Teloseditamos Servicios Editoriales

1ª edición: julio 2017

Todos los derechos reservados.

# ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Primera Parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Segunda Parte](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Tercera Parte](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Vuelta al Cisma de Occidente](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[De vuelta al inicio](#)

Este libro está dedicado a mi madre porque, sin dudarlo, hubiera sido su libro favorito.

También a mi padre ya que, sin saberlo, me empuja más de lo que piensa.

No se lo dedico a mi mujer porque es totalmente suyo.

Gracias a su apoyo y su infinita paciencia he podido escribir de la primera a la última letra.

Y se lo dedico a mis hijos, para demostrarles que, para saber qué ocurrirá en el futuro, hay que crearlo día a día.

## Prólogo

Pese a que ya había estado buscando alguna vez por el despacho del papa, tal y como le ordenaron, Hugo aún no había sido capaz de hallar ningún indicio de ese plan del que le hablaban sus superiores. La puerta se abrió.

—¿Ya está todo dispuesto? —preguntó el papa.

—Sí, su santidad. Todo listo.

—Entonces ha llegado el momento. Me puede gustar más o menos, pero no queda otra alternativa.

Al escuchar aquellas palabras, el cuerpo de Hugo se estremeció. Un hormigueo le subió por la columna vertebral.

«¿Cuál será esa alternativa?», pensaba mientras tragaba saliva para contestar.

—Si usted lo estima preciso, seguro que es el deseo de Nuestro Señor.

—Así es, hijo mío. Así es.

—¿Quiere cambiarse?

—No hay tiempo —contestó el papa—. Lo haré en el aeropuerto.

A través de las amplias vidrieras de su despacho, contemplaba la plaza de San Pedro. Siempre le invadía la tristeza cuando, caída la noche, la veía vacía. El bullicio de la muchedumbre que habitualmente se formaba en ese lugar le reconfortaba. Le hacía sentir que su misión en la tierra tenía sentido, que todas las almas que se apiñaban allí esperaban que la cumpliera. Acababa de celebrar una de las nuevas misas que había instaurado. Quince feligreses eran elegidos al azar entre los millones de solicitudes que llegaban a través de la página web del Vaticano. Los agraciados asistían a una misa privada celebrada por él mismo.

Hugo le ayudó a ponerse el abrigo, que cubría por completo la sotana papal. Cogió un paraguas negro —pues amenazaba tormenta—, las llaves de un coche y esperó.

—Cuando usted quiera —dijo tras ver que el papa no se movía.

Dando un profundo suspiro, el pontífice se acercó a la librería donde tenía una de las colecciones más valiosas del mundo y tiró de los *Evangelios* de Enrique el León hacia él. Detrás de la gran mesa de roble negro, la pared giró para descubrir un pasillo oscuro en el que no se veía el final.

—Vamos.

Empezaron a caminar. Hugo accionó una palanca que había justo en la entrada y la pared volvió a recuperar su posición inicial. Unos focos halógenos se encendían y apagaban a su paso, iluminando el pasillo únicamente por el trecho que recorrían. Cada vez que entraba en ese pasadizo temía que fuera la última. Llevaba ya bastante tiempo trabajando como secretario papal y ya lo había utilizado más de veinte veces. Don Santiago le colocó en ese puesto tras convencer al nuevo papa de que era el candidato perfecto.

Caminaron unos diez minutos hasta que se toparon con el muro de salida. A la derecha otra palanca y en el centro un pequeño agujero que hacía las veces de mirilla. Hugo observó a través de ella.

—Podemos continuar. No se ve a nadie.

El pasaje llevaba al baño de discapacitados de un restaurante que estaba a unas cinco manzanas

del palacio.

—Nunca me ha terminado de parecer correcto que el representante de Dios en la tierra tenga que salir de su casa a hurtadillas. Creo que nunca me acostumbraré.

—Es por su seguridad.

—Lo sé, hijo mío. Lo sé.

Hugo accionó la palanca y la pared giró.

El santo padre encajó un sombrero negro en su cabeza pelada y se abrochó todos los botones del abrigo para que no se viera la sotana. Los dos salieron del servicio con la mayor naturalidad del mundo, como si lo hicieran todos los días.

Con un movimiento leve de cabeza, el secretario saludó al camarero que estaba en la barra del bar y este le correspondió con el mismo gesto. Siempre se preguntaba qué favores recibiría el dueño del restaurante a cambio de no haber desvelado esa puerta oculta a nadie.

Se marcharon por la puerta trasera, que les llevó a una calle llena de cubos de basura, donde iban a parar los desperdicios del restaurante. Al fondo, un Hummer negro con las lunas tintadas. El agua caía muy intensamente. Llevaba lloviendo un par de días, pero ahora diluviaba con mucha fuerza. Los relámpagos iluminaban el callejón.

Hugo sacó el mando del bolsillo y apuntó al coche. Desplegó su paraguas para que el papa no se mojara y abrió la puerta trasera del vehículo con gesto servil, pero el santo padre le cedió el paso. Cogió el mando y el paraguas. Hugo lo miró con cara de extrañeza y levantó los hombros en señal de aceptación. Los ojos negros y profundos del papa lo observaban fijamente. Con un movimiento de sus pobladas cejas le indicó que subiera al coche. Obedeció.

«Le apetecerá conducir», se dijo.

Llegaron al aeropuerto de Roma-Fiumicino y aparcaron dentro del garaje privado, situado en las mismas pistas de aterrizaje.

—No bajes del coche, tengo algo que contarte.

Se sentó junto al secretario en la parte de atrás.

«¿Qué querrá?».

El papa comenzó a hacerle preguntas sobre religión y sobre Dios. Hasta que señaló al fondo del garaje.

—Entonces, hijo mío, estás listo. ¿Ves la caja que está al lado de la mesa, allí al fondo?

—Sí.

«¡La había guardado aquí! Por fin me lo va a explicar. A ver qué es lo que tiene dentro de esa maldita caja». Se giró para mirarla y de repente empezó a notar una presión en el cuello. Se estaba quedando sin oxígeno. Trató de liberarse. Notó un cordel, pero no lograba quitárselo. Cuanta más fuerza hacía para soltarse más presión notaba en la garganta. Desesperado, decidió hacerse el muerto. No tenía nada que perder, ni ninguna otra alternativa. Tomó el aire que pudo y poco a poco fue dejando caer su cuerpo, como si ya no tuviera vida.

El papa siguió tirando del cordel pero cada vez con menos fuerza.

Hugo no respiraba. Contaba con, al menos, un minuto de oxígeno en sus pulmones. «Un largo de la piscina en la que nado todos los días». Tenía que quedarse totalmente quieto para intentar que el santo padre no se diera cuenta del engaño. Era la única forma de salvar su vida. Pasó medio minuto y Hugo no se movía, se había desplomado sobre el asiento. Notó cómo su agresor bajaba del coche, pero por precaución siguió sin moverse. La puerta se volvió a abrir y sintió que le tapaba con una manta y lo empujaba para que cayera a la zona de los pies. Escuchó la puerta del aparcamiento cerrarse de golpe.

El papa, ahora vestido con unos vaqueros y una sudadera con capucha, subió a su avión, que le esperaba cerca. Con esa ropa tenía un aspecto aún más juvenil del que aparentaba. Los cuarenta y dos años que acababa de cumplir lo convertían en uno de los papas más jóvenes de la historia.

Dentro del coche, el secretario dejó pasar un tiempo prudencial antes de volver a moverse. «Al final resulta que tenían razón. Menudo hijo de puta». Poco a poco fue incorporándose para asomar por la ventana. Estaba todo a oscuras. Tras volver a pensarlo se animó a bajar del coche. Sacó el móvil del bolsillo mientras pensaba en cuánta prisa debía de tener el papa. Ni siquiera le había tomado el pulso para confirmar su muerte. Hizo una llamada.

—¿Don Santiago?

—Sí, dime.

—Tenían razón. Ha intentado matarme.

—Te lo dijimos. ¿Dónde estás?

—En su garaje privado del aeropuerto.

—Vale. Envío ahora mismo a alguien para que te saque de allí. Ten en cuenta que habrá muchas cámaras grabando, así que intenta ser todo lo discreto que puedas.

—No creo que tenga ningún problema —decía mientras abría la bolsa que había en el maletero del coche—. Tengo su sotana y su sombrero. Creo que pasará por él perfectamente.

—Mejor.

—Por cierto, ¿sabe dónde estaba guardada la famosa caja que recibió el mes pasado desde Kufstein?

—¡No me lo puedo creer!

—Sí, voy a ver qué es lo que hay dentro.

Se acercó a la caja de cartón y rompió el embalaje.

—¡Informa!

—Efectivamente, no se lo va a creer. Le mando una foto al teléfono para que lo vea usted mismo.

Al recibirla, don Santiago abrió los ojos como si estuviera viendo un fantasma. Se trataba de una cruz de madera de tamaño natural y estaba casi seguro de que era la misma que robaron del Museo Egipcio de El Cairo hacía un par de meses. Decían que esa era la cruz donde murió Cristo y que había estado oculta hasta que una banda de criminales asaltó un chalé de las afueras de Berlín y, por casualidad, la encontraron allí. La habían intentado vender en el mercado negro a un coleccionista, pero un chivatazo puso a la policía en alerta y consiguieron recuperarla.

—Van a ir a buscarte con una furgoneta. Cargad la caja y sacadla de allí. Luego ya veremos cómo procedemos. Tú, de momento, haz caso a la persona que mandemos a recogerte y estarás seguro.

—Muy bien, don Santiago. Estaré preparado.

Hugo se puso la ropa papal, se ajustó el sombrero y siguió registrando el garaje por si encontraba algo interesante. Pasada media hora sonó un claxon fuera.

Dos horas más tarde, el avión del papa aterrizaba en Madrid-Barajas. Allí le esperaba otro Hummer, esta vez blanco impoluto.

—Su santidad —empezó a hablar el conductor sin mirar por el espejo—, me han pedido que le dijera que todo está dispuesto, tal y como solicitó. El señor Torres y el señor Ortega le están esperando.

«Eso es lógico, si tenemos en cuenta que es lo mejor que van a poder hacer en sus detestables vidas», pensó mientras miraba por la ventana.

Tras más de una hora y media por los atascos habituales de la capital, llegaron a un hotel. El coche bajó una rampa cercana, donde había plazas de aparcamiento individuales y cerradas. Entraron en una de ellas y una persiana metálica bajó tras ellos. El chofer salió del coche y abrió la puerta trasera, echándose a un lado y bajando la mirada para no encontrarse con los ojos del pontífice.

—Le voy a hacer una pregunta y espero que sea totalmente sincero, porque conozco la respuesta. ¿Qué piensa el mundo de los cristianos?

—¿Eh? —Tragó saliva—. No... No lo sé.

—¿Usted cree en Dios, nuestro señor todopoderoso? —suspiró.

—Por supuesto. Acompaña mis acciones y me guía en mi camino.

—Así es, hijo mío —contestó el santo padre mientras ponía su gran mano en su colleja—. Así debe ser.

El chofer se relajó. Se había quitado un peso de encima porque sabía del carácter del nuevo papa. Miró cómo se encaminaba al ascensor que había dentro del aparcamiento.

El pontífice pulsó el único botón que había en la cabina. Las puertas se cerraron y comenzó a subir. Cuando se abrieron vio una gran sala con tres sillones, una mesita perfectamente encuadrada entre ellos y una cristalera enorme desde la que se veía toda la ciudad. A su derecha, un mueble bar en el que estaban tomando una copa dos hombres, que dejaron los vasos para acercarse a recibirle.

«Continuemos», pensó.

# **Primera Parte**

# Capítulo 1

—Me gusta estar tan alto. Es como estar más cerca de Dios. Si se afina el oído, incluso se le puede escuchar —decía el papa mientras miraba por la inmensa cristalera—, ¿no creen?

—Por eso mismo compré este edificio, su santidad. ¿Sabe que en este momento está en el lugar más alto de Madrid? —se pavoneaba Ortega con aires de prepotencia.

—La cercanía a Dios no es suficiente para que nos ame, hijo mío. Usted puede creer que está muy cerca de Él y Él, quizá, ni siquiera le mire. No tengo mucho tiempo. Quiero ver todos los detalles antes de proceder. Tengo asuntos que tratar en el Vaticano y cuanto más rato estoy aquí, más quedo al descubierto —dijo sin quitar los ojos de la panorámica que le ofrecía la ventana—. Contadme.

Ortega se acercó al mueble bar para recoger su copa. Quitó el tapón a la botella más robusta y oliéndolo le preguntó al santo padre:

—¿Querrá probarlo, su santidad? —Le enseñó la botella de Yamazaki, uno de los mejores wiskis del mundo.

—Por lo que veo siguen siendo de gustos caros... No, prefiero un poco de vino.

Se acomodó en el sillón mientras Ortega descorchaba una botella de Vega Sicilia que sacó de la vinoteca y le sirvió una copa. El papa olió el caldo y lo cató. Una ligera sonrisa se dibujó en su cara.

Ortega se sentó en el sillón de la izquierda. Torres también recogió su copa y abrió un ordenador portátil junto a las bebidas. Con un mando a distancia oscureció los cristales y desplegó una pantalla que ocupaba toda la pared de la puerta por la que se entraba al ático. Apuntó al techo y bajó un proyector. Dejó el mando en la mesa y tomó el control del portátil. Varias imágenes de una chica se veían a la derecha de la gran pantalla.

—Tras varios meses buscando creemos que ella se ajusta perfectamente al perfil. Se llama María Jesús, tiene veintiún años, es huérfana desde los dos y no tiene familia conocida. Ha vivido entre casas de acogida y conventos toda su vida y el año pasado decidió independizarse.

—Muy bien —asintió el papa.

—Empezó a trabajar de cajera en un supermercado y a los seis meses la echaron. Vive alquilada en San Pablo, un barrio de Zaragoza —continuó Torres—. Ahora no tiene empleo. Se costea el alquiler trabajando para el dueño del edificio en la limpieza de las zonas comunes y como su asistente durante cuatro horas al día.

—Pero no recibe ni un euro —añadió Ortega—. Todo es para pagar el alquiler. Yo creo que mantienen una relación.

Las fotos de la chica pelirroja iban pasando en el proyector.

—Le gusta salir por las noches a ligarse a hombres mayores con el ánimo de que le inviten a cenar y así llevarse algo de alimento a la boca. Su única posesión material, aparte de la ropa, que sepamos, es un móvil que robó hace un par de meses de la mesa de un restaurante. No puede llamar porque no tiene saldo, pero lo utiliza para buscar trabajo en Internet según sus registros de navegación.

—Gracias a la red wifi de su vecino —volvió a matizar Ortega.

—Exacto. No depende de nadie, ni nadie depende de ella. Entiendo que debería ser muy fácil.

Se produjo un silencio.

—Para ser sinceros, tras encontrarla no hemos buscado más porque a nuestro entender es perfecta. ¿Qué opina? —le preguntó al santo padre, deteniendo el proyector.

—Es una mujer muy bella, puede que demasiado. Eso nos puede ocasionar problemas. Pero su entorno y su pasado son los adecuados.

—Eso pensamos.

—¿Y el hombre?

—Ayer por la mañana, el ordenador nos avisó de una alta nueva en la web Life, otra de las redes que vigilamos. El perfil se acercaba al que nos pidió —dijo Torres cambiando las diapositivas—. De momento no sabemos el nombre real. Se hace llamar «pepel4», tiene veinticuatro años y en el formulario de acceso dice que es de Barcelona, pero que ha vivido casi toda su vida en Argentina. Es de prever que aquí no tenga mucha familia. Habría que investigar más.

—Esta misma mañana le hemos seguido. —Ortega se levantó del sillón y se sirvió otra copa antes de continuar la explicación—. Hemos preguntando por los lugares que frecuenta y nos han dicho que trabaja media jornada repartiendo publicidad de una tienda de compraventa de oro por las Ramblas.

—No consta en ningún registro que haya terminado los estudios básicos. Al parecer tiene alquilada una habitación en un piso de inmigrantes.

Torres dejó de hablar para mirar la cara del papa. Esperaba aprobación, pero este permanecía absorto en la imagen de la pantalla. Parecía que no había escuchado nada de lo que le habían estado contando.

—Es atractivo —dijo al fin, levantándose del sillón—. No tiene cara de ser muy inteligente. Quiero saber si tiene algún familiar en España. Si no lo tuviera, activen el protocolo tres inmediatamente. Quiero el informe diario de cómo transcurre todo antes de las nueve de la noche.

—Así será.

—Regreso al Vaticano. Tengo otros asuntos importantes que he dejado sin terminar.

Alzó la mano y ambos besaron el anillo papal con gesto de sometimiento. La pantalla se replegó sobre el techo y el papa salió por la puerta sin despedirse. Abajo estaba esperando el chofer. Le abrió la puerta con la cabeza gacha y lo llevó de nuevo al aeropuerto.

Ortega y Torres se miraban con cara de satisfacción. Sabían que si el santo padre estaba contento su camino iba a ser mucho más sencillo. Tenían la sensación de que la reunión, pese a ser una de las más cortas que habían tenido con él, fue también de las más productivas.

Ortega tenía múltiples negocios por todo el mundo en los que su principal y prácticamente único cliente era la Iglesia católica. Desde comedores sociales hasta empresas de reciclaje de ropa, pasando por los terrenos en los que se levantaban los nuevos templos o las empresas que los construían. El papa se puso en contacto con él directamente para encargarle un proyecto único, y obviamente aceptó.

Por otro lado, era la primera vez que Torres trabajaba para el Vaticano. Esperaba que este trabajo fuera el más importante de su vida pese a contar ya con innumerables éxitos profesionales a sus espaldas. La envergadura de lo que tenían entre manos era tal que incluso se había separado de su familia. Su mujer se había tenido que ir a Alemania por motivos de trabajo llevándose a su hijo con ella, pero él decidió quedarse en Madrid para atender la petición del Vaticano. Ortega le pidió, como favor personal, que trabajara en cuerpo y alma en este encargo y no dudó ni un segundo en dejarlo todo por su nuevo cliente. Su mujer no lo entendió. No le pudo dar ningún

detalle de la petición papal y, debido a que en tema de ambiciones eran iguales, hizo las maletas y se marchó. Torres sabía que cuando todo terminara su mujer lo comprendería y volverían a estar juntos.

## Capítulo 2

—¿Puedo pasar? —preguntó María Jesús cuando su casero le abrió la puerta.

—Sí, claro. Pasa.

—¿Qué es eso que me tienes que contar? Esta mañana me has dejado preocupada.

—Bueno, es algo que nos concierne a los dos, pero para ser sincero creo que a ti te va a afectar más y quería que te enteraras por mí.

—Venga, Javi, al grano. Sabes que no me gustan los rodeos.

—Bueno, el tema es que ayer, cuando me marché por la tarde, fue para ir al notario...

—¡Javi!

María Jesús lo miró con gesto de impaciencia.

—Ayer vendí el edificio —dijo sin poder levantar la mirada del suelo.

La cara de María Jesús cambió. Los ojos se le empañaron. Aunque le hacía trabajar muchas horas en el edificio, Javi la trataba bien y le permitía quedarse en el apartamento que de otra forma no se podría permitir.

—¿Y te han dicho que va a pasar con los inquilinos? —preguntó con temor.

—De momento no sé nada. Tengo que cederles todos los contratos de alquiler para que los revisen. No sé si querrán tirar el edificio para hacer uno nuevo, rehabilitarlo, no hacer nada... No sé. No te puedes imaginar cuánto lo siento.

—No adelantemos acontecimientos. —Se restregó los ojos que estaban a punto de llorar—. Cuando tenga algo por lo que preocuparme ya me preocuparé —concluyó.

Se levantó del sillón de cuero y se despidió dándole dos besos en las mejillas. Javi se sorprendió porque era la primera vez que le besaba. Abrió la puerta, salió y subió las escaleras para volver a su piso. En el rellano del segundo se cruzó con una chica rubia que saludó educadamente.

«Una nueva. No te acomodes mucho», pensó mientras le devolvía el saludo con un gesto de su cabeza.

La nueva inquilina sacó las llaves del bolso y abrió la puerta del segundo B. Dejó el maletín que llevaba colgado del hombro sobre la mesa del salón y fue al dormitorio. Abrió una de las dos maletas que había encima de la cama y sacó toda la ropa. La fue colocando en el armario muy ordenadamente: pantalones, faldas, vestidos... Cuando terminó abrió la otra y sacó botas y zapatos, que también colocó, perfectamente ordenados por colores, en la parte de abajo del armario. Metió las maletas vacías bajo la cama y se fue al baño para darse una ducha. Se puso un albornoz, se sirvió una copa de vino y se sentó frente a la mesa del salón. Abrió el portátil y empezó a leer el correo.

—Life —dijo en voz alta—. Vamos allá.

¿Nombre?

Carla.

¿Edad?

Veinticuatro.

¿Alias?

CarlaBella.

Fue completando el formulario de registro. Tenía tantas preguntas que tardó más de veinte minutos en terminarlo. Mientras lo iba rellenando se sirvió otra copa de vino. Siguió las instrucciones que la web le iba indicando hasta que leyó:

Su registro se ha completado. En pocos minutos le enviaremos un correo electrónico con candidat@s que se ajustan a su perfil.

Se levantó de la silla y miró por la ventana. Nadie andaba por la calle, aunque no era muy tarde. Únicamente se veía a una chica en la esquina del edificio, seguramente esperando a que alguien la comprara por un rato. De repente un pitido en el ordenador indicó que había llegado un correo nuevo. Se volvió a sentar y lo abrió. El remitente era Life:

Estos son los candidatos que más se acercan tanto al perfil que nos ha facilitado como a sus preferencias.

Debajo había un listado de chicos con una breve descripción y una foto. Las fue mirando y leyendo una a una.

—Aquí estás —dijo en voz alta de nuevo.

Pinchó en el botón de contactar que había debajo de la foto y rellenó un cuadro de texto:

Hola, soy Carla, de Zaragoza. Me han mandado tu perfil por Life y me gustaría conocerte. ¿Qué te parece si quedamos este fin de semana?

—Perfecto.

Pulsó el botón de enviar y cerró el portátil. Cogió su libro electrónico, su copa de vino y se tumbó en el sillón a leer hasta que se le cerraron los ojos.

A trescientos kilómetros, en el siguiente segundo, sonó un pitido en el móvil de Pepe. Era una notificación de la aplicación de Life.

«Impresionante, en un día ya tengo más solicitudes que en todo el mes pasado con la otra aplicación. Esto es una maravilla», pensaba mientras volvía a guardar el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—Como te decía, me encantan las mascotas, en especial los perros, pero lo que más me gusta son los diplodocus. ¿Y a ti? —preguntó la chica que tenía enfrente, de la que ya no recordaba el nombre.

—¿Qué? Sí, sí, mucho —contestó él sin haber atendido a la pregunta.

—Mira, guapo, no estoy para perder el tiempo con un niño como tú. Ha sido un placer. Ya nos veremos por ahí y, si me permites un consejo, empieza a hacerle caso a la gente con la que quedas.

Se levantó y salió del restaurante sin mirar atrás.

—Joder. Vaya genio. Tampoco era la buena —dijo para sí mismo mientras se levantaba a pagar la cuenta.

Estaba en un barrio que no conocía y se había hecho bastante tarde, así que le pidió al camarero que le llamara a un taxi. En apenas cinco minutos llegó a la puerta del restaurante.

—A Colón, por favor.

El vehículo arrancó y empezó a adelantar coches por las calles de Barcelona. Pepe aprovechó el viaje para revisar las notificaciones de su móvil. Volvió a mirar los mensajes que le habían llegado de Life. Lo leía, entraba en el perfil y buscaba fotos. Si le gustaban, contestaba. Si no, borraba el mensaje.

«Esta chica está como un pan. Tengo que ver de dónde es. De Vigo. No me lo puedo creer, qué mala suerte tengo. Mil kilómetros como poco. Paso».

Así estuvo durante todo el trayecto.

—Ya hemos llegado. Son veinte con quince —le dijo el taxista.

—Es normal que nadie coja un taxi en esta ciudad. Cada vez que lo hacemos tenemos que empeñar un riñón para pagarlo.

Sacó la cartera y le dio el último billete que le quedaba.

—No tengo el pico.

—¡Va! Da igual. Venga, fuera, fuera.

El taxista cogió el billete y se volvió para arrancar el coche.

Pepe empezó a caminar mientras seguía mirando en el teléfono los perfiles de las chicas que estaban intentando contactar con él. Hoy ninguna le parecía lo bastante atractiva como para contestar. Cuando entró en el mensaje de CarlaBella y vio la foto pensó. «¡Guau! Menuda tía ¡No me jodas! Vive en Zaragoza. Bueno, le voy a contestar y a ver qué pasa».

Escribió un mensaje en su móvil y lo envió.

## Capítulo 3

El papa pasó todo el viaje de vuelta muy pensativo. El avión tomó tierra y fue atravesando las pistas de aterrizaje hasta que llegó frente a su estacionamiento privado. Con los motores todavía encendidos, el santo padre se despidió del piloto, bajó del avión y se puso la capucha de la sudadera antes de abrir la puerta. Sabía que nunca entraba nadie en su propiedad, pero prefería no correr riesgos.

Entró en el garaje y lo primero que vio fue la luz encendida. Se dirigió rápidamente al Hummer y al ver la puerta abierta rememoró la escena con Hugo.

«Estoy seguro de que las dejé todas cerradas».

Comenzó a ponerse nervioso.

—¡Mierda! No puede ser. Es imposible. ¡No está! —gritó—. ¿Quién se la ha llevado?

Miraba hacia el fondo del hangar, buscando su caja.

Fue hacia el coche. Tampoco había rastro del cuerpo de Hugo.

«Estaba muerto».

Revisó el garaje, buscando indicios de que alguien hubiera podido sacar el cuerpo del coche, pero no vio nada que le hiciera sospechar. Se sentó al lado de una mesa con recipientes, herramientas y algunos botes de pintura que estaba en la pared del fondo.

Cerró los ojos, respiró profundamente y empezó a recordar minuto a minuto lo que había pasado esa misma mañana.

—¿Sabes lo qué le dijo Cristo a san Pedro? —le preguntó mirándolo a los ojos mientras cerraba la puerta del Hummer tras de sí.

—Muchas cosas, su santidad —contestó Hugo tembloroso, acomodándose en el asiento trasero del coche.

—Tienes razón. —Sonrió levemente—. Un día muy concreto le dijo: «Aquel que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que la pierda por mi causa, la salvará».

—Sí, cierto.

—¿Verdad que tú crees en Dios, nuestro señor todopoderoso?

—Por supuesto, su santidad —respondió, casi como si fuera una máquina.

—¿Y entiendes que llevar a cabo su obra es la misión más importante que me ha encomendado?

—Sin ninguna duda.

—Entonces, hijo mío, estás listo. ¿Ves la caja que está al lado de la mesa, allí al fondo?

En cuanto se giró le pasó el cordel por encima de la cabeza hasta colocarlo en el cuello y empezó a tirar con todas sus fuerzas. Cada vez que se intentaba zafar él apretaba más fuerte. Hugo no tenía ninguna forma de soltarse. Cuando ya no se movía lo dejó caer sobre el asiento y se desplomó.

Salió del coche y fue al asiento del copiloto, donde estaba su bolsa con ropa y una manta sin estrenar. Se puso los vaqueros y la sudadera y usó la manta para ocultar el cuerpo de Hugo dentro del coche. Metió la bolsa en el maletero, lo cerró con el mando a distancia y se acercó a la caja de cartón. La abrió y disfrutó de su cruz.

—Perfecta. Como sea verdad lo que me han dicho de ti... Cuando vuelva te llevaré a un sitio aún más seguro —dijo.

Cerró la caja. Apagó la luz. Se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera y salió.

Abrió los ojos. Ahora la caja no estaba, Hugo no estaba y no había nada que le pudiera dar una pista de lo que había podido ocurrir allí en su ausencia. Se estaba arrepintiendo de haberle dicho al director del aeropuerto que no quería que instalaran ese sistema de vigilancia. Cuando se lo propuso no podía dejar de pensar que nunca sabría quién estaba mirando al otro lado de la cámara, aunque el director le jurara y perjurara que nadie más que él tendría acceso a ese circuito cerrado. El papa no se fio y no se instaló sistema alguno. Sin embargo, las puertas de acceso del garaje eran probablemente lo más seguro que había en el mercado.

Montó en el Hummer y puso rumbo al callejón del restaurante por el que había salido con su secretario hacía apenas siete horas. Conectó su teléfono móvil y dijo en voz alta:

—Llamar. Guido.

El manos libres del coche empezó a reproducir el pitido de llamada. A los cinco tonos se escuchó por los altavoces:

—Su santidad, ¿qué puedo hacer por usted?

—Necesito saber qué ha pasado durante toda la mañana en mi garaje del aeropuerto. Es muy urgente.

—Pero, señor, usted me dijo que no instalara la cámara de seguridad.

—Ya sé que no hay cámara dentro. Necesito ver lo que ha pasado fuera —replicó con tono enfadado.

—Deme un minuto. Voy a mirar los registros de las cámaras cercanas y en cuanto lo tenga le llamo.

—Sí, dese prisa.

El papa colgó la llamada con un botón del volante.

Siguió conduciendo por las calles de Roma hacia el restaurante, pensando en lo que podía haber ocurrido. No llegaba a ninguna conclusión. A los pocos minutos, el manos libres volvió a hablar:

—Llamada entrante. Guido.

El santo padre pulsó otro botón del volante y cogió la llamada.

—¿Qué tiene?

—Su santidad, me encuentro algo confuso.

—No me importa lo más mínimo cómo se encuentre, Guido.

—El video...

—¡Dígame de una vez qué es lo que ha pasado! —gritó hacia el pequeño micrófono situado al lado del volante.

—Sí, señor. Una de las cámaras exteriores ha grabado la llegada de su coche por la mañana. Unos minutos más tarde alguien ha salido del garaje y ha cogido su avión, y un par de horas después ha llegado una furgoneta blanca a buscarle.

—¿Qué más? ¿Qué más ha visto?

—Pero...

—¡Conteste!

—Usted ha abierto la puerta de los vehículos. Una mujer ha entrado en el garaje y juntos han sacado una caja enorme. La han cargado en la furgoneta y se han marchado —obedeció el director muy confuso.

El silencio se hizo en el habitáculo. Los pensamientos del papa maldecían a Hugo. Ahora todo cuadraba. Su enfado se iba incrementando según visualizaba la escena. Respiró profundamente para tranquilizarse y volvió a dirigirse al director del aeropuerto.

—Mándeme ese vídeo inmediatamente al correo habitual. Después borre el archivo.  
—Así lo haré, su santidad. ¿Puedo ayudar en algo más?  
—Sí, instale la maldita cámara —concedió con voz resignada.  
—Ahora mismo mando al técnico para que lo haga. Aprovecho y le mando al correo también las instrucciones del sistema cerrado y sus claves personales.  
—De acuerdo.  
Colgó sin despedirse.

## Capítulo 4

El móvil de Carla pitó.

Hola, CarlaBella. He visto tu mensaje por Life. Yo vivo en Barcelona y había pensado ir este fin de semana a Zaragoza. Nunca he estado y me gustaría conocer la ciudad y de paso a ti. ¿Te parece bien?

—¡Bien! —dijo para sí misma. Se apresuró en contestarle para no darle tiempo a cambiar de opinión.

Hola, Pepe. Sí, claro que me apetecería. Voy a preparar un fin de semana genial. Por cierto, cerca de mi casa hay un hostel muy económico por si quieres hacer noche. Si me pasas tu móvil te mando el enlace. Nos vemos.

Al momento el móvil volvió a pitar. Pepe le había enviado otro mensaje junto con su número de teléfono:

Genial. Pásamelo y así reservo ya. Iremos hablando y quedamos por la estación, que no conozco nada de la ciudad. Nos vemos.

Carla agregó el contacto en su agenda y envió el enlace directo a la web del hostel para que no tuviera ningún problema con la reserva. Después se duchó, se arregló y bajó al patio de la casa. Habían preparado varias sillas y un atril. La reunión con el nuevo dueño del edificio estaba a punto de empezar. Cuando Carla llegó ya estaban casi todos los inquilinos sentados. El nuevo propietario aún no había llegado. Los ojos se le fueron directamente hacia la melena pelirroja de María Jesús. Se sentó en una de las sillas metálicas y esperó.

Siguieron entrando vecinos y, a los pocos minutos, un hombre muy elegante. Llevaba un traje negro a juego con la camisa y la corbata. El pelo recogido en una coleta chocaba con la sobriedad del conjunto. Cuando irrumpió en el patio se hizo el silencio. Se colocó detrás del atril, frente a todos ellos, y empezó a hablarles.

—Señoras, señores, buenas tardes. Mi nombre es Lucca y, como supongo se imaginarán, soy el nuevo dueño del edificio.

Un murmullo se hizo presente en la sala. Por lo visto no todos los inquilinos habían sido avisados de la venta del inmueble.

—Les hemos convocado para avisarles de que tenemos prevista la demolición de esta propiedad en el plazo aproximado de un año. Ya tenemos todas las licencias, pero la ley nos obliga a darles ese tiempo de cortesía para que puedan mudarse antes de empezar las obras. Por otra parte, el local que ahora está cerrado lo vamos a convertir en un restaurante de comida rápida para sacarle algo de rendimiento, así que mañana comenzaremos las obras, que espero les molesten lo menos posible.

Cuando terminó de hablar se produjo otro silencio incómodo en el que nadie hizo ni un solo comentario. Todos estaban esperando algo más, alguna explicación de por qué, pero no llegó.

—Si nadie tiene nada que decir ni preguntar... podrán ir dejando las llaves al antiguo propietario y don Javier nos irá comunicando las bajas —añadió Lucca mientras se levantaba abrochándose el botón de la americana—. Se me olvidaba. Durante este tiempo, y por las molestias que les vamos a ocasionar, no será necesario que nos abonen las cuotas de alquiler, pero no nos obliguen a tener que desalojar a nadie porque, en cuanto llegue el día, lo haremos muy

gustosamente —concluyó justo antes de salir por la puerta.

Los inquilinos se miraban los unos a los otros buscando a alguien que diera su opinión, pero nadie se pronunciaba. La primera en levantarse y salir del patio fue María Jesús. Subió las escaleras y entró en su casa. Fue directa al dormitorio muy pensativa, se tiró en la cama y, mirando al techo, buscó alguna salida a su situación.

«Ya sabías que no iba a ser fácil, pero vas a salir de esta, como lo has hecho siempre. Solo necesitas un plan. ¡Vamos, piensa!». Tras darle muchas vueltas y no encontrar solución, decidió ducharse y acudir a su bar de siempre a intentar convencer a algún ingenuo para que la invitara a cenar.

—Estás impresionante, ¡guapa! —se dijo mirándose en el espejo que tenía al lado de la puerta.

El vestido rojo que se había puesto mostraba toda su espalda. Llevaba un tatuaje que le ocupaba los omoplatos y la columna vertebral. Era un diseño tribal que, según le había dicho quien se lo hizo, se tatuaban antiguamente para obtener fuerza de los elementos. Pese a su educación católica, ella también creía en ese tipo de fuerzas y, una noche en la que se puso muy tierna con el dueño de la tienda de tatuajes, consiguió que se lo hiciera sin tener que pagarle nada.

Se subió las cremalleras de las botas altas, cogió un bolso de mano de la entrada del piso y metió su móvil, un tarjetero en el que solo llevaba su DNI, un paquete de pañuelos y el pintalabios. Cerró la puerta de casa con llave y bajó las escaleras. Se fijó en una furgoneta aparcada en frente con un logotipo que no había visto nunca. Debía tratarse del negocio de comida rápida que iban a abrir los nuevos dueños del edificio. Puso rumbo al bar donde solía pasar las noches.

Dentro de la furgoneta hacía un calor inusual, se había estropeado el climatizador, pero como ya había instalado todo el equipo de seguimiento, con ordenadores, monitores y demás artilugios técnicos de última generación, ya no la podía llevar al taller para repararlo. Estaba acostumbrado a condiciones de trabajo como esas y bastante peores.

—Lorién, ¿me escuchas?

—Perfectamente, Roberto —dijo hablando a la manga de su americana.

—La pelirroja acaba de salir de casa. Supongo que iré al bar de todos los días. ¿Estás preparado?

—Sí. El equipo dos ¿cómo va?

—Me acaban de confirmar que también están preparados. Esperan tu llamada para acudir a donde les digas.

—Perfecto. Confirmame que llega al bar.

—No puedo mover la furgoneta de aquí. Cuando ha salido de casa la ha visto. No quiero que sospeche lo más mínimo —dijo Roberto.

—Sí, será lo mejor. Voy al bar y si no está allí lo dejamos para otro día.

—Como quieras. Tú mandas. Deja la línea abierta.

—Ok —concluyó Lorién.

El transmisor que llevaba en el oído era prácticamente invisible para cualquiera. Contaban con la última generación de tecnología en todos los sectores: ordenadores, cámaras, micrófonos... El valor de lo que había dentro de la furgoneta que vigilaba la casa de María Jesús podría ser superior a cinco millones de euros. El Vaticano no escatimaba en gastos, y menos cuando el cometido venía desde las altas esferas.

No tenían mucha información sobre lo que estaban haciendo. Simplemente habían recibido una misión con un objetivo muy sencillo y lo iban a realizar sin hacer ni una sola pregunta. Por eso, y porque nunca habían fallado, eran los mejores y los más demandados para ese tipo de encargos.

El bar era un sitio caro. María Jesús no se podía permitir ni si quiera una cerveza, pero siempre llegaba alguien que terminaba pagándole algo. Además los viernes solían llegar más clientes nuevos que no la conocían.

«Hoy va a estar complicado. Las mismas caras de siempre. Las mismas miradas sucias... ¿Qué estás haciendo con tu vida?», pensaba mientras se sentaba en un taburete de la barra, haciendo ver que esperaba a alguien.

El camarero ya ni le preguntaba qué le servía. Simplemente la ignoraba como todas las noches. Un hombre entró en el local. No lo había visto nunca. Al acercarse a la barra, escuchó como pedía un *gin-tonic* de Tanqueray sin especias. Solo por el reloj que llevaba, María Jesús lo marcó como su objetivo para esa noche. Se levantó y tomó asiento en la silla que estaba a su lado. Le preguntó:

—¿Es la primera vez que vienes por aquí, no?

«Guau, ha tardado menos de lo que pensaba en venir a por mí».

—Sí, acabo de mudarme a este barrio. ¿Nos tienes fichados a todos?

—Me llamo María Jesús, ¿y tú? —contestó ignorando su pregunta y sonriendo, en un intento de encontrar complicidad.

—Lorién.

Se incorporó, le dio dos besos en las mejillas y esperó a que ella diera el siguiente paso. Así lo hizo. Trabaron una conversación tras otra. Él le pagó cada una de las cervezas que se tomó y, cuando ya llevaban más de una hora hablando, María Jesús se levantó, pidió disculpas y se dirigió al baño.

Parecía una auténtica profesional de la seducción. Controlaba los tiempos, los roces, las risas más subidas de tono. Se insinuaba con la mirada, al tocarse el pelo, en cada movimiento de cabeza. Estaba impresionado. Aquellos ojos verdes le parecían los más bonitos que había visto nunca y, sin embargo, en el fondo tenían una expresión triste. Miró a su alrededor y aprovechó que nadie le veía para verter unos polvos en la cerveza de la chica.

En el baño, ella se retocó el maquillaje, incluido el de los labios, y volvió a la barra. Continuaron con la amena conversación y las risas.

—¿Qué te parece si nos vamos a cenar a algún sitio? —preguntó María Jesús.

—Me parece bien, pero antes otra copa, ¿no?

—Vale, pero como siga bebiendo cervezas me voy a emborrachar. No estoy muy acostumbrada al alcohol —mintió.

—Desde luego no es mi intención —mintió él también.

Después de esa copa se pidieron otra y así siguieron un rato. María Jesús seguía bebiendo cervezas y Lorién continuaba con los *gin-tonics*. Una hora después, ella se empezó a encontrar un poco mareada, y eso que normalmente era capaz de beber mucho más de lo que había bebido esa noche.

—Creo que necesito comer algo.

—Sí, yo también. Los *gin-tonics* me dan hambre. ¿Conoces algún sitio por aquí cerca?

—Si quieres, hay un restaurante que, creo, no cierra hasta las dos de la mañana.

—Vale, me parece bien.

Salieron del bar y empezaron a caminar rumbo al restaurante. Pero a los dos minutos María Jesús empezó a notar que sus piernas flojeaban. Le costaba mucho tenerse en pie y la cabeza le daba vueltas.

Cuando dijo que no se encontraba bien, su acompañante ya sabía que la droga estaba haciendo efecto.

—No me encuentro bien —le dijo a Lorién mientras este la sostenía por la cintura—. Me estoy mareando mucho.

—¿Quieres que te lleve a casa? ¿Llamo a una ambulancia? No sé, dime algo. ¿Qué quieres que haga?

Lorién era consciente de que se iba a derrumbar en cualquier momento y estaba midiendo las palabras para que los recuerdos de ella fueran los que él quería. Estaba siendo lo más amable que podía para no generar ninguna sospecha. Quería que cuando los efectos de la droga se disiparan no pensara que él había tenido nada que ver con su estado.

—No sé, no tengo fuerzas. Llama a urgencias. No puedo...

El cuerpo de María Jesús se derrumbó.

Lorién sacó el móvil rápidamente:

—Estamos en la calle Coso, al lado de la plaza de España.

—Vamos para allá —contestó la voz al otro lado de la línea.

—Ok, no me muevo de aquí.

Colgó.

En menos de dos minutos llegó una ambulancia, frenó bruscamente justo delante de ellos y el portón de atrás se abrió de golpe. Lorién subió a María Jesús y el hombre que le esperaba cerró el portón mirando a ambos lados de la calle. Colocaron el cuerpo inconsciente de ella en la camilla y le pusieron cada pierna en un reposapiés. La tenían puesta como si se tratara de una consulta ginecológica. Lorién se puso unos guantes de látex. Sacó de una nevera una jeringuilla bastante grande.

—Pásame el móvil —pidió al hombre que tenía al lado, mirando cómo llevaba a cabo su función.

—Tenga, doctor.

—Gracias.

Lorién marcó mientras quitaba las piernas de María Jesús de los reposapiés y las colocaba en la camilla.

—Protocolo cuatro activado.

—Perfecto, no esperaba menos de ustedes —dijo la voz al otro lado.

—Continuaremos con el seguimiento y vigilancia activa hasta dentro de ocho semanas. Entonces activaremos la siguiente fase. Le iremos informando.

—Que así sea. Lorién, nunca se lo he preguntado pero ¿usted cree en Dios, nuestro señor todopoderoso?

—No, señor.

—¿Y puedo preguntar por qué?

—Tengo bastante con lo mío como para tener que dar cuentas a un ser superior, ¿no cree?

—Totalmente de acuerdo, pero tenga en cuenta que al final no será usted mismo quien se juzgue, sino que eso será trabajo del Altísimo.

—Ni usted ni yo veremos eso, me temo.

Colgó sin despedirse.

—Ya podemos ir al hospital —le dijo Lorién al conductor.

## Capítulo 5

Carla apuró su taza de café cuando escuchó por el altavoz de la estación avisar de la llegada del AVE de Pepe. Salió de la cafetería y fue directamente a la zona de espera de pasajeros. Cuando llegó el tren al andén, su cuerpo se estremeció. Notaba cómo se estaba poniendo nerviosa, cómo le empezaban a sudar las manos y la respiración se le aceleró.

«Tranquila, Carlita. Es uno más».

Rápidamente lo distinguió entre la multitud. Era bastante alto y su barba de tres días y su aspecto desaliñado le hacían sencillo de localizar entre tantas personas trajeadas. Al verlo mirar la estación de arriba abajo supo que no le había mentido y que era la primera vez que estaba allí. Carla empezó a hacerle señales con la mano y Pepe la detectó muy rápido.

«Vaya, es imponente. Pedazo de chavala. A ver cómo acaba esto», pensaba mientras le hacía señales para que supiera que la había visto.

Subió las escaleras que separaban el andén de la zona de espera y cuando llegó hasta ella aún le impresionó más. Era aproximadamente de su estatura. Llevaba un vestido bastante ceñido blanco y negro que combinaba perfectamente con los zapatos. Llevaba su pelo rubio recogido en una coleta larga que le llegaba hasta la cintura. Nada tapaba su preciosa cara, de la que Pepe se enamoró en cuanto se acercó para darle dos besos.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —preguntó Carla después de besarle.

—Ha ido genial. En lo que te quieres dar cuenta ya has llegado.

—Es que el AVE es una maravilla, ¿verdad?

—Sí. Un poco caro, pero merece la pena. Bueno, ¿qué hacemos? —preguntó Pepe ansioso.

—Tengo el coche fuera. Si quieres nos vamos y te voy contando por el camino. Te gustan los monumentos, ¿no?

—Claro —contestó mientras dibujaba una leve sonrisa en su cara.

—Vamos a ver la basílica del Pilar —sonrió levemente para hacerle ver que había cogido el piropo.

Salieron fuera de la estación y se montaron en el coche de Carla, un cuatro por cuatro amarillo.

—¡Vaya, menudo cochazo! ¿Te gustan los coches? —le preguntó Pepe totalmente impresionado.

—No, pero a caballo regalado no le mires el dentado, que decimos por aquí.

—¿Eh?

—Me lo regaló mi padre cuando terminé la carrera.

—Eso es un padre. Sí señor.

—Bueno. No te regalan un coche de cincuenta mil euros porque sí —dijo Carla con voz de resignación—. Supongo que le ayudaría a limpiar su conciencia. Ya te contaré... si te lo ganas.

—A mí el mío no me regaló un coche para limpiar su conciencia. En realidad nunca me regaló nada —replicó Pepe riéndose. Carla también rompió a reír.

Estuvieron toda la mañana viendo los lugares más emblemáticos del centro de la ciudad. No dejaron de hablar ni un minuto. Si Carla tenía conversación, Pepe no se quedaba atrás. Discutieron de política, de los toros, de series. Discutieron sobre cuál era mejor, si Android o iPhone. Comieron en un restaurante típico de la ciudad. En las caras de los dos se notaba que estaban disfrutando del día. Cuando terminaron, Carla lo llevó a pasear por el parque Grande. Las

conversaciones seguían fluyendo solas. No paraban de hablar y de reír. Llegaron a un bar en un rincón del parque. La música era muy suave y el ambiente extraordinario. Había mucha gente joven tomando copas aunque eran las seis de la tarde. Ellos también se pidieron las suyas.

Cuando Pepe volvió a mirar el reloj eran las dos de la mañana y el camarero les miraba con cara de querer que se fueran para recoger la única mesa que le quedaba y poder irse a dormir. Ambos se miraron y se volvieron a reír a carcajadas.

—Habría que hacer un pensamiento —propuso Carla.

—¿Eh?

—Ja, ja, ja. Que creo que tendríamos que pensar en irnos.

—¡Ah!

Pepe se volvió a reír.

—¡Camarero, la cuenta por favor! —dijo Carla en un tono lo bastante alto como para que le escucharan en la barra—. Esta ronda la pago yo, y así me debes una.

—Pero... Venga. Vale. Entonces la próxima la liamos en Barcelona.

—Hecho.

Se levantaron y se fueron hacia la entrada del parque donde Carla pensaba que habría algún taxi, pero la parada estaba vacía, así que saco el móvil y buscó en la agenda el teléfono de Radio Taxi y llamó. Aún estuvieron esperando más de veinte minutos a que llegara uno. Durante el trayecto siguieron las risas, ahora provocadas por las cuatro copas y todas las cervezas que se habían tomado, pero era igual de divertido para ambos.

Cuando llegaron al edificio de Carla siguieron hablando de todo un poco, y, cuando Pepe miró la hora en su móvil y vio que eran las cuatro de la mañana, le dijo a Carla:

—Oye, si mañana queremos hacer algo antes de que me vaya, sería una buena idea que me fuera a dormir a no ser que quieras...

—Es una buena idea que te vayas a dormir —le dijo mientras se reía.

Carla le dio un beso en los labios breve pero intenso.

—Tu hostel está justo en esa calle. Sales por esa y giras la primera a la derecha. Mándame un mensaje cuando llegues y me quedo tranquila.

Le dio otro beso y se metió en el portal.

Pepe se fue siguiendo sus instrucciones y encontró el hostel rápidamente.

—Es que no me lo creo. Si me lo cuentan no me lo creo —se repetía tumbado en la cama.

Al día siguiente todo fue muy parecido. Ambos se encontraban muy bien el uno con el otro y el único momento amargo fue el de la despedida en la estación.

—Seguimos hablando, ¿vale? —le dijo Carla.

—En cuanto llegue a casa me instalaré el Skype y así podemos ir viéndonos esta semana. Joder, ya tengo ganas de que sea viernes.

—Sí. A ver si se pasa rápido la semana.

Pepe cogió con sus manos la cara de Carla y le dio un beso muy apasionado. Ninguno de los dos se podía quitar una leve sonrisa de la cara. Pepe bajó al andén y subió al tren.

Carla suspiró.

## Capítulo 6

—¿Cree que deberíamos decírselo a la policía?

—No lo sé. Por un lado es importante localizarle. No sabemos dónde puede estar y si estará bien —contestó don Santiago—. Aunque por otro lado no creo que darle publicidad a la desaparición de su secretario sea lo que más le conviene en este momento.

—¿Llamo al ministro?

—Lamento no poder ayudarle. Yo no lo haría, pero entiendo que puede ser la mejor opción.

El papa tenía el teléfono en la mano y con los dedos golpeaba la mesa rítmicamente mientras sopesaba las posibilidades.

—Puede retirarse, don Santiago.

—Si necesita cualquier cosa no dude en llamarme a cualquier hora.

—Ya. Ya lo sé.

Cuando el cardenal salió del despacho, el papa pulsó el cinco. Tenía en la memoria los teléfonos de casi todos los ministerios.

—Su santidad. Dígame, ¿en qué tengo el honor de poder ayudarle?

—Señor ministro, esta vez sí que me va a poder ayudar usted a mí y no como es costumbre. Esta mañana ha desaparecido mi secretario, Hugo. No lo hemos vuelto a ver. Temo que le haya ocurrido algo.

—Esta misma mañana, entiendo y ¿dónde ha sido la última vez que lo han visto? —preguntó el ministro.

—Aquí, en mi despacho. Le pongo un poco en antecedentes. Hugo lleva un tiempo tomando medicación porque le diagnosticaron entre otras enfermedades, que ahora no vienen al caso, paranoia.

—Entiendo.

—Solo le pido que lo localice y lo traiga de vuelta con la máxima discreción. Como usted se imagina no nos gustaría que su enfermedad llegara a ser pública, por la repercusión que podría tener en los medios.

—Lógico —dijo el ministro.

—En realidad ya lleva un tiempo sin ejercer de secretario, pero no quiero hacerlo oficial hasta que no tenga decidido su sustituto.

—No se preocupe, su santidad. Ahora mismo llamo a la inspectora jefe de Roma para que ponga a nuestros efectivos a buscar. ¿Considera necesario que vigilemos las salidas de la ciudad? —preguntó el ministro.

—No lo sé. No creo que se intente marchar, aunque nunca se sabe qué le puede estar pasando por la cabeza. Haga lo que considere más oportuno para traerlo de vuelta lo antes posible.

—Así lo haré. Confíe en nosotros.

—Eso es lo que estoy haciendo. No haga que me equivoque. —Colgó el papa sin despedirse.

Otro teléfono sonó.

—Señora, el ministro del Interior por la línea dos.

—Pásemelo —contestó la inspectora jefe Vera Dominico—. Luigi, cuéntame, ¿qué ocurre?

El ministro le contó lo que había pasado con el secretario del papa y los deseos de este sobre el asunto. La inspectora llevaba poco en el cargo y se sorprendió de la petición, pero entonces le vinieron a la cabeza las palabras que su predecesor le había dicho antes de cederle el despacho:

«Este puesto no sale barato».

Ella aceptó lo que le dijo y puso en ese mismo momento a todos los efectivos a buscar al secretario por toda Roma. Le dijo al ministro que esperaba encontrarlo antes de veinticuatro horas y que en cuanto tuviera alguna novedad se lo haría saber. Todas las patrullas recibieron el aviso. Algunos policías se pusieron en contacto con sus chivatos para ver si podían sacar información rápidamente. Otros se montaron en los coches y empezaron a buscar por los barrios más conflictivos o imprimieron la foto y se dedicaron a enseñarla por las calles. Pese a ser un personaje público Hugo no acostumbraba a salir en los medios de comunicación, por lo que la foto no era de mucha ayuda.

Tras más de cuatro horas de búsqueda, nada. Había desaparecido.

Mientras tanto, la furgoneta iba a toda velocidad por las calles de Roma. El tráfico era muy denso, pero la conductora saltaba de un carril a otro sin ningún pudor.

—¿No crees que vas muy rápido sin necesidad? —preguntó Hugo.

—Me han pedido que llegue lo antes posible a la casa franca que tenemos. Es lo que voy a hacer —respondió la chica sin apartar los ojos de la carretera.

Una sirena sonaba a sus espaldas. Un coche de policía se colocó tras ellos.

—Mierda —dijo la conductora a la vez que paraba el coche a la derecha de la calle.

—Joder. Mira que te lo estaba avisando —dijo Hugo con cara de preocupación.

—Déjame hablar a mí. Tú no digas nada y menos con esas pintas.

Un policía bajó del coche y se acercó. Golpeó con los nudillos el cristal y le indicó que bajara la ventanilla.

—Documentación —dijo mirando a Hugo con ojos de asombro. Aún llevaba el traje papal.

Ella levantó el reposabrazos, sacó una carpeta con papeles y se la entregó al policía a la vez que le decía:

—Fiesta de disfraces.

—Apague el motor. Ahora vuelvo —le ordenó el agente.

Se llevó todos los papeles al coche patrulla y empezó a consultarlos con su compañero. Un par de minutos después volvió y le entregó al conductor la carpeta con toda la documentación.

—Puede continuar —le dijo.

Arrancó de nuevo el coche y prosiguió a toda velocidad.

—Pero... ¿Qué ha pasado? —preguntó Hugo sin llegar a creerse lo que acababa de pasar.

—Te lo puedes imaginar. La mano de tu jefe llega hasta muy arriba.

Llegaron a Cerveteri, un pueblo a menos de una hora de Roma. Aparcó la furgoneta en la parte trasera de un caserón aparentemente muy antiguo y la conductora le pidió a Hugo que ayudara a descargar la cruz. La metieron dentro de un cobertizo donde había gallinas y patos, por lo que pudo deducir que en esa casa solía vivir gente. Al momento una señora mayor les recibió invitándoles a entrar en la casa.

—Vamos dentro. No deberían tardar mucho en venir. Y cámbiate de ropa —dijo mirando a Hugo—. No conviene que te vea mucha gente.

—Voy.

Hugo entró en el caserón y la señora le indicó que podía subir al piso de arriba y coger lo que necesitara. Le pidió que se sintiera como en su casa y así lo hizo. Le invadió una sensación de seguridad que no tenía desde hacía mucho tiempo. La habitación era acogedora. Solo tenía un armario repleto de ropa de todas las tallas y estilos, una cama pequeña, una mesa de madera negra con un bote lleno de bolígrafos bastante antiguos y un cuaderno. La ventana daba directamente al cobertizo donde estaba la gran caja con la cruz. Corrió la cortina que llegaba casi hasta el suelo.

—Por lo menos aquí parece que estoy seguro —dijo para sí.

## Capítulo 7

Estuvieron hablando todos los días de la semana por Skype y ambos tenían muchas ganas de volver a estar juntos.

—Carla, ¿te puedo ser sincero?

—Claro. Debes.

—Te estoy echando de menos. Aunque hablemos todos los días, siento que tengo que estar contigo.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿Quieres que vaya este fin de semana a Zaragoza?

—Jo, no me digas eso. He quedado con unas amigas. Como me dijiste que tenías que trabajar hice planes.

«Si tuviera amigas...».

—No puedo aguantar más sin verte.

—Deja que mande un par de mensajes y te digo algo. Hace mucho que no las veo.

Él se armó de valor para invitarse a la casa de Carla porque, aunque ya habían quedado que la próxima cita sería en Barcelona, él en realidad no tenía ningunas ganas de que Carla conociera ni su entorno, ni su trabajo y mucho menos, si se daba la ocasión, su casa. Le había mentido cuando salió el tema del trabajo. Al escuchar que ella era becaria en una multinacional alemana, él no pudo decirle que llevaba colgado del cuello un cartel de «Compro oro» por las Ramblas.

—Venga, va. Vente, que he anulado la cena.

—¿De verdad?

—Claro. Reserva en el mismo hostel que el fin de semana pasado.

Pepe se apresuró en llamar para reservar dos noches, pero le dijeron que estaba todo completo. Ese fin de semana había un concierto gratuito de Héroes Mudos en el paseo de la Independencia y nadie se lo quería perder.

—Carla, no te lo vas a creer, pero no encuentro habitación en ningún hostel de Zaragoza.

—Es verdad, el concierto. No me acordaba.

Tras pensárselo unos segundos, Carla le ofreció un sillón para dormir en su casa. Entraba en sus planes intimar más que en la anterior visita de Pepe.

El fin de semana en Zaragoza fue genial. Pepe sentía que Carla era lo mejor que le había pasado en su desgraciada vida. Desde la muerte de sus padres y su hermano, él no había podido hacer nada de provecho. Se volvió de Argentina tratando de dejar allí el trágico accidente del que solo él sobrevivió. La mayoría de las noches, en sueños, seguía reviviéndolo:

—Unas luces me deslumbran mientras tomo una curva más rápido de lo que debería. Miro por el retrovisor y veo los ojos de miedo que ponen mis padres. Mi hermano, a mi lado, se agarra muy fuerte al cinturón de seguridad y yo trato de corregir la trazada. Pero es demasiado tarde y un coche que viene de frente nos impacta. Lo último que recuerdo de ese día es cómo abro los ojos en el hospital y una enfermera me pide que descance un poco más.

—Pepe, lo siento mucho —dijo Carla con los ojos llorosos—. Le abrazó y se hizo el silencio.

La velada había sido increíble. La confianza entre los dos se había disparado. Hablaron de todo un poco y como Pepe se encontraba tan a gusto se animó a contarle lo que le estaba atormentando

desde hacía mucho tiempo. La culpa le quemaba por dentro. Al final un psicólogo argentino consiguió que retomara su vida, pero de vez en cuando tenía recaídas y debía tomar muchos fármacos que le impedían trabajar en nada de una forma estable.

Hicieron el amor varias veces y siguieron hablando en la cama. Pepe nunca había sentido nada igual. La miraba como si estuviera admirando una obra de arte. Ella se quedó dormida y él pasó un rato más contemplándola antes de dormir.

«Si me lo cuentan no me lo creo», pensaba una y otra vez.

Al día siguiente salieron a dar una vuelta por la ciudad. Cuando bajaban por la escalera se cruzaron con María Jesús y Carla la saludó cortésmente.

«Este debe ser el edificio con las tías más guapas de Zaragoza», pensó Pepe al ver a la pelirroja.

Carla lo llevó a la zona del Tubo, un sitio muy conocido de tapas, de calles muy estrechas y con un montón de bares con muchas especialidades distintas. Todo fluía entre ellos a la perfección. Las conversaciones no terminaban, no dejaba de reírse. Ambos estaban disfrutando.

—Carla, ¿estás tan a gusto como lo estoy yo?

—Joder, Pepe, qué cosas tienes. Claro. Si no lo estuviera ¿crees que te habría invitado a quedarte en mi casa?

—Ya —le contestó—. He pensado en venirme a vivir aquí.

—¿Sí?

—En Barcelona no me retiene nada. Tengo una mierda de curro, vivo en una mierda de piso y estoy a trescientos kilómetros de mi única motivación para vivir.

Carla le besó.

—Sé que es un poco precipitado pero... bueno. Si quieres y hasta que encuentres algo, de forma temporal, puedes venirte a vivir a mi casa —dijo Carla esperando la respuesta afirmativa de Pepe.

—Carla, te lo agradezco en el alma, pero no quiero estropear esto que estamos empezando. ¿No crees que estamos corriendo demasiado?

—Aquí no esperes encontrar trabajo de un día para otro, y supongo que no tendrás mucha pasta ahorrada para poder alquilarte algo tú solo, ¿no?

—Hombre, algo tengo.

—No te engañes. No aguantarías ni dos semanas.

—¿Estás segura de lo que estamos haciendo?

—Sí —dijo Carla rotundamente.

—Entonces no me queda otra opción. Mañana me iré y vuelvo por la tarde con mis cosas. ¡Joder, es que no me lo creo, Carla! —gritó Pepe en medio del bar.

La volvió a besar bajo la atenta mirada de todos los que estaban tomando algo por allí.

María Jesús llevaba varios días pasándolo fatal. Sentía una resaca permanente. Un dolor de cabeza que no se le quitaba ni con las pastillas que se estaba tomando. Era la segunda caja que terminaba de la medicación que le habían recetado en el hospital y no conseguía encontrarse mejor.

—Si sigo así, voy a tener que volver al médico.

Lo último que recordaba era decirle a Lorién que pidiera una ambulancia y luego despertarse en el hospital sin él. No se acordaba de su cara así que no se lo podría agradecer aunque se cruzara

con él. En el hospital le dijeron que entró con un cuadro de intoxicación y que le tuvieron que hacer un lavado de estómago. Le aseguraron que en un par de días estaría como nueva, pero que intentara no tomar alcohol en un par de semanas para que se regenerara el estómago.

Llevaba desde entonces aprovechándose de Javi, que le había pasado un montón de comida congelada que le sobraba de su nevera porque ya dejaba el edificio. En la inauguración del local de comida rápida de abajo había cogido dos bolsas de la compra y las llenó con todo lo que pudo. Con eso ya tenía para pasar el próximo mes. Esa semana aprovechó para seguir con su búsqueda de trabajo y vio que el restaurante nuevo de debajo de su casa estaba contratando personal. Mandó el currículo por Internet porque no pedían ningún requisito.

—Esta es la buena, María Jesús —dijo mientras pulsaba en «Enviar».

Se asomó por la ventana y miró a la furgoneta del Fast Food en el que quería empezar a trabajar. Llevaba aparcada allí desde que le dieron la noticia de la apertura y le gustaba mirarla de vez en cuando e imaginarse que ella era la que conducía para llevar la comida a domicilio. Después visualizaba el momento de recibir la paga y se ponía muy contenta, pero luego volvía a la realidad y su sonrisa se desvanecía.

—Seguro que lo consigo. Podría hablar con el dueño y decirle que estoy interesada en trabajar en su local. Si le explico mi situación seguro que me contrata para algo.

Acto seguido llamó a Javi para que le diera el número de teléfono del nuevo propietario. Le dijo que no podía dárselo porque Lucca le pidió que nunca se lo facilitara a nadie. Inmediatamente bajó a su casa.

—Joé, qué raro, y ¿no te dijo por qué? —preguntó María Jesús.

—No, y obviamente no se lo pregunté.

—Javi, ¿te fías de estos italianos?

—No tengo motivos para desconfiar de ellos. Todo nuestro negocio ha ido como la seda. Y mañana desaparezo de aquí.

—¿Ya, tan pronto? Dijiste que aún tardarías.

—Sí, pero cuanto antes me marche mejor. Por cierto, toma.

—¿Qué es?

—Sé que no es mucho, pero así dejo mi conciencia más tranquila. Digamos que es una gratificación por los servicios prestados a esta comunidad.

María Jesús abrió el sobre que le estaba entregando Javi y al ver su contenido lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Muchas gracias. Sé que no debería aceptarlo porque con mi trabajo pagaba el alquiler de la casa, pero, si te soy sincera, me salvas la vida.

—Gestiónalo bien. Sabes que el dinero dura muy poco y cuando encima es poco... menos.

—¿Poco? ¿Estás de broma? No te imaginas lo que dos mil euros me pueden durar a mí.

—Eso espero, guapa.

Lo volvió a abrazar tan fuerte que Javi le tuvo que decir que parara porque le hacía daño.

—Que te vaya muy bien —se despidió Javi cerrando la puerta del piso.

María Jesús volvió a su casa, se acercó a la ventana y miró arriba.

—Gracias, Dios mío, por poner a un hombre bueno en mi vida.

## Capítulo 8

Hugo se sentía seguro en el caserón. De hecho no había pasado por allí nadie en los últimos cinco días. Su chofer, Lucía, o por lo menos así dijo llamarse en el anterior trabajo en el que coincidieron, le pidió que le diera su móvil por seguridad. Supuestamente para que no le pudieran localizar por GPS. Comentó que volvería en cuanto pudiera y hasta el momento aún no había aparecido. Ya había trabajado con ella varias veces y nunca se llamaba igual. Como ambos cumplían las normas estrictamente, nunca trataron de ponerse en contacto cuando no estaban trabajando. En todas las ocasiones anteriores lo hubiera intentado porque era una mujer muy atractiva. Por la forma en la que le miraba pensaba que se sentía atraída por él. Esta vez no notó nada en su mirada. Estaba incluso más fría de lo normal.

Había pasado los últimos días muy intranquilo. No paraba de recordar la frase con la que su compañera se despidió:

—No deberían tardar mucho en venir.

Creía que se refería a don Santiago y los demás cardenales para los que estaba trabajando en secreto, a los que todavía no conocía en persona. Siempre habían hablado por teléfono, incluso el día que fue reclutado. El cardenal le dio un montón de datos sobre el papa y los cardenales desaparecidos en Roma antes de la *fumata* blanca. Aparentemente ya sabía quién los había secuestrado y asesinado, pero no podía demostrarlo de ninguna manera. A don Santiago no le costó convencer al papa de que el currículo de Hugo, que obviamente era falso, era el idóneo para el puesto.

Pasaban los días y allí no aparecía nadie. Estaba intrigado porque no sabía por dónde iban a continuar los acontecimientos y el simple hecho de tener que esperar le ponía algo nervioso. Cuando se acordaba de que tenía guardada una cruz de tamaño natural en el cobertizo se alteraba y desesperaba. Además sabía que el papa no iba a escatimar recursos para encontrarla.

La señora mayor que se encargaba del mantenimiento de la finca era muy amable y atenta con él, pero no le hablaba mucho. Una vez le preguntó si sabía cuándo iban a llegar las personas que estaba esperando. No obtuvo respuesta alguna. En ese momento entendió que ella no sabía nada o no quería involucrarse más de lo que ya estaba, por lo que nunca le volvió a preguntar más sobre el tema.

Un día por la mañana tocaron con los nudillos en la puerta. Hugo ya sabía que era la señora mayor porque nunca entraba sin avisar.

—Dime —le dijo con la puerta entreabierta.

La señora le entregó un teléfono móvil.

—¿Quién lo ha traído?

—Lo ha traído un mensajero —contestó ella.

—Gracias.

El móvil estaba encendido. No tenía nada instalado. Lo primero que hizo fue mirar los contactos, pero no había ninguno. Pensó en llamar a don Santiago para que le contara qué estaba pasando o qué tenía que hacer, pero luego cayó en la cuenta de que no se sabía el número de memoria porque cada vez que había trabajado para él le había llamado desde uno distinto. El teléfono no tenía acceso a Internet, con lo que no podía hacer demasiado. Lo dejó encima de la

mesa y se puso a leer hasta que llegó la hora de comer. En realidad no hacía más cosas porque él veía conveniente no salir del caserón para que nadie le pudiera reconocer.

Pasaba muchos ratos leyendo libros que tenía la señora en el salón, mirando por la ventana, haciendo pasatiempos, lo que fuera para hacer que la espera fuera más entretenida. Comía con ella en la cocina. Era como si lo hiciera solo porque nunca hablaban de nada. Tenía la sensación de que no quería entablar amistad con él, como si supiera que en pocos días no lo volvería a ver nunca más.

Aquel día estaban terminando el postre cuando un pitido del móvil le sobresaltó. Había llegado un mensaje de texto:

No te preocupes, estamos trabajando por tu seguridad. Espero en poco tiempo poder ir a verte y explicarlo todo. No desesperes. Todo marcha bien.

El mensaje venía de un número extraño que no le sonaba de nada. Nadie lo firmaba y, cuando llamó a ese número para intentar hablar con quien se lo había mandado, el teléfono rechazó la llamada.

«Bueno, será don Santiago. No puede ser otro. Esto me tranquiliza».

Al día siguiente, la chica apareció con una furgoneta bastante más grande que la usada para salir del aeropuerto.

—¿Qué tal vas, Hugo? —preguntó en tono amable.

—¿Te digo la verdad o te miento?

—Sé que es muy pesado estar aquí encerrado, pero el papa, como te puedes imaginar, ha montado un operativo enorme para encontrarte y no creo que se rinda fácilmente.

—Sí. Eso lo entiendo, pero me mata no saber qué hacer o qué está pasando.

—No te preocupes. Mientras estés aquí estarás seguro. Hablé con don Santiago ayer y me dijo que te había mandado un teléfono.

—Sí, pero solo me ha mandado un mensaje para tranquilizarme, nada más. Necesito saber qué tengo que hacer.

—Hugo, si no te han pedido nada es que no necesitan nada de ti por ahora. Mira, conmigo hacen lo mismo.

—Lucía, tú estás enterada de todo. Yo estoy aquí encerrado, sin posibilidad de hacer nada, sin saber qué están haciendo ellos y con una cruz gigante en el cobertizo.

—Mira, por la cruz no te preocupes más. Mis instrucciones son llevármela hoy mismo a una nave que tenemos cerca de Bérgamo.

—Y ¿conmigo? ¿Qué pasa conmigo?

—No me han dicho nada sobre ti y, si te soy sincera, creo que donde mejor puedes estar es aquí.

—Joder, pero algo podré hacer.

—Yo no puedo hacer nada. Como mucho se lo puedo decir al jefe y que él decida. Si decides salir de aquí, eres carne de cañón —insistió ella—. Tú mismo.

—Te lo agradecería... —le dijo tendiéndole la mano.

—Ahora tengo que marcharme y hacer la entrega antes de que anochezca. ¿Me ayudas?

—Claro, vamos.

Cargaron la cruz en la furgoneta y se despidieron.

—No desesperes, Hugo. Tendrás noticias pronto.

—Eso espero. Cuídate.

Miraba cómo se alejaba la furgoneta y pensaba en cuándo sería la próxima vez que tendría información de los cardenales. Al día siguiente apareció don Santiago en el caserón. Hugo se

alegró de verlo.

—¿Qué tal estás, hijo mío?

—Preocupado, no le voy a mentir.

—Normal, tu misión es la más peligrosa de todas. Vamos dentro y te pongo al día de los detalles y de cuál es tu siguiente objetivo.

Ambos entraron en el caserón y se sentaron en el comedor. La señora mayor les sirvió café y los dejó solos en la sala.

## Capítulo 9

—De hoy no puede pasar. Ya lo sé —le dijo Roberto por teléfono.

—¿Has pensado cómo lo vas a hacer?

—No, todavía no. Me están metiendo bastante caña con el tema.

—¡Ja, ja, ja! No sé qué harías sin mí.

—¿Por? —preguntó Roberto.

—Porque esta noche seguro que duerme como una marmota —contestó la voz al otro lado de la línea—. A lo mejor hoy le han caído unos polvos mágicos en el café.

—¿Qué grande eres!

—Te pusieron a parir el otro día porque estás tardando más de lo normal y decidí echarte una mano.

—Me salvas la vida. Voy a prepararlo todo.

—Me debes una...

—Y de las gordas. Nos vemos.

Metió en su mochila un par de micrófonos diminutos, una cámara de botón, el pasamontañas, la linterna de cinta y una pistola eléctrica. Dentro de la furgoneta seguía haciendo mucho calor aunque ya era de noche. Todo el material informático que tenía funcionando, más los generadores eléctricos y los monitores, en un espacio tan pequeño, elevaba la temperatura del interior. El sudor le molestaba. Revisó las cámaras para ver si podía empezar cuanto antes. Eran más de las cuatro de la mañana. No había visto a nadie andando por la calle, así que se animó a bajar. La indecisión le atrapaba. Tenía que subir para colocar esos micros y la cámara sin falta. Miró hacia arriba y no vio luz en ningún piso del edificio. Decidió entrar.

Abrió la puerta del portal con la llave. Se colocó el pasamontañas y la cinta con la linterna. Subió por las escaleras. Las luces estaban apagadas, solo se veía allí donde él miraba. Cuando llegó a la puerta de María Jesús, la abrió con el juego de llaves maestras que le habían entregado. Notó en la cara la corriente de aire que venía de la ventana que tenía enfrente. Seguía moviéndose con cuidado para no hacer ningún ruido. Cerró la puerta muy despacio. Dentro de la casa ya pudo apagar la linterna porque la luz que entraba desde la calle era suficiente para poder ver dónde ponía sus enormes pies sin tirar nada.

La puerta del cuarto estaba abierta y no pudo contenerse. Se acercó y la miró dormir.

«Tantos días mirándote y nunca te había tenido tan cerca», pensó.

Sacudió la cabeza como para volver en sí y se dio la vuelta con la intención de examinar el salón. La mesa, el espejo, la librería... Tenía muchas opciones, pero solo dos micros. Tuvo que decidirse por las ubicaciones que creía mejores. Al ver cómo estaba orientado el baño supo de inmediato que tenía que colocar la cámara en el espejo. Si la puerta estaba abierta tenía una panorámica del salón y la cocina inmejorable. Era arriesgado, porque si la puerta se cerraba perdían toda la visión, pero le pareció adecuado, ya que también iba a poner los micros por si acaso. Se puso manos a la obra, sacó el destornillador y muy despacio quitó uno de los tornillos que sujetaban el espejo a la pared y lo cambió por una mini cámara, que enroscó como si se tratara del mismo tornillo que acababa de quitar.

Después de estar un par de minutos pensando en la ubicación de los micros notó que María

Jesús se revolvió en la cama. Parecía que se encontraba mal o que estaba teniendo una pesadilla. Se apresuró y colocó uno dentro de una de las patas de la mesa del salón. El otro lo puso encima del armario de la habitación donde estaba durmiendo ella.

La volvió a admirar y la vio retorcerse otra vez entre sueños.

«Pobre niña».

Se encaminó a la puerta, preocupándose de dejar todo como estaba. La abrió y volvió a notar la corriente. Al salir se le resbaló la mano del pomo y la puerta se cerró de golpe haciendo bastante ruido.

—Mierda —susurró.

María Jesús se despertó sobresaltada. Miró el móvil para saber qué hora era.

«Aún las cinco».

Se levantó y fue al salón, pero no vio nada extraño. Encima de la mesa los platos de *pizza* que cenó la noche anterior con Carla. Desde la noticia del desahucio del edificio habían iniciado una relación de amistad, ya que ambas se encontraban en la misma situación. Quedaban algunas veces para cenar juntas y hablar un poco de todo.

«Habrá sido la ventana».

Se olvidó cerrar la ventana del salón la noche anterior y pensó que se había porteado por el aire. La cerró. Tuvo que ir al baño.

—¡Dios, esto no es normal! —dijo retirándose el pelo de cara.

Llevaba un par de días vomitando todas las mañanas. Ella lo achacaba a la medicación que aún tomaba porque, aunque ya habían transcurrido dos meses desde que se desmayó, el malestar general no se le había pasado. En ese tiempo no le había bajado la regla. Ella lo asociaba a su ingreso en el hospital y al lavado que le hicieron. De hecho, tras buscar en Internet, leyó en varios sitios que después de lo que le había ocurrido era normal que se le desajustara el periodo. Se tumbó en el sillón.

Roberto echó a correr escaleras abajo y salió del edificio quitándose el pasamontañas. Miró hacia arriba y vio que la luz del salón se había encendido. Se metió de nuevo en la furgoneta y empezó a conectar todos los aparatos para ver si funcionaban y si la ubicación era la idónea.

—Cámara —dijo en voz alta—, funcionando.

La imagen que llegaba al monitor era muy nítida. Se veía a María Jesús cerrando la ventana del salón.

—Micro uno, funcionando.

El micrófono daba señal pero de momento no recogía ningún sonido de dentro del piso.

—Micro dos, funcionando.

Sacó el teléfono y mandó un mensaje.

Ojos y oídos colocados y funcionando.

Al momento recibió otro mensaje.

Ok. Informa de cualquier movimiento.

Roberto estaba emocionado con sus nuevos juguetes instalados.

«Ahora estaré más entretenido».

Al poco rato se dio cuenta de que no era mucho más divertido que antes. María Jesús llevaba tirada en el sillón desde por la mañana. Se había levantado un par de veces para ir al baño pero ni si quiera se había preparado la comida.

Eran más o menos las cinco de la tarde cuando la muchacha se levantó.

—Yo creo que lo que necesito es algo de marcha. Hace un montón que no salgo a tomar algo y

me parece que mi cuerpo lo está notando —le decía a su imagen en el espejo del baño—. Ve a ponerte guapa, MJ.

Aunque todavía eran las cinco de la tarde de un miércoles, salió decidida del baño. Abrió el armario, lo miró de arriba abajo y cogió el vestido rojo. Se lo puso. Le quedaba perfecto. Realzaba su impresionante figura. Se acercó al zapatero y después de ver los que tenía no le convenció ninguno. Entonces recordó lo que Carla le dijo la noche anterior mientras cenaban en su casa.

«Para lo que quieras, ya sabes...».

Así que se puso sus zapatillas de estar por casa y subió al piso de Carla. Coincidían en muchas cosas, además de la edad, la talla de ropa y la de zapatos.

Llamó a la puerta y, tras unos segundos, Carla abrió.

—Hola, Carla. Perdona que te moleste.

—¡Qué guapa te has puesto, MJ! No es molestia, dime.

—Necesito que me prestes unos zapatos para este vestido. Hoy voy a salir a tomar algo y ninguno de los que tengo me convence.

—Claro, pasa y elígelos tú —le dijo abriendo la puerta del todo.

—Gracias.

Fueron hasta la habitación y Carla abrió el zapatero.

—Aquí los tienes, elige el par que quieras.

—¡Madre mía!

—Sí. Me gustan los zapatos.

—Ya lo creo. Tienes una barbaridad. No sé cuál escoger.

—Es mi único vicio.

—Vale, esos rojos pueden quedarme de muerte —dijo María Jesús mientras los cogía—. ¿Quieres venirte conmigo? No he quedado con nadie.

—Me encantaría, pero Pepe no tardará en llegar. Cuando venga se lo digo y si le apetece salir te llamo, ¿vale?

—Genial.

María Jesús sabía que no la iba a llamar porque a ellos les gustaba salir solos, y al parecer todavía no tenían la suficiente confianza como para estar toda la noche de copas los tres, aunque a María Jesús le apetecía bastante salir con la pareja por ahí. Le parecían muy divertidos. Empalagosos, pero divertidos. Los zapatos le quedaban un poco pequeños aunque no se lo dijo a Carla porque le parecían increíblemente bonitos. Terminó de maquillarse y fue hacia la puerta. Preparó el bolso de mano y se miró en el espejo.

—Estás perfecta —le dijo a su reflejo—. Vamos a divertirnos un rato, que te lo mereces.

—Se dispone a salir de fiesta.

—Joder, que estamos a miércoles. Esta tía está fatal —dijo Ortega—. Mira, Torres.

Le enseñó el mensaje.

—Mierda, mierda. No sabe lo del embarazo todavía y se pondrá hasta arriba de todo. Piensa, coño, piensa.

Torres empezó a andar por todo el salón con las dos manos sosteniendo su cabeza. Hablaba en voz baja pero Ortega ni si quiera le entendía.

—Vale, lo tengo.

Se sentó frente a su portátil, escribió un correo y lo mandó.

—Con esto deberíamos hacerle cambiar de opinión.

—Esperemos —le contestó Ortega.

—Dile a Roberto que nos avise de todo lo que ocurre hoy. Por insignificante que a él le parezca.

—Ya lo sabe.

El móvil de María Jesús pitó en ese momento. Era un correo electrónico.

—Es el logotipo de la empresa de comida. ¿Ya mandan publicidad?

Abrió el correo:

Estimada candidata:

Nos complace indicarle que ha pasado a la segunda fase del proceso de selección que tenemos abierto para nuestro restaurante en Zaragoza.

Con la mayor urgencia deberá presentarse en dicho establecimiento para realizar una entrevista personal con el responsable.

Según nos comenta el Sr. Gil, el restaurante necesita la incorporación inmediata de personal.

Reciba un cordial saludo.

—¡Sí, sí! —gritó—. Tengo que ir ahora mismo. Pero mejor me cambio de ropa. No creo que ir así sea lo más apropiado.

Volvió a su cuarto y se quitó el vestido. No sabía muy bien qué ropa elegir. Hacía mucho tiempo de su última entrevista y el sentimiento de necesidad resultaba agobiante. Se puso una falda negra, una camisa roja y un jersey blanco. Se calzó las zapatillas de estar por casa y subió a la de Carla para contarle lo que le acababa de pasar. Entre las dos eligieron los zapatos. Pepe se unió a la reunión unos quince minutos después. María Jesús estaba radiante, pero muy nerviosa. La pareja intentaba tranquilizarla sin ningún efecto. La emoción la estaba desbordando.

—Se ha vestido más elegante y puesto las zapatillas de estar por casa. Se marcha.

—Hostia, ¿y esto? —preguntó Ortega a Torres, sorprendido.

—Estará subiendo a casa de Carla. Que lo confirme Roberto.

—Sí, está arriba. Las veo por la ventana.

—Vale, eso es que quiere ir a la entrevista ya. Ortega, llama a Lucca y que hable con Gil. Que la contrate.

—Voy.

—Entonces ¿voy así? —preguntó María Jesús.

—Estás muy elegante —contestó Pepe.

—Sí, estás genial, pero trata de tranquilizarte, porque si no, cuando estés en la entrevista aún te pondrás más nerviosa y la liarás —dijo Carla cogiéndola de la mano.

—No puedo. No os imagináis lo importante que es esta entrevista para mí. Me puede hacer ver la luz al final del túnel.

—Claro que lo sabemos, y te apoyamos.

—Lo vas a conseguir —le dijo Pepe—. Y si no lo consigues no pasará nada. Mírame a mí. Ya saldrá otra cosa. Lo importante es seguir intentándolo.

—Calla, cenizo —le dijo Carla a Pepe golpeándole con el codo—. Le van a dar ese trabajo y

punto. No cabe otra posibilidad.

—Eso —concluyó María Jesús—. Voy a bajar ya. Cuanto antes llegue creo que será mejor.

—Mucha suerte, guapa.

La pareja se fue mientras María Jesús se terminaba de retocar en el espejo de la entrada.

—Acaba de salir de su casa.

—Mierda, no lo coge.

—Sigue intentándolo —insistió Torres—. Joder, Lucca.

La puerta del local estaba cerrada y no había timbre. Ahuecó las manos para mirar a través del cristal que la reflejaba. Alguien se estaba dirigiendo a la puerta. Se apartó y se puso recta. Al momento la puerta se abrió. Un señor muy elegante estaba al otro lado. A María Jesús se le fueron los ojos a las manos. No llevaba puesta alianza pero sí que había llevado durante algún tiempo porque tenía la marca en el dedo. El reloj, en su muñeca izquierda, podía costar entre tres y cuatro mil euros, más o menos lo mismo que el traje que vestía.

—¿En qué puedo ayudarle, señorita?

—Eh, bueno, es que he recibido este correo.

Se apresuró en buscar el mensaje para enseñárselo.

—Perfecto. Entonces, según pone aquí, usted tiene que hablar con el señor Gil, ¿no es así?

—Sí, eso parece.

—Adelante, pase.

—Ha entrado en el local. La he perdido.

—¡Lucca! ¿Eres imbécil o qué? —gritó Ortega en cuanto descolgó.

—¿Qué pasa?

—¡Cuando te llame a esta línea, lo coges aunque te estés tirando a una diosa!

—Vale, vale.

—Habla con Gil. Le hemos enviado a una chica y la tiene que contratar.

—¿Cuándo va a ir?

—Está ahora mismo con él.

—¡Ohhhh! —Colgó.

El local tenía las luces apagadas porque con la que entraba por las cristaleras resultaba suficiente. Todo era nuevo y estaba muy limpio. No vio a nadie más en el restaurante. Parecía que las obras habían terminado. Pasaron hasta la parte trasera donde había un cuarto pequeño con una mesa y un ordenador.

—Siéntese.

El señor trajeado encendió el ordenador y comenzó a buscar.

—¿Su nombre?

—María Jesús.

—A ver, déjeme buscar un momento.

Tras un par de minutos que a María Jesús se le hicieron como dos horas, el caballero le miró y le dijo:

—Señorita, debe de haber habido un...

En ese momento sonó el teléfono que había en la mesa.

—Si me disculpa un momento...

Descolgó el teléfono y giró en la silla para darle la espalda.

—¿Sí? Sí, de acuerdo.

Se volvió a girar y colgó.

—A ver. ¿Por dónde iba?

El señor del traje volvió a teclear en el ordenador. Tardó más de dos minutos en volver a hablarle.

—¿Y bien? —dijo María Jesús sin poder aguantar más.

—Empieza usted mañana. La quiero a las siete aquí y con esta ropa —dijo mientras sacaba una bolsa con el logotipo de la empresa del armario—. Alguien se encargará de enseñarle sus tareas y quiero que sepa que la puntualidad es uno de los rasgos que más valoro en mis empleados. ¿Ha comprendido?

—Sí, señor.

—Mañana nos vemos y le daré el contrato para que lo firme —añadió señalando la puerta con la mano.

—Mañana nos vemos entonces. Muchas gracias —se despidió ella dándole la mano.

María Jesús no sabía qué decir. Solo quería gritar. Cuando salió del despachó ya habían llegado algunos trabajadores para el turno de cenas y contuvo el grito. En cuanto cerró la puerta del local gritó.

—¡Síííí!

—Acaba de salir. Parece bastante contenta.

—Por los pelos, amigo —le dijo Ortega a Torres.

—Menos mal que hemos estado rápidos. La próxima vez, esa llamada que no te ha cogido Lucca a la primera podría ser la diferencia entre seguir con la operación o que todo el trabajo que llevamos se vaya a tomar por el culo.

—Yo me encargo. No nos volverá a fallar.

—Por nuestro bien será lo mejor. Sabes que nuestro jefe no tolera los errores. Ya sabes cómo los corrige.

María Jesús pensó en Carla y Pepe. Subió rápidamente a su casa para contarles todo. Llamó a la puerta, pero no le abrían.

«Se habrán marchado».

Bajó a su casa y le mandó un mensaje a Carla.

Me han cogido. ¿Dónde lo celebramos?

Se sentó en el sillón a esperar que le contestara, pero las emociones habían sido tan fuertes y su cuerpo estaba tan cansado que, en cuanto se acomodó un poco en el sofá, los ojos se le fueron cerrando poco a poco hasta que se quedó dormida.

## Capítulo 10

—¿Ve? —preguntó el papa enseñándole la *tablet* a su invitado.

En el despacho papal, el santo padre enseñaba a su ilustre invitado, que estaba sentado al otro lado del gran escritorio, la noticia de la dimisión del ministro de Interior y el nombramiento de aquel que iba a ocupar su cargo.

—Ya veo, ya —contestó el invitado devolviéndole el aparato.

—Ahora está donde está gracias a mí. Eso es lo que tiene que tener claro.

—Sí, y se lo agradezco, su santidad.

—¿Sabe por qué ha dimitido Luigi?

—No.

—Se lo explico muy resumido para que lo entienda. Le pedí una cosa y no la ha cumplido. No me ha quedado otro remedio que hacer que dimitiera para darle a usted su puesto.

—Entiendo.

—Pietro, ¿usted va a cumplir con su trabajo?

—Por supuesto.

—Bien, hijo mío, bien. ¿Usted cree en Dios, nuestro señor todopoderoso?

—Sí, su santidad, desde pequeño. Fui educado en un colegio religioso.

—Así debe ser —continuó tras una breve pausa—. Su único cometido durante los próximos días es conseguir localizar a esta persona.

Le enseñó una foto de Hugo.

—¿Quién es? Si lo puedo saber...

El santo padre puso al día al nuevo ministro con la misma información que le había dado a su predecesor. Le comentó que le habían diagnosticado paranoia aguda, que estaba muy medicado, y le pidió la máxima discreción y celeridad con este asunto.

Se levantó y lo invitó a salir del despacho.

—Permítame darle las gracias otra vez —dijo besándole el anillo.

—Ahórreselo y haga que sea yo el que le tenga que dárselas a usted. Eso será una buena señal.

—Así será, su santidad.

—Eso espero.

Cerró la puerta del despacho y levantó el teléfono.

—Don Santiago, ¿quién le recomendó a Hugo?

—Fue el cardenal Morlanes-Forcén.

—Está ya al corriente de todo, ¿verdad?

—Sí. Ya me he enterado de que sufre algún tipo de enfermedad psicológica. Es una pena.

—Sí. Dios lo guarde. Le tengo que dejar. Me ha llegado un correo importante.

Se acercó rápidamente a su ordenador, en el que acababa de sonar la notificación de recepción de correo nuevo. Era de Torres. Abrió el mensaje, que estaba justo después del *e-mail* del director del aeropuerto. En esa cuenta no entraba ningún correo que el papa no hubiera autorizado previamente y tenían un sistema de cifrado, hasta el momento, a prueba de *hackers*. Aunque no era el medio favorito de comunicación del sumo pontífice, de vez en cuando no tenía otro remedio que utilizarlo.

Su santidad, todos los protocolos han sido activados correctamente. Le adjunto un archivo con los pormenores de las actuaciones llevadas a cabo.

Solicitamos permiso para activar el protocolo seis cuanto antes para que su objetivo sea más fácilmente alcanzable.

Quedo a la espera de su respuesta para dar el siguiente paso.

Reciba un cordial saludo.

El papa abrió el fichero adjunto y estuvo más de una hora leyendo todos los datos que le habían suministrado Torres y Ortega. Seguimientos, muchas fotos, rutas, rutinas de todos los que estaban involucrados... Cuando terminó pinchó en «Responder».

Activar protocolo seis.

En Madrid, el móvil de Torres sonó.

—Vamos allá —le dijo a Ortega.

—Voy.

Cogió su teléfono e hizo una llamada.

—Dígame —contestaron al otro lado de la línea.

—Padre Pablo, muy buenos días. Soy el señor Ortega. ¿Qué tal se encuentra?

—Vaya al grano, Ortega ¿Ha dado la orden?

—Sí, acabamos de recibir un correo en el que nos ha dicho que usted haga lo que tiene que hacer y que lo haga bien.

—No seré yo quien le lleve la contraria.

—Ni yo, padre —replicó Ortega.

—Está bien. ¿Cuándo empiezo?

—Mejor hoy que mañana.

—¿En el restaurante de su casa? —preguntó el cura.

—Sí.

—Está bien. Ya hablaremos.

El sacerdote se ajustó la sotana y se colocó el alzacuellos. Cogió su cartera y salió de la iglesia donde vivía, muy cerca del edificio de María Jesús. Vio que el restaurante estaba abierto y se decidió a entrar. Nada más cruzar la puerta la distinguió rápidamente. Llevaba su larga melena pelirroja recogida en una coleta. Sus ojos resaltaban en su pálida tez. Era más alta que las demás y se desenvolvía con mucha soltura al otro lado del mostrador.

—Un perrito caliente con patatas y una botella de agua, por favor.

—Ahora mismo, padre.

Al cura le impactaron todavía más los ojos de ella cuando le miraron directamente.

—Aquí tiene. Son cuatro euros con quince.

—Gracias, hija mía.

Al darle el cambio sus manos se rozaron y un escalofrío le sacudió la espalda desde el cuello hasta la cintura. Se sentó en la mesa que había enfrente del mostrador y pensó que estaba haciendo lo correcto, que el bien de todos estaba por encima del bien de uno. Se comió su menú muy despacio. Quería que la pelirroja se diera cuenta de su presencia y le recordara. Cuando terminó, recogió la bandeja y antes de salir fue a despedirse de María Jesús, aunque estaba atendiendo a los demás clientes.

—Adiós, hija mía, mañana nos vemos —le dijo en tono alto para que lo escuchara entre el

ajetreo del local.

—Adiós, padre —contestó ella sonriendo.

Al día siguiente el padre Pablo volvió a hacer la misma rutina, pero esta vez ya entabló alguna conversación con ella mientras le servía su menú. Así hizo durante muchos otros días. Hablaban del tiempo, de la segunda línea de tranvía que estaban colocando en la ciudad y que estaba paralizándolo el tráfico. Hablaban de las olimpiadas que se estaban celebrando. Muchas conversaciones vacías pero que poco a poco hacían que el cura no fuera un cliente normal sino un habitual. A María Jesús le caía muy bien. Siempre decía, cuando hablaba de él con Carla y Pepe, que tenía cara de buena persona.

Poco a poco el sacerdote iba entrando en la vida de la chica hasta el punto de que algunos días la esperaba sentado, tomándose su botellín de agua, a que cerrara el bar para quedarse hablando dentro del local de temas más trascendentes. La educación religiosa de María Jesús le permitía debatir muchas cosas con él. Le contaba cómo se dedicaba a ayudar a la gente del barrio, todas las cosas que hacía por las personas con problemas y cómo disfrutaba ayudándoles porque, en el fondo, «es lo que me pide Dios», le decía. Ella estaba maravillada con el sacerdote. Nunca se había cruzado con alguien tan bueno como él, aunque su condición de cura le hacía presuponer que era buena gente.

Una mañana, María Jesús se levantó vomitando de nuevo. Ya llevaba tres meses sin haber tenido la regla y empezaba a preocuparse, así que pidió cita por Internet. Le dijo a su encargado en el restaurante que tendría que salir una hora para ir al médico y este no le puso ningún problema.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó el doctor.

—Verá, me levanto con mareos y vómitos, y llevo un par de meses sin que me baje la regla.

—¿Se ha hecho algún test de embarazo?

—No, no he tenido relaciones con nadie.

—Entiendo, pero los síntomas que me indica son de que está usted embarazada.

—No puede ser, le digo —replicó subiendo la voz.

—Bueno, bueno.

El doctor le tomó la tensión, la temperatura, la auscultó, pero no detectó nada anormal en ella.

—Todo es normal. Si quiere, le puedo pedir una analítica para ver cómo están todos sus valores, pero yo creo que está usted...

—Que no puede ser —le interrumpió María Jesús—. Pida esa analítica.

Volvió al restaurante sin dejar de darle vueltas a lo que le había dicho el médico. En realidad, ella era consciente de que esos síntomas eran de embarazo, pero también lo era de que hacía más de seis meses que no mantenía relaciones sexuales con nadie.

El padre Pablo entró en el restaurante y, al verla tan pensativa y sin sonreír, le preguntó:

—¿Qué ocurre, hija mía?

—Padre, ¿puede quedarse un rato cuando cierre? Tengo que preguntarle una cosa.

—Claro, ¿qué ocurre?

—Luego le cuento.

Le sirvió su menú y el sacerdote hizo lo que hacía siempre, sacó un libro y lo leyó mientras se comía la cena.

Después de barrer el local y limpiar la barra, salió a la calle y bajó la persiana hasta dejarla casi abajo del todo. Se acercó a donde estaba el cura y se sentó frente a él.

—¿Qué te pasa, María Jesús?

—He ido esta mañana al médico y me ha dicho que cree que estoy embarazada.

—Pero... ¿te has hecho la prueba de embarazo?

—No, es imposible que lo esté. La última vez que tuve relaciones fue hace seis meses y he tenido la regla después de aquello.

—Bueno, seamos racionales. Voy a comprarte un test para salir de dudas y mañana te lo traigo.

—Sí, es lo que debería hacer. Tengo que descartar esa posibilidad y volver al médico para que me hagan más pruebas.

Al día siguiente se levantó igual que los días anteriores y se acordó de Carla, pero llevaba una semana en Alemania por viaje de trabajo con Pepe, que como no había encontrado empleo todavía se había ido con ella. No le quería contar todo por mensaje porque le parecía muy frío. En el padre Pablo había encontrado un amigo que le estaba ayudando mucho.

Cuando bajó al restaurante, el cura ya la estaba esperando allí. Le dio el test y le dijo que volvería a última hora por si lo necesitaba. Ella lo guardó y se puso a trabajar como siempre. Cuando se acercó la hora de cerrar, se fue al baño y se hizo la prueba.

—Estoy embarazada —le dijo al sacerdote.

—Es maravilloso, hija mía. Es un regalo del cielo.

—No entiendo nada. No sé cómo ha podido pasar.

—Mira, si quieres, yo tengo un muy buen amigo que es ginecólogo y que, si le dices que te he mandado yo, no te cobrará nada. A lo mejor él te puede sacar de dudas.

El sacerdote le entregó una tarjeta.

Lorién Torcal Castillo  
Ginecólogo  
Calle Costas, S/N. Zaragoza

—A ver qué te puede decir él.

—¿Lorién? ¿De qué lo conoces?

—Es un asiduo a la iglesia. Muy buena persona y gran colaborador nuestro. Por eso te digo que si le dices que vas de mi parte no te pondrá ningún inconveniente en verte y sin cobrarte nada de nada.

—Así lo haré entonces.

## Capítulo 11

Carla y Pepe acababan de llegar de Alemania y María Jesús los puso al día tomándose un café en su casa. Ninguno de los tres se lo explicaba. Pepe le apretaba la mano mientras les contaba que no estaba segura de querer tenerlo. La vida se le iba a complicar ahora que todo empezaba a ir bien. Aún no había hablado del tema del aborto con el padre Pablo porque sabía que estaría completamente en contra. ¿Cómo iba a cuidar de un bebé?

—No sabemos cómo te has podido quedar embarazada, pero seguro que te lo aclara ese tal Lorién. ¿Crees que será el mismo con el que estuviste la noche de la intoxicación? —preguntó Carla mirando su móvil que acababa de pitar.

—No sé. No es un nombre muy común. Si te digo la verdad, de lo poco que me acuerdo es de que no tenía mucha pinta de ginecólogo.

—¿Cuándo tienes la cita?

—Llamé ayer y su secretaria me dijo que fuera a la consulta cuando quisiera. Si iba de parte del padre Pablo me atendería en cuanto llegara.

—Joder con el padre Pablo —dijo Pepe.

—Me das hasta un poco de envidia, guapa —dijo Carla mientras la miraba a los ojos.

—¿Por?

—Te está pasando algo que yo siempre he deseado, pero que a la vez siempre me ha dado un poco de miedo.

Pepe no dejaba de mirarla con la boca abierta. Nunca había salido el tema de si querían tener hijos en un futuro, pero por lo emocionada que veía a Carla se estaba dando cuenta de que era muy importante para ella.

—A mí, si os digo la verdad, no me apetece nada ser padre. Bastante tengo con lo que tengo como para tener que preocuparme también por un pequeñajo que, al principio, lo único que va a hacer es complicar las cosas —se sinceró Pepe.

Carla lo miró fijamente y movió la cabeza negando.

—Si todo el mundo pensara así no existirías, Pepe —dijo sin mirarle—. ¿O crees que a tus padres les fue fácil tenerte?

—Venga, venga. Al final os vais a enfadar por mi culpa y es lo último que quiero —dijo María Jesús, intentando zanjar la conversación.

Pepe se levantó con gesto enfadado.

—Lo siento, Pepe —le dijo Carla cogiéndole la mano.

—No pasa nada —respondió él casi susurrando—. Me subo a casa a preparar la comida. Luego nos vemos.

—Hasta luego, Pepe. No te enfades... —se despidió María Jesús—. Carla, ¿me quieres acompañar a la consulta esta tarde?

—Vale, ¿a qué hora quedamos?

—A las cinco allí. ¿Te parece bien?

—Sí. No tengo nada que hacer hoy.

—Genial. Iré directa desde el curro.

María Jesús estuvo durante todo su turno de trabajo muy nerviosa e inquieta. Pensar en la

consulta le alteraba. Tenía una mezcla de sentimientos que le agobiaban. Incredulidad, impotencia, incertidumbre. Miraba el reloj continuamente. Entraba y salía del almacén sin tener que hacerlo. Gritaba a algunos compañeros sin motivo. Sonreía nerviosa a algunos clientes más de la cuenta. Todos la miraban con extrañeza porque nunca se había comportado así. Incluso su encargado le pidió que saliera del restaurante y que se fuera a dar un paseo a media mañana.

La caminata le vino muy bien. Se tranquilizó analizando la peor situación con la que se podía encontrar. Tener un niño ahora que tenía una estabilidad laboral, que tendría su baja maternal, que Carla y Pepe le ayudarían en todo lo que pudieran y que siempre podía contar con el padre Pablo para que le echara una mano si las cosas se torcían mucho no era tan grave. Volvió al restaurante. Más tranquila terminó su turno. Se cambió y se dirigió a la consulta.

Al llegar a la puerta se extrañó porque Carla no había llegado. Pasaban diez minutos de las cinco. Nunca antes había llegado tarde. La llamó al móvil.

*El móvil al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura en este momento. Vuelva a intentarlo más tarde.*

—Vaya. ¿Dónde se habrá metido?

Como no tenía cita previa, no le importó esperar un rato hasta que llegara su amiga. Volvió a llamarla varias veces, pero el mensaje era el mismo. Llamó a Pepe.

—Dime, MJ. ¿Qué pasa?

—Oye, ¿estás con Carla?

—No, salió de casa después de comer. Me dijo que antes de ir a la consulta quería volver a su oficina para terminar unas cosas. ¿No ha llegado todavía?

—No. Se me hace muy raro porque es muy puntual.

—Voy a ver si la localizo y te llamo.

—Sí, por favor.

A los cinco minutos Pepe volvió a llamar a María Jesús.

—Nada. Tiene el móvil apagado. Voy a ir a su oficina a ver si allí saben algo. He llamado y tampoco me cogen el teléfono.

—Eso es que ha pasado algo —dijo ella con voz temblorosa.

—No te preocupes y tranquilízate. Mira, lo mejor que puedes hacer es entrar a la consulta y yo te llamo luego. ¿Vale?

—Sí, tienes razón. Pero llámame, ¿eh?

Colgó. Respiró profundamente para intentar relajarse y llamó al telefonillo. La puerta se abrió sin que nadie contestara. Subió en el ascensor mientras se miraba al espejo y se acariciaba la barriga.

«¿Qué voy a hacer contigo?».

Llamó al timbre y una chica con una sonrisa enorme abrió la puerta.

—Buenas tardes. Pase.

—Gracias.

—¿Tiene cita? —le preguntó desde el otro lado del mostrador.

—No, vengo de parte del padre Pablo. Me dijo que no hacía falta que llamara antes de venir.

—¡Ah! Eso es otra cosa. ¿Cuál es su nombre?

—María Jesús.

—Déjeme que mire. Es verdad, ya nos llamó él y nos comentó que vendría. Puede esperar en aquella sala de allí. Ahora mismo saldrá el doctor.

—Gracias.

La consulta era un piso enorme. Estaba decorado todo de blanco impoluto. El silencio era sepulcral. María Jesús buscó algún revistero para pasar el rato, pero no encontró nada con lo que poder distraerse. Volvió a llamar a Carla pero obtuvo la misma respuesta: la voz diciéndole que el teléfono estaba apagado. Se abrió la puerta de la sala de espera y la chica del mostrador le dijo que pasara al despacho del doctor.

—Pero...

—Lo sabía. Tenía la sensación de que ibas a ser tú —dijo María Jesús tendiéndole la mano para saludarle.

—¿Qué tal estás? No te veía desde aquella noche. Antes de nada aprovecho para pedirte perdón por no haberme quedado contigo en el hospital, pero me llamaron con una urgencia en la consulta y luego caí en que no me diste tu número y luego...

—Vale, vale. No te preocupes, que no te lo tengo en cuenta. Ya hiciste bastante —le interrumpió.

—Genial, me quitas un peso de encima. Cuéntame, ¿en qué te puedo ayudar? ¡Qué casualidad! ¿No?

—Me está ocurriendo algo bastante extraño. Me he hecho las pruebas de embarazo y han salido positivas, pero hace más de seis meses que no tengo relaciones sexuales con nadie.

—¿Sí? —preguntó poniendo cara de circunstancias.

—Sí, y es por eso que no lo puedo entender.

—Bueno, vamos a ver y salgamos de dudas. Desnúdate de cintura para abajo y tumbate.

Lorién pulsó un botón en la pared y la chica de la enorme sonrisa entró en el despacho para ayudar a María Jesús.

—María Jesús, estás embarazada. Mira.

Le enseñó en el ecógrafo la mancha blanca.

—Eso es tu hijo.

María Jesús se echó a llorar.

—Pero ¿cómo?

—No te tengo que explicar cómo se hacen los niños, ¿no? —preguntó Lorién con una leve sonrisa tratando de romper la tensión.

—Te digo que no he tenido relaciones en mucho tiempo.

—¿Cuánto es mucho tiempo?

—No estoy segura. Desde la última vez que lo hice ya he tenido dos reglas por lo menos —contestó María Jesús.

Los ojos de Lorién eran de incredulidad.

—Déjame ver... Según la ecografía estás embarazada de catorce semanas —mintió.

Lorién aumentó el número de semanas de embarazo para que no coincidiera con la semana de la inseminación. Sabía que ella le iba a creer dijera lo que le dijera y que no buscaría otra opinión por dos motivos. El primero era su relación con el padre Pablo y el segundo que sabía que, si se quedaba con él, probablemente no tuviera que pagar nada.

—Que no hayas tenido relaciones con nadie me parece imposible de creer, pero si me lo aseguras...

—Te digo que no.

—Entonces tendría que hacerte algunas pruebas que de alguna manera serían peligrosas para el desarrollo del feto. Tú decides.

—¡Joder! —gritó—. Deja que me lo piense.

Rompió a llorar.

—Sí, claro. Tendrás que darte prisa en decidir porque las primeras semanas son esenciales para estas pruebas —siguió mintiendo.

—Vale. Muchas gracias por todo, Lorién. ¿Qué te debo?

—Nada, no te preocupes. Los amigos del padre Pablo van a gastos pagados y en tu caso con más motivo todavía.

Se despidieron. Esta vez se dieron dos besos en la mejilla.

—Te espero aquí dentro de cuatro semanas para ver cómo va todo. Siempre que no quieras venir antes para hacer esas pruebas.

—¡Buf! No sé. Me lo pienso y te digo algo. Gracias otra vez.

Cuando María Jesús salió de la consulta, Lorién envió un mensaje:

El protocolo tres marcha perfectamente.

—Perfecto —dijo Torres al leerlo—. Ahora, querido amigo, vamos a ver si el siete sale igual de bien.

—Es el más complicado, ¿verdad?

—Eso creo. Pueden influir muchos factores externos que no podemos controlar. Si ella lo hace bien no habrá problemas.

—Entonces, solo nos queda esperar. ¿Una copa para celebrarlo?

## **Segunda Parte**

## Capítulo 12

—Pepe, ¿por qué no se calla? —le preguntó María Jesús.

—Tendrá hambre.

—Pero si no quiere coger el pecho. Creo que no me sube la leche.

—Ya te han dicho que al principio es normal. Vuelve a probar. Toma.

Pepe sacó de la cuna al pequeño y lo acercó a la cama. Todavía estaba cansada después de un parto complicado. Gracias a Lorién había terminado felizmente con el niño y la madre en perfecto estado.

—¡Mira, Pepe! Está comiendo. ¡Por fin!

—¿Ves? Era cuestión de paciencia.

Después de comer, el bebé se quedó dormido. Era la última noche que iban a estar en el hospital. Ambos estaban un poco asustados porque no sabían cómo iban a llevar la convivencia entre ellos dos y el pequeño Carlos.

Cuando Carla desapareció estuvieron buscándola sin descanso por todo Zaragoza. Pusieron la denuncia en la policía. Hablaron con todos los medios informativos. Incluso iniciaron una búsqueda por las redes sociales. Allí descubrieron que había gente con muy mala intención por el mundo, ya que recibieron infinidad de pistas falsas que les hicieron, tanto a ellos como a la policía, gastar tiempo y recursos. Les decían que la habían visto en Albacete, al día siguiente en Zamora, luego en Barcelona, Lugo... Incluso alguno les había llegado a decir que la habían visto en el Caribe tomando el sol. La policía daba avisos a cada una de las pistas, pero nunca llevaban a ningún sitio.

Desde entonces, Pepe y María Jesús vivían juntos. El nuevo dueño del edificio, un tal Cesare, había dicho que de momento no iban a tirar la casa pero que tendrían que volver a abonar las cuotas de alquiler que no estaban pagando. En ese momento ambos decidieron que lo mejor sería irse a vivir juntos y dejar el piso de Carla para no tener que asumir dos alquileres. Pepe seguía sin encontrar trabajo estable. Alguna noche conseguía que lo contrataran por horas para servir copas en bares nocturnos, pero nada que tuviera continuidad. Sin embargo, María Jesús estaba muy contenta con su empleo y ahora estaba bastante preocupada con el tema de la baja. Lo había hablado con su encargado y este incluso le había preguntado si tenía pensado cogerse excedencia después.

Les gustaba mucho acudir a las misas que daba en la iglesia del barrio el padre Pablo. Sentían que se lo debían porque les visitaba a menudo. Les había ofrecido toda su ayuda, tanto como para encontrar a Carla como con la nueva vida que tenían con Carlos. Un día les insinuó que deberían casarse para que el bebé estuviera más seguro, pero a ellos la idea no les hacía mucha gracia. Aunque se llevaban muy bien no sentían nada el uno por el otro.

María Jesús sabía que Pepe seguía roto por dentro desde la desaparición de Carla. Muchas noches soñaba con que ella regresaba y se marchaba con Pepe. Por el momento no se planteaba llegar a algo más con él. Además, tal y como estaban las cosas, todo estaba funcionando perfectamente. No tenían ninguna necesidad de casarse.

Los meses durante los que Pepe estuvo buscando a Carla le habían desgastado mucho. Consiguió superar la depresión que lo abrazó tras la desaparición, gracias en gran medida a que el

padre Pablo no le quitaba el ojo de encima y le iba consiguiendo esos trabajillos que le obligaban a salir de casa. Ahora se encontraba mucho mejor, pero cada vez que pensaba en Carla se le caía el mundo encima.

El nombre del bebé se lo puso María Jesús en honor a su amiga, ya que era una de las pocas personas que le habían ayudado sin condiciones. No encontró mejor manera para que Carla permaneciera siempre presente entre ellos que ponerle su nombre a su hijo. A Pepe, en principio, no le gustó la idea, pero él sabía que tampoco tenía derecho a decir nada. Cada día que pasaba iba asociando el nombre con la cara del niño y cada vez le gustaba más la decisión de María Jesús.

—Nunca la encontraremos, ¿verdad? —le preguntó Pepe mirándola a los ojos.

—No pierdas la esperanza. Es tan raro que a lo mejor cualquier día, el que menos te lo esperas, está en la puerta de casa cuando lleguemos.

—¡Ojalá! Dios te oiga.

En el caserón, Hugo seguía sin poder salir. Don Santiago le dejó en compañía de Anton, un ruso enorme que había pertenecido a las Fuerzas Especiales y con el que ya había trabajado alguna que otra vez. Era un tipo reservado y con unos conocimientos muy amplios de la nueva tecnología.

En la conversación que tuvieron, don Santiago le dejó claro que el papa estaba gestionando todo desde su despacho privado, donde era intocable, de momento. Le pidió que tuviera más paciencia durante un tiempo antes de volver a entrar en acción. Le indicó que aprendiera de Anton todo lo relativo a los nuevos equipos de espionaje, ya que sería esencial para la misión. Era la persona que mejor conocía las estancias privadas del papa. Llegado el momento tendría que volver a entrar en el despacho para hacer un registro completo, intentar conseguir el móvil personal, clonar el portátil y poner micros y cámaras.

«Buscarás pruebas que lo delaten», le dijo.

Hugo disfrutaba con todo lo que Anton le contaba y lo absorbía como si estuviera en la escuela. Siempre le había atraído la última tecnología y tener ese material entre sus manos le emocionaba.

—¿Ves? Estos son los micros más modernos que existen. Pueden grabar y transmitir sonido vía satélite incluso estando dentro de esta caja de acero.

—Impresionante —contestó Hugo.

—Son infinitamente más potentes que sus predecesores, que son estos. —Le enseñó otros bastante más pequeños que los que estaban manejando.

—¿No sería mejor utilizar estos que son más difíciles de detectar? —preguntó Hugo cogiendo los pequeños.

—No. Estos nuevos los puedes incluso incrustar en la pared, taparlos con cemento y seguirían cumpliendo su objetivo. En breve empezaremos a repasar tu misión. No creo que falte mucho para tu vuelta.

—Ya tengo ganas.

—Me imagino... ¿Quieres que bajemos al sótano y disparamos un poco?

—Venga.

Todos los días bajaban para entrenar su puntería. Siempre utilizaban armas con silenciador y dianas de paja con forma de persona para no hacer mucho ruido. Hugo tenía mucha habilidad y manejaba perfectamente las armas cortas.

—Ve bajando, que tengo que hacer una llamada —le dijo Anton.

—Vale.

Anton cerró la trampa que llevaba al sótano sin cerrarla por completo y se dirigió al cobertizo para llamar sin ser escuchado.

—Don Santiago, Hugo está listo.

—El itinerario del papa este mes no es el adecuado. En el próximo viaje transoceánico que haga tendréis que volver a Roma. Prepara el plan completo. Ya sabes, no quiero fallos. Creo que dentro de seis meses tiene planeado un viaje a Cuba.

—Entendido, don Santiago.

—Una cosa más. ¿Conseguiste hablar con ese excompañero tuyo?

—No, el número de móvil que tenía de él dice que ya no existe cuando llamo.

—Me tendré que encargar yo mismo. ¿Cómo se llamaba?

—Provítola, Roberto Provítola. No sé el segundo apellido —contestó Anton.

—Será suficiente. A ver qué consigo averiguar. Volveremos a hablar pronto.

—Muy bien, don Santiago.

Colgó y volvió con Hugo para continuar con el entrenamiento. Cuando bajó vio que las dianas estaban agujereadas en las cabezas y los corazones de los muñecos de paja.

—Buen trabajo, Hugo —dijo tocándole el hombro.

En el Vaticano, el papa seguía con la búsqueda de su cruz y de su secretario en secreto. Utilizaba sus contactos con altos cargos, pero de momento no había obtenido ninguna pista de dónde podían estar. Tenía la sensación de que se habían evaporado. Con el despliegue que había realizado, tanto de personas como de recursos técnicos, no haber localizado ni si quiera una pista del paradero de alguno de los dos le resultaba muy extraño. Estaba empezando a poner en entredicho la eficacia de sus subordinados. Volvió a conseguir que alguno de ellos perdiera su puesto de trabajo con la intención de que los demás se tomaran más en serio las exigencias del Vaticano y no escatimaran esfuerzos.

La versión oficial que dio directamente el papa acerca de la desaparición de Hugo fue que había decidido irse a las misiones en Sudáfrica, porque creía que allí iba a poder ayudar a mucha más gente que en un despacho del Vaticano. Terminó el comunicado diciendo que él, como buen amigo suyo que era, solo pudo animarle a encontrarse consigo mismo. Así llevaba la palabra de Dios hasta aquellos que nunca la habían escuchado.

Esa misma tarde hizo llamar al cardenal Santiago para que acudiera a su despacho.

—No puedo seguir esperando a que encuentren a Hugo. Necesito un nuevo secretario cuanto antes. Ya han pasado muchos meses.

—Lógico, su santidad.

—Tengo que conseguir devolver la normalidad a mi agenda. Esta vez quiero que sea usted personalmente quien me presente a los candidatos —le dijo el papa al cardenal.

—Su santidad, como preveía que se iba a dar esta situación, me tomé la libertad de empezar hace unas semanas con el proceso de selección y tengo ya a un candidato. Si quiere entrevistarle puedo gestionar una cita.

—¿Quién lo ha recomendado?

—Nadie. He buscado en nuestros archivos un perfil que se ajuste al puesto. Entre unos cien candidatos, creo que este es el mejor.

—¿Por qué cree que será el adecuado?

—Se trata de un joven sacerdote español que tiene una intachable reputación. Ha estado al

cargo de cinco parroquias simultáneamente con excelentes resultados en todas ellas. Con casi treinta años ya ha llevado varias diócesis y goza de un carisma bastante grande en la comunidad de Madrid. Mire.

El cardenal le entregó la ficha personal con todos los datos.

—Interesante. Quiero verle mañana. ¿Será posible?

—Supongo que sí. Ahora mismo me pongo en contacto con él. Espero decirle algo para la hora de cenar.

—Gracias. Puede retirarse.

El cardenal se dirigió a su despacho. Era de los pocos cardenales que tenían una dependencia exclusiva para poder trabajar dentro del propio palacio. Dejó los papeles encima de la mesa y llamó al teléfono de la ficha.

Al ver el prefijo de Italia en el teléfono, a Rubén se le aceleró el corazón.

—¿Quién es? —dijo con voz temblorosa.

—Buenos días, ¿puedo hablar con Rubén Martín?

—Sí, soy yo.

—Encantado. Soy el cardenal Santiago y le llamo desde el Vaticano.

—¿En qué puedo ayudarle? —Las manos le empezaron a sudar.

—Hemos estado revisando...

—Dígame, dígame.

—Sí. Si me permite hablar.

El cardenal le notaba alterado.

—Lo siento, ¿ya saben algo? —preguntó Rubén.

—¿Me puede dejar hablar?

—Sí. Perdón.

—Como le decía, hemos estado revisando su ficha de sacerdote y el santo padre ha decidido darle la oportunidad de acceder a ser su secretario personal.

—¿Qué? Creía que me llamaban por el tema de la desaparición de mi hermano.

—Ese tema ha influido un poco. En realidad su hermano y el papa no se llevaban muy bien. No obstante, y teniendo en cuenta su trayectoria, hemos decidido darle la oportunidad de trabajar como secretario del pontífice.

—Pero...

—Si puede personarse mañana aquí —le interrumpió—, le envío ahora mismo un correo electrónico con su billete de avión.

—No sé. Lo tendría que pensar.

—Hijo mío, lo necesitamos saber ya. Como entenderá, la lista de candidatos es enorme y no dispongo de mucho tiempo para malgastar.

—Está bien, está bien. Mañana por la mañana cogeré el vuelo —dijo tras un silencio de unos pocos segundos.

Pese al poco tiempo que tuvo para pensar sus posibilidades, Rubén había decidido aceptar el puesto por dos motivos. El primero fue que entendía que era lo más alto que un sacerdote de su edad podía llegar dentro de la Iglesia, y el otro era poder trabajar mano a mano con el papa más querido de los últimos tiempos. Le pasó por la cabeza que el cargo se lo habían ofrecido por la misteriosa desaparición de su hermano, pero luego se dio cuenta de que, al no tener el mismo

apellido, por ser hijos de distinto padre, nada les relacionaba entre ellos. Se le fue de la cabeza esa idea y volvió a pensar en que todos sus méritos en España habían llegado al Vaticano.

Su hermano había formado parte del consejo, y siempre le contaba lo gratificante que era trabajar en el nivel más alto de la Iglesia. Hacía un par de años dejó de tener noticias de él. La policía no le dio muchas explicaciones. De vez en cuando le llamaban para decirle que seguían investigando, pero sin resultados. No hacía mucho tiempo le dijeron que cerraban el caso por no tener más pistas que seguir. Rubén se puso alguna vez en contacto con el Vaticano. Allí siempre le decían lo mismo.

—Un día se marchó al terminar una de las reuniones del Consejo de Cardenales y aquí ya no hemos vuelto a saber nada de él.

Así que Rubén pensó que, trabajando allí, podría averiguar algo más de la misteriosa desaparición. Su madre, al enterarse, le insistió en que fuera. Era una mujer muy devota. De hecho creían que algún antecedente suyo llegó a ser papa. No lo pudo rechazar y en muy poco tiempo ya estaba trabajando mano a mano con el sumo pontífice.

Al llegar con el primero que habló fue con el cardenal Santiago.

—Hijo mío, sea bienvenido.

—Gracias.

—Puede contar conmigo para lo que sea.

—Es de agradecer —contestó Rubén.

—He bajado a recibirle para darle dos consejos. Uno se lo doy a todo el mundo que empieza a trabajar aquí y el otro es algo que le atañe personalmente.

—Me tiene intrigado, eminencia.

—El primero es que con el santo padre lo mejor es ver, oír y callar. Y el segundo es que yo si fuera usted procuraría no sacar el tema de su hermano. Como ya le conté no se llevaban muy bien. Conociendo a su santidad, seguramente si se entera de su parentesco lo mandará de vuelta a España.

—Entonces, así lo haré. —Bajó la cabeza queriendo terminar la conversación—. Ahora, si me permite, he de encontrar mi habitación.

—Suba las escaleras y gire a la derecha. Es la última habitación del pasillo.

—Gracias, eminencia.

La conversación con el cardenal no fue lo primero que le sorprendió al llegar al Vaticano. Se extrañó del poco revuelo mediático que había causado su contratación dentro de la Iglesia, puesto que estos nombramientos siempre se anunciaban a bombo y platillo. Esta vez alguna nota de aviso a las parroquias para cambiar el contacto de la agenda y poco más. Su llegada al Vaticano fue muy silenciosa, tanto que pasó casi inadvertida. Él sabía que no debía haber hueco para la vanidad en su corazón, pero tanta indiferencia le había dolido un poco en su orgullo. Dieron más importancia al destino del anterior secretario que al ascenso del nuevo.

Cuando entró en el despacho papal por primera vez quedó totalmente impresionado. Se lo imaginaba mucho más austero. Aunque sabía de los gustos del nuevo papa, no perdía la esperanza de que aquel que era el elegido para representar a toda la Iglesia, predicara con el ejemplo que daba la Biblia con sus acciones y no solo con sus palabras.

Las pocas conversaciones que tenía con el santo padre no las podía disfrutar porque, además de que estaba muy nervioso, casi todas acababan con alguna orden directa y urgente que aún le ponía más nervioso. Así que se dedicaba a no hacer nada que pudiera molestarle y a ser lo más eficaz posible en cada orden que le daba. Había entendido también que el sumo pontífice no admitía

sugerencias ni comentarios a sus decisiones. La única vez que se le ocurrió dar una opinión fue recriminado varias veces por ello.

«Ver, oír, callar y obedecer», se repetía todas las noches antes de besar la medalla de la Virgen que le regaló su madre, igual que la de su hermano. Después de rezar sus oraciones procuraba relajarse para conciliar bien el sueño, pero muchos días era complicado.

## Capítulo 13

La noche anterior del viaje a Cuba, Rubén estaba con una descomposición estomacal severa. Él creía que era por los nervios de ir al país caribeño, y durante el día no le dio mucha importancia, pero de madrugada le subió la fiebre y comenzó a sudar mucho. Tuvieron que llamar al médico para que lo atendiera de urgencia. El pronóstico no era muy grave, pero el doctor le recomendó no viajar para que se repusiera totalmente.

Al santo padre no le sentó muy bien la noticia de tener que viajar sin él. Hizo un par de llamadas y rápidamente consiguió un sustituto. Pasó a la habitación de Rubén para despedirse y ver qué tal se encontraba. Sin acercarse demasiado a la cama para no contagiarse de lo que le hubiera infectado, le preguntó:

—¿Qué tal te encuentras?

—No muy bien, su santidad. Esta noche ha sido horrible. Sudores, vómitos, diarrea continua... Lo que más siento es que no me dejen viajar con usted. Ya no se puede aplazar la visita, ¿verdad?

—No querido, ya es imposible. De todas formas, tengo acompañante, aunque seguramente no sea tan eficaz como tú. Necesitaré que me des las notas que teníamos preparadas para el viaje.

—Están en mi escritorio.

Lo señaló con el dedo.

El papa se dirigió al mueble, abrió el cajón, cogió la carpeta que habían estado preparando la semana anterior y copió algunos datos en su cuaderno. En su interior tenían anotaciones sobre personas, lugares y eventos de interés. Ese viaje era muy importante para él, ya que Cuba entraba dentro de los planes de la nueva Iglesia del papa. Necesitaba que toda la visita fuera perfecta. Por eso la falta de Rubén le había contrariado. No iba a tener tiempo de explicarle a su sustituto todos los detalles del viaje.

—Estos días aprovecha mi ausencia para ordenar la biblioteca de mi despacho por orden alfabético, por favor. Ayer, para encontrar este libro, estuve más de una hora buscando —dijo el papa levantando el ejemplar que llevaba en la mano.

—Así lo haré, su santidad.

—Todo lo que ocurra dentro de mi despacho se queda en mi despacho, ¿lo entiendes, querido?

—Sí, por supuesto.

—Si abres la caja fuerte o el pasadizo, simplemente espera un poco y vuelve a tirar del mismo libro. Luego, si tienes tiempo, también me gustaría que me prepararas unas jornadas para recogida de alimentos y ropa en Roma, Madrid y París el mismo día. Ya les pondremos nombre.

—Muy bien —le dijo Rubén entre carraspeos.

—Recupérate pronto, hijo mío.

—Gracias, su santidad.

El papa salió de la habitación y se dirigió a su despacho para dejar cerrados todos los temas que aún tenía pendientes antes de tomar el avión. Abrió su caja fuerte y pulsó un botón debajo de su mesa. Un doble fondo se levantó dentro de la caja de seguridad para dejar ver varios objetos. Dentro había dos medallas, una del Sagrado Corazón de Jesús y la otra de la Inmaculada Concepción de María, su crucifijo de plata, un reloj, una pistola y una pequeña bolsa de piel marrón.

«Hoy puede ser un buen día para deshacerme de todo esto, aunque los controles en los aeropuertos... Por otra parte, no creo que al papa... Mejor para otro día...», pensaba mientras cogía el crucifijo y se lo ponía al cuello.

Volvió a pulsar el botón de debajo de su escritorio y el doble fondo retornó a su posición. De no saber que existía, era imposible darse cuenta de que la caja fuerte tenía más profundidad. A simple vista parecía totalmente vacía.

«Decidido, no puedo seguir teniendo esto aquí. En cuanto vuelva pensaré cómo librarme de ello».

Sacó la maleta al pasillo para que la recogieran y cerró con llave.

Al día siguiente, Hugo cruzaba el paso de cebra que daba a la puerta del restaurante sentado en una silla de ruedas. Se había dejado barba y unas gafas oscuras tapaban casi todo su rostro. La silla llevaba un motor que le permitía ir bastante rápido por las aceras. No obstante, era Lucía la que le empujaba. Al llegar al restaurante utilizó la rampa para acceso de minusválidos, pero la puerta no se abrió. En pocos segundos un empleado salió para ayudarlo.

—Disculpe, caballero. Hay veces que esta dichosa puerta no quiere abrirse ella sola. Déjeme que le ayude —le dijo muy amablemente el *maître*.

—Gracias.

Hugo bajó la cabeza para que no le reconociera. El restaurante tenía a los mismos empleados que siempre le saludaban cuando salía del túnel con el papa. Había pasado bastante tiempo desde la última vez que estuvo allí, pero no quiso correr más riesgos de los absolutamente necesarios.

—No se preocupe —le dijo Lucía al *maître*—. Ya puedo yo sola.

Empujó la silla hasta el interior del restaurante y se sentaron en la mesa que estaba más cerca del baño.

Miraron la carta y pidieron una *pizza* cada uno. En el restaurante no había mucha gente. A Hugo le daba la sensación de que cada vez que hablaban los empleados entre ellos era porque le habían reconocido, pero todo era normal.

—Voy al baño.

—¿Te ayudo? —le preguntó Lucía.

—No hace falta, gracias.

Los dos hablaban con mucha naturalidad para no levantar ningún tipo de sospecha entre los presentes. Hugo se dirigió al baño de minusválidos y comprobó que la puerta que daba acceso al túnel por el que solía salir el papa del Vaticano todavía estaba allí. El botón oculto que abría la puerta desde el lado del baño no estaba. Vio que la pared seguía siendo una tapadera, porque las juntas no estaban totalmente selladas y empezó a pensar en cómo podría abrirla. En un primer vistazo no vio nada que le sirviera.

«A lo mejor, si se forzara con una palanca... Creo que hay el espacio suficiente como para usar unas tenazas hidráulicas». Salió del baño y volvió a la mesa.

—Aún está —le susurró a Lucía.

—Pero... no puedo creerlo.

—Yo tampoco. Una de dos: o ha cerrado la entrada de su despacho o es directamente una trampa para mí. ¿Tú qué crees?

—No sé qué decirte. Es muy raro. Yo lo consultaría con don Santiago antes de hacer nada.

—Sí, pero es que solo tenemos tres días. Siempre que el papa no vuelva antes de lo previsto de

Cuba.

—Entonces llámalo ahora —le animaba con la mano.

—Será lo mejor.

Hugo sacó su móvil y llamó.

—¿Don Santiago?

—Dime.

—Aún está la puerta del restaurante —dijo bajando mucho la voz.

—Uffff —suspiró el cardenal.

—Ya, ya. Yo tampoco sé qué pensar.

—Es muy sospechoso, hijo mío. De momento no entres. Terminad de cenar y marchaos de ahí.

Lo voy a consultar y te llamo en cuanto pueda. Vamos a valorarlo todo.

—Vale, así lo hacemos.

Terminaron sus *pizzas*, pagaron y se marcharon. Aparentemente no habían llamado la atención de nadie, con lo que podrían volver en cuanto don Santiago les diera permiso para entrar en el pasillo secreto. Debía planearlo bien para no llamar la atención. Tenía muchas ganas de desenmascarar al papa y dar a conocer la cara que todo el mundo desconocía.

A la mañana siguiente Rubén se encontraba mejor. Había dormido sin despertarse ni una sola vez y tenía incluso ganas de comer. Se dirigió a la cocina, donde ya estaba preparado el desayuno del personal de palacio. Cuando regresaba a su cuarto para rezar como todos los días, don Santiago se le cruzó en el pasillo y preguntó por su estado de salud.

Encendió la televisión. Estaban hablando de la visita del papa a Cuba y los primeros planos que tomaban de él le hacían pensar que todo estaba funcionando a la perfección porque se le veía contento. Sentía un poco de envidia. Le hubiera gustado estar allí, ayudando en lo que pudiera.

Mientras escuchaba de fondo los comentarios de los periodistas sobre la visita papal se levantó para revisar las notas que tenía en su cajón y vio un papel que él no había dejado allí.

«2-5-1-2».

—¿Qué será esto? —se preguntó.

Metió el papel en su cuaderno y se dirigió al despacho del papa para cumplir las tareas que le había encomendado. Abrió la puerta con su llave. Solo él y el jefe de limpieza de palacio disponían de ella cuando el papa se ausentaba.

Empezó a sacar los libros de la estantería. La biblioteca era inmensa. Pensaba que ordenar y limpiar esa cantidad de ejemplares le iba a llevar toda la semana.

Había estudiado la carrera de Biblioteconomía y Documentación antes de entrar en el seminario. Era un ávido lector, o devorador de libros, como le llamaba su madre. Pero aun así era incapaz de calcular el valor de la biblioteca que estaba viendo en esas estanterías. Desde *El código Leicexter* de Leonardo da Vinci a la primera edición de *El Quijote*, pasando por la Biblia de Gutenberg, e infinidad de ejemplares firmados por premios nobel de literatura. Cada libro era más valioso que el anterior. Cuando sacaba uno, lo admiraba, lo abría para olerlo, lo limpiaba como si se tratase de un bebé y lo colocaba en el orden que le correspondía. Llegó a *Los cuentos de Canterbury* y al intentar sacarlo notó que el ejemplar parecía estar enganchado en la estantería. Escuchó un clic y un sonido seco detrás de él. Rápidamente se giró y vio cómo el cuadro de Juan Pablo II, que presidía el despacho, se había abierto como si fuera una puerta dejando ver una caja fuerte tras de sí.

—¡Dios mío!

Intentó volver a poner el cuadro como estaba pero no se movía. Un *display* en la caja fuerte solicitaba un PIN. Aparentemente era lo que estaba bloqueando el cuadro.

—Bueno, Rubén. Ha sido un accidente. No toco nada y espero, tal y como él me dijo —se decía en alto—. Un momento, el papel de mi mesa... Seguro que es el código de la caja. No, no, no. No puedo. No debo, pero... solamente él lo pudo dejar en mi mesa. Eso significa que quiere que abra la caja por alguna razón —seguía analizando la situación en voz alta.

Después de pasar un rato más pensando, se decidió a introducir el código. La caja se abrió. Dentro no había nada.

—Joder, qué raro. Una caja de seguridad para no guardar nada.

Palpó dentro pero no notó nada que le llamara la atención. Decidió cerrarla e intentar girar el cuadro para ponerlo en su posición original, que ahora se cerró sin esfuerzo. Todavía con el susto en el cuerpo se marchó a su cuarto a pensar en quién le habría dejado la nota con el código de la caja y por qué.

«Él quería que todo esto pasara. Estoy seguro».

## Capítulo 14

—¿Sabes? Ayer estuve pensando y tengo que pasar página. Hasta la policía me ha dicho que han dejado de buscar.

—Yo creo que también he perdido la esperanza —le contestó María Jesús sacando a Carlos del carro—. Me sigue pareciendo todo tan raro...

—Lo que no puedo permitirme es volver a perder este trabajo. Al padre Pablo le ha costado mucho que me vuelvan a contratar y no pienso decepcionarlo de nuevo.

—Eso es lo que tienes que hacer, Pepe. Por cierto, hay que pensar en el tema de la guardería. Que mi excedencia se termina y mis turnos son un horror.

—Me puedo quedar con él —le dijo rápidamente Pepe—. Si tú quieres, claro.

—Muchas gracias, pero no quiero que tengas esa obligación.

—No es ninguna obligación. Sabes que lo quiero como si fuera mi hijo. Así puedo aprovechar para pasar más tiempo con él.

—Lo tendré que pensar. Tenemos mucha suerte por contar contigo, Pepe —dijo mirándole a la cara.

Él vio algo raro en sus ojos. Eran como dos puñales cuando miraban tan fijamente. Le había dejado sin palabras. No supo qué contestar y tampoco pudo aguantar su mirada.

—Solo intento hacer lo mejor para todos. Yo sí que he tenido suerte —dijo bajando la cabeza y cortando el silencio incómodo que se había producido.

—Y no te puedes imaginar cómo te lo agradecemos. Así que tienes que estar muy orgulloso de ti mismo y seguir como hasta ahora.

Ella le levantó la cabeza, le volvió a mirar a los ojos y le sonrió de la manera más dulce que lo había hecho nunca. Le pasó a Carlos, que se estaba quedando dormido, para plegar el carro y dejarlo tumbado en el suelo.

—¿Piensas alguna vez en el futuro de Carlos, MJ? —preguntó.

—Sí, he pensado mucho.

—Y ¿cómo lo ves?

—Lo veo feliz, porque voy a ser la madre perfecta. La que nunca tuve. La que siempre desee tener... y la que mi hijo va a tener.

Pepe asintió. Tenía la sensación de que era otra persona. La niña indefensa que vivía en el piso de abajo hace apenas un año había dejado paso a una mujer con las ideas muy claras, una fuerza mental abrumadora y un coraje envidiable. Él, muchas veces, se sentía pequeño al estar a su lado, pero la admiración que le provocaba le atrapaba cada vez más y más, hasta el punto de no tener claros sus sentimientos hacia ella.

—¿Nos vamos?

—Sí, venga. Vamos a comer. Te invito a una hamburguesa —contestó Pepe cogiendo el carro de Carlos.

—¿Sabes hasta donde estoy de las hamburguesas...?

—Que es broma, mujer. Vamos donde quieras.

Se rieron los dos.

En lo más alto de Madrid, Torres recibía una llamada.

—Si no están enamorados ya, poco les falta —dijo Roberto en cuanto contestó.

—Lo sabía. No podía pasar otra cosa. Era inevitable. Ahora activaremos el siguiente protocolo y todo cogerá más velocidad.

—¿Cómo sabes siempre lo que va a pasar?

—Amigo mío, porque soy el mejor. ¿Por qué crees que me contrataron? Desde luego por guapo no fue.

—¡Ja, ja, ja! ¿Ves? A mí sí que me contrataste por guapo, ¿no?

—No. Por ser de los mejores también. Mantenme informado —se despidió Torres.

—Así lo haré.

Fue al mueble bar y se puso otra copa. Cogió un montón de folios que tenía en la mesa y se sentó en el sillón a leer. Pasados unos minutos llegó Ortega.

Se saludaron, se sirvió un vino y se apoyó en la mesa del comedor que estaba frente a Torres.

—¿Alguna novedad?

—Se han enamorado.

—Eres una máquina, Torres.

—Lo sé.

—Y ahora ¿qué toca?

—Te toca a ti. Dale un trabajo bien remunerado. Que tenga las tardes libres y nada de fines de semana.

—Para eso tiene que estudiar una oposición —bromeó Ortega.

—¡Ja, ja, ja! No estaría mal. ¿Puedes? —le preguntó dejando de reír.

—Hombre, por poder, sí que puedo, pero ¿no se notaría nuestra presencia demasiado? Quiero decir, que así, sin más, consiguiera un puesto en la administración... Creo que no se lo tragaría ni él mismo.

—Un momento, espera un momento... y si lo movemos nosotros... ¡Sí, eso es! —exclamó Torres.

—¿Qué?

—Tenemos que animarlo. Me explico. Si conseguimos que empiece a estudiar unas oposiciones estará ocupado en casa, podrá cuidar de Carlos ahorrándose el dinero de la guardería, estrechará los lazos con el crío, le dará una estabilidad diaria con una rutina marcada y seguro que va bien para la relación con María Jesús. Luego ya veremos si es necesario que la apruebe o no.

—¿Lo deberíamos consultar antes? —preguntó Ortega.

—No, no creo que sea relevante —contestó Torres—. Lo empiezo a gestionar ahora mismo y ya informaremos cuando haya algo de lo que informar.

—Tú eres el que sabe de esto...

Sin dar tiempo a que se le enfriara el ánimo Torres sacó el móvil.

—Dime.

—Te mando ahora mismo un correo con los siguientes pasos que tienen que dar. Resumiendo, tienes que conseguir que Pepe empiece a estudiar unas oposiciones a lo que él quiera.

—Pero... eso va a ser muy complicado. No creo que le pueda engañar para que se ponga a estudiar, si apenas consigo que vuelva a trabajar en los bares que me decís. ¿No podrías meterlo en alguna de esas empresas que tenéis de jefecillo? —preguntó el padre Pablo.

—Si abusamos de darle trabajos que no son acorde a lo que él puede desarrollar, nos arriesgamos a que pueda sospechar en algún momento. Ten en cuenta que su currículum es

lamentable. Necesitamos que se quede en casa estudiando y cuidando al niño. Lo hemos estado valorando y es la mejor opción.

—Me lo pones complicado, pero si así lo quieren desde Roma, así se hará.

—Muy bien, ¿qué tal estás?

—Cansado.

—¿Qué te dijo el médico?

—Que necesito más pruebas, pero que aparentemente es benigno.

—Para cualquier cosa que necesites ya sabes que puedes contar con nosotros —dijo Torres.

—Lo sé. Lo sé.

—Ánimo, Pablo.

En las últimas semanas el sacerdote había estado visitando a algunos médicos porque se había notado un bulto en el cuello. No había querido decirle nada a María Jesús ni a Pepe. Llevaba un tiempo viéndoles muy bien a los dos y no quería incluir malas noticias en sus vidas. Tenía que cumplir el encargo de Torres, así que les llamó para verse en la iglesia con el pretexto de que hacía ya unos días que no veía a Carlos. Quedaron en el bar de al lado de la parroquia.

Al verlos llegar a los dos juntos, con el carrito del bebé, el padre Pablo sintió un cosquilleo en el estómago y sonrió involuntariamente. Le gustaba verlos como una pareja de verdad. Notaba que poco a poco habían dejado de ser dos amigos para convertirse en un dúo de tres, pero al momento, la imagen del papa tomándole la mano en el Vaticano y pidiéndole su ayuda para la misión más importante que Dios había encargado a la Iglesia hizo desvanecer esos pensamientos tan rápido como habían aparecido.

—¡Chicos! ¿Cómo estáis? —preguntó.

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien, no me puedo quejar. ¿Está dormido?

—Se acaba de despertar —contestó Pepe.

—¿Me lo dejas?

—Claro, toma.

Pepe sacó al niño del carro, lo cubrió con una manta y se le colocó en los brazos con mucha suavidad.

—Hola, pequeño —le dijo al bebé con voz ñoña.

Estuvieron hablando toda la tarde del cambio de actitud de Pepe y lo que había mejorado de un tiempo a esta parte. Pablo había buscado un panfleto de publicidad de una academia a distancia de las que preparan las oposiciones, antes de que llegaran, pero no sabía cómo sacar el tema sin que pareciera muy brusco.

—En resumen, Pepe, que tienes que vivir el presente y prepararte para lo que pueda venir en el futuro.

—Sí, es lo que le decía a MJ. Lo que pasa es que ahora voy de noches al bar y estoy todo el día cansado.

—¿Y si te pones a estudiar?

—¡Ja, ja, ja! —Se rio a carcajadas—. Nunca se me ha dado bien. De hecho en cuanto pude salir del colegio, lo dejé.

—Igual ahora es el momento —insistió el cura.

—No te rías. A mí no me parece una idea tan descabellada, Pepe. Tienes mucho tiempo libre y si encima te quedas en casa cuidando a Carlos aún tendrás más.

—No lo había pensado —dijo poniéndose serio.

—Mira. —Le enseñó el panfleto—. Casualmente he cogido esta publicidad antes. Toma.

—Anda. Qué casualidad —se sorprendió Pepe.

—No, no te creas que tanta. Al leer esto es cuando se me ha ocurrido que estudiar sería lo que te conviene en este momento. Bueno, por eso y porque la estabilidad en un bar de copas es muy baja, ¿no?

—De momento parece que cuentan conmigo.

—Si me necesitas te puedo ayudar. No te olvides de que yo antes de cura fui profesor de instituto. Así que en algo podré colaborar.

—Me está gustando la idea —le dijo María Jesús pasándole un brazo por encima del hombro—. Imagínate que apruebas el examen.

—Ufff —suspiró Pepe mientras una leve sonrisa se le escapaba—. ¿Te imaginas?

## Capítulo 15

Hacia un rato que la temperatura había caído considerablemente. Los cristales del coche estaban empañados. Llevaban en su interior más de tres horas y por fin, a la una de la madrugada, el restaurante estaba cerrando. Hugo y Anton estaban ansiosos por empezar. Don Santiago había dado el visto bueno cuando se enteró de que el siguiente viaje programado del papa aún no tenía ni siquiera fecha. Tenían que aprovechar su estancia en Cuba.

—Atento, Hugo. Fíjate en si, cuando cierren todo, activan algún tipo de alarma —le dijo con su acento tan característico.

—No se ve muy bien.

—Toma.

Le entregó unos prismáticos.

Él sacó unas gafas de visión nocturna y se las colocó para no perderse ningún movimiento del personal de restaurante cuando salieran del edificio.

Hugo lo miró con perplejidad.

—Siguen sin escatimar en medios, ¿eh?

—Ya sabes que no. Atento.

—Aparentemente han salido todos y no han activado nada —dijo Hugo mientras miraba.

—Espera, espera. El *maître* lleva algo en la mano.

—Sí. Cierto. Parece un mando a distancia o un teléfono móvil.

—Eso será para activar la alarma. ¡Mierda! Vale, lo haremos así. Forzamos la puerta. En cuanto entremos, tú vas al baño de minusválidos e intentas abrir el pasadizo con las tijeras hidráulicas. Lo recorres con el patín eléctrico. Intentas entrar en el despacho y, si puedes, colocas los micros y abres la caja con la clave que te ha dado don Santiago.

—¡Qué sí, hombre...! Ya me sé el plan —dijo Hugo en voz baja.

Se pusieron los pasamontañas y salieron del coche cuando ya no quedaba nadie en la calle. Se dirigieron a la puerta y Anton forzó la cerradura en menos de diez segundos. Al abrirla, empezó a sonar un pitido. Era rítmico y cada dos segundos se repetía con la misma intensidad. Hugo se fue rápidamente al baño de minusválidos y el ruso a la caja de la alarma.

—¡Vamos, vamos! —se animaba mientras quitaba los tornillos de la caja.

El destornillador automático hizo el trabajo en un par de segundos y la maraña de cables que había dentro ya era trabajo de la intuición de Anton. Cortó uno de ellos y el pitido disminuyó de cadencia. Dejó la caja y, siguiendo el recorrido de los cables que había en la parte más alta de la pared, llegó hasta la cámara de seguridad que le estaba enfocando continuamente.

Hugo metió las puntas de las tijeras en el hueco de la puerta oculta y las activó. Empezó a ceder y continuó abriéndola hasta que tuvo el suficiente hueco como para pasar. Con un espejo buscó cámaras, mecanismos o cualquier cosa que le pudiera parecer sospechosa. No vio nada que le resultará extraño, se subió en el patín eléctrico y recorrió el pasillo a toda velocidad. En un par de minutos estaba en la otra puerta. La palanca que antes accionaba el mecanismo de la puerta del despacho ahora no estaba. En su lugar había un teclado con un *display*.

—Bueno, podría ser peor. Ha dejado el pasillo abierto porque seguirá necesitando salir sin que le vean, pero...

La pantalla mostraba cuatro rayas para que se introdujera un código que aparentemente abriría la puerta. Hugo se quedó pensativo, tratando de recordar fechas significativas para el papa.

—Tengo que arriesgarme. La noche de los Reyes Magos. Es su favorita. 0-5-0-1. Vamos allá —dijo pulsando el botón verde.

El dispositivo pitó con fuerza y el color cambió al rojo.

Código erróneo. Aviso enviado.

—¡Mierda!

En ese mismo momento el móvil del papa vibró. Estaba recostado en el asiento de su avión durmiendo plácidamente y el temblor hizo que cambiara de posición. No se despertó.

Rubén había terminado de cenar y se dirigía a su habitación cuando escuchó un sonido muy fuerte cerca del despacho del papa. Era la primera vez que lo oía y decidió entrar a ver qué era lo que había podido ocurrir.

Anton ya se había hecho con la alarma. Cerró la puerta del restaurante al salir para no levantar sospechas y esperó a que saliera Hugo con el motor del coche encendido.

—Piensa, Hugo, piensa —se decía a sí mismo—. Si no es la Noche de Reyes, ¿en qué pudo pensar? Es una fecha seguro. ¿No será la misma que la de la caja fuerte? Sacó un papel del bolsillo.

«2-5-1-2, el veinticinco de diciembre». Sacó la pistola de su espalda y pulsó las teclas. Esta vez el *display* cambió de color al verde. La puerta giró.

—¡Pero...! —exclamó Rubén antes de sentir un fuerte impacto en el estómago. Cayó al suelo y perdió el conocimiento.

Hugo se acercó y le tocó el cuello buscándole el pulso.

—Correcto. Ahora a trabajar.

Colocar los micros tal y como le habían enseñado le llevó un par de minutos. Cuando terminó de esconderlos se dirigió a la biblioteca y accionó el libro que dejaba ver la caja de seguridad. Puso el mismo número que para el pasadizo y esta se abrió.

«Vacía».

Los ojos del papa se abrieron de repente como si estuviera teniendo una pesadilla horrible. Cogió el móvil y vio la notificación de la alarma. Rápidamente llamó al móvil de Rubén, pero este no contestó. Acto seguido llamó al número genérico de palacio.

—¡Llamad a una ambulancia! —gritó el empleado en cuanto vio el cuerpo en el suelo—. ¡El secretario está inconsciente!

Hugo recorría el pasadizo con el patín eléctrico lo más rápido que podía sin caerse. Sabía que no le quedaba mucho tiempo para salir de allí antes de que detectaran su presencia. Al llegar a la puerta del restaurante recogió las tijeras y el patín. Salió en busca del coche que le estaba esperando en la calle.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Anton.

—Bien. He tenido que electrificar a uno que ha aparecido en el despacho de repente, pero luego me ha dado tiempo a colocar todos los micros. Me he llevado estos dos libros para despistar.

—¿Te ha reconocido?

—No lo sé.

—¿Lo conocías tú a él?

—Me suena su cara de algo, pero no. No lo conocía.

—¿Sobrevivirá?

—Cuando me he ido tenía pulso, así que supongo que habrá aguantado la descarga.

Arrancó el coche y salió a la avenida principal. Supuso que tres carriles en cada dirección eran la vía de escape perfecta por si les perseguían. Era de madrugada y solo se veía un coche a lo lejos. Una sirena de ambulancia rompía el silencio nocturno.

—Bueno, la parte complicada ya está... —empezó a decir Anton a Hugo.

—Sí. Solo espero que el riesgo haya merecido la pena. ¿Crees que con esto será suficiente para pillarle?

El ruso le miró a los ojos asintiendo. En ese momento notaron un fuerte impacto por el lado del conductor. El coche que venía de frente había hecho un trompo en el carril contrario. Al derrapar empezó a dar vueltas de campana sobre sí mismo hasta que se topó con el Audi de Anton. Hugo salió despedido por la luna delantera y Anton quedó atrapado en el amasijo de hierros. Ninguno de los dos se movía. Estaban inconscientes.

La ambulancia, que antes se escuchaba a lo lejos, llegó en menos de un minuto. Ya estaba atendiendo a Hugo, que seguía tumbado en el asfalto. Se trataba de la ambulancia que se dirigía al Vaticano, pero al encontrarse con el accidente se detuvieron a ayudar. Habían dado aviso para que otra unidad fuera al palacio y llamaron a los bomberos para que intentaran sacar los dos cuerpos que quedaban dentro de los coches siniestrados.

—¡Cuidado! —gritó uno de los auxiliares—. Hay mucha gasolina por el suelo. Pueden explotar en cualquier momento.

A Hugo le pusieron un collarín y lo subieron en una camilla que metieron en la ambulancia. Arrancó con las sirenas encendidas y empezó a coger velocidad por las calles vacías de Roma. Una explosión hizo que el conductor diera un volantazo por el susto, pero enseguida se hizo con el control del vehículo.

—¡Vamos, date prisa! No le queda mucho tiempo. Hay que llegar cuanto antes. Ha perdido mucha sangre.

En el hospital lo llevaron rápidamente a quirófano. Estaba muy débil. Al romper la luna con la cabeza y salir despedido, uno de los limpiaparabrisas se le había clavado en el estómago, causándole una herida muy profunda que los médicos no conseguían que cesara de sangrar.

—¿Está aquí el del accidente de la avenida Leone IV?

—Sí, le estamos transfundiendo sangre, ya le han suturado el abdomen y va a ser trasladado a la UCI. Si consigue remontar saldrá de peligro —le dijo uno de los cirujanos a un policía que iba vestido de paisano que esperaba en el antequirófano.

—¿Llevaba algún tipo de documentación, teléfono...?

—No, que yo sepa. No han traído nada con él —siguió contestando.

—Habría que tomarle las huellas dactilares para comprobar si por lo menos está fichado y lo podemos identificar.

—No creo que sea necesario. Si todo sigue como hasta ahora, no tardará en despertar.

—¿Y si no lo hace? —preguntó el policía.

—Seguiremos el protocolo que marca el hospital. Primero déjenos hacer nuestro trabajo y después ya harán ustedes el suyo.

—De acuerdo. Nos quedaremos por aquí.

—Eso, ustedes mismos.

—Muy bien. Por cierto, si pregunta... díganle que el conductor del coche en el que tuvo el accidente ha muerto —concluyó el policía.

—Pobre. Ya se lo diremos cuando sea oportuno.

El médico se dio media vuelta y dándoles la espalda a los policías volvió a entrar en el

quirófano, sacó su móvil y llamó.

Un par de días después, Hugo ya se encontraba estable y lo trasladaron a la segunda planta del hospital. La habitación era muy amplia y luminosa. Tenía a un anciano como compañero de habitación que parecía bastante enfermo. Estaba conectado a una máquina muy grande que reflejaba sus débiles latidos y los cables a los que estaba conectado salían por todas partes. Hugo también estaba conectado a una bomba que le suministraba una dosis regulada de sedante para el dolor que le hacía quedarse adormilado. De vez en cuando entraba alguna enfermera para medirle las constantes pero no conseguía mantenerse despierto. Ese día lo pasó prácticamente sin ser consciente de nada de lo que pasaba a su alrededor.

Tras el turno de noche, la enfermera ajustó la cantidad de medicación, y para el desayuno él ya estaba despierto. La auxiliar entró en la habitación con un café y un paquete de galletas sin sal. Le sonrió.

—Buenos días, señor.

—Buenos días —contestó él.

—¿Qué tal se encuentra hoy?

—Me duele todo.

—Ahora avisaré al doctor de que ya se ha despertado. Tenía que hablar con usted.

—Muy bien.

Ella se fue del cuarto y al momento entró un sacerdote muy alto con el pelo canoso. Llevaba la sotana y fue directamente hacia su compañero de habitación.

—Buenos días —saludó el cura educadamente.

Hugo correspondió con un leve movimiento de cabeza porque estaba comiéndose las galletas en ese momento. El cura le miró fijamente, pero enseguida se acercó a la cama de su acompañante y empezó a darle la extremaunción.

—Si es usted creyente rece un padre nuestro por el alma de su vecino porque no verá el próximo amanecer, me temo.

—Así lo haré, padre —contestó Hugo bajando la mirada.

El sacerdote se despidió y salió de la habitación. Cuando hubo doblado la esquina del pasillo sacó el móvil y llamó.

—Señor, acabo de encontrar al secretario. Está en el Salvator Mundi.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó la voz al otro lado de la línea.

—A mí me ha parecido que bastante bien. Estaba tomando el desayuno y parecía bastante sano.

—Muy bien, muy bien. Enseguida mando a alguien allí.

Al poco rato de haberse marchado el sacerdote, entró un médico a la habitación y comenzó a hacerle preguntas.

—Por fin te despiertas, ¿eh?

—Sí, me encuentro bastante mejor.

—Tenemos varias cosas pendientes contigo —dijo abriendo la carpeta que llevaba en las manos—. Lo primero es que nos digas cómo te llamas.

—Mi amigo. ¿Qué tal está? No lo he visto todavía.

—Tu amigo... lo siento mucho, pero... no sobrevivió.

Hugo bajó la cabeza.

«Pobre».

—No quiero parecer maleducado y quiero que sepa que tenemos especialistas en el hospital que pueden ayudarle con su dolor, pero necesitamos hacerle unas preguntas urgentemente.

—No se preocupe —le contestó Hugo en voz baja.

—Intentaré ser lo más breve posible para dejarle descansar cuanto antes. Cuando llegó al hospital no tenía ningún tipo de documentación encima, ¿cómo se llama?

—Anton Kishi —mintió tras un breve silencio.

—Ese apellido... ¿de dónde es?

—Bratislava.

—Muy bien. Le cuento un poco lo que le hemos hecho. Después del accidente le trajeron con el limpiaparabrisas clavado en el abdomen, de ahí esa cicatriz —dijo señalándole el estómago—. Perdió mucha sangre y se le perforaron varios órganos que tuvimos que suturar en quirófano. Ahora ya están prácticamente cicatrizados.

Hugo asentía con la cabeza mientras pensaba cómo iba a salir de ahí.

—Perdone —le interrumpió—, pero es que no he visto a ningún familiar. Supongo que es porque al no saber mis datos no han podido avisar a nadie. ¿Le importaría que hiciera una llamada?

—No, por favor. Cómo iba a importarme. Si lo prefiere continuaremos luego y le termino de contar el tratamiento y la previsión estimada de salida del hospital.

—Será lo mejor. Gracias.

Cogió el teléfono que había entre las dos camas y, cuando el doctor salió de la habitación, llamó al móvil de don Santiago. Ahora sí que lo tenía bien memorizado.

—¿Sí?

—¿Don Santiago?

—¡Hugo!, ¿qué ha pasado? ¿Cómo estás? ¿Y Anton?

—Yo estoy bien, pero Anton ha muerto.

—¡Dios mío! Pero ¿qué pasó?

—Tuvimos un accidente al terminar nuestro trabajo —contestó bajando mucho el tono de su voz—. Un coche nos embistió.

—¡No me lo puedo creer! ¿Qué tal estás tú?

—Bien, pero ahora tengo que salir de aquí cuanto antes. No me puedo exponer más. Ha pasado un sacerdote que creo que me ha podido reconocer.

—Tranquilo, ¿sabes en qué hospital estás?

—Sí. En el Salvador Mundi —contestó mirando las sábanas donde estaba el logotipo.

—Bien. Ahora mismo envío a alguien para allí. De todas formas, para no levantar sospechas voy a hablar con el director para que gestione tu alta enseguida.

Lucía no tardó mucho en llegar al hospital. Cuando entró y vio a Hugo incorporado en la cama se alegró porque se lo imaginaba en un estado más grave. Se acercó hasta la cama y le dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Menos mal que te encuentras bien. ¡Qué susto me has dado!

—Gracias, Lucía. ¿Te han contado lo de Anton?

—Ya me lo han dicho, ya. Llevo todo el día pensando en él. Con las pocas ganas que tenía de trabajar en esta misión...

—Sí. Decía que algo le olía a podrido en todo esto.

—Yo diría que más que oler, apesta —le dijo dándole la mano—. ¿Qué tal te encuentras?

—Adormilado. Creo que es por los sedantes.

—¿Tienes fuerzas para andar? Hay que salir de aquí cuanto antes.

—Supongo que sí que podré.

—Entonces cámbiate. Con esa bata no llegaremos muy lejos. Tengo la furgoneta abajo.

Hugo se quitó la bata y se puso la ropa que le había traído la mujer.

—¿Desde cuando estás tan fuerte, chico?

—Hay que estar en forma —contestó Hugo sin darle importancia.

Lucía nunca se había fijado en él, pero cuando le dijeron que había tenido un accidente y que se encontraba en estado grave su subconsciente la traicionó. Se preocupó mucho y sintió la necesidad de ayudarle en lo que pudiera.

No quisieron esperar al médico, aunque Lucía sabía que estaba gestionando el alta hospitalaria. Cuando Hugo le dijo que había dado el nombre de Anton en vez del suyo decidieron salir sin esperarlo. Por el pasillo se cruzaron con un tipo muy grande que se les quedó mirando, pero que continuó hacia la habitación de donde acababan de salir. Aceleraron el paso. Llegaron a los ascensores y se sintieron más seguros.

Mientras se cerraba la puerta del ascensor vieron como el tipo enorme salía de la habitación y miraba a ambos lados como buscando a alguien. Luego sacó el móvil y se puso a hablar por él.

Al llegar a la calle se montaron en la furgoneta que Lucía había dejado aparcada cerca de la entrada y se fueron de nuevo hasta Cerveteri, al caserón donde tanto tiempo Hugo había pasado preparando su retorno.

—Las instrucciones son que te quedes aquí durante un tiempo.

—¡Otra vez! No me lo puedo creer.

—No protestes, anda. Me ha dicho que serán solo unos días. Mientras preparan tu salida del país y te terminas de recuperar.

—¿Mi salida?

—Sí, creo que te mandan a España. El papa lleva un par de días con mucho movimiento y gracias a los micros que colocaste sabemos que está removiendo cielo y tierra para encontrarte.

—Este caserón es bastante seguro —le dijo Hugo—. La otra vez que estuve por aquí no se acercó nadie.

—No, supongo que intensificará la búsqueda ahora que sabe que no andas muy lejos. Procura no salir de la casa y que no te vea nadie. Te irás en un avión privado en cuanto esté todo preparado.

## Capítulo 16

—Te he subestimado, querido Hugo —decía el papa mientras miraba el vídeo que había grabado del pasillo oculto—. Ni si quiera pareces la misma persona.

El santo padre estaba revisando las cámaras que había colocado a lo largo del pasadizo y que estaban totalmente ocultas. Vio a su exsecretario descifrar el código y luego ponerse en posición de disparar. Lo que ocurrió dentro de su despacho no podía saberlo puesto que tampoco aceptó colocar cámaras en su interior. El santo padre estaba bastante enfadado. Fue él mismo quien advirtió al técnico de su entera confianza que un código de cuatro dígitos le parecía bastante fácil de violar. El técnico le dijo que solo habría dos intentos, que al segundo erróneo ambas puertas se cerrarían y se quedarían bloqueadas hasta que él las desactivara desde su ordenador. Eso pareció convencerle y configuró la contraseña en el *display*, anotando la fecha del nacimiento del hijo de Dios.

Llamó a su despacho, al ministro de Interior, a la jefa de la Policía de Roma, a varios consejeros del Gobierno, a un par de investigadores secretos e incluso al director del hospital donde estuvo ingresado Hugo. Fueron pasando por el despacho papal y conociendo de primera mano lo irascible que era con este tipo de asuntos, sobre todo cuando no se solucionaban como él quería. En todas las conversaciones el tono era de reproche y enfado, salvo la que mantuvo con el director del hospital, que fue inusualmente amable.

—Como se podrá imaginar, señor director, mi preocupación por el estado de mi exsecretario es muy grande.

—Claro, su santidad. Es lógico.

—¿Sabes, hijo mío? Yo creo que pasó algo raro en su hospital.

—¿Por qué lo dice?

—Porque ha llegado a mis oídos que el alta de Hugo estaba tramitándose aunque no llegó a ser firmada por él. Y me pregunto, ¿cómo alguien que llevaba el abdomen abierto del esternón hasta el pubis puede recibir el alta en tres días?

—Su santidad, tendría que volver a leerme los informes porque no me acuerdo bien, pero, según tengo entendido, el paciente pidió el alta voluntaria y cuando se la fuimos a entregar ya no estaba en la habitación —contestó el director.

—Claro, y el sistema le dejó hacer todo el papeleo a nombre de... Anton... Kishi, ¿no es así? —le preguntó tras leer unos papeles.

—Sí. No teníamos razones para desconfiar de él. Al introducir el nombre en el ordenador nos dejó acceder a la ficha. He de decir que me extrañó que, para ser de Bratislava, hablaba nuestro idioma sin ningún tipo de acento.

—Ah —Asentía el papa—. Entiendo.

El pontífice se levantó y rodeó su escritorio hasta colocarse en la espalda de su invitado. Le cogió los hombros y preguntó:

—¿Usted cree en Dios, nuestro señor todopoderoso?

—No, su santidad.

—¿No? —repitió sorprendido.

—¿Le puedo ser sincero?

—Debe —le contestó volviendo a su silla.

—Durante mis años de médico he visto muchos casos de gente que pierde su vida antes de lo que debería. Gente buena, su santidad, y he tenido que salvar a algunos que se han dedicado a matar a esa buena gente.

El papa escuchaba muy atento.

—He visto a niños con cáncer. Madres morir en los quirófanos dando a luz a sus hijos. Si hay alguien ahí arriba, estoy seguro de que le hemos tenido que hacer algo malo para que nos tenga en tan baja estima.

—Los caminos del Señor son inescrutables, hijo mío.

—Sí, pero ningún niño debería estar enfermo. Ningún tsunami debería arrasar miles de vidas, y tampoco deberían ocurrir tantas y tantas cosas que alguien todopoderoso no tendría que dejar que pasaran.

—Al final será Él quien nos juzgue. Todos de los que habla, señor director, viven con Nuestro Señor en una vida más feliz de la que tenían aquí.

—Creo que eso es cuestión de fe.

—Así es —asintió el papa.

La charla se mantuvo durante media hora más y, cuando se dieron cuenta de que ninguno iba convencer al otro, el santo padre se levantó y le invitó a marcharse, señalándole la puerta del despacho.

—Ha sido un placer hablar con usted. En mi posición no me suelo encontrar con mucha gente sincera.

—Gracias, su santidad. Ha sido un verdadero honor.

En cuanto el director del hospital se marchó el santo padre cogió el teléfono del despacho e hizo una llamada.

—Sabe algo. Quiero que se lo saquéis sea como sea, ¿entendido?

—Entendido. Ya lo veo salir.

El director cruzaba la plaza del Vaticano y, en cuanto salió a la avenida principal, Pier arrancó el coche para comenzar a seguirlo. A los pocos metros se paró en la terraza de un bar cercano.

—Baja y siéntate en una mesa próxima a él. Llévate la grabadora y, si empieza a hablar por el móvil, piratea la señal espalda con espalda —le dijo a su compañera.

—Voy. ¿Dónde está?

—En la mochila, en el maletero. ¿Sabes usarla? Colocas la antena orientada y lo vinculas a tu móvil.

—Sí, ya la usé hace un tiempo.

Carla se bajó del coche. Iba vestida con un chándal rosa y una gorra. Cruzó la avenida y se sentó en la mesa de detrás del director, espalda con espalda. Cuando llegó el camarero le pidió un Limoncello. Dentro del bolso activó la antena y sacó el móvil. Se puso los auriculares e hizo como que recibía la llamada de una amiga, empezando una conversación ficticia. Le sacaron su bebida y al director un café. Este llamó con el móvil.

Carla escuchaba perfectamente la conversación del director. Instintivamente comenzó a grabarla.

—Bien, me ha preguntado por Hugo, como esperábamos —contestó el director.

—¿Sospecha algo?

—No, no me ha dado esa sensación. Hemos debatido más tiempo sobre Dios de lo que hemos hablado del incidente.

—Con ese hombre nunca se sabe, amigo mío.

—Ya me imagino. ¿Qué va a pasar ahora con él?

Carla continuaba con su conversación ficticia.

—En principio nos lo llevamos de aquí.

—Será lo mejor —afirmó el director—. Y ¿a dónde? Por curiosidad.

—A Villa... Da igual, no necesitas saberlo.

—También es verdad. Cuanto menos sepa, mejor.

—Eso es. Que vaya bien, amigo mío —se despidió don Santiago.

El director se terminó el café y siguió avenida abajo. Carlaapuró el Limoncello y volvió al coche. Dejó el bolso en el maletero.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Pier—. ¿Ha hablado con alguien, no?

—Sí, con su mujer. Nada interesante. Le ha contado que estaba cansado y que hoy volvería pronto a casa.

—Continuaremos con el seguimiento, pero creo que el papa se confunde con este tío.

—Sí, a mí también me da esa sensación, pero ya sabes que las órdenes son las órdenes y no está la cosa como para desobedecer.

—Efectivamente, tú lo has dicho. Ya hemos visto caer a mucha gente esta semana y no quiero ser el siguiente.

—Entonces arranca. Lo vamos a perder —zanjó Carla.

Al despacho llegaba una llamada por la línea privada del papa.

—Lo hemos encontrado. Está en Cerveri, en un caserón a las afueras del pueblo —dijo la voz en cuanto descolgó.

—¿El informador es de fiar?

—Sí, no es la primera vez que trabaja para nosotros.

—Ya sabe lo que tiene que hacer —dijo el papa bajando la voz.

—Estamos de camino. Aún tardaremos una hora más o menos en llegar.

—Manténgame informado.

—Sí, su santidad.

El papa se levantó, cogió uno de los libros de la biblioteca y comenzó a leer para intentar evadirse, quitarse de encima la ansiedad que le removía por dentro.

Lucía llegó a toda velocidad con una moto al caserón. Entró casi empujando a la anciana que le abrió la puerta sin que llegara a llamar.

—¡Venga, nos vamos! —le gritó a Hugo.

—¿Qué pasa?

—Te han descubierto y están viniendo. Nos marchamos.

—¡Joder! ¿A dónde?

—Te vas a España.

Hugo metió en la mochila la poca ropa que tenía y bajó las escaleras lo más rápido que pudo. Cogió la pistola del cajón de la entrada, la cargó y salieron al patio. Se montaron en la moto y salieron derrapando por el acelerón. La anciana cerró con llave y subió a limpiar el cuarto que acaba de quedar libre.

Cinco minutos después, alguien llamó a la puerta del caserón. Al abrir, la anciana cayó al suelo

con un disparo en la frente. Dos hombres muy corpulentos cruzaron la entrada y cerraron la puerta a su paso. Echaron el cuerpo inerte de la anciana a un lado y empezaron a registrarlo todo. Abrieron cajones, armarios, buscaban cualquier indicio que les indicara que Hugo había estado allí, pero no encontraron nada dentro de la casa. Cuando salieron vieron rastros en el suelo de algo aparentemente muy pesado, por lo profundo de las marcas. Lo siguieron hasta el cobertizo. Se dieron cuenta de que en los fardos de heno se había quedado la forma de una cruz. Rápidamente informaron al papa del hallazgo y este movilizó a una buena cantidad de efectivos para que siguieran el rastro.

El santo padre hizo que todos sus contactos con posibilidades se pusieran a buscarla sin parar. Contaba con mucha ayuda, pero en quien más fe tenía era en su gente del Ministerio del Interior, a los que había pedido que removieran Roma con Santiago si hacía falta para localizar el día y el vehículo que pudo mover de allí su cruz.

«Aún queda tiempo, pero tiene que volver a mí cuanto antes», pensaba mientras miraba la plaza desde su despacho.

## Capítulo 17

—¿Te falta mucho? —preguntó Pepe desde el salón.

—No, ya casi estoy —gritó María Jesús.

—Al final vamos a llegar tarde y sabes que el padre Pablo insistió mucho en que fuéramos muy puntuales.

—Nos esperará, no te preocupes.

—Date prisa.

Pepe daba vueltas alrededor de la mesa del comedor esperando a que María Jesús sacara a Carlos de la habitación. Le habían regalado el traje que iba a llevar en el bautizo y no se lo había dejado ver todavía.

Ambos estaban muy nerviosos por la ceremonia. Ella había decidido que iba a ser una celebración muy privada. Tan solo iban a asistir ellos dos, los padrinos y el padre Pablo, que iba a officiar el bautizo. El sacerdote sabía que no tenían muchas amistades, pero les obligó a presentar dos padrinos, tal y como marcaba el sacramento. Ella eligió a una pareja que trabajaba en el restaurante. No tenía demasiada confianza con ellos, pero eran las personas con las que más tiempo pasaba al día.

María Jesús salió del cuarto con el niño en brazos.

Pepe se quedó con la boca abierta sin poder decir nada. Era el traje de niño más ridículo que había visto nunca, pero como ella iba prácticamente desnuda no fue capaz de reaccionar.

—Mientras me termino de arreglar, dale de comer, porfa.

—Vale —contestó Pepe, haciendo un esfuerzo por no bajar la mirada hacia el escote. Le dio la mano a Carlos, que ya conseguía andar sin caerse muy a menudo, y lo subió a la trona que tenía en el salón. Le puso el babero, que prácticamente le cubría entero, y le dio la comida muy despacio para no mancharlo.

Cuando, después de media hora, María Jesús salió del cuarto con su vestido rojo, Pepe se quedó con la boca abierta.

—¿Te gusta?

—Estás... Estás... increíble.

—¿Sí? Eso es que me miras con buenos ojos. Desde el embarazo no me veo nada atractiva.

—No, no, no. Te equivocas. Estás espectacular.

—Eres un encanto —le dijo dándole un beso en la mejilla.

Cogió a Carlos de la trona, le quitó el babero gigante y lo metió en el carro.

—¿Llevas todo?

—Sí. Vamos.

En la iglesia, el padre Pablo le indicaba a uno de los chicos que se encargaban de la limpieza que puliera la vidriera de la entrada.

—Mira ese cristal azul —le dijo el cura.

—¿Este?

—No, el grande de al lado.

—Este.

El monaguillo indicó otro cristal con el palo que estaba utilizando para limpiarlos.

—Sí. Déjalo todo lo limpio que puedas.

—Como quiera, padre.

El cura miraba en su móvil la previsión del tiempo.

«A ver si es verdad lo que dice la aplicación y se despeja el cielo».

El día había amanecido muy nublado. El parte meteorológico decía que no iba a llover y que hacia el mediodía se despejarían las nubes.

Al salir de casa lo primero que hizo María Jesús fue mirar al cielo.

—Parece que aguantará sin llover.

—Sí. Eso parece.

—Pepe, te quiero decir que estoy muy orgullosa de ti. Me parece que tienes mucho valor para hacer lo que estás haciendo

—Gracias —le contestó mirándola extrañado.

—Sí. Mucha gente no sería capaz. Estudiar, trabajar, asumir una responsabilidad que no es tuya...

—Te lo digo siempre. Carlos no es una responsabilidad, es mi oportunidad. Nunca me había sentido tan útil como me siento ahora.

—No sabes cuánto te lo agradecemos. De verdad.

Los ojos de María Jesús se empañaban.

«No sé qué hubiéramos hecho sin ti», pensó sin llegar a decírselo.

—No tienes que agradecerme nada, tonta.

En menos de cinco minutos llegaron a la iglesia. Entraron directamente sin esperar a los padrinos. Al fondo, a la derecha, junto al altar, un grupo de música afinaba sus instrumentos y un fotógrafo montaba su cámara.

—Pero ¿y esto? —preguntó Pepe sorprendido.

—Es mi regalo para el pequeño —contestó el sacerdote, apareciendo por detrás de ellos y cogiéndolos por la cintura.

—Pablo, es genial.

Los ojos de María Jesús se volvieron a llenar de lágrimas. La emoción del momento la sobrepasó.

—Ya veréis qué bautizo más bonito queda.

—Seguro —asintió ella secándose con un pañuelo—. ¿Te encuentras bien? No tienes buena cara.

—Sí, estoy algo cansado porque no he dormido mucho, pero me encuentro bien. Gracias, María Jesús.

Al poco rato llegaron los padrinos.

—¿Ya estamos listos para empezar? —preguntó el sacerdote que miraba su reloj continuamente.

—Sí —contestaron todos al unísono.

No entraba mucha luz por las cristaleras, por lo que el padre Pablo, en vez de ir a la parte trasera de la capilla para encender toda la iluminación, hizo lo propio con todas las velas de la mesa. Creó un ambiente muy íntimo y acogedor.

La ceremonia estaba siendo muy emotiva. Pablo hacía muchas referencias a ellos, como pareja y como los responsables de la educación cristiana del pequeño. No llegaba a decirlo claro, pero dejaba entrever que lo mejor para llevar a cabo esa educación era desde el matrimonio.

Cada vez que lo insinuaba, Pepe se imaginaba a ellos mismos como marido y mujer, como padre y madre, como compañeros para siempre. La miraba y volvía a la realidad. Ya había

intentado avanzar la relación en alguna ocasión, pero lo hacía de una forma tan sutil que María Jesús no se daba por aludida. En el fondo, él sabía que era lo mejor para los tres y que ella se estaba resistiendo porque aún creía, en lo más recóndito de su corazón, que Carla aparecería el día menos esperado.

María Jesús, sin embargo, seguía pensando que llegar a algo más con Pepe sería traicionar a su amiga. En alguna ocasión ya se había imaginado haciendo el amor con él. Cada vez que le veía jugar con Carlos, hacerle la comida, preocuparse por ellos, cuidarles, le gustaba y sentía una fuerte atracción por él. Cada día que pasaba tenía más claro que sería el padre perfecto para su hijo. Tenía en cuenta que, a medida que su pequeño creciera, iba a necesitar la figura paterna para que el niño fuera feliz. Ese tema era el que le estaba obsesionando mucho en los últimos meses. Le surgían dudas. No tenía claro cómo iba a influir en él su relación con Pepe.

El padre Pablo continuó con el ritual. Se volvió para recoger una concha que tenía en la mesa que estaba a su espalda. Miró el reloj.

«Ya no queda nada. Un par de minutos».

—Con esta concha me bautizaron a mí. Y es un honor poder bautizar a tu hijo con ella. Acércate.

María Jesús, que tenía cogido al niño entre sus brazos, se acercó a la pila bautismal vacía.

—Os tengo preparada otra sorpresa.

De debajo del altar sacó un recipiente cerrado con agua.

—¿Qué es? —preguntó María Jesús.

—Agua del río Jordán.

—¿Cómo la has conseguido?

—Me la regaló un viejo amigo y yo se la regalo a Carlos.

Abrió el recipiente, vertió su contenido en la pila y volvió a mirar el reloj. Luego bendijo el agua, llenó la concha y la echó sobre la cabeza del pequeño que se reía. Lo cogió de los brazos de su madre y susurró algo inaudible para el resto. En ese momento un rayo de luz entró por la vidriera de la puerta principal que con tanto ahínco había pedido al monaguillo que limpiara. Parecía como si un foco del teatro iluminara al protagonista de la obra. María Jesús y Pepe se quedaron inmóviles al contemplar la escena.

«Perfecto. Justo a tiempo». El sacerdote esbozó una leve sonrisa de satisfacción. Bautizó al pequeño. Cuando acabó, lo besó en la frente y mirándole le dijo lo bastante alto para que le escucharan todos los presentes:

—Tú eres especial, hijo mío.

María Jesús miró al sacerdote con ojos de asombro. Ella ya sabía que su hijo era especial. Seguía sin poder explicarse muchas cosas que habían pasado en torno a él, incluso desde su concepción. Le venían a la cabeza las palabras que el padre Pablo le decía siempre que le sacaba ese tema:

«Solo tienes que creer».

Casi a punto de llorar, Pablo le devolvió el niño a su madre, se dio media vuelta y se dirigió de nuevo al altar.

—Hermanos, nuestra Iglesia ya tiene un nuevo miem...

No llegó a terminar la frase. Empezó a respirar muy rápido y se puso la mano en el pecho. Sentía que le faltaba el oxígeno, notaba cómo el corazón le punzaba. Se dio cuenta de que le estaba pasando algo grave porque cuando intentó hablar de nuevo no lo logró. Lo único que pudo hacer fue mirar a todos tomando aire muy bruscamente.

—¿Qué te ocurre, Pablo? —preguntó Pepe.

El sacerdote se desplomó en el suelo, rodando por los cuatro escalones que separaban el altar de los bancos vacíos de la iglesia. María Jesús sacó el móvil y llamó a una ambulancia. Pepe reaccionó muy rápido y, al no notarle el pulso, intentó reanimarle. Se arrodilló junto a él y fue presionando su pecho a la vez que le insuflaba aire por la boca.

—¡Dios mío! ¡Aguanta, Pablo! —gritaba Pepe mientras continuaba con la reanimación.

—Joder, ¿dónde está la maldita ambulancia?

—Tranquilos, no puede tardar mucho más.

—Sigue sin pulso.

—No pares, Pepe. No pares —repetía María Jesús con miedo.

Se escucharon las sirenas y en menos de un minuto un equipo del SAMUR entró en la iglesia.

—Apártense.

El médico retiró a todos para que le dejaran espacio y poder trabajar. Usaron un desfibrilador para recuperar su pulso.

—Uno, dos, tres, aparten —decía una y otra vez, hasta que de repente la máquina empezó a emitir pitidos imitando a los latidos del corazón.

—Vamos, vamos. Tenemos que llevarlo al hospital cuanto antes.

Lo montaron en una camilla y lo subieron a la ambulancia que salió a toda velocidad hacia el hospital.

—Su santidad, acaban de ingresar a Pablo en el Hospital Militar de Zaragoza.

—¿Qué ha ocurrido?

—Aún no lo saben, pero creen que ha sido un ataque al corazón —contestó Torres.

—¿Está bien?

—No. Está en coma inducido.

—Tengo que ir a verle. Ya le llamaré más adelante para darle más detalles, Torres —concluyó el papa.

Colgó el teléfono móvil y descolgó el de su despacho.

—Rubén, venga ahora mismo.

En menos de un minuto Rubén estaba sentado en el despacho papal preparando el viaje improvisado a Zaragoza.

—Quiero que haga el comunicado oficial.

—Dígame.

Preparó su portátil para anotar.

—El motivo es que un buen amigo está en el hospital y quiero rezar cogiéndole la mano para que Dios le guíe en su recuperación —dijo el santo padre levantándose de la silla.

—¿Quiere las medidas de seguridad habituales? —preguntó Rubén.

—No, quiero que la gente me vea allí y me note cercano. Prepare también una visita a la zona de los niños hospitalizados.

—Como quiera, pero ¿no se montará demasiado revuelo?

—Eso es lo que quiero. Que toda la prensa se haga eco de las acciones del papa. Que toda la Iglesia vea cuál es el nuevo camino que seguimos.

—Me parece más que correcto, su santidad —contestó Rubén emocionado.

—Sí, ya es hora de despertar, de dar a conocer la nueva imagen. No solo mostraremos las

palabras sino serán nuestras obras las que hablen por nosotros. Si no lo hago yo, como máximo representante de la Iglesia, ¿quién lo va a hacer? ¿No crees?

«Le aplaudiría, pero se enfadaría».

—Quiero salir lo antes posible. Otra cosa: que mañana se persone aquí el Consejo de Cardenales. Quiero darles las nuevas pautas yo mismo y saber lo que piensan ellos de todo esto.

Al día siguiente todos los miembros del Consejo estaban esperando con impaciencia al sumo pontífice en la Sala de Constantino. Todos hablaban entre ellos, preguntándose el motivo de esta reunión tan precipitada, salvo don Santiago, que estaba sentado tecleando en su portátil algo de vital importancia, según les dijo a los demás para que no le molestaran mientras terminaba de mandar un *mail*.

Era la tercera vez que se reunía el Consejo durante el mandato del nuevo papa. La primera, el santo padre solo dijo que todas las decisiones recaían sobre él y que necesitaba que todos los miembros comunicaran de primera mano cómo se encontraba de salud su Iglesia, si acudía mucha gente a las misas, las donaciones, las comuniones, los matrimonios. Les exigió un informe muy detallado de la actividad eclesial de sus respectivas zonas.

Hizo especial hincapié en que se persiguiera a los sacerdotes que abusaban de los niños y pidió que, si descubrían algún caso, se lo comunicaran a él directamente. Añadió que ante la mínima sospecha dieran parte al Vaticano, ya que él iba a gestionar esos casos personalmente. De forma muy coherente explicó que la imagen de su nueva Iglesia se veía empañada con cada nuevo caso que salía a la luz. Insistió en que era la peor mancha que recaía sobre la institución y estaba ensombreciendo la buena labor que se estaba llevando a cabo en otras áreas.

Nadie hablaba. Todos escuchaban a pesar de que ese Consejo era de libre opinión. Desde que se formó ese comité, cualquiera podía decir libremente lo que pensaba de los temas que concernían a la Iglesia. El carácter del papa ya era bien conocido por todos los presentes, por lo que preferían escuchar.

Procedió a explicarles el proyecto que llevaba preparando algún tiempo con Rubén. La nueva imagen que quería proyectar del mundo católico. Un mundo mucho más comprometido, más cercano, colaborador, dispuesto siempre a tender la mano al prójimo. Para empezar, el papa les informó que se iban a subastar un gran número de tapices que colgaban en las paredes del Vaticano. El destino del dinero sería sanear a las comunidades más pobres de las parroquias.

Don Santiago trataba de poner cara de incredulidad. Nada de lo que decía se aproximaba a las acciones que normalmente estaba llevando a cabo el santo padre en su ámbito privado, pero sí era lo que estaba haciendo de cara al público. Por supuesto no abrió la boca y se dedicó a observarlo. Después de dos horas de reunión, el papa se levantó de la silla y terminó su discurso diciendo:

—Trabajad para vuestros hermanos.

Se fue despidiendo uno por uno de todos los cardenales y comunicándoles que iba a viajar a España para visitar un hospital y, de paso, rezar con un buen amigo suyo que estaba allí ingresado. Les pidió que ellos también rezaran por la recuperación de Pablo. Aprovechaba para invitarles a dar una vuelta por los hospitales de su zona. Serviría para mejorar su imagen en la comunidad y ante él mismo también.

Volvió a su despacho y Rubén entró tras él.

—Su santidad, me tendrá que decir qué eventos de su agenda quiere cancelar para poder viajar a España.

—Esto es lo que más me molesta, Rubén. Según la agenda ¿cuándo podría ir sin cancelar nada? —preguntó sin levantar la mirada de su escritorio.

- Dentro de tres meses.
- No puede ser. Tengo que ir ya. ¿Qué hay mañana? —quiso saber.
- Vienen las monjas salesianas de España.
- Vale. ¿Pasado mañana?
- Tiene una reunión con el Ministro de Cultura a las diez de la mañana y por la tarde viene a palacio el presidente de Guinea.
- Déjame pensar. Luego te digo algo.

## Capítulo 18

Hugo se encontraba rodeado de ovejas, como todas las mañanas desde hacía algún tiempo. Las llevaba a la pradera por la mañana, subiendo el camino hacia lo alto de la montaña para darles de comer. Por la tarde las ordeñaba para vender la leche a la fábrica de quesos donde le pagaban bastante bien cada litro que llevaba. Durante los primeros meses, Paco se había ocupado de enseñarle todos los entresijos del oficio de pastor. Su mentor era bastante mayor y muy conocido en el pueblo. Una tarde lo tuvieron que llevar al hospital de Huesca porque no se encontraba muy bien. Falleció sin descendencia. En su testamento, había dejado como heredera universal a la iglesia del pueblo. El sacerdote, Miguel, después de consultarlo, cedió a Hugo la finca, con la casa y el ganado, para que lo explotara todo a cambio de que el beneficio fuera para la parroquia.

Hugo aceptó encantado. Había pasado su infancia en un pueblo de la sierra de Madrid y no le era ajeno el pastoreo, ya que su abuelo se había dedicado a ese oficio toda la vida. Cuando falleció, sus padres no quisieron continuar con la tradición familiar y vendieron todo a una gran empresa de producción de lácteos. Con el dinero se fueron a Madrid.

Por las noches, antes de irse a dormir, todavía miraba por la ventana por si veía algo sospechoso por los alrededores. Tenía la extraña sensación de que algo no cuadraba. Desde su huida de la capital italiana, hacía ya tres meses, pasando por la llegada a España, la amabilidad del pueblo con él, las propiedades que le entregó el cura... Todo le estaba resultando muy sencillo y a la vez muy oportuno. Cuando dudaba, pensaba en que la mano de don Santiago debía de andar por detrás de todos los acontecimientos. Pero la ausencia de noticias le hacía creer que no quería delatar su nueva ubicación.

Lucía le dejó en el aeropuerto y le entregó un sobre con una carta y varios billetes de avión, tren y autobús. Antes de despedirse de él le dio un beso en los labios y le dijo que, sobre todo, tuviera mucha discreción y mucho cuidado. En el avión leyó la carta.

Querido Hugo:

Tu ayuda, como siempre, ha sido incalculable para la Santa Madre Iglesia.

Desde la posición que ocupamos, la información que tenemos y todo lo que estamos descubriendo cada día que pasa, hemos llegado a la conclusión de que la mejor opción, tanto para ti como para nosotros, es que desaparezcas en el pueblo al que todos esos billetes que hemos metido en el sobre te conducirán.

Encontrarás toda la ayuda que necesites en el sacerdote local, Miguel, que no sabe quién eres, ni por qué ha de hacer lo que va a hacer por ayudarte. Solo le hemos dicho que, como alto cargo de la Iglesia, has solicitado vivir apartado del mundanal ruido para acercarte más a Nuestro Señor.

Intenta alejar tus pensamientos de todo lo que tenga que ver con el Vaticano y déjalo todo en nuestras manos. Procura no ver las noticias y céntrate en la nueva ocupación que vas a tener. Ayuda a tus vecinos en todo lo que puedas y sigue el camino que Nuestro Señor te muestre.

Sabemos que entiendes perfectamente que esta decisión la tomamos por tu seguridad. De igual manera que nosotros sabemos que todo lo que hagamos no será suficiente para compensar tus servicios y agradecerte lo que has hecho por nosotros.

No te puedo asegurar que vuelvas a tener noticias nuestras porque estarán buscándote, como

se buscó el Santo Grial. Cuanto menos rastro dejemos tras de ti, más complicado será localizarte.

Recibe un fuerte abrazo de tu amigo Santiago.

Hugo lo entendía todo y por supuesto era consciente de lo peligroso que habría sido quedarse cerca del Vaticano. En sus paseos con las ovejas le daba tiempo a pensar en muchas cosas. Pensaba en todo lo que sabía del papa y cómo iban a hacer ahora para conseguir desenmascararlo sin él. Luego recordaba la carta de don Santiago e intentaba no pensar en nada de aquello.

Sus esfuerzos se centraban en ayudar todo lo que pudiera a sus vecinos. Por las tardes, después de encargarse de las ovejas, ayudaba a construir un granero que iban a utilizar todos los granjeros del pueblo. Muchos de ellos no tenían ninguno propio para guardar las cosechas y se habían unido para hacer uno común.

Había pasado poco tiempo allí, pero ya era muy querido por todos. Siempre le regalaban verduras, pan, huevos... En el pueblo la propiedad tenía otro sentido al que estaba acostumbrado. Ellos todo lo daban a los demás. Nadie pasaba hambre, ni frío. Siempre comentaba con Miguel que esa comunidad era un ejemplo para todo el mundo, y el sacerdote le contestaba que el mundo no estaba preparado para vivir de ese modo. La propiedad, el egoísmo, el ser más que tu vecino de al lado... No conseguía entender cómo la gente no veía las desventajas que tenía esa forma de actuar en el día a día.

—Tenemos que darnos a conocer. Tienes que mostrar este estilo de vida, Miguel.

—No, amigo mío. ¿Sabes cuánto tiempo tardaría en venir aquí gente a aprovecharse de otros, a querer recibir sin dar nada a cambio, a dominar la producción, a intentar sacar partido de la gente buena? Yo sí lo sé. No tardarían ni un segundo.

—Pero podemos hacernos cargo de esos que vengan a aprovecharse y echarlos de aquí, ¿no? —preguntó Hugo.

—No, porque no los sabrías distinguir hasta que fuera demasiado tarde. Hasta que ya hayan contaminado los corazones buenos y los conviertan en oscuros y egoístas, como lo son los suyos. ¿Lo entiendes?

—Sí. Al final, te gusta lo que tienes y no lo quieres arriesgar por tener más.

—Es que, Hugo, la mayoría de los que vivimos aquí, por no decir todos, no necesitamos más.

Anotaba en un cuaderno todas las conversaciones que tenía con el padre Miguel. Le parecía que era un filósofo, un sabio sin descubrir, el maestro que el mundo se estaba perdiendo porque estaba creando su obra en un remoto pueblo del Pirineo aragonés y del que probablemente nadie sabría de su existencia. A Hugo le rondaba la cabeza ofrecerse para escribir su biografía, pero nunca encontraba el momento para pedirle permiso porque, en cierta manera, sabía la respuesta que le iba a dar.

Aquel pequeño pueblo era la imagen de la felicidad. Cuando alguien tenía un problema, este asumía una dimensión general para todos, y siempre había alguien que podía ayudar. Los vecinos eran muy devotos y procuraban seguir las enseñanzas de la Biblia. Aquí, la palabra «pastor» para referirse al sacerdote cobraba todo su sentido, porque él era quien les guiaba. A él acudían para pedir consejo. Era su confesor, su amigo, su hermano... Hugo estaba encantado con su nueva vida. Cada día se acordaba menos de todo lo ocurrido en Roma y se involucraba más en la vida del pueblo. Sentía una envidia sana por la relación de Miguel con los demás. Iba a hacer todo lo posible para que a él también le demostraran ese amor incondicional que le profesaban a su sacerdote. Para ello ya se había entregado en cuerpo y alma al pueblo, dejando cualquier tipo de necesidad personal totalmente olvidada.

—El único y verdadero camino a la felicidad. Anteponer tu hermano a ti mismo —le dijo un día desayunando.

—Aquí sí, Miguel, pero allí fuera... Después de darle muchas vueltas no creo que este modo de vida sea posible en otro entorno. En el pueblo ya está aceptado y entendido por todos, pero en una gran ciudad...

—¿Cómo crees que empezó?

—No lo sé.

—Alguien ayudó a alguien y no le pidió nada a cambio por la ayuda. Después ese que recibió la ayuda se la prestó a otro que la necesitaba y así, día a día, se dieron cuenta de que todos se necesitaban los unos a los otros.

—Sí, pero en la ciudad estoy más que convencido de que esa cadena se habría roto por algún lado —replicó Hugo.

—Claro, entonces solo habría que volverla a empezar. Volver al inicio.

Hugo le miraba absorto en sus palabras y pensaba en lo equivocado que estaba el mundo con la manera de vivir que había elegido.

«Si pudiera cambiarlo todo... volver a empezar... Un momento... volver a empezar... Eso es... ¡Es el plan!... Tengo que hablar con don Santiago».

El séquito que llevaba el papa al llegar al hospital era enorme. Las medidas de seguridad, aunque él no fuera consciente de ellas, también. Habían pasado los tres meses que necesitó para poder hacer el viaje a España porque se vio incapaz de cancelar ninguno de los compromisos que ya había adquirido previamente. Pablo seguía en coma y no parecía mejorar. Los médicos no sabían a qué achacarlo.

María Jesús estaba llegando al hospital con Carlos y Pepe, tal y como hacía ella día sí, día no. Era festivo y Pepe no tenía que trabajar, por lo que decidieron acudir los tres a ver al cura, ya que no iban nunca juntos. Cuando llegaron al hospital había mucho ajeteo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pepe a un policía que estaba acordonando la entrada.

—Hoy viene el papa a este hospital.

—¿Qué?

Se giró y se lo dijo a María Jesús.

—No me lo puedo creer —dijo ella.

Ambos tomaron posiciones en la valla que habían puesto delante de la puerta principal. No había mucha gente esperando porque no se había hecho público, pero notaron que muchos curiosos también estaban tomando posiciones.

Al poco rato llegó un Hummer blanco. El conductor bajó y abrió la puerta trasera. El papa salió con solideo, simar, cruz pectoral y fascia. Todo el mundo empezó a gritar. La gente enloquecía. Era probablemente el sumo pontífice más querido de la historia. El cambio que estaba produciendo en la Iglesia se propagaba por todos los medios y se notaba en cualquiera de las apariciones que hacía. Sus arzobispos le reportaban informes de que todo estaba repuntando. Más bautizos, más bodas, más entierros. Era motivo de satisfacción para él ver cómo el plan que Dios había preparado obtenía sus frutos, o eso era al menos lo que decía en todas las entrevistas que le hacían y él concedía muy gustosamente.

Empezó a caminar hacia la puerta y fue cuando vio la melena pelirroja de María Jesús. Se quedó mirándola y, al reconocerla, se le aceleró el corazón. Sin apartar la mirada se dirigió hacia ella, hincó una rodilla en suelo, le cogió la mano y se la besó ante la mirada incrédula de Pepe y de todas las personas que estaban presentes. El tumulto se silenció. El sumo pontífice dijo algo en

italiano, en voz muy baja, que ninguno de los dos entendió. Se incorporó, le tocó la cara con una ternura desmesurada, bajó la mirada, continuó hacia la puerta y entró en el hospital. Los *flashes* de las cámaras apuntaban a María Jesús, que no conseguía moverse.

Se había quedado petrificada. Pepe no podía cerrar la boca y todo el mundo los miraba atónitos. El silencio se rompió con una fuerte ovación aunque ninguno entendía lo que acababa de pasar. Fue entonces cuando a Pepe le vino a la memoria una conversación que tuvo con el padre Pablo, en la que el cura le aseguraba que era la chica más especial que había conocido nunca.

El papa subió hasta la planta en la que se encontraba Pablo y, cuando entró y lo vio, se echó las manos a la boca y casi se puso a llorar. Estaba intubado y conectado a una máquina que mostraba los latidos de su corazón. Lo vio muy envejecido. Hacía apenas dos años que habían estado juntos en el Vaticano y no se podía creer el cambio tan radical que se había producido. Cuando estuvieron juntos ya le contó que no estaba bien, que había algo malo creciendo dentro de su cuerpo, pero que de momento no se podía hacer nada. Recordó que en esa conversación se ofreció para ayudarlo en todo lo que hiciera falta para llevar a cabo el plan de Dios y cómo él se alegró al escucharlo. Conocía a muy pocos sacerdotes tan buenos.

Pidió a todo el mundo que saliera de la habitación y se sentó a su lado. Le cogió la mano y comenzó a rezar. Cuando terminó, le besó en la mejilla y dijo:

—Pablo, amigo mío, tu Señor te necesita aquí, no a su lado. Aún no es tu momento.

Salió de la habitación y quiso hablar con los médicos que le cuidaban, que de pronto habían adquirido un repentino interés en sus informes.

—¿Qué opciones tiene? —preguntó el papa.

—De momento, la situación está bastante complicada. Mientras siga en coma no podemos hacer nada. Intervenir sería más perjudicial que beneficioso para él.

—¿Pero le han encontrado algo?

—Sí, tiene un tumor aparentemente benigno en el cuello, un linfoma, pero nunca se sabe. Habría que hacer pruebas.

—Este es el teléfono móvil de mi secretario. Cualquier cambio en su estado comuníquese lo inmediatamente.

—Por supuesto, santidad.

—Estoy muy interesado en que se recupere, así que no escatimen en medios. El Vaticano se hará cargo de los gastos adicionales que pudieran existir. No sé si me estoy explicando con la suficiente claridad.

—Entiendo —contestó el doctor.

—¿Usted cree en Dios, nuestro señor todopoderoso?

—Sí, señor.

—Pues si no puede hacer nada con sus conocimientos, por favor reze con nosotros para que se ponga bien cuanto antes y traiga al médico que sí que le pueda ayudar.

—Rezaré por él.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Rubén al pontífice.

—No, vamos al hotel. No quiero salir por la puerta principal. Seguro que ya se ha aglomerado demasiada gente.

—Sí, se lo iba a proponer. He mandado al Hummer a la puerta trasera.

—Bien hecho. Vamos para allá.

De la puerta principal salió un policía indicando que el papa ya no estaba dentro y que debía marcharse todo el mundo. María Jesús y Pepe decidieron dejar el plan para otro día. Se les había

hecho bastante tarde y Carlos iba a empezar pronto a pedir la comida. Volvieron a casa sin preocuparse de nada más.

## Capítulo 19

Al día siguiente, el pequeño Carlos iba andando él solo por el salón, jugando con su camión de juguete. Ignoraba los dibujos animados que estaban poniendo en la televisión. Era imposible que se quedara quieto, prestando atención a algo durante más de cinco minutos seguidos. Se tropezó con la alfombra y cayó. Rompió a llorar. María Jesús salió a toda velocidad del cuarto abrochándose la camisa de Pepe, que le llegaba hasta las rodillas.

—¿Qué ha pasado, cariño?

—Pupa —contestó Carlos señalándose la cabeza.

María Jesús le frotó con suavidad el pelo y le dio un beso.

—¿Ves? Ya está curado. Venga, que nos vamos a marchar ya.

—¿Ya? —gritó Pepe desde el dormitorio.

—Sí, ya —contestó tajante María Jesús.

—Vale.

Pepe salió de la habitación con el torso desnudo y abrochándose el pantalón.

—Tienes el don de la oportunidad —le dijo al pequeño revolviéndole el pelo—. ¿Vamos a ver a Pablo?

—¡Bien, bien, bien! —gritaba Carlos.

—Hoy habrá menos gente que ayer.

—Sí, seguro.

Al llegar a la puerta de la habitación pensaron en dejar a Carlos fuera, para que el niño no se impresionara al ver a Pablo en la cama. Pepe entró primero y le dijo a María Jesús que parecía que dormía. Decidieron dejarle pasar. Las enfermeras les habían comentado en alguna otra ocasión que la mejor medicina para salir del coma era que hablaran con él, que les escuchara, que el paciente no se sintiera solo y perdido, y así lo hacían. Empezaron a contarle cómo marchaba el examen de Pepe, lo bien que le iba a ella en el trabajo y lo felices que estaban siendo una pareja de tres. Desde hacía algún tiempo ya habían formalizado la relación.

Un día decidieron hablar sin tapujos. Les ayudó alguna copa de más que habían tomado después de cenar. Llegaron a la conclusión de que lo mejor para el pequeño era darle una familia unida. En poco tiempo, Carlos ya iba a empezar a enterarse de todo y María Jesús comprendió que nunca iba a encontrar a alguien que fuera a ser mejor padre para el niño que Pepe.

María Jesús cogió en brazos a su hijo.

—Mira, Carlos. ¿Ves cómo duerme Pablo?

—Tiene mucho sueño —dijo en el idioma que solo entendía María Jesús.

—Sí, está descansando.

Lo bajó y se sentó en la silla al lado de la camilla. Empezó a contarle lo que pasó el día anterior. La visita del papa. Que no pudieron subir porque estaba el hospital cerrado. Que Carlos se había caído. Mientras tanto, Pepe aprovechaba para peinar al cura.

Entró el director del centro, que era uno de los médicos que estaba tratando a Pablo y al que ya conocían de otras visitas. Les saludó muy amablemente. Miró el rostro de su paciente y negó con la cabeza.

—En fin —dijo el director suspirando—, no podemos hacer más que esperar, pero no quiero

darles falsas esperanzas. No hay registros de que nadie antes haya despertado de este tipo de coma.

María Jesús y Pepe se miraron apesadumbrados.

Carlos, que llevaba un rato intentando coger la mano de Pablo aprovechó que los mayores estaban hablando con el médico para lograrlo. El brazo cayó de la cama y Carlos se abrazó a él.

—¡Carlos! —gritó María Jesús—. ¡Muy mal! Eso no se hace.

Se levantó rápidamente para colocarle bien el brazo de nuevo.

En ese momento un espasmo removió el cuerpo de Pablo y la máquina a la que estaba conectado cambió el ritmo del pitido. El director les indicó que salieran, pero cuando estaban a punto de hacerlo vieron cómo se abrían los ojos del sacerdote. Llegaron varios médicos más, cerraron la puerta de la habitación y el doctor que vio lo ocurrido trató de explicárselo a sus colegas.

—El niño. Le bajó el brazo y entonces despertó.

—¿Sin más? —preguntó otro.

—Sí, sí. Sin más.

—Se está recuperando. Venga, venga, a trabajar.

Pasaron unos minutos y el equipo salió con cara de satisfacción.

—Ha salido del coma —dijo el médico que estaba hablando con ellos antes de que despertara.

—¡Genial! —gritaron los dos a la vez.

Se abrazaron con tanta fuerza que el pequeño Carlos, que estaba en los brazos de su madre, protestó.

—Y ¿cómo se encuentra? —preguntó Pepe con los ojos empañados.

—Débil, pero todas las constantes son normales. Necesita descansar. Apenas tiene fuerzas para hablar, pero supongo que si todo sigue como hasta ahora se recuperará en unos pocos días. ¡Eres un doctor increíble, ¿eh pequeño?! —le dijo a Carlos revolviéndole el pelo—. Si quieren pueden volver mañana. Seguro que se encontrará mucho mejor e incluso podrán hablar con él. ¿Qué les parece?

—Muy bien, pero ¿nos podemos despedir? —preguntó María Jesús emocionada.

—Esperen unos minutos y les dirán algo.

El director se marchó a su despacho, se sentó, sacó el papel donde había anotado el teléfono del secretario y lo llamó.

—Buenos días, soy el director del...

—Sí, de Pablo—le interrumpió el secretario—. Dígame.

—Se ha despertado.

—¿Cuándo?

—Hace una hora aproximadamente.

—Voy a decírselo al santo padre inmediatamente.

—Espere, que aún hay más.

—¿Sí?

—Lo ha despertado un niño, cogiéndole del brazo.

—Un segundo, no cuelgue.

Rubén retuvo la llamada y marcó el uno en su teléfono. El papa contestó al otro lado.

—Su santidad, Pablo ha despertado.

—Alabado sea el Señor.

—Pero... lo increíble es que lo ha despertado un niño, cogiéndole el brazo.

—¿Qué? Espere. Dígale al director que no haga absolutamente nada. Luego le llamaré yo

mismo. ¡Ah! y que le mande una foto del niño a su móvil ahora mismo, ¿entendido?

—Por supuesto.

Rubén colgó al sumo pontífice y retomó la llamada con el director del hospital.

—Perdone, me ha dicho su santidad que le llamará más tarde personalmente. Envíeme una foto del niño y no haga nada más.

—Muy bien, ahora mismo se la mando.

El director volvió a la habitación de Pablo. En el pasillo, sentado frente a la puerta, estaba Carlos con sus padres. Le pidió permiso a María Jesús para hacerle una foto con el pretexto de incorporarla al diario del hospital. Ella aceptó y posaron juntos para la foto.

—Muchas gracias de nuevo.

—De nada.

En cuanto giró la esquina del pasillo le mandó la foto a Rubén. Este se la enseñó al papa, con quien estaba ahora en el despacho.

—El plan divino sigue su curso incluso sin que nosotros lo empujemos.

—¿Qué?

Rubén miraba al papa extrañado.

—Nada, nada. Dile al director del hospital que convoque una rueda de prensa. Dentro de un rato le mandaremos un correo electrónico con el comunicado oficial que tendrá que dar a los medios de comunicación.

—Es un milagro, ¿verdad?

—Sí, hijo mío. Es un milagro.

Estuvieron un rato en el despacho preparando el discurso para la rueda de prensa. Se lo enviaron con la orden expresa de que lo leyera tal cual. Le pidieron además que filtrara a algún medio que la recuperación milagrosa del cura fue por obra de un niño.

El director así lo hizo, convocó a los periodistas en la sala que tenían para comunicados y envió un correo a un amigo suyo que tenía en el periódico local con los detalles de lo que había pasado en la habitación. Incluso adjuntó la foto de Carlos y María Jesús.

En la sala de prensa el director comenzó a leer.

Hoy, a las diez y cuarenta y cinco minutos de la mañana, el paciente Pablo Pozzo, que se encontraba en coma irreversible desde hace algunos meses, ha despertado contra todo pronóstico. Hasta la fecha no se tiene constancia de ningún otro despertar de estas características. Se siguen realizando las pruebas oportunas para analizar el porqué de la recuperación y lo extraordinario de los acontecimientos. Hemos consultado con otros hospitales, tanto aquí como en otros países, y en ninguno tienen registros de un caso similar. Este hospital solo puede catalogar la recuperación del paciente como un milagro.

La Santa Sede se ha interesado por lo ocurrido y, como además el paciente es un sacerdote de su Iglesia, ha decidido enviar a un especialista para analizar lo acontecido y sacar sus propias conclusiones.

Nosotros, como institución, ya no podemos ofrecer ningún otro dato.

Muchas gracias por su atención.

En cuanto terminó todos los periodistas levantaron la mano para realizar preguntas, pero rápidamente dejó la sala por la puerta que tenía a sus espaldas sin responder a ninguna. Todos los presentes empezaron a hablar entre ellos. Criticaron que no diera más información y que no confirmara ni desmintiera los rumores, que ya se habían extendido, de que había sido un niño quien había despertado al sacerdote cogiéndole de un brazo.

Todos los medios se hicieron eco de la repentina recuperación y, durante las semanas siguientes, por los pasillos del hospital siempre se veía a periodistas haciendo preguntas a médicos y enfermeros. Todo el personal había recibido la instrucción de no hablar sobre el tema. El Vaticano estaba haciendo indagaciones sobre el suceso y esperaban que diera su veredicto en pocos días.

Desde entonces, permanentemente, había periodistas en la puerta de la casa de María Jesús y siempre que la asaltaban le preguntaban lo mismo.

—¿Fue su hijo?

—No podemos hablar, lo siento mucho —contestaba todo lo educadamente que podía.

—Dicen que sí. ¿Lo desmiente?

—No insistan. No podemos decir nada.

Un sacerdote que llegó con la comisión del Vaticano les indicó que no se pronunciaran sobre el tema hasta que supieran si se trataba de un milagro, ya que no querían influir en la opinión pública antes de saber con certeza lo que había ocurrido. Pepe le había preguntado cuáles serían las consecuencias si se confirmaba el milagro, pero nunca le contestaban. Siempre le decían que esperara a que llegara el momento.

Tanto María Jesús como Pepe estaban muy nerviosos, no así Carlos, que permanecía totalmente ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Decidieron marcharse a los Pirineos el fin de semana, aprovechando que el lunes era fiesta. Les propusieron el plan a Javier y a Paula, los padrinos de Carlos, que aceptaron encantados. Desde el bautizo del pequeño su relación se había estrechado mucho.

—Tengo un amigo que tiene una casa de montaña cerca de las pistas de esquí. ¿Le puedo preguntar si nos la puede dejar?

—Sería genial —le contestó María Jesús—. No está nuestra economía como para gastar mucho.

—Siempre nos la deja. No creo que nos ponga ningún impedimento. Es un tipo excepcional. Casi tan bueno como tú —le dijo Paula.

Hacía bastante frío cuando llegaron. Todo estaba nevado y la primera noche decidieron no salir de la casa. Se quedaron tomando copas junto a la chimenea hasta bien entrada la madrugada.

—Como te lo cuento. Se puso de rodillas y me besó la mano.

—No te puedo creer.

—Así pasó, Paula. Luego me acarició la mejilla y me dijo algo en italiano, pero no le entendí.

—Y ¿te acuerdas de qué te dijo? Sabes que hablo italiano.

—Algo así: *«Sei la cosa piu speciale che ha la chiesa»*.

—Eres lo más especial que ha tenido la Iglesia, creo.

—Nos quedamos totalmente paralizados. Después todo el mundo aplaudió.

—¿Por qué lo diría? —preguntó Pepe en voz alta.

—Te juro que no tengo ni idea.

«Será por mi embarazo».

El día siguiente amaneció nevando, pero decidieron abrigarse bien y salir a dar una vuelta por el pequeño pueblo. Visitaron la iglesia, pues Paula era una fanática de la arquitectura sacra y en todos los sitios que visitaban tenían que entrar en el templo local para hacer fotos. Después dieron un paseo buscando algún parque para que el pequeño pudiera jugar un rato, y al final lo encontraron en la parte más alejada del centro. Estuvieron allí hasta que se hizo la hora del

aperitivo. Se dirigieron a la plaza, donde tomaron un vermut en el único bar que encontraron. No había mucha gente por la calle pero allí sí que había más ambiente. No parecía que el pueblo tuviera muchos habitantes, pero sí que estuvieran todos dentro a esa hora. Justo cuando entraban, Hugo salía de tomarse un café y se disponía a seguir su trabajo en la finca. Se cruzaron en la puerta y él les cedió el paso. Se sentaron a una mesa y Pepe fue a la barra para pedir las bebidas y algo para picar.

—La verdad es que podíamos haber consultado alguna guía —dijo Javier.

—No te preocupes. Con el móvil lo miramos rápido —le contestó Pepe, que llegaba con una bandeja como si fuera el camarero.

—¿Ves? Al final, si hubiéramos comprado la guía en papel, como te dije... —replicó María Jesús.

—Sí, aún estarías decidiendo qué guía comprar.

Todos se rieron.

—Disculpen —les interrumpió un señor que estaba en la mesa de al lado—. No he podido evitar escucharles y, si quieren, yo les puedo dar alguna idea.

—¿Es usted de la zona? —preguntó Paula.

—Sí, me llamo Miguel. Soy el sacerdote del pueblo.

—Encantado. —Pepe se apresuró a darle la mano—. Nosotros venimos de Zaragoza y es la primera vez que estamos por aquí.

—Entonces me lo ponen muy fácil. Les recomiendo que cojan el coche y suban a las pistas de esquí. En este valle, si siguen hacia Francia, se encontrarán con dos de las mejores estaciones de España: Candanchú y Astún. Pero antes o después paren, obligatoriamente, a ver la estación de Canfranc.

—Sí, es muy famosa. Ya había escuchado hablar de ella —dijo Paula—, pero nunca la he visto.

—Es simplemente espectacular —contestó el cura—. Y, si quieren, la parte del valle de Francia también es muy bonita.

—A mí no me parece mal, ¿y a ti, MJ? —preguntó Pepe. Ella asintió mientras se levantaba a buscar a Carlos, que estaba corriendo entre las mesas del bar, para que no molestara a la gente de alrededor.

—Ven, Carlos. Toma tu *tablet*.

Carlos se puso los dibujos que veía siempre y se quedó sentado en la silla.

—No se hable más. Vamos para allá —dijo Paula animada.

—Hasta las ocho no tengo que dar misa, así que si quieren les puedo hacer de guía improvisado por todo el valle. Esconde un par de secretos que no todo el mundo conoce.

—¿Nos haría ese favor? —le preguntó Pepe.

—Claro, faltaría más. Encantado.

—Venga, entonces nos marchamos ya.

Se montaron todos en la furgoneta que Javier había alquilado para hacer el viaje más cómodo, porque aunque solo iban para un par de días, las cosas de Carlos llenaban el maletero de un coche normal. Se fueron hacia las pistas de esquí. Decidieron dejar la estación de Canfranc para la vuelta porque preferían llegar de día a las estaciones y que Carlos jugara un poco con la nieve.

## Capítulo 20

—Es inadmisibile —dijo el camarlengo en tono airado.

—Querido, a ver cómo se lo explico para que lo entienda —repuso el papa bajando mucho la voz.

—Los bienes que está subastando... Todo ese dinero no le pertenece, es de toda la Iglesia. No tiene ningún derecho a sacarlos del Vaticano —le volvió a interrumpir el camarlengo.

—¿A dónde cree que estoy destinando todo ese dinero, anciano?

—No importa. Esos bienes son de la Iglesia, son nuestros.

—¿Y quién es la Iglesia, usted y yo, o todas esas personas que acuden a los templos a escuchar lo que tenemos que decirles?

—¿Eh?

El camarlengo no pudo responder.

—Querido, no se lo voy a tener en cuenta... Bueno sí, sí que lo voy a tener en cuenta.

El papa hizo una breve pausa, levantó la mirada y le dijo:

—A partir de mañana su nuevo destino está en Nigeria.

—No puede hacer eso.

—Claro que puedo. Lo acabo de hacer.

El papa terminó de escribir la carta que había empezado cuando el camarlengo entró en su despacho.

—Aún no se ha dado cuenta —continuó— de que todo lo que está ocurriendo en el Vaticano está ocurriendo por algo. Si yo digo que hay que vender bienes del palacio, se venden. Y si yo digo que usted va a Nigeria, se va. ¿Me estoy explicando con suficiente claridad? —preguntó levantando la mirada del papel.

—Esto no va a terminar así, se lo aseguro.

—Sí. Esto termina así, aquí y ahora.

El papa le indicó con la mano que saliera sin dedicarle siquiera una mirada. El camarlengo salió del despacho papal cerrando con un portazo. Llevaba más de cuarenta años en el cargo y todos los santos pontífices anteriores le habían respetado. Habían seguido sus indicaciones y consejos debido a su dilatada experiencia, pero este le estaba ignorando. Al camarlengo ya le había dado mala espina desde la polémica elección.

«No lo voy a permitir. Llevo demasiados años trabajando para mantenernos a flote como para que ahora venga alguien con ideas revolucionarias a terminar con nuestras tradiciones. ¿En qué estará pensando? No pienso consentirlo».

En la última subasta de bienes se habían recaudado cerca de nueve millones de euros que fueron repartidos por las diócesis con más necesidades. Sus respectivos responsables enviaron cartas de agradecimiento a la Santa Sede. Remitían fotos junto con los feligreses donde se veían las reformas que hacían en las iglesias, comedores sociales completamente llenos, niños jugando en instalaciones adecuadas y muchas más que llenaban el alma del santo padre. Llegó hasta una foto de una biblioteca infantil en la que un sacerdote parecía que estaba enseñando a leer a muchos niños. El papa se enorgullecía al ver estas imágenes y solicitó a todas las diócesis que hicieran lo mismo. Se colapsó el correo por todas las peticiones recibidas para obtener fondos. El papa puso

a Rubén a trabajar exclusivamente en eso. Le pidió que valorara cuáles eran las parroquias más necesitadas y lo que tenían que recibir.

Rubén se ocupó de esa tarea sin descanso y, por primera vez desde que llegó al Vaticano, estaba disfrutando con lo que hacía. Sentía que esa era la Iglesia que siempre había esperado ver. La Iglesia en la que él creía y mucha más gente estaba empezando a creer. Incluso estaba olvidando un poco el tema de su hermano, porque se mantenía bastante ocupado en los quehaceres diarios.

En la pista de Candanchú, Carlos disfrutaba con la nieve. Estaba haciendo un muñeco con Pepe. Habían usado dos grandes bolas, un par de ramas para los brazos y varias piedras para los ojos, nariz y boca. Todos estaban muy contentos y totalmente evadidos del ajetreo de la capital.

—Lo más espectacular es verlo todo desde allí arriba —dijo Miguel señalando la parte más alta de la estación.

—Tiene que impresionar verlo todo nevado y desde tan alto —contestó Pepe.

—¿Subimos? —preguntó Javier a Paula—. Allí hay un teleférico que se pierde en lo alto.

—No me importaría nada. Si os apetece vamos.

—Yo prefiero quedarme por aquí abajo. Voy a ver si podemos alquilar un trineo y juego con Carlos en aquella pista pequeñita —dijo María Jesús.

—Yo me quedo contigo, MJ, pero os acompañamos hasta la base. Venga.

—Hace mucho que no subo a la zona alta de las pistas. Si no os importa me gustaría ir con vosotros —pidió Miguel muy educadamente a Paula.

—Claro.

Fueron caminando hasta la base del teleférico que subía tan alto que se perdía de vista el final del recorrido. Sacaron el ticket en la cabina y se pusieron a esperar su turno haciendo la correspondiente cola.

—Vamos, Carlos. Ven conmigo a coger un trineo chulo para ti y para mí —le dijo Pepe, ofreciéndole la mano porque le costaba mucho andar por la nieve.

—No —contestó tajante el niño.

—¿Qué?

—No quiero.

—¿Por qué?

—No quiero —insistía.

—Nos lo vamos a pasar muy bien, ¿eh?

—No quiero. Quiero con Paula.

—¿Qué le pasa? Si nunca quiere venir conmigo —preguntó Paula muy extrañada.

—No lo sé —contestó María Jesús.

Llegó la única cabina de color negro que estaba funcionando. Resaltaba porque todas las demás eran amarillas y esta se veía desde lejos. Cuando fueron a montarse los tres, Carlos se puso a gritar, pataleando y agarrando muy fuerte del brazo a Paula.

—¡No, no, no! No quiero.

—Bueno, bueno, tranquilo. ¿Qué pasa? —le preguntó con la voz muy suave.

—Quedaos conmigo —dijo estirándoles de las manos a los dos.

Javier y Paula miraban desconcertados a Pepe, pero él tampoco sabía qué le podía pasar al pequeño. Nunca se había comportado así. Cuando trató de cogerlo en brazos para que les dejara subir aumentó el volumen de los gritos. Lloraba tan fuerte que decidieron no subir al teleférico.

Dejaron la cola y se dirigieron al aparcamiento desconcertados. Carlos iba de la mano de Javier, aún con la respiración acelerada. Decidieron bajar a la estación de Canfranc para que no se les hiciera de noche a la vuelta.

Cuando estaban abriendo las puertas del coche escucharon un estruendo en la ladera de la montaña. Se giraron y vieron cómo la cabina negra del teleférico iba rodando montaña abajo. Se había soltado del cable y bajaba sin control por una de las pistas. Afortunadamente no había muchos esquiadores allí, y los que estaban, al escuchar el ruido tan fuerte, tuvieron tiempo para apartarse y esquivar el aparato. En pocos minutos policía, bomberos y personal de las pistas habían acordonado la zona. Varias ambulancias estaban llevándose a las personas de dentro de la cabina, pero ellos no llegaban a divisar cuál era el estado de los accidentados.

Todos miraban con ojos de incredulidad al pequeño, que ahora jugaba con dos muñecos sentado en su silla dentro del coche. Miguel estaba rezando continuamente y entre cada oración miraba al pequeño y le daba las gracias.

—¿María Jesús? ¡Chica!

—¿Eh?

La madre de Carlos seguía visualizando el momento en el que el niño agarró las manos de sus amigos y no les dejó subir. Javier y Paula estaban abrazados y no podían articular palabra alguna. Hasta que se separaron y fueron a besar al pequeño, que se limpiaba los besos con el dorso de su mano.

—No sé qué decir —le dijo Miguel a Pepe.

—Si te soy sincero, yo tampoco.

—Si me lo cuentan no me lo creo. Solo ha podido ser un milagro de Nuestro Señor, que se pusiera a llorar.

—Sí. Eso de los milagros se le da bastante bien a este pequeño.

—¿Por?

Le miró extrañado.

—Es una historia muy larga.

—Creo que no estoy para visitas, Pepe —les interrumpió Paula—. Vamos a la casa y descansamos, que han sido demasiadas emociones por hoy.

—Tienes razón. No te importa ¿verdad, Miguel?

—En absoluto. De hecho yo también te lo agradecería. Aún me están temblando las piernas.

«Esto va a ser la bomba», pensaba Roberto mientras grababa toda la secuencia. Desde la cámara que llevaba instalada en el techo de la furgoneta había conseguido capturar el momento en el que el teleférico caía sobre la ladera de la pista y cómo Carlos impidió que sus padrinos subieran a la cabina siniestrada.

—No te lo vas a creer, Torres.

—¿Qué ha pasado? —contestó al otro lado del teléfono.

—Te estoy subiendo al servidor un video de esta mañana. Cuando lo veas me vas a amar más todavía.

—No será para tanto, fantasma.

Estaba tomando una copa de vino mientras observaba la ciudad a sus pies. Abrió el portátil y accedió al servidor privado, donde tenía todos los datos de la operación junto con los protocolos de actuación de todos los equipos operativos. Únicamente el papa, Ortega y él tenían acceso

completo a todos los archivos que se guardaban allí. Localizó el que acababa de subir Roberto y lo abrió con el reproductor de video.

—Esto se nos pone cada vez mejor. A ver si al final es verdad que existe Dios y le está pareciendo bien el plan del papa.

—¿Te ha gustado, no?

—Esto es oro puro. Vale. Atento. Necesito que filtres el video a la prensa nacional, pero esta vez quiero que llegue a todos los medios sensacionalistas. Ha de estar en boca de todos. Que todo el mundo conozca al «niño milagro».

—Lo hago ahora mismo. Te llamo si surge algo nuevo —decía Roberto con voz de satisfacción.

—Buen trabajo. Eres el mejor, pero con la ayuda de Dios es más fácil, ¿no?

—No me hagas hablar. Chao.

—Chao. Por cierto, recibirás un plus en tu próxima nómina.

—¡Ja, ja, ja! Tú sí que eres el mejor.

Aún en *shock*, se metieron en el coche y bajaron al pueblo. Antes de ir a la casa rural aprovecharon para tomar algo en el bar. Todos se pidieron una tila para calmar un poco los nervios. En la televisión estaban dando la noticia del suceso. Los cuatro pasajeros de la cabina que se había caído habían fallecido. Decían que fue un fallo mecánico lo que hizo que se precipitara ladera abajo. Un videoaficionado había mandado un video de toda la secuencia donde se veía el accidente del aparato.

—Mamá, el nene —dijo Carlos señalando la televisión que todo el mundo estaba mirando.

—¿Dónde? No te veo.

—Yo tampoco lo he visto —dijo Pepe.

Carlos bajó la mirada y se entretuvo con la *tablet* que le dejaban para ver videos. Todos volvieron a mirar las noticias menos el pequeño, que se puso el mismo capítulo que veía siempre. El protagonista era una especie de esponja marina que se subía a un teleférico muy alto. Una racha fuerte de viento hacía que la cabina se balancease muy fuerte y la esponja se mareaba. Al salir de la cabina se caía al suelo por el mareo y todos sus amigos le atendían para que se recuperase. Carlos sonreía cada vez que la esponja se incorporaba con los ojos dando vueltas y decía: «¡Qué mareo!».

Al otro lado del pueblo, dentro de la iglesia, Miguel le contaba todo lo que había pasado a Hugo, que le miraba con incredulidad.

—Pero entonces ¿no es la primera vez que hace algo así?

—Según su padre, no. Me dijo que era una larga historia y que ya me la contaría en otro momento —contestó Miguel.

—Pero esto es tremendo. Voy a buscar en Internet a ver qué sale.

Escribió en el buscador: «milagro de un niño». En la mayoría de periódicos nacionales ya salía alguna foto.

—¿Es este?

Le enseñó el móvil.

—Sí —contestó Miguel.

«Niño despierta a un sacerdote de un coma irreversible, cogiéndolo del brazo. El Vaticano ha enviado a una comisión al creer que se puede tratar de un milagro».

—¿Qué hacemos? —preguntó Miguel.

—No lo sé. Tendríamos que dejarlo tranquilo, ¿no?

—O no perder la oportunidad de presentarlo a todo el pueblo en la iglesia. Un niño así no se encuentra todos los días.

—Es mala idea. Se lo deberías preguntar a sus padres. Seguro que no quieren darle publicidad. Querrán que esté tranquilo —intentó disuadirle Hugo.

—Voy a consultarles a ver qué dicen.

«No me viene bien que el Vaticano sepa de este pueblo».

Miguel acudió al bar, pero ya no estaban allí. Se acercó a la casa rural donde le habían dicho que se alojaban y los encontró cargando el coche para volver a Zaragoza.

—¿Ya os marcháis?

—Sí. Queremos llegar a Zaragoza con luz —contestó Javier—. No me gusta conducir de noche y tenemos que cruzar el Monrepós.

—Resulta que estaba buscando por Internet la noticia del teleférico y una cosa me ha llevado a otra y... bueno, he visto que Carlos es el «niño milagro», ¿no?

—No sé qué decirte. Aún no nos han dicho nada.

—¿Quién?

—Los del Vaticano.

—Eso es todo un honor. Solo el hecho de que se interesen por el acontecimiento ya es importante. No te puedes imaginar la de avisos que les llegan continuamente.

—La verdad es que no nos han contado gran cosa, pero bueno, estamos a la espera de noticias.

—Ya sabes, las cosas de palacio van despacio. ¿Os importaría que le presentara a Carlos a todos en la misa de la tarde? —preguntó Miguel.

—No sé, habíamos pensado en marcharnos pronto. ¿MJ?

—Javier es el que tiene que conducir. Él decide —contestó María Jesús.

—Por mí bien. Ya saldremos más tarde.

Fueron todos a la iglesia y entraron en el despacho de Miguel. Estuvieron hablando un buen rato y salió el tema del milagro de Pablo. Le contaron todo lo que ocurrió en la habitación.

—Alabado sea el Señor —repetía una y otra vez mientras se santiguaba—. No sé si todo lo que ha pasado esta mañana habrá sido un milagro, pero lo que sí que sé es que estoy aquí porque ese niño no ha querido que me montara en el teleférico. Así que le daré las gracias dedicándole la misa. Si queréis no diré nada de lo ocurrido en Zaragoza por no armar más revuelo en el pueblo —les dijo.

—A mí me parece lo mejor. Así no nos agobiarán mucho a la salida. Nos iremos en cuanto termine la misa, que yo trabajo mañana, ¿te acuerdas? —matizó Javier.

—Así sea entonces —contestó Miguel.

Roberto había aparcado la furgoneta de tal forma que tenía controlado el coche de la familia, pero a él no le podían ver. Cuando entraban en la parroquia, decidió remitir el video a un contacto que tenía en una de las revistas más sensacionalistas del país, tal y como le había ordenado Torres. Mientras volvía de la estación ya se lo había enviado a los medios más populares. La secuencia mostraba perfectamente todo el recorrido de la cabina, hasta el momento en que se caía. Además, al principio de la grabación se veía cómo un niño pequeño no dejaba subir a tres personas a la cabina siniestrada.

«Magistral».

El teléfono sonó.

—¿Quién es?

—Buenos días. ¿Es usted Roberto Provitola?

—¿Usted quién es?

—Un amigo de un amigo. ¿Recuerda a Anton?

—¿Anton? Claro que lo conozco —contestó Roberto.

—Lo conocía. Ha muerto —le informó la voz al otro lado del teléfono.

—Vaya, siempre había pensado que era inmortal.

—Un accidente de coche.

—Qué lástima. Era un buen tipo.

—Antes de morir, me dio su número de teléfono porque me dijo que también usted realizaba operaciones... ¿cómo lo diría? Especiales.

—Sí, bueno. De eso precisamente nos conocíamos —contestó Roberto.

—Tengo un encargo que pedirle.

—Me temo que no voy a poder aceptar, sea lo que sea. Estoy trabajando en algo a tiempo completo y no puedo dejarlo.

—El precio no es ningún problema. Me consta que le pagan muy poco para el trabajo que suele hacer, ¿no?

—Siempre es poco —matizó Roberto—. Esta vez es un contrato bastante prolongado en el tiempo, por lo que hemos reducido bastante las tarifas.

—Conmigo no tendría que ser así —replicó la voz.

—Siempre dicen lo mismo.

—Créame. Tengo más dinero que su actual jefe.

—No lo creo —contestó Roberto.

—Le doblo lo que esté cobrando ahora. Si termina con éxito un encargo que tengo pendiente le daré ocho millones de euros.

—Con esa cantidad ya me lo puedo empezar a pensar —dijo Roberto, incorporándose sorprendido—. ¿Qué hay que hacer?

—No se lo puedo decir ahora. Recibirá una llamada de otro número con las instrucciones en cuanto cuelgue.

—Aún no le he dicho que sí.

—Lo hará —sentenció la voz.

Roberto apagó el video y se recostó en la silla. Durante los inviernos dentro de la furgoneta se estaba muy bien. El calor que emitían los aparatos hacía el habitáculo incluso acogedor. Empezó a pensar en cuál podría ser ese trabajo para que costara ocho millones. Se le pasó por la cabeza llamar a Torres para contarle su extraña conversación, pero luego recapacitó y prefirió reservarse esa información.

«Cuando vuelva ya se lo contaré a ella. Seguro que quiere participar».

Miguel, María Jesús y los demás salieron del despacho y entraron en la capilla. La mayoría del pueblo se congregaba a las ocho de la tarde para escuchar lo que Miguel tuviera que decir. Muchas veces no era nada relacionado con la Biblia, ni daba misa como tal. Simplemente hablaba dando indicaciones de cómo debían vivir, reglas básicas para que la convivencia dentro del

pueblo fuera perfecta. Muchos de esos pensamientos los tenía mientras paseaba, perdido por la ladera del valle, y los anotaba para después compartirlos y debatirlos. Hacía también reflexiones sobre Dios, que ponía en común con todo el mundo. Eran sesiones muy interesantes en las que siempre se aprendían cosas nuevas porque alguien aportaba algo que hacía que los demás pensarán.

Miguel besó el misal y salió de detrás del altar para ponerse delante de los escalones que le separaban de los bancos.

—Amigos, hoy quiero presentaros al niño que ha hecho posible que siga con vosotros y no me haya reunido con Nuestro Señor.

Señaló a Carlos, que estaba en brazos de su madre viendo cómo toda la iglesia lo miraba.

Todos aplaudieron al unísono tan fuerte que parecía que los muros se fueran a derrumbar sobre ellos. Carlos se asustó y se agarró fuerte al cuello de su madre. Hugo, que no estaba sentado en primera fila como siempre, sino que deliberadamente se había colocado más atrás, no podía dejar de mirarlo sin saber qué pensar. Por lo que él sabía, el Vaticano estaba detrás de ellos y no quiso ni siquiera presentarse para que no pudieran reconocerle por lo que pudiera pasar. Les miraba desde la distancia. Se le hacía muy difícil creer en que ese niño podía obrar milagros, pero por otra parte no era que esas noticias le llegaran de alguien que conoce a alguien. No, se lo había contado de primera mano Miguel, que vivió el milagro en persona.

La misa terminó y, como era de prever, todos quisieron darle las gracias a la familia. María Jesús se volvía a sentir especial al ver con el cariño que toda esa gente trataba a su hijo.

—Sintiéndolo mucho, nos tenemos que marchar.

—Sí, pero prometo que otro fin de semana volveremos —dijo Pepe para que el tumulto se deshiciera y les dejara salir de la iglesia.

Ellos salieron los primeros con Miguel, se despidieron y se montaron en el coche.

—Hasta la próxima. Ha sido un verdadero honor. Rezaré por ustedes.

—Igualmente.

Todo el mundo fue saliendo del templo. Hugo lo hizo de los últimos, pues se paró a hablar con Miguel y comentaron todo lo sucedido el fin de semana.

Cuando Roberto los vio, se quedó mirando a Hugo.

«Ese tipo me suena de algo y no sé de qué».

Sacó la cámara con el objetivo más grande que tenía y les hizo un par de fotos ampliando el *zoom* todo lo que pudo.

—Joder, qué fuerte —dijo al ver las fotos en la cámara.

Se puso las gafas y empezó a teclear muy rápido.

—Estoy seguro de que estaba guardado aquí. Venga... venga. ¡Aquí está!

En el ordenador se mostraba la foto de Hugo. Estiró la mano para coger el teléfono y cuando estaba a punto de marcar lo dejó encima de la mesa.

«¿Por qué será este tío tan importante para el papa? De momento voy a hacer como que no he visto nada e indagaré un poco más, a ver qué descubro».

Estuvo buscando datos por Internet, pero no localizó mucha información acerca del exsecretario. Encontró su anterior cargo y que el papa lo había destinado a algún punto de África sin definir hacía ya algún tiempo, pero nada relevante.

«¿Por qué lo mandó tan lejos si lo estaba buscando? Algo no cuadra en todo esto».

El teléfono sonó.

—¿Sí?

—Roberto, ¿verdad?

—Depende de quién lo pregunte —contestó reconociendo la voz de antes.

—No estoy para tonterías.

—Ni yo —contestó Roberto muy serio.

—Hemos subido el precio. Si dice que sí, le abonaremos diez millones de euros ahora y otros veinte cuando termine el trabajo.

Roberto abrió los ojos al oír tales cantidades. Tragó saliva.

—¿Qué tendría que hacer?

—Acabar con la vida de la persona que le vamos a enviar a su correo privado.

—¿Y ya? —contestó irónicamente.

—Sí, solo eso. No conteste al correo. Le volveremos a llamar desde otro número.

La llamada se colgó y un pitido sonó en su ordenador y en el móvil a la vez. Era un correo electrónico. La aplicación de *mail* lo había llevado a la carpeta de *spam* porque el remitente era «xxx@xxx.xxx». Lo abrió y lo leyó.

Sabemos que su jefe quiere acabar con la vida del exsecretario, Hugo Fuentes. Yo lo necesito vivo.

Su objetivo está en la foto adjunta. En cuanto confirme nuestro trato le ingresaremos el dinero en la cuenta que usted nos indique.

—¡Joder! —exclamó al ver la foto—. Esto tiene que ser una coña.

«¿Qué hago? Es mucha pasta, pero igual no lo cuento. Pero es mucha pasta... y para mí solo», pensaba mientras veía cómo la familia se metía en la furgoneta para marcharse.

Javier arrancó y se perdió por la carretera hacia la salida del pueblo. Roberto encendió el motor, pero esperó a emprender la marcha. Dejaba distancia para que no notaran que les seguían. El viaje de ida ya lo hizo así.

Vio que Hugo se despedía de otra persona que se marchaba calle arriba. Le llamó la atención que, en cuanto se quedó solo, un punto rojo se encendió en su cabeza. Parecía el puntero de un láser.

«Hostias».

Rápidamente se giró para intentar descubrir de dónde salía el punto, pero no divisó nada. La noche estaba muy cerrada y en esa parte del pueblo no había mucha luz. V volvió a mirar a Hugo. Ya no estaba en la calle.

—¿Dónde te has metido? —se preguntó para sí.

Apagó la furgoneta, bajó y se dirigió a la iglesia para ver si lo encontraba allí. No estaba dentro. Miró hacia arriba para buscar alguna posición dónde apostarse. Lo único que le pareció lógico fue un granero, a unos cien metros de allí, que no tenía cristales en las ventanas. Decidió acercarse para ver si encontraba algo.

Vio una figura saliendo por la puerta de la casa a la que se dirigía. Llevaba algo para cubrirse la cabeza, una capucha o gorro. También cargaba una bolsa bastante grande en la mano derecha. Antes de que lo viera, Roberto dobló la esquina para esconderse en un callejón sin apenas luz.

Cuando la figura pasó por delante de él, con un rápido movimiento, la cogió del cuello con su brazo derecho y, con la mano izquierda, le tapó la boca para que no pudiera gritar. Su presa se revolvió intentando soltarse, pero la diferencia de kilos le daba mucha ventaja. Pesaba muy poco para Roberto, que la mantenía en el aire sin apenas esfuerzo. Apretando el cuello para dejarle sin respiración. En ese instante le vino un olor familiar. Hizo un esfuerzo y levantó el cuerpo un poco más para dejarlo caer, como si fuera un saco, al suelo. Le agarró ambas manos para seguir

controlando la situación y le puso una rodilla en la espalda. Su presa estaba inmovilizada. Le quitó la capucha y una larga melena rubia se descubrió.

—¿Carla? —preguntó extrañado al reconocerla.

—¿Roberto? ¡Joder! Qué susto me has dado, cabronazo.

—O sea, que en esto es en lo que andabas liada, ¿no? Intentando matar al exsecretario tú solita.

—Mucha pasta, como sueles decir tú. Pero... ¿cómo lo sabes?

—Calla y vámonos de aquí. Te tengo que contar algo muy importante que seguro que te va a interesar.

—Yo no puedo ir. Tengo que acabar el trabajo. Antes he estado apunto pero se me ha escapado por un segundo.

—Ya lo sé, ya. ¿Por qué te crees que he venido hacia aquí?

—Qué listo has sido siempre, pero entonces ¿tú sabías que estaba escondido aquí? Me lo podías haber dicho. Llevo buscándolo por medio planeta un año entero —le reprochó Carla, dándole un puñetazo suave en el hombro.

—No, me lo he encontrado hoy por casualidad y estaba valorando contárselo a Torres y Ortega o acabar yo el trabajo para cobrar. Pero decidí esperar, contártelo y así hacerlo entre los dos —mintió Roberto.

—¡Oh! ¡Qué bueno eres! ¡Mentiroso!

Le dio una bofetada en la cara que impactó con fuerza.

—¡Oye! —protestó, acariciándose la mejilla—. ¡Que es verdad!

—Sí, ya. Bueno, de todas formas, mañana, si tengo la ocasión, acabaré con él y me iré de vacaciones a Santo Domingo. Con lo bien que me lo pasé cuando me fui de Zaragoza, tengo ganas de repetir.

—No puedes hacerlo —dijo Roberto—. Vamos a la *furgo* y te enseño una cosa.

—No vamos a hacer nada, ¿eh? —le dijo Carla empujándolo.

—Ya lo sé. Lo acabado, acabado está.

## Capítulo 21

En su cuarto, Rubén estaba revisando los manuales del circuito cerrado de cámaras de palacio. Esa misma mañana le habían dado acceso como una nueva función más a desarrollar en su puesto. Le tentaba mirar las cintas del último día que vieron a su hermano por palacio para ver si descubría algo. Tras estar pensando un rato si hacerlo, llegó a la conclusión de que era mejor no tocarlas, puesto que en el manual que le habían entregado decía que se guardaba un registro de todos los visionados que se realizaban. No quería que nadie le relacionara con él para que no llegara a oídos del papa.

La televisión estaba encendida.

—Nos despertamos esta mañana con la trágica noticia de que se han encontrado tres cuerpos, supuestamente incinerados, en una casa abandonada de los suburbios de Roma. Los han hallado técnicos de la empresa de demolición que iban a llevar a cabo el derrumbe controlado del edificio. Según nos han informado, las primeras teorías indican que fueron asesinados con un disparo en la cabeza e incinerados posteriormente. Más tarde conectaremos con el lugar de los hechos.

»En otro orden de cosas, el famoso «niño milagro» lo ha vuelto a hacer. Les dejamos con el video de un aficionado que capta todo lo sucedido en una pista de esquí de España. Como ven en la parte inferior de la pantalla, el pequeño salva la vida de tres personas que iban a subir al teleférico pero no puede hacerlo con las cuatro que al final suben a la cabina.

El papa llamó a Torres.

—¿Era necesaria la difusión de la noticia? —preguntó sin saludar.

—Creemos que sí, su santidad. Estamos tratando de que Carlos y su familia aumenten su índice de popularidad.

—Se me hace complicado pensar que lo vas a conseguir sin que se den cuenta de nada —replicó.

—Es difícil, pero por el momento marcha bien. Si cuando usted la besó en hospital no la puso en alerta, no tenemos por qué preocuparnos.

—No pude contenerme —dijo con voz resentida.

—Entiendo, su santidad. Es más que comprensible, pero como le digo todo sigue su curso sin aparente complicación.

—Me alegra oírlo.

Pasaron los meses y la agenda del papa cada vez era más complicada de gestionar. Aquella mañana el santo padre había aprovechado las primeras horas del día para ver las noticias y organizarse un poco la jornada. Llevaba desde primera hora recibiendo gente de las diócesis italianas.

Decidió abrir un periodo de consultas para detectar las carencias de su Iglesia y casi todos los días tenía algún invitado en el despacho. Más o menos todos actuaban igual. Parecía que les habían aconsejado cómo debían comportarse delante del sumo pontífice. Siempre asentían con la cabeza a todo lo que el papa les decía y solo hablaban cuando él les preguntaba directamente. Consciente de que las necesidades de estas diócesis no eran las mismas que las de otras que no

estaban tan cerca del Vaticano, en su hoja de ruta había establecido que un día de cada semana se tenía que reunir con sacerdotes de comunidades que no fueran muy grandes y que estuvieran lejos del centro de la Iglesia. Tenía la intención de conocer de primera mano otro tipo de problemas, totalmente distintos a los que estaba acostumbrado a tratar.

Rubén estaba gestionando a la perfección tanto la agenda del papa como las actuaciones sobre los invitados. Todos pedían lo mismo: dinero. Y ahora el santo padre estaba en condiciones de concederles la cantidad que él estimaba oportuna según los sacerdotes le iban contando. Rubén le preparaba informes exhaustivos de cada uno de los invitados que llegaban a la sede papal.

Don Santiago estaba haciendo las funciones de camarlengo. Aceptaba todas las órdenes del sumo pontífice sin poner ninguna objeción. El papa le cedió uno de los libros de su biblioteca personal y le dijo que todo lo recaudado con esa venta debía mandarlo a Angola. Finalmente, el libro se vendió por veintidós millones y medio de euros que don Santiago se encargó de gestionar.

Ese mismo día recibía a un sacerdote de Nigeria. Cuando ambos entraron en el palacio, los guardias que estaban en la puerta hicieron una reverencia en forma de saludo respetuoso y los acompañaron hasta el despacho del papa. Uno de ellos era el antiguo camarlengo, que se había estado esforzando por ser el invitado del papa, pero no pudo conseguirlo, así que decidió, con algún dinero que tenía ahorrado de su anterior cargo, acompañar al sacerdote elegido por el santo padre para viajar al Vaticano.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó el papa con tono muy airado, levantándose de su sillón.

—Marcelo me pidió que le acompañara puesto que yo conocía perfectamente esta ciudad. Él nunca había salido de su país, su santidad. Además, llevo dos meses en Nigeria y quería volver aquí, a mi casa.

Marcelo se le quedó mirando sin decir nada.

—¡Qué amable por tu parte! Ya le has acompañado, ¿no? Ahora quiero reunirme solo con él. Cierra la puerta al salir.

—Pero...

El papa levantó la mano con la palma hacia su antiguo empleado en señal de que no quería escuchar nada más de lo que tuviera que decirle y le indicó que saliera. El anciano, protestando en voz baja, se dirigió a la puerta del despacho que estaba cerrada, se metió la mano en el bolsillo de la sotana sin que le vieran y sacó una pistola, se dio la vuelta y disparó. Al momento entraron en el despacho los dos agentes de la Guardia Suiza que custodiaban la puerta y se abalanzaron sobre el anciano, reduciéndolo al momento. El sacerdote nigeriano estaba cobijado debajo de la silla y en el otro lado de la mesa se asomaba la cabeza pelada del papa. El disparo había impactado en la pared, a casi dos metros de donde estaba el sumo pontífice.

Marcelo seguía con la boca abierta sin poder creerse lo que acababa de ocurrir. Los dos guardias levantaron al anciano ya esposado y se disponían a llevárselo del despacho cuando el santo padre se levantó y les dijo:

—Un momento. No será necesario que lo lleven a la policía. No necesito este tipo de publicidad en este momento. Bájenlo al sótano tres y déjenlo en la habitación C. Ya iré más tarde a hablar con él.

—Como ordene.

—Yo te perdono —dijo el papa mirando al antiguo camarlengo y haciendo la señal de la cruz con la mano.

El sacerdote nigeriano se incorporó y, sin saber muy bien qué hacer, se volvió a sentar en la

silla y esperó a que el papa le hablara.

—Creo que es demencia.

Marcelo asintió, moviendo la cabeza rápidamente.

—Señor, perdónale porque no sabe lo que hace.

—Su santidad, es un gesto inigualable por su parte.

—Si en este mundo que vivimos, nosotros, la Iglesia, no somos capaces de perdonar, ¿quién lo hará?

—Tiene toda la razón.

El papa se volvió a sentar en el sillón. Hizo que no había pasado nada y comenzó a preguntar por temas de interés al sacerdote que poco a poco iba dejando de temblar y recobrando el color de su cara.

No muy lejos del palacio, unos auriculares se estampaban contra un monitor.

—¿Pero qué mierda ha sido eso?

Recogió los cascos de encima de la mesa y se los volvió a colocar en la cabeza. Ajustó varios parámetros en el ordenador que tenía enfrente.

—Genial, se vuelve a escuchar... Le ha disparado... Increíble... Con dos pelotas... Tengo que decírselo.

Cogió su móvil y llamó.

—¿Don Santiago?

—Sí.

—El abuelo. Se le ha ido la cabeza. Le ha disparado.

—Lo sabía —dijo Santiago enfadado—. Le teníamos que haber impedido que fuera. Es que lo sabía. No era buena idea.

—Lo malo es que lo han detenido y no veo que lo estén sacando del edificio.

—Nos va a delatar. No va a aguantar lo que quiera que él le vaya a hacer. Querida, tendrás que entrar y terminar con esto.

—Pero...

—No. Sabes que la misión está por encima de todo: de ti, de mí y por supuesto de ese viejo loco.

—Espere, para eso ¿no sería mucho mejor que viniera Hugo? Yo no tengo ni idea de cómo funciona el palacio por dentro. Mucho menos de los sótanos, y sabe de sobra que no estoy entrenada para este tipo de cosas.

—Déjame que lo piense —contestó Santiago—. Te llamo con lo que hayamos decidido, ¿de acuerdo?

—Bien, pero no tarden porque esto se pone feo.

La presencia de periodistas en el edificio de María Jesús se empezaba a hacer incómoda. Ellos pensaban que en unos pocos meses esta fiebre iba a terminar por disiparse, pero era al contrario. Carlos había empezado el colegio y siempre se veía a alguien por las inmediaciones grabando todo lo que hacía. Hablaron con la policía para ver si podían hacer algo al respecto y siempre les decían que, mientras no infringieran la ley, ellos no podían hacer nada.

Pablo llevaba unos seis meses viviendo con ellos. Le habían acogido en su casa porque la recuperación, según les dijo el médico, iba a ser algo tediosa, pero el sacerdote ya se encontraba

bastante mejor y era capaz de hacer cosas por sí mismo. A María Jesús le venía muy bien que estuviera en casa. Así le ayudaba con Carlos. Incluso algunos días era él quien le llevaba al colegio. El pequeño, que ya casi tenía tres años, seguía ajeno a todo su entorno, en gran medida porque se lo intentaban esconder para que no se sintiera agobiado.

Al final, con el curso ya comenzado, decidieron llevarlo a un colegio religioso. Pablo insistió mucho en que las enseñanzas religiosas eran básicas para el desarrollo del pequeño. María Jesús y Pepe no estaban del todo convencidos por miedo a lo que dirían sabiendo que se trataba del «niño milagro». La primera vez que solicitaron la plaza en el colegio, que estaba muy cerca de su casa, les dijeron que las listas estaban ya cerradas y que era imposible admitir a nadie con el curso iniciado. Se trataba de un colegio privado, bastante caro, pero había decidido darle la mejor educación que pudieran permitirse aunque después estuvieran comiendo arroz todos los días. Se lo contaron a Pablo y este se enfadó mucho, indignándose como nunca antes lo habían visto.

Al día siguiente el director del colegio llamó a María Jesús para disculparse y decirle que llevara al niño cuando quisiera y que además le iban a reducir la cuota un cincuenta por ciento por las molestias.

—Pablo, ¿tú has hablado con alguien del cole?

—No —mintió el sacerdote.

Recordó que hacía poco, en una conversación con Torres, este le había dicho que no forzara situaciones porque creía que iban a empezar a sospechar.

—Si te digo la verdad, a mí me extrañaba que una entidad privada rechazara niños —continuó.

—A mí también, pero como parecían tan estrictos con el tema de que ya había empezado el curso...

—Bueno, no le des más vueltas. Lo importante es que ya está dentro, ¿no?

—Sí, así es.

Durante las siguientes semanas María Jesús disfrutó mucho. Se sentía feliz. Empezó a ver cómo su vida ya se parecía mucho a la que siempre había querido. Tenía una familia a la que amaba y ellos la amaban a ella. Su trabajo, sin llegar a ser lo que ella siempre había deseado, le bastaba para tener lo que necesitaba. Su vida social había empezado a mejorar desde que iba a llevar al pequeño al colegio, ya que de vez en cuando quedaba para tomar café con otros padres, e incluso con alguno empezaba a surgir amistad. Carlos iba a clase muy contento porque estaba aprendiendo muchas cosas. La profesora siempre les decía que el pequeño era un encanto y que se había acoplado perfectamente al grupo pese haber empezado un poco más tarde que los demás.

—Soy *especial* —dijo Carlos como muchas otras tardes al salir del colegio.

—Claro, cariño, claro que eres especial —corroboró su madre frotándole el pelo—. Volvamos a casa. Hoy estoy bastante cansada.

Un pensamiento nuevo empezaba a no dejarle conciliar bien el sueño algunas noches. Quería casarse, una boda como la que siempre había imaginado, en una finca muy bien decorada, con un grupo de música tocando clásicos con violines, camareros repartiendo canapés, un cortador de jamón haciendo las delicias de sus invitados... Miró a Pepe, que estaba jugando en el suelo con Carlos, y le vino a la cabeza la imagen de la iglesia donde bautizaron a Carlos, con Pepe en altar. Ella sabía que en cuanto le dijera en lo que estaba pensando, él diría que sí. Se armó de valor.

—Pepe.

—¿Qué?

—¿Por qué nunca me has pedido que me case contigo?

Pepe se giró.

—¿Qué?

—Sí, ¿por qué nunca te has animado?

Pepe se levantó y salió corriendo del salón. Fue al dormitorio, abrió un cajón de la cómoda donde guardaba los calcetines, y del fondo sacó una cajita con aspecto antiguo. Volvió con María Jesús. Se arrodilló delante de ella y le cogió una mano. Mirándole a los ojos le dijo:

—Mj, no te he pedido que te casaras conmigo porque no he querido agobiarte. Siempre he tenido en la cabeza que esa decisión era de los dos, pero nunca he visto ninguna señal que me dijera que querías dar ese paso. Lo que tengo muy claro es que mi decisión es vivir contigo hasta que la muerte nos separe, casados o sin casar, pero María Jesús, ¿quieres casarte conmigo? —preguntó abriendo la pequeña caja.

Ella se echó las manos a la boca. En la caja había un anillo de oro blanco con un diamante en el centro. Muy simple pero increíblemente bonito. Se puso a llorar. Pepe seguía de rodillas delante de ella y al verla llorar también empezó él.

—Era de mi abuela. Es lo único que tengo de mi familia y quiero que lo tengas tú.

María Jesús seguía llorando.

—Deja de llorar, que vamos a preocupar a Carlos —le dijo alzando un poco más la cajita para que la cogiera.

—Sí, sí quiero.

Se puso el anillo, y se arrodilló junto a él fundiéndose en un abrazo. Cuando Carlos los vio, se levantó y fue hasta ellos para abrazarles. Carlos nunca se perdía un abrazo. Siempre que veía a alguien abrazándose, sentía la necesidad de abrazar también.

—¿Por qué lloras, mamá?

—De felicidad, cariño.

—Yo también —dijo Carlos.

## Capítulo 22

Los sótanos del palacio eran fríos y húmedos. Estaban compuestos por tres plantas que solían usarse como trasteros y despensas. En algunos de los cuartos había obras de arte que habían sido guardadas con la intención de que se revalorizaran. En otras había esculturas que, por algún motivo, no debían ser admiradas; libros prohibidos, joyas antiquísimas... Secretos de la Iglesia que no debían salir a la luz. Información que heredaba el papa entrante del saliente, bajo la máxima de no ser revelada nunca.

Había una especie de búnker antibombas que ya había sido utilizado en alguna ocasión. En los cuartos cercanos podían encontrarse despensas de comida. En caso de que hubiera un ataque nuclear podría vivir allí abajo toda Italia durante dos años. Por el tamaño de los sótanos, la construcción se acercaba más a un castillo medieval que a un palacio papal.

En una de esas celdas habían dejado encerrado al antiguo camarlengo. Una bombilla iluminaba escasamente el habitáculo. Un colchón en el suelo y un retrete sin tapa componían todo el mobiliario que decoraba la celda. La puerta no tenía manilla interior y gotas de agua resbalaban por ella desde el techo.

El anciano no se encontraba muy bien. Estaba tumbado en el colchón porque ya estaba exhausto de gritar pidiendo ayuda sin que nadie apareciera, para bien ni para mal. Solo se escuchaban las gotas caer al suelo y su voz rezando continuamente. Había perdido la cuenta de los días que llevaba allí. Solo le daban pan y agua para comer, que el mismo papa le baja dos veces al día. Cuando empezaba su enésimo padre nuestro, la puerta se abrió.

—Querido, ¿cómo se encuentra? —quiso saber el papa.

—¡Sois el demonio!

—Perdone, viejo amigo. Desde mi punto de vista usted es Satanás. Es usted el que ha intentado matarme. Yo no le he hecho nada... todavía.

El papa estaba en la puerta con ambas manos en la espalda. El camarlengo no era capaz de incorporarse y permanecía sentado en el colchón.

—Si pudiera...

—Ya, pero no puede. Tiene hambre, ¿verdad?

El anciano no contestó. El santo padre dejó dos platos en el suelo.

—Tenga, no quiero que piense que soy peor de lo que ya supone —añadió con una leve sonrisa en la boca—. Mañana será otro día.

El pontífice se puso en pie y salió de la habitación.

El viejo intentó levantarse para alcanzar los platos de comida y, en cuanto llegó a ellos, la cabeza pelada del papa se asomó por la puerta que se estaba cerrando.

—Por cierto. Si yo fuera usted, no me comería uno de esos platos —dijo con la misma sonrisa de antes.

La puerta se cerró.

«Cada vez estoy más seguro de que es la misma encarnación del diablo». Tras pensar un segundo, el viejo camarlengo dejó los dos platos donde estaban y volvió al colchón a rezar.

Hugo no dejaba de pensar en la noticia de los tres cuerpos encontrados en Roma que vio en la

televisión. Conocía perfectamente quiénes eran y quién los había asesinado. De hecho, casi había sido estrangulado por el mismo papa por saberlo. Era la principal causa por la que no conseguía borrar esa información de su cabeza, aunque lo intentaba dejar atrás. Don Santiago, con quien no podía contactar desde hacía meses, había sido muy claro con el tema. No le permitía contar todo lo que sabía a nadie, ni siquiera a la policía. Siempre le había dicho que ya llegaría el momento de destapar al sumo pontífice y mostrar al mundo la clase de persona que era. Por el momento parecía que el papa iba ganando el partido, porque ambos eran conscientes del cambio de imagen que estaba realizando en la Iglesia y la visión que la sociedad estaba teniendo del renovado Vaticano y sus gestos para con el mundo entero, aunque ellos sabían que detrás de todo eso había algo más.

No conseguía contactar con Santiago para contarle lo que creía que estaba planeando el papa. El móvil al que llamaba nunca estaba encendido.

«Lo habrá cambiado».

Esa tarde, estaba hablando con Miguel y tuvo la tentación de contarle toda su historia. Sentía que ocultándosela le estaba engañando y él no se lo merecía. Cuando se disponía a sincerarse, sonó su teléfono.

—¿Cómo estás, Hugo?

—Don Santiago, tan oportuno como siempre.

—¿Puedes hablar?

—Sí, estoy con el padre Miguel.

—Tenemos un encargo para ti, pero esta vez solo si tú quieres.

—Yo también tengo algo que contarle. Pero dígame, ¿de qué se trata? —preguntó mientras se levantaba y salía de la habitación para que Miguel no escuchara la conversación.

—¿Te acuerdas del anterior camarlengo del papa?

—Sí.

—También trabajaba para nosotros.

—¿Trabajaba?

—Sí, el pobre estaba muy enfadado con el papa y creíamos que tenía información valiosa por estar metido directamente en las cuentas del Vaticano. Le contamos alguna cosa de nuestro plan y de lo que creemos que está intentando hacer el papa.

—Pero...

—Nada de importancia. Se lo dejamos caer para que se hiciera sus cábalas, pero algo sabe.

—¿En qué me influye a mí? —preguntó Hugo.

—Volvió al Vaticano, sin nuestro permiso, e intentó matarle.

—¡No me lo puedo creer!

—Así es, y ya no ha vuelto a salir del palacio.

—¿Y qué queréis que haga yo?

—Solo si quieres, insisto, tendrías que entrar en el Vaticano e intentar rescatarlo. En el caso de que todavía siga vivo.

—¿Por qué yo? En cuanto me vean por ahí soy hombre muerto. Lo correcto sería avisar a la policía.

—Es muy arriesgado, porque creemos que solo hay un par de testigos del intento de asesinato. Si de repente se planta allí la policía, le daríamos motivos para que sospeche que lo tenemos vigilado.

—Es lógico —contestó Hugo.

—Sabemos que lo tienen en los sótanos. Se lo propuse a Lucía, pero ella no tiene ni idea de la distribución y no localizamos ningún mapa actual.

—Ella no puede ir. Es muy arriesgado.

—Por eso te necesitamos, Hugo.

—No —contestó rotundamente—. Tú mismo me dijiste que me olvidara del Vaticano, del papa y de su...

—Sabes que no te lo pediría sin motivo. Estamos desesperados. Creemos que al final el viejo camarlengo hablará. Nos delatará y todo se vendrá abajo.

—Si no lo ha hecho ya —insinuó Hugo.

—Nos habríamos enterado. El papa habría dado algún paso y por ahora no ha movido ficha.

—Mire, don Santiago, entiendo el problema, pero la realidad es que estoy aquí muy bien. Vivo feliz, tengo nuevos objetivos y lo que pasa en Roma aquí no tiene ninguna repercusión.

—Lo entiendo, pero ¿cuánto tiempo crees que tardará el papa en localizar tu escondite?

—No es un escondite, don Santiago. Es mi casa. Y si así lo quiere Dios, que así sea. No puedo vivir con temor el resto de mi vida.

—Hugo, amigo mío, piénsatelo y me dices algo, pero hoy mejor que mañana.

—Lo siento, la respuesta es no.

Colgó el teléfono, enfadado. Al momento recordó que no le había dicho lo que creía haber descubierto. «Tengo que olvidarme de todo. Si me vuelvo a entrometer lo más seguro es que terminen matándome, pero Lucía...».

Volvió a la habitación donde Miguel estaba leyendo la Biblia.

—¿Qué pasa que estabas tan alterado? —preguntó el sacerdote.

—Nada, ¿sabes eso que dicen de que no puedes escapar del pasado?

—Sí, hijo, sí. Alguien muy sabio me dijo un día que nunca podría construir un futuro sobre un pasado que aún tuviera presente.

Hugo miró al sacerdote como si le hubiera roto todos los esquemas y se repitió esa frase en su cabeza, dándole todo el sentido que tenía.

## Capítulo 23

—No sabes lo que me alegro, cariño —le dijo Pablo a María Jesús—. Ya era hora.

—Al final nos hemos animado. Fue precioso, con su anillo, de rodillas, Carlos por ahí abrazándonos...

—Os lo merecéis.

—¿El qué?

—Ser felices.

—Eso digo yo —contestó María Jesús dándole un abrazo—. Ahora nos queda elegir el sitio, el restaurante, los invitados, las flores...

—¡Oh! Pues yo conozco a uno que me debe un favor y a lo mejor nos dejaría su iglesia para celebrar allí la boda —le dijo Pablo cogiéndola de las manos.

—Había pensado en la iglesia del barrio.

—¡Ah, no, de ninguna manera! Os merecéis una boda por todo lo alto. En el templo más bonito que he visto nunca, aunque bueno, es algo más que una iglesia.

—Dime, ¿en cuál estás pensando?

—Hago una llamada y te cuento —contestó el párroco.

La puerta sonó. María Jesús se levantó y arrimó el ojo a la mirilla.

—Son dos curas.

—Abre a ver qué quieren —le dijo Pablo dejando el móvil en su bolsillo sin llegar a llamar.

—Seguro que algo de Carlos.

María Jesús abrió la puerta sin quitar la cadena de seguridad.

—¿Qué quieren?

—Somos del Vaticano. Venimos por el tema de su hijo —contestó el más alto de los dos sacerdotes.

—Sí, un momento.

Volvió a cerrar la puerta para quitar la cadena y miró a Pablo, que estaba en el sofá, diciéndole, sin emitir sonidos: «El Vaticano llama a su puerta». El cura le miraba sin entender lo que le trataba de decir.

—Pasen, pasen —les dijo invitándoles a entrar con la mano.

—Buenas tardes —saludó Pablo cortésmente.

—Buenas tardes —contestaron a la vez—. ¿Usted es?

—Soy el padre Pablo, amigo de la familia.

—Encantado. Somos del comité que está estudiando el milagro del pequeño Carlos.

—¿Hay alguna novedad?

—Según el informe fue a usted a quien despertó, ¿no?

—Sí, así fue.

—Traemos buenas noticias.

María Jesús juntó ambas manos en posición de rezar.

—El Vaticano ha declarado que, efectivamente, se trata de un milagro, ya que no se han encontrado pruebas científicas que puedan indicar el motivo de la milagrosa recuperación.

—¿Y qué consecuencias tiene? —inquirió la mujer.

—Lo único que tienen que tener en cuenta por ahora es que el papa quiere ver al niño cuanto antes. De hecho aquí traemos los billetes para que viajen a Roma la próxima semana. Él en persona será quien les dé más detalles, según nos ha dicho.

—¿Vamos a estar con el papa?

—Vamos a ver —dijo Pablo sacando su móvil.

Marcó y esperó.

—¿Sí? —contestó la voz al otro lado de la línea.

—Su santidad, soy el padre Pablo, de Zaragoza.

—¡Pablo! No te puedes imaginar lo que me alegré cuando me enteré de que te habías despertado. No sabes cuánto he rezado por ti.

—Muchas gracias. Entonces, si ha rezado por mí seguro que ha sido cosa de Dios, nuestro señor.

—Me han dicho que un niño fue quien te despertó.

—Sí, eso dicen los dos miembros del comité que tengo aquí delante.

María Jesús estaba con la boca abierta mientras miraba al sacerdote con cara de incredulidad y atando algunos hilos en su mente, como la visita del papa al hospital donde estuvo ingresado.

—Sí. Hemos decidido considerarlo como un milagro del pequeño. Protocolo catorce, para que me entiendas.

—Entiendo.

—Ahora lo que tenéis que hacer es venir aquí. Os habrán dado los billetes de avión.

—Sí, ya los tenemos.

—Entonces ya sabes. El plan de Dios debe continuar.

—Gracias por todo, su santidad.

Pablo se despidió y colgó.

—No me lo puedo creer —le dijo María Jesús.

—Tampoco es tan raro, cariño.

—Bueno, nosotros nos vamos.

Ambos se levantaron, le dieron un sobre a María Jesús y se marcharon.

—¿Conoces al papa?

—Sí, estudiamos juntos —contestó Pablo.

—Entonces, ¿cuándo vino al hospital fue para verte a ti?

—Eso me dijeron, sí.

—¡Qué fuerte! Entonces me besó la mano porque sabía que éramos muy amigos. ¿Le habías hablado de mí? —preguntó ella totalmente emocionada.

Al sacerdote le cambió la cara. No sabía nada de ese suceso, pero no quiso indagar por no darle importancia.

—Claro que le hablé de ti en alguna ocasión. Ahora olvídate de eso, no es importante. Lo que tienes que hacer es ir preparando el viaje, que si el papa te quiere conocer es mejor no hacerle esperar mucho tiempo.

—Cuando se lo diga a Pepe va a alucinar. ¡Qué fuerte!

Hugo estaba en su cuarto sentado frente a su escritorio. Dibujaba un plano con un juego de escuadra y cartabón que probablemente tuviera más de cien años y que Miguel había encontrado en su despacho, perdido en un armario. Hacía un ejercicio de memoria para tratar de colocar cada

habitación donde correspondía con la máxima fidelidad. No había pasado mucho tiempo por los sótanos del Vaticano, pero sí el suficiente como para saber más o menos qué había en cada pasillo y hacia dónde llevaban.

«Esto es lo más que puedo hacer por ellos, pero Lucía...», pensaba mientras trazaba las rectas que limitaban los pasillos. «Quien hace todo lo que puede, no está obligado a más, pero ¿realmente estoy haciendo todo lo que está en mi mano?».

Le llevó alrededor de tres horas terminar el mapa de todo el palacio, sótanos incluidos. Cuando lo tuvo terminado les hizo tres fotos con el móvil y se las mandó a don Santiago:

Es todo lo que puedo hacer. No quiero volver a Roma.

Al momento recibió un mensaje:

No esperábamos menos de ti, amigo mío.

Santiago llamó a Lucía mientras miraba los planos que había recibido.

—Hugo no viene. Te toca a ti. Te mando los planos, y ahora vamos a buscarte una excusa para poder entrar sin levantar sospechas.

—Si no hay más remedio... —contestó Lucía resignada.

—Sí. No hay más remedio.

—¿Sabes, Carla? Esto nos viene de perlas —dijo Roberto mientras cerraba el ordenador. Acababa de enviarle un correo a su nuevo jefe, dándole el número de su cuenta en Suiza y tres días para realizar el ingreso del dinero acordado.

—¿El qué? —contestó ella.

—Que se tengan que ir a Roma. Porque está decidido que lo hacemos, ¿no?

—Sí.

—Entonces calcula que tendremos una semana para matarlo, así que hay que pensar un buen plan —dijo Roberto acariciándose la perilla—. ¿Tú sabes algo que yo no sepa de él?

—No tengo mucha información. He estado buscando por Internet y lo catalogan como el mejor papa de la historia. Ya sabes que cuando muchos te quieren otros tantos te odian.

—Sí, debe de estar haciendo muchos enemigos en círculos bastante peligrosos —apuntó Roberto.

—Además, dicen que su hombre de confianza es su actual secretario, un tal Rubén, que contrató él personalmente.

—Vale. Intenta recopilar más datos sobre ese tío.

—¿Desde cuándo te has nombrado el jefe? —protestó Carla mirándole con ojos desafiantes.

—¡Joder, cómo eres! ¿Puedes buscar información sobre ese tío para ver si sacamos algo que nos pueda ayudar?

—Sí, claro, cómo no —contestó ella con voz dulce.

—Esto es serio, Carla.

—Como siempre. Venga, un poco de humor, que mañana igual no estamos para chistes, pero hoy sí.

Un pitido les interrumpió. Era un correo electrónico. Roberto lo leyó, se levantó y le dio un beso en los labios a Carla tan rápido que ella no lo pudo evitar.

—¿Qué haces?

—Mira —le dijo enseñándole el móvil.

—¡Diez millones de euros! —gritó Carla—. Sí que tienen prisa ¿eh?

—Eso parece. No hace ni dos minutos que les he contestado y ya lo tengo todo en mi cuenta. No hay marcha atrás.

—Qué raro, era como si ya supieran la respuesta. ¿Transferencias tan rápidas?

—No seas desconfiada. Esta gente está en otra dimensión a la nuestra.

—No podemos fallar —dijo Carla bajando la mirada y pensando en todo el dinero que suponía terminar la misión. Pensaba en la nueva vida que le esperaba en Santo Domingo.

—No, no podemos. Mira, acaba de llegar un correo de xxx@xxx.xxx otra vez. Con un archivo adjunto. Vamos a ver qué lleva. El mapa del palacio... ¿dibujado a mano? Qué cutre, ¿no?

—Nos sirve igual —dijo Carla—. Vamos a estudiarlo.

—Joder, con sótanos y todo. Muy completo.

## Capítulo 24

—¿Su Santidad?

—¿Qué ocurre, Torres?

—Hemos pensado que, aprovechando las circunstancias, vamos a intentar el protocolo dieciséis.

—Déjeme ver —contestó el papa mirando sus papeles—. Lo leí en su día. Ya previó que harían ese viaje en avión

—Sí, tal y como estaba en su petición inicial.

Se hizo un breve silencio.

—Me pareció un poco arriesgado. Pero es verdad que tienen que venir y ahora es el momento.

—En realidad, todos los riesgos están cubiertos. Necesitamos que hable con el director del aeropuerto y nos envíe a su mejor piloto. Eso debería ser suficiente. Ya nos encargaremos luego de lucirlo como sea necesario.

—¿Está en posición de garantizar que no pasará nada?

—En principio diseñamos este protocolo como el más llamativo de todos y contamos con mucha gente para que salga perfecto. Creo que será la guinda del pastel. Imagínese qué pensará la opinión pública cuando el pequeño haga otro milagro.

—Sí, sería muy bueno para nuestro propósito.

—Esta vez salvará a todos los pasajeros de una muerte segura.

—He de reconocer que sería incontestable —dijo el papa convencido—. Ahora mismo hago una llamada y tendrá a su piloto.

—Vamos por el buen camino, su santidad.

—Creo que sí. Ya veremos si cuando llegue el momento estamos preparados.

—Así será —contestó Torres.

Colgó y se acercó al ventanal para contemplar Madrid. Tenía en las manos una copa de vino que agitaba para airearlo mientras pensaba en el buen trabajo que estaban llevando a cabo desde hacía tanto tiempo, sin fallos, sin sospechas ni sobresaltos. De vez en cuando analizaba si tantos sacrificios merecían la pena: su familia, sus antiguos proyectos olvidados, dejar de lado a muchas amistades para dedicarse por completo a esto... Pero rápidamente le venía la imagen de su primera reunión con el papa y todo cobraba sentido.

—Esto será recordado por los siglos de los siglos —le dijo a su reflejo en la cristalera.

En ese momento, Ortega entró en la *suite*.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó sin saludar.

—Que adelante. Va a preguntarle al director del aeropuerto de Roma.

—Joder, la vamos a liar.

—No. Será apoteósico —dijo Torres frotándose las manos.

—¿Nunca te has preguntado si todo esto está realmente justificado? —preguntó Ortega mientras se servía una copa de vino.

—¿Por qué habría de hacerlo? No eres el más indicado para darme ahora una charla sobre moralidad.

—Ya lo sé, ya, pero, por ejemplo, con este protocolo. ¿Y si falla algo? Ponte en el peor de los

casos.

—Sé lo que quieres decir, pero para eso contamos con los mejores entre los mejores. Para que la posibilidad de error sea nula —repuso Torres.

—Sí, pero al final son personas, no dioses. Por lo tanto la probabilidad de error existe —apuntó Ortega acercándose a Torres—. Ocurrir, puede ocurrir, amigo mío.

—Te estás poniendo muy pesimista y no me gusta nada. ¿Acaso has perdido la fe? Contamos con la ayuda de Dios y de su representante en la tierra. Sabes que el plan que estamos llevando a cabo parece que es de su agrado —le dijo Torres sin mirarlo.

—Desde el primer día me di cuenta de que para que este plan llegara a buen puerto íbamos a necesitar la ayuda divina.

—Y la estamos teniendo, amigo mío. Reza para que no nos abandone.

El pueblo estaba inquieto. Miguel había reunido en la iglesia a todos. Les dijo que tenía algo muy importante que comunicar. Esa tarde no faltaba nadie; ni los más ancianos ni los niños. Olía raro, como si se hubieran pasado con el incienso. Se había corrido la voz de que les iban a contar el secreto que con tanto recelo guardaba Miguel.

—Hermanos —dijo desde el púlpito—, el gran día ha llegado. Por fin veremos lo que el Señor nos tiene reservado en su plan. Durante toda esta semana hemos estado hablando del juicio final, de cómo Dios era el único que podrá juzgarnos, ¿verdad?

—¡Sí! —contestaron los asistentes al unísono.

—Gracias a la vida que estamos llevando en el pueblo, todos sin excepción seremos salvados por el Señor.

Hugo arqueó una ceja. Estaba totalmente descolocado. Estos últimos días había encontrado a Miguel muy raro, silencioso, escondido dentro de sus propios pensamientos. Si bien era habitual verlo meditar a cualquier hora del día y en cualquier lugar, esa semana la había pasado mucho más aislado que de costumbre. Solo lo veían durante la misa y todas las intervenciones eran para hablar de lo mismo: el Juicio Final, el perdón de Dios y la salvación en la vida eterna.

—Hermanos, la semana pasada recibí una carta del Vaticano.

Hugo se sorprendió. No le había contado nada.

—El santo padre me dice que ha llegado a sus oídos que somos una comunidad ejemplar. Que nos amamos los unos a los otros y que carecemos de pecado. En la carta me dice también que sabe que acogemos al prójimo en nuestro seno sin miramientos. Me pide que le demuestre que somos esa comunidad de la que todo el mundo empieza a hablar en el Vaticano.

La iglesia volvió a rugir con gritos y aplausos.

—Lo he pensado mucho, os lo puedo asegurar. A alguno de vosotros ya le he comentado cómo nos vamos a convertir en indispensables para nuestra Iglesia. Somos las almas más puras. Las personas que, sin duda, Dios, nuestro señor, quiere a su lado —dijo levantando los brazos y mirando al techo.

El templo enmudeció. Hugo escuchaba atónito el discurso de Miguel, apoyado en la pared lateral porque no había ni un sitio libre para poder sentarse.

—Le vamos a demostrar al representante de Dios en la tierra, al santo padre, al sumo pontífice, cómo se alcanza la salvación. Vamos a liberar nuestras almas. Sé que Dios nos está esperando con los brazos abiertos para acogernos en su gloria.

Un murmullo empezó a acrecentarse por el fondo de la iglesia. Miguel hizo un gesto con la

cabeza, asintiendo, y una anciana que había en la entrada cerró la puerta con una cadena y un enorme candado. Todos se giraron y empezaron a hablar entre ellos. Otros dos ancianos se acercaron a los laterales del edificio y, con un mechero, prendieron una pequeña tela que rápidamente despertó una llamarada que recorrió la pared buscando el techo. Al llegar arriba la llama se dividió y empezó a recorrer el tejado en ambos sentidos. La gente se agitaba confusa. En el altar, Miguel permanecía con los brazos abiertos, la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Rezaba.

Las llamas bajaban hacia el suelo cada cinco metros. Hugo se dio cuenta de lo que estaba pasando y decidió actuar. Cogió una mesa de madera que había cerca y trepó como pudo hasta la vidriera. La mesa se rompió cuando saltó desde ella por la fuerza del impulso para llegar tan alto como pudo. Se fue agarrando a las piedras hasta llegar al ventanal. Había bastante altura hacia el lado de la calle pero no tenía ninguna otra alternativa. Se colocó de lado en el poco espacio con el que contaba y se tiró hacia los cristales rompiendo la figura del santo que ocupaba el espacio. Cayó al suelo rodando. No se hizo demasiado daño. Fue rápidamente a abrir la puerta, pero no lo consiguió.

—¡Qué locura! —dijo mientras se iba corriendo hacia el granero que estaban construyendo cerca de la iglesia. Allí encontró un hacha, la cogió y volvió a la puerta de la parroquia. Se abría y se cerraba la poca distancia que el candado le permitía ceder. No era suficiente ni si quiera para que salieran los niños. Por las ventanas se escuchaban los gritos de la gente. Se veían algunas llamaradas salir desde el interior.

Hugo comenzó a darle hachazos a la puerta para intentar romperla, pero era bastante gruesa. No podía parar, sabía que todos dependían de él. Poco a poco iba destrozando la madera.

—¡Hugo, dale, por Dios! —le gritaban desde dentro.

Al ver que no iba a conseguirlo le gritó a uno que veía por la puerta.

—¡Ve a la ventana que he roto! ¡Te tiro el hacha y rompes la cadena!

—¡Vale! ¡Rápido!

Las llamas ahora salían con mucha fuerza y Hugo gritó:

—¡Ahí va!

Arrojó el hacha dentro de la iglesia y volvió a la puerta. Al poco empezó a escuchar los golpes de la herramienta contra la cadena, pero la puerta no se abría.

—¡Venga, venga, venga!

De repente se escuchó un gran estruendo, como si algo se hubiera derrumbado dentro.

«Se ha caído el techo», pensó.

Al momento escuchó el ruido de la cadena soltarse de la puerta y esta se abrió de par en par. La gente salía corriendo con las caras desencajadas y tosiendo. Él les ayudaba mientras miraba la desoladora imagen del interior. La pared del pulpito había cedido y podía divisar el cuerpo de Miguel debajo de algunas piedras. Dejó de salir gente y Hugo entró para buscar supervivientes. No vio ningún cuerpo salvo el del sacerdote. Se acercó como pudo esquivando las llamas y, tras comprobar que estaba muerto, salió de la iglesia.

«Esto es obra del papa. Se ha enterado de que estoy aquí, pero ¿cómo ha podido ser capaz?».

—Por fin estás conmigo —decía el santo padre—. Te he echado de menos.

Acariciaba la madera envejecida buscando suciedad para limpiarla con la manga. La cruz imponía. Medía más de dos metros de altura y más de un metro de ancho.

Un comando de operaciones especiales de la policía italiana había asaltado cierto almacén en un polígono industrial que estaba a cuatrocientos kilómetros de Roma. A la prensa se le dijo que había sido una operación antidroga y se pasó por alto todo el tema referente a la cruz, que en realidad era lo único que había en el almacén.

El papa la tenía guardada en la sala contigua a la que estaba el viejo camarlengo retenido y, cada vez que bajaba para comprobar si aún vivía, aprovechaba para hablarle un rato a la cruz. Era su obsesión. Todos los días pasaba allí abajo de dos a tres horas, sin que nada ni nadie pudiera molestarle.

Rubén se había dado cuenta de que el papa no estaba bien. Algo se había roto en su cabeza cuando encontraron la cruz. Algo que no quería contar, que le gustaba y atormentaba a partes iguales. Él no tenía valor más que para preguntarle si se encontraba bien, pero el papa siempre le respondía que nunca se había encontrado mejor. Él no bajaba nunca a los sótanos por dos motivos. El primero era que desaprobaba completamente lo que le estaba haciendo al prisionero, aunque el papa ya le había explicado que, si lo entregaba a la policía, sería su fin en cualquier cárcel del país. Y segundo, había instalado una puerta de seguridad en ese sótano y solo había hecho una llave que tenía él a buen recaudo.

El secretario seguía pensando que, aunque le hubiera intentado matar, no debía tener a un hombre de su edad en esas condiciones. Ya no preguntaba porque la única vez que se interesó por el estado de salud del preso le cayó una sonora riña. Como no quería volver a contrariar al santo padre, no volvió a cometer el mismo error.

Esa mañana, como siempre, el papa había bajado a llevarle los dos platos de comida al anciano. Se lo dejó diciéndole la frase de siempre.

Luego cogió los dos platos del día anterior, que estaban sin tocar, y los tiró al cubo de basura del pasillo. Avanzó hasta la siguiente puerta y la abrió. No tenía cerradura.

—Buenos días, pequeña —le dijo a la gran cruz de madera mientras se arrodillaba para rezar—. Hoy voy a contarte la historia de alguien a quien un día tuviste abrazado.

Cuando llevaba alrededor de quince minutos hablando con la cruz, un ruido en el pasillo hizo que saliera de la habitación.

—¿Qué ocurre ahí? —gritó.

—Nada, su santidad. Perdóneme por haberle molestado. Se me ha resbalado el cubo entre los dedos —contestó temerosa la empleada, que por la indumentaria dedujo que pertenecía al equipo de limpieza.

—Procura tener más cuidado, hija mía.

—Lo tendré. Discúlpeme otra vez.

El papa volvió a entrar en la habitación y continuó con la historia de Jesucristo. Lucía terminó de recoger la basura que torpemente había tirado al suelo y dejó el cubo a un lado. Se asomó a la ventanita de la puerta y vio al viejo camarlengo tirado en el colchón. Estaba muy desmejorado y aparentemente enfermo. Dudó si llevar a cabo su cometido al verlo tan débil porque pensó que la naturaleza iba a hacer su trabajo, pero recordó la orden de don Santiago. Sacó la pistola que llevaba en la espalda con el silenciador ya colocado, apuntó con las manos temblorosas y disparó. Un tiro certero en la cabeza y el viejo ni se movió. Guardó la pistola, cogió el cubo y encaró el largo pasillo de vuelta a los pisos superiores. De repente notó un impacto en la parte trasera de su rodilla que la desestabilizó y la hizo caer al suelo. Notó cómo le quitaban la pistola de la espalda.

—Habéis tardado mucho en aparecer, ratas, pero sabía que era cuestión de tener más paciencia que vosotros.

El papa hizo una pausa esperando que Lucía se diera la vuelta.

—Será mejor que no digas nada —advirtió, con la pistola apuntando a la cabeza de Lucía—. Levántate.

Lucía temblaba. No estaba acostumbrada a estas situaciones y pensó en todo lo que don Santiago le contó que le podía estar pasando al camarlengo. Un escalofrío le recorrió la espalda y de los nervios perdió el conocimiento.

## **Tercera Parte**

## Capítulo 25

—Mamá, tengo pis —dijo el pequeño ansiosamente en el asiento.

—¡Carlos! Te lo he preguntado antes de subir y me has dicho que no tenías. Ahora tendrás que esperar hasta que despeguemos.

—Es que no me puedo aguantar más.

—Tendrás que hacerlo, cariño. Es por los nervios, no te preocupes. Dame la mano y apriétala fuerte.

—Mamá, tengo sueño.

—Y yo, cariño. Ya sé que es muy tarde. Si quieres luego puedes cerrar los ojitos y dormir un ratito.

Cuando terminó la frase Pepe le apretó muy fuerte la mano que le quedaba libre. María Jesús lo miró. Estaba muy rígido y con los ojos cerrados. No le gustaban los aviones y le daba bastante miedo volar. Pese a que todos le insistieran en que el vuelo era muy corto —no llegaba a dos horas—, se había tomado una pastilla para dormir con la intención de pasarse el viaje soñando. Además, como el vuelo que les habían reservado salía a las doce y media de la noche, aprovechó la circunstancia para decir que tenía que descansar de todo el día. Cuando la voz del piloto se escuchó en la cabina deseándoles un buen vuelo, Pepe ya estaba dormido. Era una voz grave y con un claro acento italiano. El avión empezó a tomar velocidad y Carlos se asustó. Aunque su madre le estaba dando la mano no pudo contener los nervios y se le escapó el pis en el pantalón.

—Mamá —le dijo señalando el accidente.

—No importa, cariño. ¿Ves esa luz roja? Cuando se apague vamos al baño y te cambio, ¿vale?

Carlos asentía con ojos tristes. Ya era un niño mayor y cada vez que se le escapaba el pis tenía la sensación de volverse pequeño, porque eso era lo que le decían en el colegio cuando le pasaba.

Cuando llevaban casi dos horas de vuelo, en la cabina, los pilotos hablaban del partido de baloncesto de la noche anterior entre los dos primeros clasificados de la NBA.

—Sí que fue un buen partido. Tendrían que ser todos así.

—Totalmente de acuerdo. Ya estamos cerca. ¿Te apetece algo de beber antes de aterrizar? —le preguntó el comandante.

—Ahora que lo dices, sí. Un café.

—Vale, coge los mandos que voy a buscarlo y así estiro las piernas.

El comandante salió de la cabina y sirvió dos cafés solos. Del bolsillo de la chaqueta sacó un sobre con un polvo blanco que vertió en uno de ellos. Lo removió y volvió a entrar, dándole el café al copiloto, que se lo bebió de un trago.

—¡Qué malo!

—No está tan mal —dijo el piloto retomando el control del avión.

—Estos vuelos nocturnos me matan. Acabo muy cansado.

El copiloto reposó la cabeza en la silla.

—Sí, se hacen pesados.

Al momento el copiloto se quedó dormido.

«Bien. Vamos a ello».

El comandante empezó a tocar instrumentos del panel de control del avión y cerró la conexión

por radio con tierra. Ya no estaba muy lejos de Roma.

«Que Dios me ayude». El piloto se santiguó. Apagó el piloto automático.

«Todo va a salir bien».

—Roberto, ¿ya has llegado a Roma?

—Sí, estoy cerca. ¿Qué es eso tan gordo que va a pasar, Torres?

—Tú llega a Roma y lleva tus cámaras. Necesitamos la grabación de todo, pero con la de aficionado. No quiero que se note que teníamos a alguien esperando a que todo ocurriera. Tiene que ser como con el teleférico.

—¿De qué hablas? —preguntó Roberto.

—No hagas más preguntas.

—A ver qué habéis liado esta vez.

—Va a ser extraordinario. No te pierdas nada. En cuanto lo tengas, súbelo al servidor tan rápido como puedas.

—Entendido. Hablamos —se despidió y colgó.

—Mira, Carla. Ese es el avión, ¿no?

—Joder, vuela muy bajo. ¿Verdad?

Roberto aceleró la furgoneta.

—Sí, bastante. No lo puedo creer. Cámbiame el sitio, rápido. Conduce tú.

Se intercambiaron los asientos sin detener la marcha y Roberto comenzó a revisar las cámaras. La exterior ya estaba grabando al avión. Hizo un par de ajustes más en la que llevaba en la mano.

—Venga, que no vamos a llegar.

—Este trasto no corre más —protestó Carla.

Eran las dos de la mañana y no había nada de circulación por las calles. A medida que llegaban al centro era más complicado seguir grabándolo porque los edificios lo tapaban. Cuando giraron para tomar la avenida principal la imagen les sobrecogió. El avión estaba tomando tierra sin el tren de aterrizaje delantero, en medio de la avenida. Estaba destrozando todo lo que había a su paso, farolas, coches aparcados, escaparates, bancos... Roberto y Carla iban detrás, a una distancia prudencial para no recibir ningún impacto de algo que saliera por los aires sin control.

—¡Mamáááá!

El pasaje entero del avión estaba con la cabeza entre las piernas. Pepe intentaba cubrir a María Jesús con su brazo, pero permanecía agarrado al asiento. Ella hacía lo mismo con Carlos, que gritaba con todas sus fuerzas.

—Tranquilo, cariño. No va a pasar nada.

Pepe rezaba.

Carlos seguía gritando.

Las mascarillas de oxígeno se habían descolgado del techo y las luces se habían apagado. Solo se veía dentro del avión gracias a la luz que entraba de la calle por las ventanillas. El último impacto hizo que Pepe se soltara de su reposabrazos para cubrir a María Jesús con ambas manos. El estruendo que el avión hacía fuera no se escuchaba dentro de la cabina, donde cada golpe del aparato hacía que los pasajeros se elevaran del asiento para luego volver a caer.

Poco a poco fueron perdiendo velocidad y los golpes ya no eran tan aparatosos. El griterío se

convirtió en un murmullo y el murmullo en silencio cuando una de las auxiliares se levantó y preguntó si todo el mundo se encontraba bien. Fue pasando por los pasillos, ayudando a los pasajeros que lo necesitaban. Aparentemente nadie había resultado muy mal herido. El avión ya se había detenido por completo. Las puertas se abrieron y se desplegaron debajo de ellas varios toboganes.

—¡Deben bajar lo más rápido posible, por favor!

Pepe cogió en brazos a Carlos y fueron hacia la rampa de emergencia. María Jesús les seguía. Al llegar a la puerta ya se escuchaban las sirenas de las ambulancias, policía y bomberos acercarse. Se tiraron por las rampas de emergencia tal y como les indicaron y cuando llegaron a suelo se alejaron corriendo hacia donde se estaban reuniendo todos.

—Esta gente es genial, Carla.

—Eres un sádico.

—No es eso. Todo lo que están montando, todo lo que ocurre alrededor de la familia está calculado. No hay fallos. Pasa lo que quieren que pase.

—¿Todo? —preguntó Carla tras un breve silencio. Le cambió la cara.

—Sí, todo.

—¿Sabes a qué hemos venido, verdad?

—Sí —contestó Roberto.

—No es a grabar un accidente ficticio. Todo pasa porque ellos quieren que pase.

—¿Te refieres a que el encargo sea de ellos mismos?

Carla no contestó. Solo levantó las cejas.

—Joder, no creo. Se les acabaría el negocio. No creo que quieran morder la mano de quien les da de comer.

—Todo pasa porque ellos quieren que pase —repitió.

—No sé.

Cogió el teléfono y llamó a Torres.

—Lo he grabado todo. Estoy subiendo el video —le dijo activando el manos libres de la furgoneta.

—Genial, Roberto. Cuando termines puedes dar por finalizada tu tarea allí. Vuelve cuanto antes. Mientras estén en Roma se encarga de ellos otro equipo.

—¿Y para eso me haces venir hasta aquí, para grabar diez minutos?

—Sí. El otro equipo tenía un cometido distinto. Te necesitaba en Roma, pero ahora tengo una nueva misión para ti aquí, en Madrid.

—¿Me puedo quedar unos días? Hace mucho que no paso por el Coliseo y sabes que me fascina. Tengo ganas de hacer un poco de turismo. ¿Me lo he ganado, no?

—Sí, claro. Te lo has merecido —contestó Torres y colgó.

—¿Ves? —le dijo a Carla, que había escuchado todo por el manos libres de la furgoneta—. Nada sospechoso.

—En estos últimos tiempos he sacado en claro que no debo fiarme de nada ni de nadie, guapo —repuso Carla guiñándole un ojo.

—¿Ni de mí? —Se asombró Roberto indignado.

—De ti menos.

Carla soltó una risa y lo besó.

—Café solo, bien cargado, por favor —dijo Hugo en perfecto francés.

Era la segunda vez que paraba. Llevaba ocho horas conduciendo, había cruzado los Pirineos y ya estaba cerca de Mónaco. La frontera con Italia no quedaba lejos, pero el cansancio hacía mella en él. Necesitaba descansar y tomar un poco de cafeína. Después de los acontecimientos de la iglesia, se había convencido de que tenía que acabar con la locura del nuevo papa y estaba dispuesto a volver a formar parte activa del plan. Se estaba intentando poner en contacto desde entonces con don Santiago, pero el cardenal no le respondía las llamadas ni contestaba los mensajes que le dejaba.

«Le habrá pasado algo», pensaba continuamente.

Cogió el café y se sentó en uno de los sillones que había en el bar del área de servicio para ver la televisión. Estaban informando del accidente de avión de Roma. No se habían registrado muertos y solo había que lamentar daños materiales.

—Menos mal —dijo para sí.

Vio en el televisor cómo todos los periodistas trataban de entrevistar a una pareja con un niño en brazos. Apuró el café y retomó el viaje. Seguía intentando contactar con don Santiago porque aún no tenía muy claro lo que iba a hacer, ni a dónde acudir cuando llegara a Roma. Se le pasó por la cabeza el caserón de la anciana, pero recordó que tuvo que salir de allí rápidamente porque habían descubierto ese escondite.

El viaje se le hizo largo y pesado. Además de tener que hacer muchos kilómetros en solitario, tenía que respetar todos los límites de velocidad. Era consciente de que la mano del papa llegaba a muchos departamentos de la policía y no quería dar ningún motivo para que le pararan y le pudieran reconocer aunque viajara con documentación falsa.

## Capítulo 26

—Buenos días, Torres. ¿Qué te ha parecido el video?

—No está nada mal. El detalle de hacerlo temblar tanto para que parezca más casero me ha parecido sublime.

—Sí, ya sabes. Quien es bueno, es bueno —dijo Roberto a Torres mientras le guiñaba un ojo a Carla, que estaba a su lado en la cama.

—¿Qué quieres, para qué me has llamado? —preguntó Torres.

—Para pedirte un favor. Aprovechando que estoy por aquí, me preguntaba si cabría la posibilidad de conocer en persona al papa. Trabajando para él no creo que tenga otra oportunidad así.

—¿Y qué pinto yo?

—Podrías interceder y hablar con él para que nos... me recibiera —corrigió sobre la marcha—, ¿no?

—Hombre, no sé. Voy a ver si puedo hacer algo y te digo.

—Eres el mejor, Torres. Por cierto, ¿qué tal va Ortega?

—Bien, anda en algún negocio raro de los suyos.

—Dale recuerdos de mi parte. Hace mucho que no hablo con él.

Colgó y se recostó en la cama gigante del hotel.

—Lo de ayer fue genial.

—Tampoco fue para tanto —contestó Carla—. ¿Qué te ha dicho?

—Que va a hablar con el papa y me dice algo.

—¿Ya sabes cómo lo vamos a hacer?

—Creo que sí. Su punto débil es el secretario, ¿no?

—Sí.

—Entonces ahí es donde morderemos.

Se tapó con la manta y se abalanzó sobre Carla por debajo de las sábanas. Ella no paraba de reír. El teléfono sonó cuando empezó a besarle las piernas.

—¿Sí?

—Te puede atender, pero tiene que ser esta misma mañana. Me ha dicho que solo te puede conceder cinco minutos. A los que te paren en la puerta díles que vas de parte de Torres, de España, y te dejarán pasar.

—Genial. Te debo una.

Colgó.

—Vamos a la furgoneta —urgió—. No podemos perder tiempo.

—Perder, perder... No lo íbamos a perder... —dijo Carla para sí.

Toda la prensa internacional se había hecho cargo de la noticia del aterrizaje del avión saliendo en prácticamente todos los canales. Al enterarse de que el «niño milagro» y su familia iban como pasajeros, la prensa sensacionalista también le estaba dando mucha notoriedad al accidente. Los debates en la televisión sobre Carlos eran continuos. A los más escépticos se les acababan los argumentos porque absolutamente todos los supuestos milagros que estaba haciendo el pequeño

estaban documentados incluso por el Vaticano.

Una revista española, aprovechando que la familia no se encontraba en el país, había publicado que no se conocía padre del niño y ni siquiera la madre sabía cómo lo había concebido. Esta publicación, junto a que el niño había viajado al Vaticano, fue el detonante para que los más radicales insistieran en que se trataba del verdadero hijo de Dios. Decían que el papa lo estaba reclamando.

Empezó a correr el rumor de que el santo padre iba a dar un discurso inminente en la plaza de San Pedro y mucha gente se empezaba a movilizar para viajar al Vaticano. Nadie quería perderse algo que parecía que iba a ser histórico.

A todas las diócesis llegó una directiva desde la Santa Sede. No se vertería ninguna opinión ni declaración sobre el niño ni todo lo que estaba ocurriendo hasta que el papa dispusiera la versión oficial. Las personas más cercanas al sumo pontífice estaban empezando a dudar de su habilidad para gestionar este repentino interés por el mundo católico, el aumento de la presencia mediática y cómo conseguiría salir de tanta presión social.

—¿Ves, Rubén? Todo el mundo habla de nosotros —dijo el papa.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Dicen que la clave está en que hablen de ti. Bien o mal da igual. Hoy te daré el comunicado que vamos a enviar a la prensa. —Seguía escribiendo detrás de su gran mesa—. Puedes retirarte.

Al volver a su cuarto se encontró una carta encima de la mesa, sin remitente ni sello. Alguien la había dejado allí. La abrió. Una sola frase escrita a mano en el folio.

¿Ya sabes qué le pasó a tu hermano?

A Rubén le cambió la cara. En todo el tiempo que llevaba trabajando en el Vaticano no había encontrado nada que le pudiera dar alguna pista sobre el paradero de su hermano. Había agotado casi todas las posibilidades, preguntando sutilmente a la gente de palacio, y nadie sabía nada. Solo le quedaba el papa, pero no tenía ninguna intención de consultarle.

«¿Quién ha podido dejar la carta?».

—Pepe, ¿no tienes la sensación de que aún somos más insignificantes?

—¿Por qué lo dices?

—La inmensidad de este palacio, esta plaza gigante, tanta gente reunida para escuchar a la misma persona.

—Sí, pero por eso te tienes que sentir especial. Toda esta gente ha venido a escuchar al papa y él quiere verte a ti.

—Ya.

La plaza de San Pedro estaba llena. El papa había avisado de que quería dirigir unas palabras al mundo. Aunque quedaban más de diez horas para el inicio del discurso, todos los medios de comunicación ya estaban tomando posiciones por toda la plaza. Se peleaban por tener las mejores posiciones para obtener los planos más cotizados. No querían perderse nada.

La expectación global era enorme, ya que las últimas semanas la Iglesia había estado presente en las noticias de actualidad, en las mesas de debates, en foros, en Internet. El accidente de avión con el niño milagro dentro, los cuerpos encontrados en Roma, las subastas de los bienes, el lavado de cara que estaba haciendo el papa... Todo esto había conseguido que la prensa volviera a hablar de la Iglesia. Tras los primeros sondeos que solicitó el papa a una empresa especializada en encuestas y análisis, se dio cuenta de que la opinión general había mejorado mucho con

respecto a años anteriores.

—¿Por dónde tendremos que entrar?

—Allí, al fondo. Parece una puerta. ¿Vamos? —preguntó María Jesús.

Se dirigieron a la entrada en la que había más gente esperando. Las colas eran mayores que un día normal. Desde todos los lugares había llegado gente para vivir el discurso de «la nueva era» como le habían bautizado los medios. A medida que se iban acercando a la puerta, el murmullo a su alrededor se acrecentaba. María Jesús creyó entender a una pareja que estaba esperando para ver entrar al «niño milagro». La gente se apartaba cediéndoles el paso.

—¿Pero...? —preguntaba Pepe sin comprender lo que ocurría.

Después del accidente de avión, varios medios de comunicación habían difundido la imagen de la familia. En esos momentos la cara del niño era de las más reconocibles en el mundo. Antes de que llegaran al principio de la cola, un sacerdote salió a su encuentro.

—*Parli italiano?*

—No —contestaron los dos a la vez.

—No hay problema. Entonces hablaremos en español.

—Sí, mejor.

—¿Qué tal se encuentran? Vaya susto más grande con el accidente.

—Sí, bueno. Nos encontramos bien. La verdad es que el piloto reaccionó muy bien y creo que ningún pasajero sufrió daños graves.

—No se pueden imaginar lo que nos alegramos de que no les pasara nada. El santo padre estuvo continuamente informado.

—Gracias.

—¿Y tú qué tal te encuentras, pequeño? —le dijo a Carlos. El niño se escondió detrás de su madre—. Para él todo esto tiene que ser muy agobiante, ¿no?

—La verdad es que sí. Pero lo lleva bien. No se entera mucho, pero no parece que le moleste. En España es bastante peor. Tenemos periodistas hasta en la puerta de casa —dijo Pepe dándole la mano a Carlos.

—Bueno, no hagamos esperar a su santidad. Les está esperando en su despacho privado. Les acompaño.

—Muchas gracias.

El móvil por fin sonó.

—Hugo. ¿Qué pasa? —preguntó don Santiago.

—¿No se ha enterado?

—¿Del accidente? Sí, claro.

—No, el cura con el que me dejó ha quemado la iglesia. Quería que todo el mundo ardiera con él.

—¿Qué dices?

—Tal y como se lo cuento. Nos ha intentado matar a todos. Cuando empezó la homilía dijo que el Vaticano le había mandado una carta, que por cierto no he encontrado por ningún lado, y que se habían enterado de la forma en la que acogían al extranjero. Seguro que se refería a mí.

—¿Y? —preguntó el cardenal.

—Sabían que estaba allí con ellos y para terminar conmigo no dudaron en acabar con todo el pueblo.

—No creo que el papa diera esa orden. Es demasiado cruel hasta para él.

—Yo sí lo creo. También pienso que Miguel, el cura, estaba totalmente loco. No me di cuenta pero había muchas señales. Esa forma de pensar es inconcebible en nuestro tiempo.

—No sé qué decirte. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Estoy llegando a Roma en coche.

—¿Qué?

—Sí, quiero acabar con ese psicópata de una vez.

—Ya sabes que para eso necesitamos pruebas irrefutables de que fue él quien mató a los tres cardenales. Sin ellas estamos totalmente maniatados. Cualquier paso es falso...

—Sí, ya lo sé. ¿Y qué tienen pensado? —preguntó Hugo.

—Lo primero es sacar a Lucía del Vaticano.

—Joder, ¿qué ha pasado?

—Como tú no aceptaste la misión tuvimos que enviarla a ella con el mapa que nos diste.

—Era demasiado peligroso. No sabemos qué le puede llegar a hacer ese monstruo.

—Entró en palacio como empleada de la limpieza, pero no ha vuelto a contactar con nosotros.

—Ella no hablará, ¿no?

—No, antes moriría —contestó don Santiago.

—Creo que no podré entrar en el Vaticano así como así.

—No, además hoy las medidas de seguridad van a ser superiores a las de cualquier día normal.

—¿Por?

—El papa va a dar un discurso que ha levantado una expectativa muy alta a nivel mundial.

—Sabes de sobra que mañana puede ser ya demasiado tarde para Lucía. No tenemos opción. Hay que entrar cuanto antes.

—Hugo, por aquí tu foto se repartió entre mucha gente. Voy a hablar con un amigo a ver qué puede hacer con eso y te llamo.

—Bien, entonces espero por aquí.

Colgó. Estaba en un barrio de la periferia, por las casas que veía alrededor y la poca gente que había en la calle tenía la sensación de que estaba a salvo. Siguió conduciendo y vio una gasolinera donde había estacionados bastantes camiones. Al lado había un restaurante y recordó lo que su madre le decía: «Si hay muchos camiones aparcados es que cerca hay buena comida y barata». Tenía hambre y estaba muy cansado, así que decidió entrar. Se puso la bufanda y el gorro para que solo se le vieran los ojos y no le pudieran reconocer por la calle. Cuando entró en el restaurante tuvo la impresión de que todo el mundo le miraba, pero en el instante después el murmullo que inundaba el lugar justo antes de que entrara volvió.

En el sótano tres tenía a su prisionera, su cruz y un cadáver. El papa seguía mirando el cuerpo del camarlengo.

«Sí, lo mejor es que lo queme. Parece que siempre da resultado. Dentro de poco empezará a descomponerse y el olor hará que empiecen a preguntarme».

—¿Hija mía? —preguntó en alto mientras arrastraba el cuerpo del anciano—. Asómate a la ventana.

Lucía se incorporó e hizo caso al papa. Por la pequeña ventana vio cómo el santo padre arrastraba el cuerpo dentro de la celda de enfrente.

—¿Ves lo que me has obligado a hacer?

Lucía no contestó.

El papa hizo la señal de la cruz y rezó algo en voz baja. Acto seguido sacó un bote de gasolina de los que se utilizan para rellenar mecheros y lo usó para rociar el cuerpo. Miró a los ojos a Lucía, encendió una cerilla y la dejó caer. Las llamas envolvieron rápidamente el cuerpo sin vida del anciano. El papa salió de la celda.

—De nada. Acabo de destruir la prueba de su delito.

Cerró la puerta para que las llamas no salieran al pasillo.

—Ahora tengo una reunión muy importante pero ten en cuenta que no quiero que también termines así, querida... Ve pensando en lo que me vas a contestar cuando vuelva y te pregunte por qué lo has matado.

Lucía tragó saliva y se volvió a recostar en su celda.

«No tardarán en llegar».

## Capítulo 27

—Hugo, ve a la basílica de Santa María —dijo don Santiago.

—En el Trastevere, ¿no?

—Sí, espérame allí.

Colgó.

«¿Por qué habrá elegido esa basílica? Es enorme».

Al llegar vio a multitud de turistas por los alrededores de la iglesia. Hugo no recordaba haber visto tanta gente por ahí nunca, pero Roma entera estaba abarrotada. Bajó del coche y se dirigió a la puerta. Don Santiago ya estaba allí.

—Amigo mío —le dijo dándole un abrazo.

—Don Santiago.

Hugo le devolvió el saludo.

—Esta situación se nos está escapando de las manos.

—Es una locura. ¿No cree que se lo tendríamos que contar a la policía de una vez?

—Hugo, si de algo estoy seguro es de que a la policía es el último sitio al que deberíamos acudir. ¿Qué crees que harían?

—Entrar en el Vaticano a buscar pruebas —contestó Hugo dudando en la respuesta.

—Sí, seguro. —Don Santiago le pasó un brazo sobre el hombro—. Lo primero que harían sería avisar al inspector, el inspector al jefe, el jefe al ministro y el ministro se lo diría directamente al papa. A las dos semanas se anunciará que quien puso la denuncia tuvo un accidente en la carretera por la noche. ¡Vamos, Hugo, despierta!

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó mientras empezaban a andar. Don Santiago le cogió del brazo.

—Ven, vamos hacia allí... Lo que tenemos que hacer es encontrar pruebas, Hugo. Necesitamos pruebas irrefutables. Luego ya me encargaré yo de hacérselas llegar al juez que tenga que gestionar el caso. Pero sin pruebas no podemos hacer nada.

—¿Qué pruebas?

—Mira, sabemos que mató a los tres cardenales. Tiene que haber algo que se le haya escapado. Es el papa, por Dios, no un asesino profesional.

—He pasado mucho tiempo con él. Si tiene algo, está en su habitación o en su despacho.

—En su habitación, no creo. Entra personal de limpieza —matizó el cardenal—. Tiene que ser en su despacho.

—He pasado allí muchas horas y solo se me ocurre que pudiera guardarlo en la caja de seguridad de detrás del cuadro. Pero ya miramos en su momento y estaba vacía.

—Habrá que mirar otra vez. Registrar todo el despacho, mirar en la caja de nuevo... No sé. Y además sacar a Lucía de allí.

—Y al antiguo camarlengo, ¿no?

—Sí, si siguen vivos.

Se pararon en un edificio de apartamentos.

—Aquí es —dijo don Santiago—. Te van a dejar irreconocible.

—Los turistas tienen que entrar por aquella puerta de allí —le dijo un guardia a Carla al llegar a la entrada principal.

—Venimos de parte del señor Torres, de Madrid.

—Un momento. —Miró en los papeles que lleva en la mano—. En ese caso pueden pasar. Esperen a que llegue el secretario y les acompañará por el palacio.

Sacó un intercomunicador y avisó a Rubén, que apareció al poco tiempo en la entrada vestido con un traje negro. Llevaba una carpeta que se cambió de mano para saludar a Roberto.

—Encantado. Soy Rubén, el secretario del papa. Les acompañaré hasta su despacho —dijo tendiendo la mano para saludar a Carla.

—Yo soy Roberto.

—Y yo Raquel —mintió Carla.

—Sígueme. Su Santidad ahora mismo está en una reunión muy importante. Pueden esperar sentados aquí. Su despacho es el de enfrente —les señaló la puerta que estaba delante de ellos.

—Esperaremos, por supuesto.

En ese momento, por el comunicador de Rubén se escuchó la voz del guardia que les había parado antes.

—Don Rubén, tengo dos monjas en la puerta principal que preguntan por usted. ¿Qué les digo? «¿Dos monjas? No recuerdo que haya quedado con nadie».

—Díales que ahora voy. No tardo nada.

—¿Algún inconveniente? —preguntó Carla.

—No, una visita inesperada. Bajo a la puerta y ahora mismo estoy con ustedes. Disculpenme.

En cuanto perdieron de vista al secretario, Roberto empujó a Carla con el codo.

—Venga, ya sabes lo que tienes que hacer.

—No estaba segura de que las monjas nos fueran a hacer caso. Ahora le dirán que fuimos nosotros.

—No creo. El donativo que les hemos prometido es muy jugoso. Venga, deja de ponerte en lo peor y mueve el culo.

Carla se levantó y fue a la habitación de Rubén. Había memorizado el plano del palacio. La puerta estaba cerrada, pero no le costó nada forzar la cerradura con una horquilla que llevaba en el pelo. Entró en la habitación y empezó a buscar por todas partes. Al abrir el cajón del escritorio vio muchos papeles. Entre ellos el sobre en blanco. Al abrirlo, vio la nota: «¿Ya sabes qué le pasó a tu hermano?». Hizo una foto con el móvil.

«Interesante».

Siguió rebuscando por toda la habitación sin desordenar nada, tratando de encontrar algo más que les pudiera ayudar. Sabía que tenía poco tiempo porque no confiaba en que las monjas tuvieran la capacidad de entretener a Rubén, máxime con invitados en palacio esperando a hablar con el papa.

«Este tío está totalmente limpio».

Al acercarse a la puerta para salir, escuchó pasos en el pasillo.

—Disculpe la... ¿Y su compañera?

—Ha tenido que ir al baño. No podía aguantar más. Creo que la emoción le estaba desbordando. Se ha ido hacia allí —le dijo señalando hacia el otro lado.

—Por ahí no hay baños. Iré a buscarla —dijo Rubén con tono airado.

—Yo no me muevo de aquí.

Carla entreabrió un poco la puerta para ver si estaba Roberto y, al verle salir en la otra

dirección, salió del cuarto. Cerró la puerta con la horquilla y volvió al sillón donde estaba esperando Roberto.

—¿Algo?

—Nada, lo único esta nota.

Carla le enseñó el móvil.

—No me dice nada. Por cierto, le he dicho al secretario que has tenido que ir al baño, por si pregunta.

—Vale.

Al momento Rubén apareció por el mismo lado que llegó Carla.

—Raquel, ¿ha encontrado los baños?

—No y no creo que pueda aguantarme mucho más —mintió ella para no levantar más sospecha.

—Acompáñeme.

—Se lo agradezco.

Ambos se marcharon. Diez segundos después la puerta del despacho del papa se abrió y Roberto vio cómo salían María Jesús, Pepe y el niño. Instintivamente sacó el móvil para avisar a Carla y le mandó un mensaje:

No vengas todavía.

El corazón se le había acelerado y no podía dejar de mover las piernas. Para Roberto esa familia era como si fuera la suya propia. Los últimos cuatro años solo había vivido por y para ellos y nunca habían estado tan cerca de él. Miraba el móvil para disimular, tratando de que su presencia pasara lo más desapercibida posible. Al momento cayó en la cuenta de que ellos no le conocían. Su móvil vibró.

¿Qué pasa?

Era Carla preguntando. Mientras tanto, en la puerta, María Jesús se despedía muy educadamente.

—Ha sido un honor, su santidad.

—Creedme, el honor ha sido solo mío.

—Entonces quedamos en que mañana nos espera aquí mismo, ¿verdad?

—Así es, querida. Aunque se me está ocurriendo una cosa... Si os apetece podéis acercaros luego a mi habitación para vivir el discurso más de cerca. Estaría encantado de teneros allí conmigo.

—Sería maravilloso —dijo Pepe al instante.

—Dentro de una hora más o menos buscad a Rubén y que os lleve allí. No cerréis la puerta al salir... ¿Rubén? —llamó a su secretario casi gritando.

La familia entera salió al pasillo a esperarle.

—¿Rubén? —insistió el papa—. ¿Dónde se habrá metido?

Roberto reaccionó. Se armó de valor y se levantó del sillón. Pasó por delante de los tres y asomó la cabeza por la puerta.

—No está, su santidad.

—¿Y usted es? —preguntó el papa.

—Roberto Provitola, amigo de Torres, de España. Creo que le avisó de que vendría a verle. Solo quería besarle la mano y decirle que está haciendo un trabajo increíble.

—Pase y cierre la puerta. María Jesús, esperad ahí hasta que llegue Rubén y os acompañe a vuestra habitación.

El santo padre mandó un mensaje a Rubén.

Nuestra familia te está esperando para que les lleves a su habitación. ¿Dónde estás?

Después cogió el teléfono y llamó. Cerró la tapa de su portátil y giró en su silla hasta dar la espalda a su invitado. Roberto aprovechó para escribir un mensaje a Carla.

Haz como que te encuentras muy mal. Estoy dentro.

—¿Torres?

—Su santidad.

—Ha venido a verme Roberto.

—Sí, es quien le comenté que quería conocerle. Él es el responsable del seguimiento a María Jesús desde el principio de la operación. Había terminado su último encargo en Roma...

—Déjese de rollos. ¿Es de total confianza? —interrumpió el papa.

—Sí.

Colgó sin contestar. Miró a Roberto y le preguntó:

—¿Usted cree en Dios, nuestro señor todopoderoso?

—Sí, su santidad. Por eso hago lo que estoy haciendo.

—Tiene delante a su presa y ni se inmuta.

Roberto tragó saliva. La mirada del papa era penetrante. Era como si le estuviera intentando leer la mente.

«¿Sabe que voy a por él?».

Al momento se dio cuenta de que habla de María Jesús.

—Sí, me he puesto algo nervioso, pero me he dado cuenta de que, pese a llevar cuatro años detrás de ellos, nunca me han visto —contestó.

—Impresionante.

—Gracias.

—Le felicito por su trabajo. He de reconocer que ha habido momentos mágicos.

—Gracias, gracias.

—Torres me ha dicho que es muy bueno en su trabajo y de total confianza. Le voy a hacer un encargo.

—Lo que usted necesite.

«Con lo fácil que sería meterle una bala entre las cejas ahora mismo».

—Acérquese a la biblioteca y deme *Los cuentos de Canterbury*. Están ordenados alfabéticamente.

Roberto se levantó y fue hacia la librería. En ese momento el papa aprovechó y pulsó el botón que tenía bajo la mesa para abrir el doble fondo de la caja de seguridad.

Cuando encontró el libro tiró de él para sacarlo, pero notó como si estuviera anclado.

—Tire. Tire con fuerza —le dijo el papa.

Se escuchó un ruido seco y el cuadro de detrás de la mesa se movió para dejar ver la caja fuerte tras él. El papa introdujo el código en el *display*. Dentro estaban su viejo crucifijo, la pistola y dos pequeñas bolsas. Cogió una de ellas y la sacó para vaciarla encima de la mesa. Cayeron las dos medallas y el reloj que con tanto anhelo guardaba. Volvió a meter la mano en la caja y sacó la pistola. Roberto, que se estaba acercando a la mesa, dio un paso atrás.

—Ven, hijo mío, ven.

Se acercó lentamente a mirar lo que había dejado encima de la mesa. No articulaba palabra.

—¿Qué son?

—Son dos medallas, una del Sagrado Corazón y otra de la Inmaculada Concepción. Las guardaba por motivos sentimentales y porque en realidad son dos piezas únicas. El reloj es un

regalo demasiado caro incluso para mí. Además, quien me lo regaló ya no cuenta con mi estima. Quiero que con el oro que saquen de fundir esto me hagan un crucifijo nuevo con la inscripción «In Memoriam».

—*In Memoriam*, entendido.

—Seguramente le harán preguntas. El valor de las medallas es bastante alto, en especial una de ellas. A quien se las lleve para fundir le sorprenderá verla. Se la intentará comprar o le interrogará para saber de dónde la ha obtenido. Obviamente, no dirá que es un encargo mío y no aceptará ninguna oferta. Se fundirán.

—De acuerdo, no hay problema —dijo Roberto desconcertado.

—Cuando lo tenga puede volver a entregarme el crucifijo. Avisaré a los guardias para que le dejen pasar.

—Así lo haré, su santidad.

—Puede marcharse. Si ve a mi secretario dígame que no me moleste nadie. Tengo que preparar el discurso.

Mientras tanto, en el baño, Carla fingía que tenía ganas de vomitar metiéndose los dedos en la boca. Rubén seguía fuera.

—¿Se encuentra bien, Raquel? —preguntaba el secretario mientras escribía un mensaje en su móvil.

—No. Tengo ganas de vomitar.

—¿Quiere que le ayude?

—No, no. No hace falta.

Después de esperar un par de minutos Carla salió del baño y se lavó la cara. Rubén le acercó una toalla.

—¿Ya se le ha pasado?

—No sé qué puede ser. Esta mañana me encontraba perfectamente.

—Puede que sean los nervios. Tenga, beba un poco de agua.

Carla bebió y, con el sofoco de intentar vomitar, se atragantó y empezó a toser con fuerza. Rubén le daba golpecitos en la espalda para que se le pasara.

—Mire arriba.

Carla lo miraba extrañada. En ese momento tosió con tanta fuerza que gran parte del agua que acababa de beber terminó en la camisa de Rubén.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento mucho, de verdad. Permítame limpiársela.

—No se preocupe. No es nada.

—Por favor, insisto. Déjeme la camisa.

—Le he dicho que no hace falta.

—¡Dios! No me lo puedo creer... Me siento tan mal.

Carla se puso de cuclillas, se echó las manos a la cara e intentó llorar para dejar que pasara más tiempo.

—Bueno, no se ponga así. Tenga. —Rubén se quitó la americana y la colgó en el pomo de la puerta. Se desabrochó la camisa y se la ofreció a Carla—. Si así se va a sentir mejor...

—Claro.

Carla se levantó y cogió la camisa blanca del secretario, que ahora llevaba una camiseta interior de tirantes. Le llamó la atención la medalla que llevaba colgada al cuello, aparentemente de oro.

—¡Qué medalla más bonita! —exclamó mientras limpiaba las manchas que había causado en la

prenda.

—Gracias. Es un regalo de mi madre.

—Realmente es preciosa.

—Sí, es una pieza especial.

—Debe de ser carísima.

—No lo sé. Según me contó mi madre se hicieron dos iguales. Y las han llevado hasta algunos papas.

—Y si no es mucho preguntar, ¿cómo llegaron a su familia?

—Nunca me lo han dicho. La he llevado desde pequeño. Creo que pertenecían al padre de mi hermano. Se lo preguntaré a mi madre un día de estos.

—A ver. Ahora la secamos con esto —dijo poniendo la camisa bajo el secador para zanjar el tema, que empezaba a aburrirla.

—Gracias. Volvamos al despacho.

—Sí.

Rubén se puso la camisa y la americana y volvieron al despacho del papa. Cuando llegaron a la puerta, Roberto estaba esperando en el sillón del pasillo.

—¿Aún no le ha atendido? —le preguntó Rubén.

—Sí, ya he hablado con él. He tenido la oportunidad de besar su anillo. Hoy es el día más feliz de mi vida. ¿Por qué has tardado tanto en volver?

—Me encontraba mal.

—¿Qué tal estás ahora?

—Mejor, pero preferiría que nos marcháramos al pueblo. Aún no estoy recuperada del todo.

—¿No quiere ver a su santidad? —preguntó Rubén a Carla.

—No creo que pueda —interrumpió Roberto—. El papa me ha dicho que no le molestara nadie porque iba a preparar el discurso. Además mañana tendremos que volver para traer una cosa que me ha pedido el sumo pontífice, así que tendrá una nueva oportunidad para conocerlo.

—¿Qué le ha pedido, si se puede saber? —preguntó Rubén.

El intercomunicador volvió a sonar.

—Don Rubén, vuelven a preguntar por usted en la puerta.

—Estoy en un minuto.

—En realidad es un tema personal. Prefiero no decirle nada.

—Claro, como quiera. ¿Les acompaño a la puerta?

«Qué raro, ¿por qué no me lo habrá pedido a mí?».

## Capítulo 28

En la puerta, Hugo estaba nervioso. Ni él mismo se reconoció al mirarse al espejo del apartamento al que le llevó don Santiago. Sentía que se estaba metiendo en la boca del lobo y que le descubrirían rápidamente. Lo único que le habían dado para protegerse era una pequeña porra de plástico para que no sonara en el detector de la entrada al palacio por el que pasaban todos los visitantes. Sus órdenes eran claras: registrar el despacho del papa y bajar a los sótanos a por Lucía y el camarlengo o encontrar alguna pista de qué había podido pasar con ellos.

Vio aparecer al secretario. Al acercarse a la puerta, le vino a la memoria la escena en el despacho del papa, cuando le disparó con la pistola Taser al descubrirle entrando por el pasadizo del restaurante. Se puso más nervioso y las manos le empezaron a sudar pensando en que pudiera reconocerle de algún modo. El secretario iba con un hombre y una mujer a los que despidió en lo alto de la escalinata de entrada. Se acercó a él.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Rubén tendiendo la mano.

Disimuladamente, Hugo se secó el sudor en el pantalón y le devolvió el saludo. El secretario se percató pero se lo tomó como un gesto de respeto.

—Buenos días. El cardenal Santiago me envía para recoger una cosa de la sala de reuniones.

—Claro, un momento.

Sacó el móvil y llamó.

—¿Don Santiago?

—Sí. Dime, Rubén. Sé breve. Estoy en una reunión muy importante.

—Ha venido un señor de su parte a recoger algo de la sala de reuniones.

—Sí, no me ha dado tiempo de acercarme esta mañana y le he mandado a él. No te preocupes, ya le he dicho dónde tiene que ir para que no te moleste. Supongo que estarás algo liado hoy, ¿no?

—La verdad es que sí. Gracias, eminencia.

—No hay de qué. Dígale de mi parte que se dé toda la prisa que pueda.

—Así lo hago.

Colgó.

—Pase. ¿Sabe dónde está la sala?

—Sí, segundo pasillo, cuarta puerta. ¿Está abierta?

—Solo se cierra cuando hay reunión. Don Santiago me ha pedido que le diga que se dé toda la prisa que pueda.

—Lo sé. Gracias por todo.

Se despidió y pasó por el arco de seguridad para girar a la derecha. Conocía el palacio como la palma de su mano. Llegó a las escaleras. Si subía a la planta de arriba se encontraba con el despacho del papa. Si bajaba, directo a los sótanos. Debía elegir. Con toda probabilidad, Lucía estaría abajo y ya no quedaba mucho para el discurso desde el balcón. En ese momento dejaría el despacho libre y todo el mundo estaría pendiente del papa. Así que decidió ir a los sótanos. Miró a ambos lados y, como no había nadie, bajó las escaleras. Pensó que lo mejor sería ir desde abajo hacia arriba para optimizar el tiempo. Pasó de largo las dos primeras plantas y llegó al último sótano, donde sabía que había celdas. No recordaba que se utilizaran para nada, pero no se le ocurría mejor sitio que ese para retener a alguien.

Cuando giró a la derecha para meterse en el pasillo principal se topó con una puerta metálica que nunca había estado allí. Intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave. Parecía bastante pesada y segura. Ojeó la cerradura. Ni siquiera intentó forzarla.

«Seguro que los tiene encerrados aquí, y la llave la tendrá él, claro».

El cambio de planes fue obligado y Hugo volvió a subir las escaleras. Cuando llegó a la planta de la calle miró de izquierda a derecha y vio a dos guardas que le daban la espalda al final del pasillo. Sin hacer ruido subió a la planta primera. Los recuerdos le inundaban. Había pasado por esos pasillos infinidad de veces durante muchos años y le volvían a la cabeza todos esos ratos que había pasado entre aquellas paredes. Al doblar la esquina vio la puerta del despacho.

«¿Habrá empezado el discurso?».

—Es la hora —dijo para sí el papa.

Fue hasta la caja fuerte, que aún estaba abierta, y se cambió la llave que llevaba al cuello por el crucifijo que guardaba dentro. Cerró el doble fondo con el botón de su mesa ocultando la bolsa que quedaba en la caja, pero no se dio cuenta de que la pistola quedaba al descubierto. Volvió el cuadro de Juan Pablo II para que ocultara la caja de seguridad. Fue al armario donde guardaba los trajes para los eventos especiales y se puso la sotana y la casulla blanca. Sacó la banda papal y se la colocó sobre los hombros. Cogió el cetro, lo miró y lo volvió a dejar. Hizo lo mismo con la tiara, que también volvió a depositar dentro del armario.

«Ostentación», pensó al dejar los dos objetos.

—Lástima que hasta mañana no pueda tener el nuevo crucifijo. Será el símbolo de la nueva Iglesia. El que se merece el enviado de Dios en la tierra. Representará el día en el que todos los cristianos del mundo se volvieron a unir para escuchar y admitir la palabra de Dios. Una muestra de que no habrá sitio en la tierra para los que se opongan al plan divino —decía mirándose al espejo del armario como si estuviera recitando ya el discurso para todos los asistentes a la plaza.

En el pasillo, Hugo se acercaba sigilosamente a la puerta para tratar de escuchar. Cuando pegó su oreja a la madera, notó que el pomo se movía.

«Joder, joder».

Rápidamente, sin pensar en si hacía ruido o no, volvió a la esquina por la que había llegado. Sabía que el papa daría el discurso desde el balcón de su alcoba, que estaba hacia el otro lado. Pasado un tiempo prudencial asomó la cabeza y vio al papa girar al final del pasillo.

«Irá ya a su habitación. Vamos allá».

El cuarto de María Jesús también daba a la plaza. El cristal llegaba hasta el suelo y Carlos estaba mirando hacia afuera.

—Mamá, mira. —Señalaba con el dedo—. ¿Qué hace toda esa gente allí, mamá? —preguntó el pequeño.

—Están esperando.

—¿A qué?

—A que el papa les cuente una cosa.

—¿El papá de quién? —seguía preguntando.

—No, el papa. El señor con el que hemos estado hablando antes en la sala grande.

—¡Ah! ¿Y qué les va a contar?

Pepe cogió de la cintura a María Jesús y contestó.

—No lo sabemos, cariño, pero seguro que cuenta algo de ti y de lo especial que eres.

—Sí, soy *e'pecial*.

María Jesús lo miraba sin hablar. Cada vez que le decían que era especial se acordaba de cómo vino al mundo. Nadie le había podido dar respuesta y tenía interiorizada la posibilidad de que le hubiera pasado como a la Virgen María. Aunque no se lo quería llegar a creer, la idea empezaba a hacer mella en su cabeza. Además, todos los acontecimientos que estaban viviendo ayudaban a pensar que su hijo era en realidad el hijo de Dios.

La conversación con el papa fue muy breve, para lo que ellos pensaban que iba a ser. Les dijo que todo lo que había hecho Carlos iba a ser considerado por la Iglesia como milagroso y que así lo iban a publicar en los medios de comunicación. La invitación para quedarse a dormir en el palacio fue porque el padre Pablo le había pedido dos favores. Uno era que él mismo pudiera celebrar el sacramento del sagrado matrimonio de la pareja. El segundo, que si podía ser en la Capilla Sixtina. El sumo pontífice accedió a ambas cosas, pero tenía que ser al día siguiente de su discurso. Durante la reunión llamaron a Pablo para que volara a Roma al día siguiente, ya que era la única persona que quería que estuviera presente en la boda, y este aceptó.

—Venga, vamos. No podemos llegar tarde —dijo María Jesús terminando de vestirse.

—Cariño, graba en tu mente cada segundo de lo que va a pasar luego en la habitación del papa, porque Carlos tendrá que estudiar este día en clase de historia —le dijo Pepe.

—Venga. Venga. Ponte la corbata. Carlos ya está listo ¿no?

—Sí.

—¿Sabrás llegar?

—No. El papa nos dijo que buscásemos a Rubén, pero ¿dónde puede estar?

—Salgamos ya nos encontraremos con alguien.

—Sí, vamos.

Los tres salieron de la habitación y bajaron las escaleras. Allí, de espaldas a ellos, se alzaba la figura del papa, majestuosa, imponente. Estaba repasando algo en unos papeles que dobló y metió dentro de la casulla. Daba sensación de pureza, de paz, de amor. Viéndolo así vestido entendían por qué tanta gente seguía a esa persona. Representaba una religión, un credo que todos compartían. Ninguno supo qué decir, salvo Carlos.

—¡Qué elegante!

—Sí, ¿verdad? —le dijo el papa revolviéndole el pelo.

—Es impresionante, su santidad.

—¿El qué, querida?

—Usted.

—No, no, no. Es por estas ropas. No os quedéis impactados por mi imagen. Se trata de puro protocolo. Quedaros con lo que voy a contar luego. Eso es lo verdaderamente importante del día de hoy. ¿Me acompañáis?

—Por supuesto.

—Estaba esperando a Rubén. ¿Lo habéis visto?

—No, también íbamos a buscarlo como usted nos dijo.

—Bueno, queridos, vayamos a mi habitación. Él ya sabe que tiene que acudir.

—Mire, por allí viene.

Hugo presenció toda la escena desde la otra esquina del pasillo.

Carla y Roberto estaban intentando salir de la plaza de San Pedro, pero les estaba resultando bastante complicado. Los medios de comunicación ya daban al acontecimiento como récord de asistencia al Vaticano. A duras penas consiguieron alcanzar una de las salidas laterales.

—Pero ¿a dónde vamos ahora?

—Mira. —Le enseñó las medallas y el reloj—. Me ha dado esto para que lo fundan y le hagan un crucifijo con una inscripción.

—¡Anda!

—¿Qué? —preguntó Roberto.

—Es igual que la que llevaba el secretario.

—¿Y? Creo que es el Sagrado Corazón. Es muy común.

—No, esa no debe ser tan común —replicó Carla.

—Vamos al hotel y busquemos información. Por cierto, tendremos que tener cuidado. No te vas a creer con quién me he cruzado en el despacho del papa.

—¿Con quién?

—María Jesús y Pepe.

—Mierda. ¿Qué hacen aquí? —preguntó ella.

—No sé. Supongo que terminar la historia.

—¿Terminar la historia?

—No te preocupes. No podemos hacer nada por ellos.

—¡Roberto! Cuéntamelo.

—No te contaron nada ¿verdad?

—¿De qué hablas?

Carla estaba totalmente desconcertada.

—No me lo puedo creer. Tú te dedicaste a cumplir órdenes sin cuestionarte nada.

—Sí, eso he hecho toda mi vida.

—No me lo vas a contar, ¿no?

—Créeme, es mejor para ti no saber nada.

Retomaron el paso rumbo a su hotel, que no quedaba muy lejos de allí. Subieron a la habitación, Roberto abrió su portátil y empezó a buscar información sobre la medalla. Carla hizo lo mismo con su móvil.

Pasó un rato hasta que Roberto localizó la historia de esas medallas.

—Mira, Carla. Vienen desde el Gran Cisma de Occidente.

—¿Qué?

—Sí. No hay dos medallas, sino tres.

## Vuelta al Cisma de Occidente

Un vagabundo que pedía comida en la esquina salió volando y acabó dentro de un abrevadero cercano. El tumulto de gente se agolpaba detrás de los guardias que habían colocado las lanzas en forma de aspa para que nadie pudiera entrar a esa calle.

Los parisinos presumían de tener al mejor artesano de oro del mundo. Capaz de hacer piezas de belleza increíble e inigualables.

Una carroza paró en la entrada norte de la calle. Un pelotón de soldados rodeó a la persona que bajó de ella y la escoltaron hasta el taller de Adam.

—¡Es el rey! —gritó un lugareño.

Los soldados cubrieron la entrada y el monarca pasó al interior de la pequeña tienda. Al otro lado del mostrador, la mujer del joyero se quedó con la boca abierta.

—Su majestad —dijo ella haciendo una reverencia—, ¿a qué debemos el honor de recibirle en nuestra casa?

—Tengo que pedirle un favor personal a vuestro marido. ¿Se encuentra en el taller?

—Está indispuerto. Al parecer no le sentó muy bien algo que cenó ayer. ¿Le podría ayudar yo?

—Tengo entendido que su hijo también estaba aprendiendo el oficio.

—Así es.

—¿Se encuentra él en el taller?

—Un momento. ¡Bastian, sal, por favor!

El hijo de los joyeros no alcanzaba los diez años de edad y, cuando salió por la puerta que llevaba a la zona de las fraguas, casi no se le veía por encima del mostrador.

—¡Oh! —exclamó mientras hacía una reverencia.

—Pero...

—Es joven, pero su talento está por encima del de su padre —dijo Celia adelantándose al comentario del rey.

—Dime, hijo, ¿serías capaz de hacer tres medallas únicas dignas del representante de nuestro Dios en la tierra?

—Sí —contestó con total seguridad—. Venga dentro de una semana.

—Así sea —dijo el rey sonriendo sorprendido por la respuesta del pequeño—. Traed la bolsa.

Uno de los guardias entró con una pequeña bolsa de cuero que le entregó al rey.

—Usad este lingote de oro y lo que sobre será vuestro.

El pequeño alzó la mano para coger el lingote y lo dejó en el mostrador. La comitiva salió del taller y desde la puerta, sin mirar atrás, el rey dijo:

—Siete días.

Cuando la puerta se cerró Celia propinó una colleja a Bastian.

—¿Estás tonto? De sobra sabes que tu padre no va a poder hacer ese encargo.

—Claro que lo sé. Seré yo el que haga las tres medallas más bonitas que jamás se hayan creado y nos sobrará tanto oro que podremos pagar a los mejores médicos para que curen a padre.

—¿Y si no le gustan?

—Le gustarán.

—Dios te oiga. Esto es una locura.

Los médicos ya no acudían a casa del joyero. Desde que Adam cayó enfermo las ventas de la joyería habían descendido mucho y a duras penas les llegaba para comprar comida. Además la medicina que paliaba el dolor era bastante cara. Algunos doctores creían que tenía la peste, pero otros le dijeron que no, que era algo que nunca habían visto. Subsistían con las piezas que Adam tenía empezadas antes de caer enfermo y que su hijo iba terminando. Pero las nuevas joyas que salían de la mente del joven no terminaban de calar en la alta burguesía francesa.

—Son muy raras, Bastian. A la gente le gusta lo clásico, poder hacer ostentación de su joya, que parezca cara aunque no lo sea.

—Madre, yo no sé hacer eso.

Bastian pasó la semana entera trabajando en el taller. Solo salía para comer y dormía muy pocas horas cada noche. La fragua siempre estaba funcionando y Celia solo pensaba en que el carbón se les estaba acabando y el invierno llegaba.

—¡Mamá! —gritó.

—¿Qué ocurre?

—Están casi terminadas. Solo necesito al rey.

—¿Cómo?

—¿No quería tres medallas únicas? Las va a tener.

Esa misma tarde, volvió a escucharse en la calle un estruendo idéntico al de hacía una semana. Soldados corriendo, el carruaje frenando, el gentío gritando.

—Ya viene. Voy a calentarlas.

—¿Estás seguro de que va a querer?

—Sí es verdad lo que dijo, accederá.

La puerta del taller se abrió y el monarca se mostró imponente. Dos soldados entraron detrás de él y se quedaron custodiando la puerta.

—¿Y bien? —preguntó levantando las cejas.

—¿Puede pasar al taller? Mi hijo le espera allí para enseñarle las medallas.

El rey entró y, sin saludar, le dijo a Bastian:

—Enséñamelas.

—Están sin terminar, majestad —dijo el pequeño con una seguridad pasmosa.

—Hoy era el último día que tenías.

—Lo sé. Mire.

Le enseñó las tres medallas colocadas en la palma de la mano.

El monarca se quedó asombrado, efectivamente eran las más bonitas que había visto nunca. Los dibujos eran perfectos, las proporciones en los rasgos exactas.

—Son el Sagrado Corazón, ¿verdad?

—Sí, así es —contestó Bastian.

—Pero son demasiado finas. Así has ahorrado mucho oro —le dijo el rey cogiendo una de ellas.

—Sí.

—¿Cómo osas?

—Si me permite explicarme...

—Más te vale.

—Que sean tan finas es por un motivo. —Bastian recuperó la medalla de la mano del rey y la colocó encima de una bandeja metálica que había puesto cerca de la fragua—. Le he dicho que no están terminadas —continuó explicando—, porque su majestad requería piezas únicas.

—Sigue.

—Necesito su colaboración.

Cogió la bandeja y la puso encima de la llama más cercana de su fragua.

—¿Qué haces? Las vas a estropear.

Bastian cogió la mano del rey y le quitó el guante. El monarca estaba tan sorprendido que era incapaz de resistirse a nada de lo que le hacía el pequeño, con un desparpajo impropio de su corta edad.

—He pensado que, para que sean especiales, las tres medallas llevarán su dedo impreso en el dorso, pero creo que el oro fundido le quemará cada vez que lo ponga en la medalla. ¿Quiere que lo hagamos?

—Impresionante. —El rey se quitó el guante de la otra mano—. Procede. Haz lo que tengas que hacer.

Bastian cogió la bandeja con los guantes para no quemarse. La acercó a donde estaba el monarca sentado. Cogió las pinzas finas y le dijo:

—Ahora presione con el dedo. Firme, pero sin excederse en fuerza. Aunque se quemé no retire el dedo hasta que yo se lo diga.

—¡Ah!

El grito hizo que los dos guardias entraran en la fragua con la lanza en ristre.

—No pasa nada —les dijo el rey—. Siguiendo.

El dedo se le había escaldado y Celia rápidamente le entregó un paño mojado para paliar el dolor.

El joven joyero hizo lo mismo con las dos medallas restantes, pero esta vez el rey no gritó, simplemente estiró el dedo para que Celia lo cubriera con el paño mojado. Cuando las tres tuvieron la huella del rey, las dejó secar, las metió en la bolsa donde le entregaron el lingote de oro y se las entregó al rey.

—Dile a tu padre que puede estar muy orgulloso de ti. Toda Francia sabrá que aquí vive el mejor joyero del mundo... y su padre.

Bastian bajó la cabeza, haciendo una reverencia mientras el séquito se marchaba del taller. Celia besó a su hijo.

En su habitación el rey estaba escribiendo tres cartas idénticas:

Sus santidades, escribo esta carta por triplicado, una por cada brecha abierta en nuestro credo.

Con ella hago entrega de esta medalla, el Sagrado Corazón, con el ánimo de que entren en razón y detengan esta guerra entre hermanos.

Como verán cada una de estas joyas lleva mi huella impresa. Con mucho dolor la dejé en ellas, en claro ejemplo de que algunas veces hay que sacrificarse a sí mismo. Tal y como lo hizo Nuestro Señor en su día.

Les ruego que hagan ustedes lo mismo y, siguiendo el ejemplo del hijo de Dios, sacrifiquen sus deseos personales por el bien de toda la Iglesia.

Atentamente, el rey de Francia.

Cerró las misivas, y les puso el sello real. Hizo llamar a los tres hombres en los que más confiaba. No tardaron más de diez minutos en llegar al Gran Salón. Majestuoso, sentado en su trono, se levantó.

—Solo a vosotros os asignaría la misión que hoy vais a recibir. Tú —dijo señalando a uno de ellos—, llevarás esta misiva a Benedicto XIII y solo se la entregarás a él. Lo encontrarás en

Aviñón. Tú —le dijo al siguiente—, irás a Roma y le entregarás esto a Gregorio XII. Y tú irás a Pisa para entregarle mi obsequio a Juan XXII. ¿Habéis entendido?

—Sí, su majestad —dijeron los tres al unísono.

—Es de vital importancia que los tres papas lo reciban, puesto que es el símbolo que concluirá esta majadería. Marchad ya y volved tan pronto como podáis.

Carla estaba absorta en el ordenador.

—Según esto, dos de las tres medallas llegaron a su destino —le dijo a Roberto señalando la línea del archivo—. Por cierto ¿de dónde has sacado esta información?

—Mejor no preguntes —contestó Roberto.

—Ya he preguntado.

—Son archivos del Vaticano.

—¿Has entrado en su sistema?

—Un poco.

—En fin...

Carla siguió leyendo en la pantalla del portátil.

—Dos de los emisarios reales llegaron a su destino, al tercero se desconoce lo que le ocurrió. Pasado el tiempo, el rey fue a buscar a la familia de joyeros con la intención de que hiciera otra pieza igual a las anteriores para volver a mandársela a Juan XXII, que fue el papa que se quedó sin la medalla. Pero al llegar al taller se lo encontraron totalmente quemado y nadie sabía cuál era el paradero de la familia. Se rumoreaba por las calles que los habían asesinado un grupo de hombres que entraron a robar porque trascendió el pago del lingote de oro del rey a la familia.

—Pobres —dijo Roberto.

—Por otro lado —continuó leyendo—, la medalla que llegó al papa Benedicto XIII se encontró en el siglo XVIII, en el castillo de Peñíscola, se declaró patrimonio de la ciudad y se guardó en el propio castillo para su exposición. Hasta que un día se ofreció mediante subasta para llenar las arcas que estaban casi en bancarrota. Fue a parar a manos de un coleccionista de arte.

—Ahora busco el nombre. A ver si hay algo.

Carla prosiguió con el archivo.

—La medalla que se envió a Roma quedó como un legado del papa, y al parecer ha pasado por cada sumo pontífice como herencia propia.

—Espera un momento. Antes me ha parecido ver la lista de herencia recibida por nuestro papa. —Roberto estaba muy concentrado—. Mira, este es el archivo. Las herencias de los últimos quince papas. Aquí, en Juan Pablo I, ya no aparece la medalla como legado hacia Juan Pablo II.

—Extraño —interrumpió Carla—. Eso quiere decir que esta medalla no le ha llegado a nuestro papa por medio de la herencia, ¿no?

—No. Esta medalla no es suya. El nombre de la familia de coleccionistas era Morlanes-Forcén.

—Entonces, si el apellido de Rubén es Morlanes-Forcén, tendremos el origen de una de las medallas.

—Sí, pero necesitamos saber qué pasó con la otra, con la que heredaban los papas aunque... espera... Si Rubén te dijo que las tenía el padre de su hermano, quiere decir que a su familia, al final, llegaron dos de las tres ¿no?

—Claro, ahí lo tienes. Esta es la que pertenecía al hermano de Rubén, ¿y por qué la tenía el papa? —preguntó Carla.

Roberto levantó las cejas, queriendo indicar a Carla lo obvio de su respuesta.

—No puede ser, Roberto. Es más sencillo pensar que el hermano de Rubén se enterara de la historia de la medalla y se la devolviera al papa.

—¿Sabes cuánto puede valer esta medallita?

—Ni idea.

—No creo que se pueda calcular. ¿Tú crees que se la regalaría? Además del valor sentimental que debía tener para el hermano.

—Entonces hay que encontrar a ese hermano y preguntarle por qué ahora la tiene el papa —dijo Carla levantándose del sillón.

—Creo que el hermano no podrá decirnos nada, pero primero vamos a la joyería para que fundan el reloj, la otra medalla y que hagan el crucifijo para poder llevárselo al papa mañana. Si pasó lo que creo que pasó, nuestro trabajo va a ser muy sencillo.

—¿Sabiendo lo que vale, la vas a fundir?

—No lo sé todavía. Ya veremos, llegado el momento, lo que decido. Te das cuenta de que en cuanto terminemos con esto no vamos a necesitar pensar más en el dinero, ¿verdad?

—Tienes razón —sonrió Carla.

Y acto seguido se abalanzó sobre él en la cama.

## Capítulo 29

Hugo cerró la puerta tras de sí y respiró profundamente. Le había costado más de la cuenta forzar la cerradura del despacho. Estaba tal y como lo recordaba. No había vuelto desde que había colocado los micros para don Santiago. Los revisó y vio que seguían perfectamente camuflados. Esta vez estaba tranquilo porque sabía que el santo padre tardaría un rato en volver. Esos baños de masas le gustaban y los disfrutaba. Además, después de los discursos acostumbraba a dar una rueda de prensa en el salón de reuniones, donde aprovechaba para explicar más detenidamente todos los matices de lo que ha dicho desde el balcón.

Fue directamente a la librería y tiró de los *Cuentos de Canterbury*. El cuadro cedió y dejó ver el *display* de la caja fuerte.

«¿Habrá cambiado el código?»

Pulsó la combinación 2-5-1-2 y la caja se abrió.

«Joder, una pistola... y una llave. Tiene que ser la del sótano».

Cogió ambas cosas y se las guardó en el bolsillo. Cuando estaba a punto de salir del despacho un pitido de recepción de correo sonó en el portátil que estaba encima del escritorio. Se acercó decidido, pero pese a estar abierto la pantalla pedía contraseña para acceder.

«Tampoco la habrá cambiado», pensó—. E introdujo la que él mismo le puso hace mucho tiempo: SantaSede1000.

—Increíble —dijo para sí con una sonrisa de satisfacción—. Vamos a ver qué has recibido. Vaya, vaya, un correo del ministro de Interior...

Su santidad, puesto que le he llamado varias veces y me urge su contestación le mando este correo a su cuenta cifrada.

Me acaban de dar los resultados de ADN de los tres cadáveres del piso de Roma. Se trata de los tres cardenales desaparecidos hace casi cinco años: Inglese, Chirizzi y Morlanes-Forcén. Es cuestión de tiempo que se filtre a la prensa. De hecho ya me ha llegado el aviso de uno de los medios más populares del país, que está en posesión de ellos y que después de contrastar su veracidad van a publicarlos en la próxima edición. Me han pedido permiso puesto que el tema es bastante escabroso, aunque más que petición de permiso ha sido una deferencia para con usted.

Necesito su respuesta cuanto antes.

Saludos.

«Por fin vas a ser delatado. Esta es la oportunidad».

Hugo se mandó el *mail* a una dirección propia para tenerlo en su poder. Después pulsó en «responder» y únicamente escribió:

Adelante. No hay problema.

Borró el *mail* y luego abrió los elementos enviados e hizo lo mismo con los dos correos que él había mandado para no dejar rastro de su intervención. Por lo menos a simple vista. Bloqueó el ordenador. Lo dejó como lo había encontrado y salió. Escuchó voces al otro lado del pasillo, por lo que se dio prisa en llegar a las escaleras por las que había subido y bajó sin detenerse hasta el sótano. La llave encajó perfectamente en la cerradura y la abrió. Se encontró un pasillo muy largo flanqueado por celdas. Siempre le habían recordado a los momentos más oscuros de la religión.

Carla y Roberto habían localizado por Internet una pequeña joyería que hacía piezas a medida. Decidieron ir hasta allí para cumplir el encargo del papa. Le entregó el reloj y la medalla de la Inmaculada Concepción, pero la que era igual que la del secretario ni siquiera la sacó del bolsillo de la chaqueta.

—Si no es mucha indiscreción, ¿le puedo preguntar por qué se quiere deshacer de esta pieza? Parece muy antigua —preguntó el joyero.

—Digamos que es por una decepción.

—¿Y usted sabe el valor que puede tener? —preguntó mientras miraba detenidamente la medalla con su monóculo.

—Sí, de sobra. Por eso quiero que lo funda y además estaremos delante cuando lo haga.

—Les puedo dar cien mil euros ahora mismo por ella —dijo el dependiente.

Roberto sonrió y negó con la cabeza.

—¿Lo puede hacer o no? Ya hemos perdido mucho tiempo aquí.

—Les costará seis cientos euros y cien más de la inscripción grabada. Pasen a la parte de atrás y fundimos todo ahora mismo —dijo el dependiente, retirando la cortina que daba paso al taller.

Los tres se dirigieron hacia la puerta trasera. Cuando iban a pasar dentro Carla escuchó en la televisión, que estaba colgada en una de las esquinas, el nombre de los cardenales. Tiró de la chaqueta de Roberto para traerlo hacia ella.

—Mira, mira.

Roberto le pidió al dependiente que subiera el volumen.

—Tras la autopsia de los tres cadáveres encontrados en un apartamento del centro de Roma, se ha determinado que se trata de los cardenales que desaparecieron hace cinco años. Son los señores Inglese, Chirizzi y Morlanes-Forcén, de los que se denunció su desaparición hace un tiempo y cuya investigación se cerró por la policía al no encontrar pruebas que pudieran seguir.

Iban intercalando imágenes de archivo de los tres difuntos en distintos momentos de sus vidas: impartiendo misas, en congresos de Teología, en sus nombramientos oficiales... con el presentador del telediario.

—Estamos pendientes de la reacción del Vaticano, que suponemos llegará cuando el papa termine el discurso más multitudinario hasta la fecha, que está ofreciendo ahora en la plaza de San Pedro. Conectamos en directo.

—Morlanes-Forcén —susurró Carla a Roberto.

—Interesante.

—¿Interesante? ¡Ha sido él! —dijo aún más bajo, dándole un codazo en el brazo.

—Calla.

Pasaron al taller y vieron cómo el joyero desmontaba el reloj para dejar solo la pesada carcasa de oro, que fundió junto con la medalla. No hacía más que negar con la cabeza, como si le doliera hacer el encargo que le habían pedido.

—Póngale más oro. Si no va a quedar bastante pequeña —le pidió Roberto.

—Será más cara.

—No hay problema —contestó Carla.

Como sabían que le llevaría un tiempo, ambos esperaron al joyero sentados en la tienda. Le costó un rato terminar el nuevo crucifijo al que le hizo el grabado a mano alzada con su instrumento de precisión.

—Están ustedes completamente locos —le dijo a Roberto cuando se lo entregó para que lo examinara.

—No se crea —le contestó Roberto—. Toma, Carla. Le entregó la bolsa con el crucifijo. Espérame fuera, que voy a pagar. Intenta conseguir un taxi, por favor.

Carla obedeció y salió de la tienda. En ese momento, Roberto compró un anillo con un diamante bastante grande al que ya le había echado el ojo cuando entró. Pagó y se despidió del joyero.

Cuando salió Carla ya estaba esperándolo en el taxi.

—¿Al hotel?

—No, al Vaticano.

El santo padre seguía hablando. Llevaba más de una hora de discurso y su público estaba totalmente entregado. Casi cada frase que decía era vitoreada por toda la plaza. El estruendo de los aplausos le llenaba el corazón. Sentía su victoria. Había colocado a la Nueva Iglesia como referente de vida. Nadie podía discutir que estaba haciendo un buen trabajo y así se lo estaba recordando al mundo.

En el balcón de su habitación habían instalado una cámara que le grababa primeros planos y se emitían directamente en una pantalla gigante instalada en la plaza.

—Con esto, hijos míos, concluyo. El plan de Dios ha sido revelado y todos nosotros somos parte de él. Mañana buscad en vuestro corazón qué podéis hacer para obtener la gracia de Dios. Yo haré lo mismo.

Se dio la vuelta y llamó a Carlos.

—Ven, pequeño.

María Jesús puso la mano en la espalda de su hijo y le empujó con suavidad hacia el balcón. El pequeño comenzó a andar y cogió la mano del sumo pontífice. Cuando en las pantallas se vio aparecer al niño milagro la plaza enloqueció. Volvieron a sonar los vítores y aplausos. La sonrisa que se dibujó en el rostro del papa mostraba su total satisfacción con lo que estaba ocurriendo. Rubén los miraba sin molestar.

«Todo está saliendo como debe», pensaba el papa mientras saludaba a la plaza.

María Jesús rompió a llorar. Pepe la abrazó.

—¿Te hubieras imaginado esto hace cinco años?

—Ni en sueños, cariño.

—Soy tan feliz.

—Y espera, que nos queda mañana.

—Eso ya será... Creo que no voy a poder dejar de llorar en todo el día.

—Guárdalas para mañana. Hoy disfruta de lo que estás viviendo.

Rubén se estaba poniendo nervioso. Llegaban muchos mensajes relativos a los tres cardenales. Le había parecido entender que uno de ellos era el cardenal Morlanes-Forcén, su hermano. Estaba deseando que terminara el discurso para poder ir a buscar más información. También sabía que el papa querría tratar el tema con mucha cautela puesto que podría enturbiar el discurso.

Quería esperar a que la multitud terminara de aplaudir para abandonar el balcón, pero al darse cuenta de que eso no iba a ocurrir alzó la mano para saludar y se despidió de sus fieles.

—¿Qué te ha parecido, hijo mío? —preguntó el papa a Carlos mientras se agachaba hasta ponerse a su altura.

—Muy bien.

—Lo has hecho genial. María Jesús, si queréis podéis ir a vuestro cuarto a descansar antes de cenar. Yo tengo que dar ahora una rueda de prensa y no sé cuánto tardaré.

—Sí, nos vendrá bien. Han sido muchas emociones. Ha sido increíble.

—Rubén, ¿vamos?

—Sí. Además tengo que contarle algo importante.

—Ahora no puedo. He de cambiarme para la rueda de prensa. Quiero que usted baje a la sala para tenerlo todo controlado. Yo iré en cuanto termine.

—Es importante.

—Cuando termine la rueda de prensa.

Con el dedo le mostró las escaleras para que se marchara.

—Como usted quiera.

Bajó la cabeza y obedeció.

En el sótano Hugo se iba asomando a la pequeña ventana de cada celda hasta que llegó a la de Lucía. Estaba tirada en el suelo. Parecía muerta.

—¡Lucía! —dijo sin alzar mucho la voz—. Soy yo, Hugo. Despierta.

Como no reaccionaba a la voz, abrió la puerta moviendo el pesado cerrojo metálico. Entró y sin querer tiró los dos platos que estaban en el suelo, junto a la entrada. Se agachó y le dio la vuelta. Estaba muy débil pero respiraba.

—¿Hugo? —No lo reconocería con el maquillaje.

—Sí, soy yo.

Le abrazó tan fuerte como pudo.

—El camarlengo, ¿sabes dónde está?

—Muerto —dijo con un susurro.

—Joder. Vámonos, no hay tiempo.

En la sala de prensa el murmullo no cesaba. El papa llevaba unos diez minutos de retraso, cosa habitual. En la mesa alargada, que estaba en la tarima por encima de las sillas de los periodistas, ya estaban esperando los doce cardenales miembros del consejo al completo. Ellos también susurraban porque no tenían ninguna información acerca de lo que iba a tratar el sumo pontífice.

Miraban a Rubén con impaciencia y curiosidad, como si él supiera lo que iba a pasar. De hecho así era. Rubén sabía que ninguna de las preguntas de los periodistas iba a causar algún problema al papa, ya que el santo padre había dispuesto cada una de las cuestiones que los asistentes iban a realizar. La semana anterior se reunió con los directores de cada medio. Pero ahora, con la reciente noticia de los cardenales asesinados, Rubén ya no tenía tan claro que nadie se fuera a salir del guion.

Él no dejaba de buscar en el móvil más datos de los cadáveres, pero solo había un medio que se había hecho eco de la noticia, con lo que no podía comparar la información. Confirmaban la identidad de los cuerpos incinerados y sí que decían que uno de ellos era el de su hermano.

Don Santiago, sentado en el lateral de la mesa más cercano a la puerta de salida, se levantó y se acercó al secretario.

—¿Qué pasa, Rubén? La prensa se está impacientando.

—Lo sé. Me dijo que iba a cambiarse y que luego bajaba —contestó apartando el móvil para que no viera lo que leía.

—Bueno, tranquilo. Voy yo a buscarle y tú trata de tranquilizar a todos los periodistas, porque si no, cuando llegue será peor. ¿De acuerdo?

—Si me hace el favor, le estaré totalmente agradecido, su ilustrísima.

—No te preocupes, hijo mío. Ahora mismo lo traigo.

Solo pasaron dos minutos desde que don Santiago salió hasta la llegada del santo padre. Sin mediar palabra, simplemente dándole una palmada en la espalda a Rubén, entró en la sala y se situó en el centro de la mesa. Todo el mundo se puso en pie esperando a que el papa se sentara. Antes de hacerlo se acercó al micrófono y preguntó:

—¿Ustedes creen en Dios, nuestro señor todopoderoso?

Los periodistas se miraban entre ellos, confusos. El murmullo se hizo patente de nuevo en la sala. El papa se sentó y todos lo siguieron. Con un gesto de su mano llamó a Rubén. Le susurró al oído:

—Falta el cardenal Santiago. ¿Sabes dónde está?

—Salió un par de minutos antes de que usted llegara. Fue a buscarle porque la sala se estaba revolucionando un poco con su retraso.

—Localízalo. Dile que ya estoy aquí y que venga cuanto antes.

—Así lo hago.

Hizo una leve reverencia y se retiró a la parte de atrás, marcando en su teléfono el número del cardenal. En la mesa notó cómo se iluminaba el móvil, frente a la silla vacía.

—Se lo ha dejado aquí.

El sumo pontífice se levantó y empezó el discurso.

—¿Creéis en Dios, hermanos?

Se hizo el silencio. El papa continuó:

—Os he preguntado eso porque yo sí que creo en Dios, nuestro señor. No solo eso. Creo en su obra, creo en su plan y estoy seguro de que todo el mundo hará lo mismo que yo, porque estoy convencido de que así lo ha dispuesto desde su trono divino.

Los periodistas no paraban de teclear. Incluso los que llevaban grabadoras no alzaban la vista de sus portátiles. Cada vez que alguno osaba, los ojos del papa lo alcanzaban como si de dos flechas se trataran. Así continuó su discurso, mirando a los ojos de quien le miraba.

Mientras tanto, Hugo ayudaba a caminar a Lucía, que a duras penas conseguía tenerse en pie. Cuando llegaron a la puerta metálica la figura de don Santiago se alzaba ante ellos.

—¡Don Santiago! —exclamó Lucía—. ¡Cómo me alegro de verle!

—Queridos, ¿cómo estáis?

—Lucía está muy débil y el camarero muerto, según me ha dicho.

—El papa está ahora dando la rueda de prensa ante los medios de comunicación, así que hay que darse prisa en salir de aquí. No hay mucha gente en el resto del palacio, salvo en esa zona. Debería ser sencillo escapar. ¿Cómo abriste esta puerta?

—Encontré esta llave y mire. —Sacó la pistola de su espalda—. También cogí esto.

Al cardenal le cambió la cara. Se puso muy serio de repente y miró a los ojos de Hugo.

—Esta es la prueba que necesitábamos. Estoy seguro de que esa es la pistola con la que mató a los tres cardenales. Si le hacen un test de balística podría confirmarlo.

—Gracias a Dios... Es justo lo que necesitábamos. Dámela, se la llevaré a un inspector de confianza. Nos dirá los pasos que debemos seguir.

Hugo le entregó el arma y acto seguido el cardenal le disparó en la pierna. Hugo gritó de dolor y Lucía del susto.

—¡Agh! ¿Pero qué hace?

—Todo marchaba como debía marchar. Levántate. ¡Vamos! —gritó el cardenal—. Al final siempre lo fastidias todo. Meteos ahí —dijo mientras les apuntaba con el arma del papa. Le quitó la llave a Hugo y los encerró donde había estado recluida antes Lucía—. Alguien se va a alegrar mucho al verte ¿eh, Hugo? Ahora tendré que pensar cómo arreglar esto.

Cerró la puerta de la celda, así como la metálica de la entrada, dio todas las vueltas posibles a la llave y se la guardó en el bolsillo.

En la celda, Hugo se rasgó la camisa y se hizo un torniquete para cortar la salida de sangre. El disparo le había impactado de refilón en el muslo. Le dolía, pero la imagen de don Santiago disparándole era todavía más dolorosa. No conseguía comprender nada. Ambos se miraban como si esperaran una explicación del otro, pero eran incapaces de articular palabra.

—El papa me ha dicho antes que luego iba a bajar para interrogarme —dijo por fin Lucía.

—No podemos quedarnos aquí. Ese hombre está totalmente loco.

—Sí, hay que escapar.

—Piensa, Hugo. Piensa.

## Capítulo 30

En la puerta del palacio, Carla y Roberto discutían con un guardia porque no les dejaba pasar. Alegaba que no tenían acreditación de ningún tipo.

—¿Puede llamar a su secretario? Su santidad está esperándonos.

—Tengo órdenes de no dejar pasar a nadie más hasta que termine la rueda de prensa.

—Te estás metiendo en un lío solo por no llamar, ¿no lo entiendes? Es muy importante.

—No insista.

—Mira —dijo Carla enseñando un montón de billetes de cincuenta euros enrollados y cogidos con una goma—. Es muy fácil. A nosotros nos están esperando, por lo que a ti nadie te dirá nada por dejarnos pasar. Y además te llevarás hoy a tu casa dos mil euros de propina.

El guardia miró a Carla a los ojos y negó con la cabeza. Ella sacó otro rollo de billetes igual que el anterior.

—Es tu última oportunidad. Nosotros nos podemos ir y volver mañana, pero tú no te llevarás a casa cuatro mil euros.

El guardia estiró la mano, cogió los dos fajos de billetes y se hizo a un lado.

—Yo no he visto nada —murmuró mientras pasaban.

—Nosotros tampoco.

Al doblar la primera esquina vieron la sala donde estaba dando la rueda de prensa el papa. Había mucha gente aglutinada en la puerta intentando mirar lo que ocurría dentro.

—Vamos. Rápido, a las escaleras —le dijo Roberto a Carla.

Llegaron hasta la habitación de Rubén. La puerta estaba cerrada con llave pero a la muchacha no le costó mucho abrirla con la misma horquilla que ya había utilizado antes. Ambos entraron.

—¿Y ahora qué? —preguntó Carla.

—Ahora vamos a dejar que él haga nuestro trabajo. Busca una hoja en blanco y un bolígrafo.

Roberto escribió:

Mira lo que he encontrado en el despacho del papa.

Dobló el folio, lo puso en el escritorio y dejó encima la medalla de oro. Salieron de la habitación, pero esta vez no cerraron la puerta para que Rubén reaccionara en cuanto llegara a su cuarto.

—Ahora nos toca esperar —dijo Roberto.

—¿Y si no funciona?

—Tendremos que volver mañana y acabar el trabajo nosotros, pero hoy conviene que nos vean por la ciudad, por lo que pueda pasar.

—Bien pensado. ¿Nos vamos a cenar a un restaurante?

—Sí, y luego nos iremos a tomar alguna copa por ahí.

—Esto me gusta más. ¿Y luego? —preguntó Carla retirándose el flequillo de la cara y mirándolo intensamente.

—Dios dirá.

Se le escapó una carcajada que retumbó por los pasillos vacíos.

—Salgamos de aquí.

El santo padre se levantó sin conceder ronda de preguntas a los periodistas y fue directamente hacia su habitación. Cuando se cruzó en el pasillo con el cardenal Santiago, le dijo:

—Don Santiago, sabe que le tengo en alta estima, pero nunca vuelva a interrumpir uno de mis discursos. ¿Entendido, su ilustrísima?

—Perfectamente, su santidad.

El cardenal había entrado en la sala de prensa mientras el papa hablaba y le había hecho perder el hilo de lo que estaba diciendo en ese momento, haciéndole quedar en ridículo ante los periodistas. Ninguno hizo preguntas fuera de las establecidas, con lo que la rueda de prensa fue por el cauce previsto.

Mientras subía las escaleras comentaba con Rubén.

—¿Qué te ha parecido?

—Sublime. Creo que tiene a todo el mundo encandilado.

—¿Verdad que sí? Y mañana es el plato fuerte.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—No.

—¿Y puedo hacer algo para ayudarlo? —preguntó Rubén.

—Mañana no, pero hoy puede pedir a la cocina que me preparen algo rápido. Me voy a ir a dormir directamente. Estoy agotado. Le espero en mi habitación. Por cierto, acérquese al cuarto de nuestra familia para ver si les puede ayudar en algo.

—Con sumo gusto.

—¿Se ha enterado de...?

—Sí. Mañana.

Rubén bajó a la cocina y pidió un sándwich para el papa que no tardaron nada en preparar. Cuando le subió la cena a la habitación ya se había cambiado y estaba de rodillas, rezando delante de su cama.

—Disculpe, su santidad.

Entró intentando molestar lo menos posible y dejó el sándwich encima del escritorio.

—Rubén, ¿puede recoger mi vestimenta?

—Cómo no.

—Gracias.

Amontonó las prendas que estaban encima de la silla, las dobló con mucho cuidado y se las llevó al despacho. Cuando salió de la habitación el papa cogió su móvil y llamó.

—Pablo, ¿qué tal estás?

—Déjate de formalidades.

—Tienes razón. Solo te llamaba para decirte que todo ha ido perfecto. Mañana no hace falta que vengas.

—Al final ¿te vas a atrever? —preguntó el sacerdote.

—Claro, es el mandato de Dios.

—No, es el tuyo.

—¿Dudas de que fuera Dios quien me ordenó hacer todo esto!

—No —contestó con voz de resignación.

—Amigo mío, el plan divino empezó antes de lo que tú crees y mañana volveremos al inicio, tal y como Dios lo quiso un día. No sé si tengo que recordarte tus palabras.

—No hace falta. Sé perfectamente lo que dije, pero no creí que fueras a ser capaz.

—Pablo, si Dios, nuestro señor, te lo hubiera pedido a ti, ¿lo harías?

Pablo no dijo nada.

—No hace falta que respondas. Tu silencio lo ha hecho por ti.

Rubén guardó cada prenda en su sitio dentro del armario. Cerró con llave y se fue al piso de arriba, donde estaba alojada la familia de Carlos. Llamó a la puerta.

—Hola —dijo María Jesús abriendo la puerta de par en par.

—¿Qué tal están?

—Bien.

—Me ha enviado el papa para ver si puedo hacer algo por ustedes.

—No se me ocurre nada. Estamos muy bien. ¿Qué tal ha ido la rueda de prensa? Parecía estar algo nervioso cuando ha terminado el discurso en el balcón. ¿Ha salido todo bien?

—Me ha parecido excelente. Está todo el mundo emocionado. De hecho, él me ha dicho que ha ido todo como debía ir. Ahora ya está descansando. Dice que mañana le espera un día emocionante también.

—Sí, nosotros deberíamos hacer lo mismo.

—Entonces, si no puedo hacer nada por ustedes, no les molesto más.

—No es molestia. Muchas gracias por todo.

Cerró la puerta.

—Es muy majo, ¿verdad? —le preguntó a Pepe sin esperar respuesta. Se acercó a la alfombra en la que estaba jugando Carlos con sus muñecos de plástico y se sentó con él—. ¿Nos vamos a dormir?

—No, cinco minutos más, porfa.

—Venga vamos, que mañana nos espera un día muy intenso y tienes que estar descansado para no dormirte —dijo Pepe ofreciéndole la mano para ayudarlo a levantarse.

—Vaaaale.

El pequeño se levantó y le dio un beso a María Jesús, cogió de la mano a Pepe y se fue a la cama.

—Voy a aprovechar para llamar a Pablo.

—Vale, pero salte fuera para no molestar a Carlos.

Ella cogió el móvil y, mientras buscaba el número en la agenda, salió al pasillo y le llamó. Comunicaba.

—Vaya —dijo mirando el teléfono.

Aprovechó para dar una vuelta por los pasillos admirando los tapices que colgaban desde el techo. A medida que iba andando se daba cuenta de que faltaban algunos, porque se veían huecos con la pintura de la pared distinta. Un mensaje en su móvil le avisaba de que Pablo ya estaba disponible, así que volvió a llamar.

—María Jesús, cariño, ¿qué tal estás? —preguntó el cura con la voz un poco quebrada.

—Muy bien. Con muchas ganas de que llegue mañana.

—Ya me imagino.

—¿Qué tal están Carlos y Pepe?

—Emocionados los dos. Hemos estado escuchando el discurso en la habitación del papa. Ha sido increíble. Tenías que haber estado aquí. ¿A qué hora llegas?

—No creo que pueda ir.

—¿Cómo?

—Sí, me ha surgido algo muy importante.

—¿Más importante que nuestra boda? ¿De qué se trata? —preguntó María Jesús ofendida.

—No te lo puedo contar, pero ya te enterarás.

La voz de Pablo sonaba muy triste.

—Pablo, ¿qué ocurre?

—Nada, cariño. Tengo que colgar.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. No te preocupes. Dale un beso a Carlos de mi parte.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, no insistas. Bueno, un beso gordo, guapa.

Colgó.

María Jesús volvió a la habitación. Pepe se había quedado dormido en la cama con Carlos. Se puso el pijama y se tumbó en la suya. No dejaba de pensar en la conversación que había tenido con Pablo.

«¿Qué le pasará?».

Rubén llegó a su habitación y, al darse cuenta de que la puerta no estaba cerrada con llave, entró despacio mirando en todas direcciones.

—¿Su santidad?

Al no recibir respuesta abrió la puerta del todo y entró.

«Qué raro».

Se acercó al escritorio porque vio algo encima de él. Nunca dejaba nada sin recoger. Siempre lo guardaba todo en el primer cajón para ver la mesa impoluta. Sabía que al papa le gustaba la pulcritud y se había esforzado por tener siempre la mesa de trabajo perfecta para que nunca le pudiera reprochar nada.

«¿Qué es esto?».

Mira lo que he encontrado en el despacho del papa.

—¡Joder! No puede ser —exclamó en voz alta.

Cogió la medalla y le dio la vuelta. Se sacó la suya de debajo de la camisa. Tenía la huella digital grabada idéntica a la suya. Ambas encajaban una encima de la otra. No conseguía entender nada. La respiración se le aceleraba por momentos. Le vino a la mente una imagen del papa quitándole la medalla al cuerpo inerte de su hermano. Negaba con la cabeza.

«No saquemos conclusiones precipitadas. Primero, ¿quién ha podido dejar la nota en mi mesa? Segundo, ¿por qué me tengo que fiar de lo que diga un desconocido? Y por último, ¿se lo digo a él? No, no, no puede ser», pensaba sin parar de dar vueltas por la habitación. Se sentaba y al minuto volvía a levantarse para seguir pensando, intentando encajar las piezas. Decidió salir al pasillo para ir a la habitación del papa, pero cuando estaba a punto de llegar se lo pensó mejor y volvió a la suya.

«Tengo que recopilar más información».

Se sentó delante de la televisión y buscó el canal de noticias. En ese momento hablaban de la predicción meteorológica, pero sabía que era cuestión de tiempo que comentaran la noticia de los cardenales muertos. Estaba agotado. El día había sido muy duro. La televisión daba noticias de todo lo que había ocurrido y le venció el sueño cuando empezaron a hablar de un caso de corrupción en uno de los partidos políticos más importantes de Italia.

En el sótano, a Hugo le molestaba la pierna, sabía que la herida no era mortal pero necesitaba desinfectarla y cubrirla cuanto antes. Lucía estaba con la cabeza entre las rodillas y susurrando. Parecía que rezaba.

—Tenemos que pensar qué hacer —dijo Hugo rompiendo el silencio.

Lucía ni si quiera le miraba.

—Si no hacemos algo, vamos a morir. ¿Lo sabes, verdad?

—¡Claro que lo sé! —contestó ella gritando—. ¿Crees que soy estúpida? Aunque, pensándolo bien, sí que lo soy.

Se levantó y empezó a darse cabezazos contra la pared.

—Vale, vale.

Hugo se levantó como pudo y la abrazó.

—Lo tenía que haber mandado a la mierda.

—¿Al cardenal?

—Claro, no sé cómo me convenció. Es que soy tonta.

—No te creas. Conmigo hizo lo mismo.

—Pero ¿qué es lo que quiere? —preguntó Lucía.

—No tengo ni idea. Con la pistola que le entregué, tenía la cabeza del papa en bandeja de plata. Solo con moverse bien lo hubieran detenido.

—No seas iluso, Hugo, por Dios. ¿En qué mundo vives? En serio, ¿piensas que hubieran detenido al papa? ¡Al papa, Hugo!

—Sí, confío en la gente. A alguien tiene que conocer que fuera capaz de romper su red.

—No lo creo. El sistema está creado por y para ellos, amigo.

—Bueno, ahora no lo vamos a arreglar. Así que vamos a pensar cómo salir de aquí.

—Te aseguro que aquí abajo solo ha venido él. Me traía esos dos platos de comida, que no he tocado ni tocaré, porque al parecer uno está envenenado. Solo he comido los mendrugos de pan duro que tiraba por la ventana.

—Algo se nos ocurrirá.

—Bajar va a bajar. Quiere interrogarme porque algo se huele —dijo Lucía.

—¿Por qué lo sabes?

—Cuando me descubrió, gritó: «¡Habéis tardado en aparecer, ratas!».

—Entonces sabe que hay algo.

—Sí.

—Eso es peor, porque supongo que ahora estará alerta.

Hugo se sentó, se destapó la herida que ya había dejado de sangrar y la limpió con la camisa. Empezó a imaginar lo que haría cuando el papa volviera a bajar para ver a Lucía y se encontrara allí a con él, su exsecretario, al que trató de estrangular en el asiento de atrás de un coche. La imagen de aquel día con una cuerda en el cuello no se le borraba de la mente y ahora, con la única pista que le podría delatar en manos del cardenal Santiago, se daba cuenta de que estaba perdiendo la batalla.

## Capítulo 31

Rubén se despertó en el suelo, sobresaltado. Se había caído de la silla en la que se quedó dormido. La televisión seguía encendida con el canal de noticias puesto. Por fin consiguió ver la noticia entera, y asimiló que uno de los tres cadáveres era el de su hermano. Aún tenía esperanza de que se hubiera marchado del país a vivir su sueño idílico de ayudar en las misiones africanas del que tanto hablaban por teléfono. Pero no. La realidad le había golpeado. Lo primero que hizo fue llamar a su madre. Al parecer no sabía nada todavía. No solía ver la televisión ni leer los periódicos que rara vez llegaban al pueblo de la sierra al que se había marchado cuando él aceptó el nuevo trabajo en el Vaticano.

—Mamá, tranquilízate. En unos días iré allí. Voy a hacer lo que pueda para poder enterrar al tato. Te lo juro —se despidió.

Colgó y volvió a pensar en la nota, en quién se la podía haber dejado. No tenía ningún sospechoso porque esos días el palacio acogía a mucha gente. Decidió salir de su habitación e ir a desayunar. A diez metros de su puerta se encontró al cardenal Santiago con una bolsa negra. Se acercaba a él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Rubén, ¿qué tal estás?

—Eminencia —le dijo mientras se inclinaba.

—Me han dado esta bolsa en la puerta. Me han dicho que la encontraron en uno de los baños de la planta primera. Se la iba a entregar al santo padre. No te vas a creer lo que hay dentro.

—¿Puedo saber de qué se trata?

—Mira.

Abrió la bolsa y le enseñó su contenido.

A Rubén le cambió la cara al ver la pistola. Al fondo se divisaba una llave, pero él no la había visto nunca.

—Tú mejor que nadie sabrás qué hacer con esto. Yo tengo que marcharme y no se lo puedo entregar en persona. Tengo entendido que ha pedido que no le moleste nadie hoy.

—Sí, así es. De hecho el palacio permanecerá cerrado. Y todo el personal excepto el de cocina tiene el día libre.

—Volveré mañana —dijo dándole la bolsa.

—Eminencia.

El cardenal bajó las escaleras y encaró el pasillo principal hacia la salida.

«Seguro que le devuelve las dos cosas —pensó el cardenal mientras salía del palacio—. Ahora solo hay que dejar que todo el mundo haga lo que tiene que hacer, aunque...».

Rubén seguía mirando atónito la pistola. Decidió cogerla y se la colocó en el cinturón, tapada por la chaqueta. Al momento escuchó cómo el papa gritaba desde su despacho.

—¡Rubén!

—Su santidad, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó recobrando el aliento tras haber llegado corriendo.

—Alguien ha entrado en mi despacho.

—No puede ser.

—Claro que puede ser, estúpido. Han abierto incluso mi caja fuerte y se han llevado varias

cosas muy valiosas. Quiero que vayas al centro de seguridad y que mires las cámaras.

—Enseguida. ¿Me puede decir qué le han robado? Por intentar localizarlo en palacio.

—Varias cosas, pero tenía una llave que necesito ahora mismo.

—¿Esta? —preguntó enseñando la llave que le acababa de dar el cardenal Santiago.

—Pero... ¿por qué la tienes tú?

—Me la acaba de dar el cardenal Santiago. Me ha dicho que se la habían encontrado en un baño de esta planta.

La cara del papa mostraba desconfianza. Alargó la mano para que le devolviera la llave y Rubén se la entregó.

—No tengo tiempo. Mira las grabaciones y llámame. No me busques. Estaré ocupado todo el día. Bueno, supongo que para la cena podremos hablar de nuevo.

—Voy enseguida. Por cierto, no ha dado ninguna indicación para el tema de los cardenales encontrados en Roma.

—Lo sé.

—Ayer, durante todo el día, estuvieron confirmando que los cuerpos que habían encontrado en la casa abandonada eran de los cardenales Inglese, Morlanes-Forcén y Chirizzi. Tenían un disparo en la cabeza y estaban calcinados. El mundo está esperando su comunicado oficial.

—No tengo tiempo. Hoy es probablemente el día más importante desde que llegué a este palacio, así que no quiero que me distraiga nada. Mañana haré el dichoso comunicado con eso y varias cosas más. Llámame luego con lo que veas en las cintas.

—Así lo haré —contestó Rubén.

«Entonces la pistola también era suya».

—Venga, rápido.

El papa le hizo un gesto con la mano para que saliera del despacho. Cuando se cerró la puerta sacó la bolsita que tenía en el doble fondo de la caja fuerte y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

Salió del despacho y se dirigió a la habitación de sus invitados de honor. Llamó a la puerta y esperó. La melena pelirroja de María Jesús se asomó totalmente alborotada.

—No le esperábamos tan pronto.

—No te preocupes, hija mía. Solo he venido para deciros que almorzaremos en el salón principal. Bajad cuando queráis. Por cierto, hoy he dado fiesta a todo el personal de palacio excepto a Rubén y un cocinero que nos ha preparado el almuerzo.

—Fantástico.

—Os lo digo para que no os extrañéis si no veis a nadie deambulando por los pasillos —aclaró el papa—. Os espero en el salón.

—No tardaremos.

—Nos vemos luego. Yo voy a ir bajando para prepararlo todo.

—Es muy amable —le dijo María Jesús.

Cerró la puerta y empezó a gritar a Pepe y Carlos para que se terminaran de cambiar. Pepe estaba en el baño duchándose y ella entró voceando que se diera prisa.

—Chica, tranquila, que te va a dar algo.

—Estoy muy tranquila —contestó mirando el vestido blanco que tenía colgado en el armario—. Mientras os termináis de cambiar voy a aprovechar para llamar a Pablo a ver qué tal está porque ayer me dejó algo preocupada.

Cogió el teléfono y llamó, pero tras cinco tonos sin responder colgó.

Lucía y Hugo se sobresaltaron al escuchar el cerrojo de la puerta metálica del pasillo.

—Querida, lamento decirte que no te he traído desayuno. Hoy no tengo tiempo para ti.

Se oían los pasos del santo padre al principio del pasillo. Debía llevar algo consigo porque sonaba como si arrastrara una maleta de ruedas. Cada vez se escuchaba más cerca. La cabeza pelada del papa se detuvo ante la celda. Hugo ni respiró. Se pegó a la pared tanto como pudo para que no pudiera verle aunque se acercara mucho a la pequeña ventana.

—Me encantaría que vivieras este día tan glorioso en libertad, ya que será recordado y estudiado, pero no puedo fiarme de ti ni de nadie. Por lo menos hasta que pase hoy. Voy algo justo de tiempo. Esta noche terminaremos la conversación que tenemos pendiente. Y come algo, por Dios. No quiero que enfermes antes de tiempo.

Lucía decidió no contestar y quedarse sentada en la esquina de la celda mirando a la pared para no delatar a Hugo con su mirada.

El sonido de las ruedas se detuvo un poco más adelante.

—Pequeña, hoy es tu día —le dijo el papa a su cruz acariciándola lentamente. Haciendo un esfuerzo la subió en el pequeño carrito que había bajado para transportarla. El carro llevaba las cuatro ruedas de base y un mecanismo que le permitía, sin ejercer mucha fuerza, salvar bordillos, escaleras o pequeños desniveles. Volvió al pasillo y se dirigió a la salida. Cuando el ruido se alejó un poco de su celda, Hugo se asomó y vio cómo cargaba la cruz que él mismo había robado del hangar del aeropuerto tiempo atrás.

«Sí que lleva tiempo preparando el día de hoy», pensó mientras miraba el cerrojo de la celda de enfrente.

—Dame tu camisa.

—¿Qué dices?

—Dame tu camisa, va.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Estas celdas son antiquísimas. Mira el mecanismo de cierre.

—Sí, como si fueran el cerrojo de la puerta de un baño.

Lucía se desabrochó los botones y se la dio.

—Si conseguimos enganchar la manezuela con la camisa creo que podremos moverlo.

Pasó un botón de la muñeca por el ojal de la manga contraria haciendo lo mismo con el botón de la otra muñeca y así consiguió crear una especie de lazo. Cuando escucharon la puerta de la entrada cerrarse intentó atinar con él en el cerrojo, pero falló. Siguió probando.

Al otro lado de la puerta metálica al papa casi se le cayó la cruz encima cuando cerró el portón. Le dio tiempo a cogerla antes de que se volcara por completo, pero con el susto se le olvidó cerrar la puerta con llave. Se dio cuenta de que iba a tener un camino arduo hasta donde quería llegar. No podía avisar a nadie para que le ayudara y optó por posicionarse de tal manera que la cruz reposara en su espalda para que fuera más fácil de transportar. Al verse en esa posición le vino a la cabeza la imagen de Jesucristo y le dio un escalofrío por toda la espalda que le erizó el vello de los brazos; inevitablemente, sonrió.

Rubén entró en el centro de seguridad y se sentó delante del ordenador que gestionaba las grabaciones de las pocas cámaras que tenía el papa instaladas en el palacio. Una era del pasillo de su despacho. Buscó la grabación del día anterior. Le costaba manejar el sistema de archivos

porque, desde que se lo explicaron, no lo había vuelto a tocar. Cuando localizó el vídeo, vio cómo un hombre, para él desconocido, entraba en el despacho y poco después salía con mucha prisa y bajaba por las escaleras. Aprovechó que tenía acceso a las grabaciones para buscar alguna que le diera pistas sobre quién había podido dejarle la nota en su habitación, aunque sabía de sobra que ninguna de las cámaras instaladas estaba orientada hacia su cuarto.

Tras un buen rato enfrascado en la multitud de vídeos archivados lo dejó por imposible. Ese día por el palacio merodeaba mucha gente, periodistas buscando su material apilado en los pasillos o buscando algún aseo tras tantas horas trabajando. Empleados del propio palacio cumpliendo órdenes llevando cosas de un lado a otro... En definitiva, imposible de determinar sin una cámara fija en la puerta como la que se había instalado el papa en su habitación. Fue una pérdida de tiempo. El archivo más reciente era de hacía unos minutos y se veía al papa cruzar el pasillo principal con su cruz, hacia la Capilla Sixtina.

«Por eso hoy está cerrado todo el circuito turístico. ¿Qué es lo que tendrá planeado?».

Carlos iba de la mano de Pepe, y María Jesús seguía intentando hablar con Pablo, pero no le contestaba las llamadas. Llegaron al salón principal en frente de la Capilla Sixtina. La mesa estaba preparada para tres comensales aunque podrían haberse sentado a comer más de treinta personas. Ellos se sorprendieron porque no esperaban ser los únicos invitados del papa. Se quedaron admirando la grandeza del salón. Para María Jesús, demasiado recargado; para Pepe, simplemente espectacular. Los cuadros, los tapices, las sillas, todo demostraba la riqueza del Vaticano en su mayor esplendor. Carlos parecía intimidado por semejante habitación y solo podía mirar a la lámpara gigante tipo araña que colgaba del techo. Parecía hecha con diamantes de la luz que reflejaba sin ni siquiera estar encendida.

—¡Queridos!

El papa irrumpió en la habitación.

—Su santidad —dijeron ambos a la vez.

Carlos volvió a esconderse detrás de Pepe, aunque esta vez tardó menos en salir y darle la mano al papa en cuanto se la ofreció para acompañarle a la silla.

—Vamos a almorzar, pequeño. ¿Vienes?

Lo cogió en brazos para sentarlo en una de las tres sillas que había en la mesa y, al ver que le quedaba un poco grande, fue hasta una de las que estaban en la pared, le quitó el cojinetes y se lo puso en la de Carlos.

—Así sí, ¿verdad?

—Sí, mejor.

—¿Te puedo preguntar una cosa, Carlos?

El niño miró a su madre, que asentía con la cabeza.

—Sí —contestó el pequeño.

—¿Tú crees en Dios, nuestro señor todopoderoso?

—¿En Jesús?

—Sí, eso es.

—Claro, sé que nació en Belén —dijo Carlos sin mirarlo.

—¿Sabes? su padre es nuestro Dios, mi jefe —dijo el santo padre guiñándole un ojo—. Podéis sentaros, queridos. Yo voy a por una cosa y empezamos.

Pepe y María Jesús se sentaron uno a cada lado de Carlos. El papa se acercó a una mesa

auxiliar al fondo de la habitación y volvió portando un barreño con agua. La bendijo delante de ellos haciendo la señal de la cruz. Se acercó a María Jesús.

—¿Puedes levantarte un segundo, querida?

—Por supuesto.

El papa retiró un poco la silla dejando más distancia con la mesa.

—Ya te puedes sentar. ¿Me permites que te descalce?

—Pero...

Miraba atónita a Pepe. El papa la descalzó y empezó a limpiarle los pies mientras recitaba algo inteligible para ella. Procedió de la misma manera con el otro pie y luego hizo lo mismo con Carlos y con Pepe. No sabían qué decir. Fue el sumo pontífice quien rompió el silencio.

—Luego lo entenderéis todo.

—Sí, porque debería ser al revés —dijo Pepe.

Se levantó y llevó el barreño hasta la mesa auxiliar. Del bolsillo de la chaqueta sacó la bolsa que guardaba en su caja fuerte y vertió su contenido en la jarra de zumo, le dio vueltas con la cuchara y luego bajó la tapa del recipiente. Hizo lo mismo en la botella de vino y luego la vertió en un decantador de cristal. Empezó a llevar comida de esa mesa a la grande y la dejó cerca de sus invitados para que pudieran coger lo que quisieran.

—¿Qué te apetece, Carlos? —preguntó el papa.

—*Pizza*.

Rápidamente cortó una porción de una pequeña *pizza* que había dejado cerca del pequeño porque suponía que le pediría eso. Se la puso en el plato.

—¿Quieres que la corte?

—No, no. Me gusta así.

Le sirvió zumo de naranja en el vaso sin preguntar.

—Vosotros ¿qué queréis? —preguntó a los adultos mientras les echaba vino en las copas.

Ambos estaban con la boca abierta, totalmente sorprendidos. El papa de Roma les había lavado los pies y ahora les estaba sirviendo el almuerzo.

—Bendícenos, señor, y bendice estos alimentos que por tu bondad vamos a tomar. Por Jesucristo, nuestro señor.

—Amén —respondieron los tres.

## Capítulo 32

Prácticamente no quedaba nada del maquillaje que le habían puesto a Hugo. El sudor había conseguido despegar los implantes de silicona que hinchaban su papada y sus mejillas. Llevaba intentando atrapar el cerrojo más de una hora. Lucía ya lo había dado por imposible y se había vuelto a sentar en el suelo.

«Venga, venga», pensaba mordiéndose el labio inferior en cada intento.

—Déjalo, no lo vas a conseguir —le dijo ella.

—Si deo de intentarlo es cuando no lo conseguiré —contestó sin mirarla—. Esta es la buena.

Se volvió a morder el labio y lanzó su lazo improvisado.

—Y si lo consigues, ¿cuál es tu plan?

—Buena pregunta. Deberíamos encontrar la pistola y escapar de aquí hasta que se tranquilice todo un poco.

—Si conseguimos escapar, me marcharé muy lejos.

—La distancia no suele funcionar, créeme. ¡Ahora! —gritó.

—¿Qué? —preguntó Lucía.

—Se ha enganchado. Hugo le dio otra vuelta a la camisa para agarrar mejor el cerrojo. Estiró de las mangas para que no se soltara y fue subiéndolo poco a poco hasta que lo colocó en posición horizontal.

—¡Tú puedes, Hugo!

Lucía le animaba sin acercarse mucho para no desconcentrarlo.

Empezó a empujar el pestillo para abrirlo pero la camisa se empezaba a resbalar al ejercer más fuerza.

—Mierda, mierda.

Volvió a tirar de las mangas para que se adhirieran más al mango y siguió empujando el mecanismo. Finalmente se escuchó un clic. Entonces empujó la puerta y esta se abrió haciendo bastante ruido.

—¡Shhh! —chistó Lucía—. A ver si, con lo que te ha costado, ahora viene alguien.

—De nada, ¿eh? Vámonos de aquí.

Ambos salieron de la celda. Hugo cojeaba un poco. Llegaron a la puerta metálica.

—Mierda, esto va a ser bastante más difícil. He visto la llave de esta cerradura y creo que va a ser imposible de forzar.

—Voy a buscar un alambre, un hierro... ¿Algo así usáis, no?

—Sí, mira a ver —le dijo Hugo. Apoyó su espalda en la puerta con gesto de desesperación y casi se cae al suelo al abrirse con su peso.

—¡Lucía! El señor está con nosotros.

—¡Y con tu espíritu! —gritó desde la distancia, sonriendo mientras corría hacia la puerta desde la celda en la que había entrado—. Eres un tipo con suerte —le dijo, afirmando con la cabeza.

—Vamos para arriba.

—MJ, ¿cogiste pastillas para el dolor de cabeza? —preguntó Pepe.

—Sí, están en la habitación.

—Genial, es que me empieza a molestar.

—A mí también. Creo que es de la tensión del día.

—Sí, puede ser.

La comida había sido muy distendida. Ambos tenían la sensación de que el papa era una persona normal con una responsabilidad enorme a sus espaldas. El santo padre se había interesado mucho por su vida en Zaragoza y por el pasado de ambos. De hecho, cuando le estaban contando alguna cosa les parecía como que él ya la supiera.

—María Jesús, ¿qué me puedes contar de tu embarazo? Me han llegado rumores de que no conoces al padre —preguntó sin ningún pudor.

—No. No lo conozco. De hecho aún no me explico cómo se concibió. Si le digo la verdad prefiero no pensarlo.

—Yo te puedo decir quién es el padre...

—¿Lo sabe?

—Sí. Es Dios, nuestro señor. Ahora mismo tienes que estar sintiendo lo mismo que sintió la virgen María cuando los dos ángeles le dijeron que su hijo era el hijo de Dios.

—Le reconozco que alguna vez lo he llegado a pensar porque le juro que no tuve relaciones con nadie.

Pepe no decía nada y Carlos jugaba con dos muñecos que le habían bajado para que se entretuviera.

—Querida, tenerte aquí es un verdadero honor que nunca te podré agradecer lo suficiente.

—Con que nos case luego me doy por agradecida.

La comida continuó.

—Hemos estado muy a gusto, su santidad.

—Mamá, tengo sueño —interrumpió Carlos.

—Qué raro. ¿Has dormido mal, cariño?

—Seguro. Cuando no se duerme en la propia cama es lo que suele pasar —interrumpió ahora el papa—. ¿Quieres que te coja yo en brazos y te duermes un poco?

—Vale —le contestó Carlos frotándose los ojos.

El pequeño bajó de la silla y fue hasta donde estaba el papa, que le esperaba con los brazos abiertos.

—Ven aquí.

Lo levantó y lo acomodó en sus piernas con la cabeza en su pecho.

—Se le dan muy bien los niños —le dijo María Jesús.

—No te creas, querida. Con Carlos es todo más fácil. —El pequeño se durmió al instante—. ¿Queréis que nos acerquemos a la capilla donde celebraremos la boda?

—Yo me encuentro un poco mal —dijo Pepe—. Preferiría ir a la habitación a descansar un rato.

—Es la puerta de enfrente. Le echamos un vistazo y os dejo que subáis a prepararos. ¿Qué os parece?

—Vale, yo también me encuentro algo mareada.

—Vamos, es ahí. No nos costará ni un par de minutos y luego podréis subir a descansar hasta la hora de la boda. Mejor dicho, nos iremos todos a descansar.

El papa se encaminó hacia la salida con Carlos en sus brazos dormido.

—Pero habrá que recoger esto —dijo Pepe como si estuviera embriagado.

—Déjalo así. Ya mandaré a alguien para que lo recoja más tarde.

—Vale, vamos.

María Jesús abría y cerraba los ojos. Parecía que se estaba quedando dormida de pie.

—Seguidme.

El santo padre los condujo a la habitación del otro lado del pasillo. Era la Capilla Sixtina. Cruzaron el murete que dividía en dos la sala y pasaron a la parte donde estaba el altar. La majestuosa cruz estaba en el suelo justo a su derecha.

—Contemplad la gran obra de Miguel Ángel.

—Es impresionante.

—No me encuentro bien —dijo María Jesús antes de desvanecerse en el suelo.

—¡MJ! —gritó Pepe antes de cerrar los ojos y caer derrumbado.

El santo padre cerró los ojos y respiró tan profundo como pudo. Dejó a Carlos recostado en un banco que estaba pegado a la pared. Después se acercó a donde había caído María Jesús, la cogió por los brazos y la arrastró hasta la parte trasera del altar.

—De mí salió la mitad de tu hijo, María Jesús. Dios, nuestro señor, así lo quiso. Y de la misma manera que murió el suyo, hoy morirá el mío para resucitar en su gloria y así lograr el perdón de todos nuestros pecados.

Mientras hablaba en alto hizo lo mismo con Pepe. Lo cogió de los brazos y lo llevó hasta donde había dejado a María Jesús.

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

Empezó a rezar en voz baja mientras sacaba ropa de un baúl que tenía guardado tras el altar.

Se vistió con el traje papal completo: sotana, casulla y alba, como a él le gustaba. Esta vez incluso se colocó la mitra que el día anterior rehusó ponerse en la cabeza. Se pasó el palio por el cuello y cogió el báculo con su mano derecha.

—*Ave María, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui Iesus...*

Seguía rezando mientras se acercaba al banco donde había dejado a Carlos.

Hugo y Lucía estaban subiendo todo lo rápido que podían a la planta que daba a la calle, pero la pierna malherida de él les hacía parar cada poco. Ambos estaban muy débiles y no veían el final de las escaleras. Tras unos minutos de subida que les parecieron horas, llegaron al recibidor principal. No había nadie.

—¿Dónde puede estar? —preguntó Hugo.

—Ni idea.

—Piensa, hombre, piensa. No puede estar muy lejos porque la cruz era bastante difícil de transportar, ¿no?

—Sí, eso parecía.

—Entonces busquemos en las habitaciones de aquí. ¿Esa puerta?

—Es la trasera de la Capilla Sixtina.

—Vamos a ver —dijo Hugo cogiendo fuerzas para seguir caminando.

«Ese es Rubén. ¿A dónde irá a esa velocidad?», pensaba el cardenal Santiago. Observaba de lejos cómo el secretario del papa bajaba las escaleras de tres en tres. Salió de detrás de la columna en la que se encontraba escondido para llegar a la siguiente y volver a ocultarse. Hizo lo mismo con las demás para seguir avanzando sin que le viera.

El papa colocó a Carlos tumbado encima de la cruz. El pequeño seguía dormido. No se movía, pero respiraba normalmente. Le ató por las muñecas con un pañuelo de seda. Hizo lo mismo con los tobillos y después le pasó un pañuelo más grande por la cintura para que quedara bien sujeto a la madera.

—Señor, hoy el plan divino, tu plan, ha empezado.

Levantó la cruz y con la carretilla la llevó al centro de la capilla. El cuerpo de Carlos ni siquiera se movió. Aparentemente lo había asegurado bien.

—Por él, que es tu palabra, hiciste todas las cosas; tú nos lo enviaste para que, hecho hombre por obra del Espíritu Santo y nacido de María, la Virgen, fuera nuestro salvador y redentor. —El papa hizo una pausa y respiró profundamente de nuevo. Estaba recitando con los ojos cerrados y el báculo orientado hacia la cruz delante de su pecho—. ÉL, en cumplimiento de tu voluntad —continuó—, para destruir la muerte y manifestar la resurrección, extendió sus brazos en la cruz, y así adquirió para ti un pueblo santo.

Con la mano derecha tiró de la cabeza del báculo y descubrió una espada tan brillante como los ojos del santo padre.

—Señor, hágase tu voluntad.

Cogió la espada como si fuera una lanza y cargó contra el pequeño. Justo en el momento que iba a perforar el pecho de Carlos se escuchó un disparo desde la puerta que daba al salón. La trasera también se abrió. Hugo y Lucía se asomaron a la capilla y vieron cómo, desde el otro lado Rubén disparaba al papa, acertándole en el pecho y haciendo que cayera desplomado.

—Joder, marchémonos de aquí. Venga, es nuestra oportunidad —dijo Lucía cogiendo de la mano a Hugo, que estaba boquiabierto. Este se dejó llevar y desaparecieron sin que llegaran a verlos.

Rubén se acercó rápidamente al papa. Se desangraba en el suelo, ante la cruz.

—Era la palabra de Dios —dijo con mucha dificultad.

—No, su santidad, era su palabra. ¿Para esto mató a mi hermano?

—Era la palabra de Dios —expiró.

Rubén reaccionó y asió la cruz. La tumbó y desató los pañuelos de seda que sujetaban a Carlos. En ese momento, desde la puerta por la que había entrado, se escuchó un grito.

—Pero... ¿Qué has hecho?

—Don Santiago, ayúdeme.

—¿Qué ha ocurrido, hijo mío? —preguntó entrando en la capilla.

—Ha intentado matar al pequeño.

Señaló en dirección a la espada.

—Así que esto es lo que llevaba planeando tanto tiempo —dijo el cardenal mirando para todas las direcciones.

—Yo no sabía nada. ¿Cómo iba a imaginarme esto?

—El gran día, decía él.

—Hay que llamar a la policía —sugirió Rubén.

—Sí, aunque se me está ocurriendo algo mejor. ¿Qué les contarías?

—La verdad: que este hombre había perdido la razón.

—Sí, claro, pero ha muerto por un disparo tuyo —replicó Santiago.

—¿Qué se le ha ocurrido?

—Ahora verás... Tal y como decía él, hoy va a ser su gran día. Ayúdame. Mira, allí atrás. Esos dos cuerpos deben de ser los padres. Lleva al niño con ellos y ven.

Mientras Rubén llevaba a Carlos al fondo de la sala, el cardenal empezó a tocar el cuerpo del papa. Cogió la espada y se la puso en las dos manos. Levantó los brazos del papa e hizo que se la clavara en el mismo lugar en el que había impactado la bala. Había simulado un suicidio que en la autopsia se desmentiría tan rápido como el forense quitara la sábana que lo cubriera.

«Del forense ya me encargaré yo», pensó el cardenal.

—¿Qué hago ahora? —preguntó Rubén.

—Ayúdame y te explico en lo que he pensado.

Entre los dos levantaron el cuerpo inerte. No era demasiado pesado, por lo que pudieron moverlo con relativa facilidad.

—Déjalo aquí encima, pero así no. Al revés —le dijo el cardenal.

—Ya veo por dónde quiere ir.

—¿No quería su gran día?

## Epílogo

El grito del bedel se escuchó por todo el palacio. No tardaron en llegar dos guardias a la Capilla Sixtina, donde se encontraron al encargado de la limpieza arrodillado y con las manos tapándose la boca. Los dos guardias dieron un paso atrás cuando miraron al frente. La cruz se alzaba todo lo majestuosa que era, en medio de la capilla, y como huésped en sus brazos acogía al santo padre, que colgaba atado solo con una mano al travesaño horizontal. A sus pies un pergamino cerrado con el sello papal y la espada ensangrentada. Ninguno reaccionó hasta que uno de los guardias salió de la habitación y fue a buscar a Rubén.

Tras buscarlo durante un rato por todo el palacio, lo encontró esperando delante de la habitación de María Jesús.

—¡Señor!

—¿Qué ocurre, a qué se debe tanta prisa?

En ese momento Pepe abrió la puerta.

—Señor —dijo el guardia dándose la vuelta para que Pepe no le escuchara—, el santo padre...

—¿Qué quiere? —disimuló.

—Lo hemos encontrado muerto en la Capilla Sixtina.

—¿¡Qué!? Ahora mismo bajo. Que no abran las puertas hoy, sin preguntas.

—Sí, señor.

—Perdonen —le dijo a Pepe girándose—. Venía a ver qué tal se encontraban, pero no puedo hablar ahora. No salgan de la habitación. Vendré luego a buscarles.

—Vale —contestó Pepe desconcertado. Cerró la puerta y volvió a la cama—. ¿Qué tal te encuentras MJ? ¿Sabes qué hora es?

—No.

—Son las ocho y cuarto de la mañana.

—¿Qué?

—Como lo oyes.

—Y ¿nuestra boda?

—Nos hemos dormido —contestó Pepe.

—Me duele tanto la cabeza que parece que me va a estallar.

—A mí también. Ten, tómate esto. —Le entregó un sobre que había vertido en el vaso de agua de la mesita de noche—. ¿Qué tal está Carlos?

—Sigue durmiendo.

—¿Te acuerdas de algo de lo que pasó ayer? —preguntó Pepe.

—Ufff, solo hasta que llegamos a la capilla y el papa nos enseñó las pinturas de Miguel Ángel. A partir de ahí nada. No sé ni cómo he llegado a la cama.

—A mí me pasa igual.

—Qué raro.

Lucía y Hugo habían llegado al puerto de Civitavecchia, una ciudad a unos ochenta kilómetros de Roma, robando un coche en las cercanías del Vaticano. Ahora estaban esperando en la cabina de venta de billetes el horario de los barcos y los destinos. No tenían dinero y tendrían que colarse

como polizones en alguno de los de ese día. Sentían que todo el mundo les miraba. Sin embargo solo eran dos personas más dentro del alboroto nocturno del puerto.

Durante el recorrido hasta la ciudad costera decidieron que la mejor opción sería viajar a España, a algún pueblo de la sierra toledana que no tuviera iglesia, para alejarse de las manos del cardenal Santiago. Estaban seguros de que trataría de encontrarlos y los buscaría sin descanso. Querían dejar atrás la muerte del papa por lo que les pudiera acarrear. Habían visto cómo el santo padre quería crucificar a un niño y cómo Rubén le disparaba para evitarlo. Lo que ocurriera ahora en el seno de la Iglesia ya no era de su incumbencia.

En los días posteriores, toda la prensa se hacía eco del acto de fe del santo padre. En los programas de televisión se debatía entre la cordura y el amor hacia el resto del mundo del Papa Redentor, como lo pasaron a llamar desde ese día. La religión católica vivía una época de nuevo esplendor. Todas las acciones que se estaban llevando a cabo en la Iglesia eran vistas con buenos ojos: la publicidad de su caridad, sus misiones de ayuda en los países menos favorecidos y centros de ayuda social. En las misas se notaba incluso más asistencia de gente joven que creía firmemente que ahora sí que se promovía un mensaje que llegaba y entendía todo el mundo.

Dos días después se celebró el funeral del pontífice. Según las fuentes oficiales, fue el más multitudinario de la historia y la presencia de toda la clase política y de altas autoridades de todos los países lo convirtió en el evento del siglo.

—Su trabajo ha sido excepcional, querida Vera —le dijo don Santiago a la inspectora jefe.

—Gracias, su eminencia. Me limito a cumplir con lo que usted necesita —contestó ella.

—Solo espero poder compensarle como le prometí. El consejo de cardenales será mañana y espero que todo vaya como tiene que ir.

—Es un honor. No dudo que lo conseguirá.

La inspectora besó el anillo del cardenal y desapareció entre el tumulto de gente que estaba esperando para hablar con él. Era el favorito en todas las apuestas para ocupar el puesto de sumo pontífice y muchos de los políticos allí presentes no querían dejar pasar la oportunidad de presentar su respetos.

María Jesús, Pepe y Carlos fueron invitados por Rubén a asistir al funeral y a pasar unos días más en Roma, en uno de los mejores hoteles de la ciudad.

—Eres muy amable —dijo Pepe.

—Es lo menos que puedo hacer por vosotros —contestó Rubén mientras salían de la plaza por una de las puertas traseras de palacio.

—Era un gran hombre, ¿verdad? —preguntó María Jesús.

—Sí... La pena es que veníais a casaros y no habéis tenido boda. Y con el lío que vamos a tener por aquí estos días no os puedo asegurar que tengamos tiempo para celebrar una ceremonia como os merecéis.

—No te preocupes. Cuando volvamos a Zaragoza nos casará un sacerdote que era amigo del papa, el padre Pablo. Seguro que le hace mucha ilusión.

—Es una muy buena idea... Bueno, pequeño —le dijo a Carlos agachándose para quedarse a su altura—, espero que todo te vaya muy bien. Seguro que algún día nos volveremos a ver.

Le revolvió el pelo y le guiñó un ojo.

—Sí —contestó Carlos.

—Cuatro calles más abajo os está esperando un Hummer negro que os llevará al aeropuerto. No

os acompaño. Tengo muchas cosas que hacer aquí.

—No te preocupes. Muchas gracias por todo.

—A vosotros, y que os vaya muy bien por España.

La multitud de gente era increíble. Tanto que costaba dar un paso en cualquier dirección. Tras más de diez minutos abriéndose paso notaban que el gentío ya era más ligero e incluso había coches circulando. Ya veían el Hummer aparcado en la esquina. En el paso de peatones el semáforo se puso rojo.

—Voy a aprovechar para llamar a Pablo.

—¿Pablo? —gritaba Torres al otro lado de la puerta—. Sé que estás dentro. Estoy escuchando tu móvil.

Golpeó la puerta de nuevo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ortega.

—Tira la puerta. Igual le ha pasado algo. Lleva muchos días sin contestarme al teléfono.

Ortega cargó contra la puerta. Cedió a la primera.

—¡Dios mío! No puede ser.

—¿Qué esperabas, Torres? Era lo normal. Si tuviéramos conciencia tendríamos que hacer lo mismo. Voy a llamar a la policía.

—No contesta. ¿No le habrá pasado algo? —preguntó María Jesús.

—No lo sé. Espero que no —le contestó Pepe dándole la mano a Carlos—. Crucemos, que se ha puesto verde.

Una furgoneta frenó bruscamente justo delante de ellos al ponerse el semáforo en rojo. Pepe miró al conductor por lo fuerte del frenazo para intentar reprocharle con su mirada, pero cuando vio al conductor el corazón se le aceleró.

—No puede ser —dijo sin dejar de andar para llegar al otro lado del cruce.

—¿Qué pasa?

—Carla.

—¿Qué?

—En la furgoneta.

Cuando se giraron la furgoneta ya había arrancado, saltándose el semáforo en rojo.

—Nos ha visto.

—Imposible —le dijo Roberto.

—Te digo que nos ha visto.

—No pasa nada. No creo que nos los volvamos a cruzar nunca más, cariño.

Roberto estaba en el asiento del copiloto, enviando un correo con su portátil. El destinatario era xxx@xxx.xxx.

Puede hacer la transferencia con el resto del dinero cuando quiera.

A los pocos segundos recibió la contestación.

Me temo que no habrá transferencia puesto que usted no fue quien llevó a cabo el trabajo.

—Será cabrón. Esto no va a quedar así —dijo cerrando la tapa del portátil con un golpe seco.

## De vuelta al inicio

En la habitación del cardenal Santiago una carta ardía en la papelera metálica. Él estaba escribiendo algo en su gran mesa de madera.

Es mi última voluntad la que aquí dejo escrita y la que tú serás el encargado de ejecutar. Cuando llegues al Vaticano estaré ya con Nuestro Señor y no podré decírtelo de palabra.

Tres cardenales han conspirado a mis espaldas para que esto terminara así. Morlanes-Forcén, Inglese y Chirizzi son los responsables. Tú serás nombrado papa, pero ellos deben ser excomulgados y relegados para que el resto del consejo te nombre a ti. Con ellos en el consejo no alcanzarás el puesto y debes hacerlo. En el cardenal Santiago tendrás a tu mejor valedor, tal y como yo lo tuve.

Sabes cuál es el plan de Dios. Igual que se inició todo, has de comenzarlo de nuevo. Una vez, muy pocos creían en lo que decía la Iglesia y hubo una forma de que todos empezaran a creer. ¿Sabes cuál es? Todo el mundo amó a Jesucristo. Por lo que significó, por su vida, por sus milagros. Por ser el hijo de Dios.

Lleva a la Iglesia de vuelta al inicio.

Todos te adorarán, todos te amarán y obedecerán. Haz las cosas como se hicieron entonces.

Tu Iglesia te estará siempre agradecida.

—Amén. Esta es mucho mejor que la suya —dijo el cardenal enrollando la carta—. Ahora vamos a ponerle el sello papal.

El olor a papel quemado era notable. Antes de salir de la habitación, abrió la ventana y colocó la papelera justo debajo para que el humo no se expandiera por el despacho. Se puso la casulla y se dirigió a la habitación del papa.

—¿Qué tal se encuentra, su santidad?

—Mal y mal. Me siento muy débil. ¿Has transcrito lo que te pedí?

El papa hablaba con mucha dificultad, llevaba enfermo una semana pero en los dos últimos días había empeorado mucho.

—Por supuesto. Solo falta ponerle su sello y se la entregaré al cardenal.

—Gracias, amigo mío. Inglese es el adecuado para gobernar la Iglesia, ¿verdad? Tú deberás permanecer a su lado porque no hallará mejor consejo.

—Así lo haré, su santidad. Ahora descanse.

Don Santiago cogió el sello y lo estampó en la carta que él había escrito para cerrarla.

Al día siguiente el papa falleció y de todos los lugares del mundo llegaron los cardenales que formaban el consejo que elegiría al siguiente sumo pontífice. Tan solo el cardenal Santiago se encontraba ya en el Vaticano.

—Eres el primero en llegar. El cardenal más joven de la historia y el más puntual. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó don Santiago.

—Triste, eminencia. Un día aciago, sin duda.

—Así es, amigo mío. Él no querría que estuviéramos así. ¿Cómo es que te has pelado la cabeza?

—Me cansé de la melena.

—¿Qué cambio! Pareces otro. Por cierto, su santidad me ha dado esta carta para que te la

entregue. Me dijo que eras el único que podía leerla. Ten.

—¿Qué puede ser?

—La terminó de escribir el mismo día que falleció. No sé decirte más.

—Iré a leerla.

El cardenal la guardó en el bolsillo de la chaqueta y, despidiéndose de don Santiago, se dirigió a la biblioteca del palacio. Una vez allí, miró la carta. Rompió el sello y la leyó. Cuando terminó cerró los ojos y respiró profundamente, tratando de asimilar todo lo que acababa de leer. Fruncía el ceño pensando, planeando, visualizándose sentado en el trono del Vaticano. Con cara de satisfacción salió de la biblioteca. En el pasillo se cruzó con Hugo, que le saludó educadamente.

—Usted es el nuevo secretario, ¿verdad?

—Así es.

—Lo lamento en el alma, querido.

—Gracias, su eminencia.

—¿Cuándo está previsto el consejo?

—Para dentro de tres días —contestó el secretario.

—Perfecto.

—¿Puedo hacer algo para ayudarle?

—Aún no, querido. Aún no.